

Sharpe



y el oro de los españoles

Bernard Cornwell

Lectulandia

La España que en el siglo XIX se enfrentó a las poderosas tropas napoleónicas, con el apoyo del ejército británico, sirve de escenario a esta entrega de la serie, en la que el capitán Richard Sharpe recibe el encargo de apoderarse de una reserva de oro oculta en las montañas portuguesas, que puede salvar la crítica situación financiera en la que se encuentra el ejército de Wellington.

Enfrentamientos con las experimentadas tropas francesas, con un fanático y feroz guerrillero español, y con su bella pero peligrosa amante, son algunos de los obstáculos que debe superar Sharpe en esta ocasión, empleando para ello el talento militar y la destreza en el campo de batalla que le distinguen como el más singular oficial inglés. Después de un sinfín de batallas, acorralado en la ciudad amurallada de Almeida, Sharpe no duda en emplear cualquier tipo de estratagemas y artimañas para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, sus superiores no podrán tolerar impasiblemente sus poco convencionales métodos; a no ser que cumpla su misión con éxito.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y el oro de los españoles

Richard Sharpe - 9

ePub r1.1

viejo_oso 18.09.13

Título original: *Sharpe's Gold*
Bernard Cornwell, 1981
Traducción: Carmen Soler Rodríguez
Diseño/Retoque de portada: orhi

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Andrew Gardner con gratitud

*Soldado me hice porque fama quería.
Y me disparaban por seis peniques al día.*

Charles Dibdin, 1745-1814

Capítulo 1

La guerra estaba perdida; no se había acabado pero sí perdido. Todo el mundo lo sabía, desde los generales de división hasta las putas de Lisboa: los británicos habían sido cazados, estaban ensartados y listos para cocinar. Y Europa entera esperaba que el cocinero en jefe, Bonaparte, cruzara las montañas y le diera el toque final al asado. De momento y para que además de la derrota inminente se sintiera la afrenta, parecía que el pequeño ejército británico no merecía la atención del gran Bonaparte. La guerra estaba perdida.

España había caído. Los últimos ejércitos españoles habían entrado masacrados en los libros de historia, y todo lo que quedaba era el puerto de Cádiz y sus fortificaciones y los campesinos que combatían en la guerrilla. Luchaban con navajas españolas y fusiles británicos, sembrando emboscadas y terror, hasta que las tropas francesas odiaran y temieran a los españoles. Pero la guerrilla no era la guerra, y en cuanto a esta última, todos sabían que estaba perdida.

El capitán Richard Sharpe, uno de los fusileros del 95 de su majestad, ahora capitán de la compañía ligera del regimiento South Essex, no creía que la guerra estuviera perdida, aunque estaba de un humor de perros, taciturno e irritable. Estuvo lloviendo desde el amanecer y el polvo de la superficie del camino se había convertido en un barrizal resbaladizo y le había puesto el uniforme de fusilero pegajoso e incómodo. Marchaba solo y en silencio, escuchando charlar a sus hombres, y el teniente Robert Knowles y el sargento Patrick Harper, que en circunstancias normales hubieran buscado su compañía, lo dejaban solo. El teniente Knowles hizo algún comentario referente al humor de Sharpe, pero el enorme sargento irlandés había sacudido la cabeza.

—No hay posibilidad de animarlo, mi teniente. Le gusta sentirse infeliz, y así lo hace, pero el bastardo se recuperará.

Knowles se encogió de hombros. No aprobaba que un sargento llamara a su capitán «bastardo», pero no era el momento de protestar. El sargento pondría cara de inocente y le aseguraría a Knowles que los padres del capitán nunca se habían casado, lo cual era cierto, y de todos modos Patrick Harper llevaba luchando muchos años y tenía una relación de amistad con el capitán que Knowles ciertamente envidiaba. A Knowles le había costado meses entender esta amistad, que no estaba basada, como muchos oficiales creían, en el hecho de que Sharpe hubiera sido en el pasado un soldado raso y hubiera desfilado y luchado con la tropa, y ahora, elevado a las glorias del rancho de oficiales, todavía buscara compañía en las graduaciones inferiores. «Un campesino es siempre un campesino», había dicho con burla un oficial, y Sharpe, que lo había oído, miró al hombre; y Knowles vio que el miedo surgía bajo el impacto de aquellos ojos helados y desafiantes. Además, Sharpe y Harper no pasaban juntos el

tiempo franco de servicio; la diferencia de graduación hacía que no fuera posible. Pero incluso tras la relación formal, Knowles percibía la amistad. Ambos eran hombres corpulentos, el irlandés enormemente fuerte, y ambos seguros de su capacidad. Knowles no podía imaginarse a cualquiera de los dos sin el uniforme. Era como si hubieran nacido para ese trabajo y era en el campo de batalla, donde la mayoría de hombres piensan nerviosos en su propia supervivencia, donde Sharpe y Harper se juntaban en un entendimiento sobrenatural. Era casi, pensaba Knowles, como si en el campo de batalla se sintieran como en casa, y él los envidiaba.

Levantó los ojos al cielo, hacia las nubes bajas que rozaban las cimas de las colinas a ambos lados del camino.

—¡Maldito tiempo!

—De vuelta a casa, teniente, ¡allí diríamos que hace buen día! —Harper le hizo una sonrisa burlona a Knowles, el agua de la lluvia le caía chorreando del chacó, y entonces se volvió para mirar a la compañía, que seguía la silueta de Sharpe, que avanzaba con rapidez. Se habían quedado un poco rezagados, a causa de los resbalones por el camino, y Harper elevó la voz.

—Venga ya, ¡escoria de protestantes! ¡La guerra no os va a esperar! —Les sonreía burlonamente al tiempo que les gritaba, orgulloso de que hubieran dejado atrás al resto del regimiento y contento de que, finalmente, el South Essex se dirigiera al norte hacia donde tendrían lugar las batallas del verano. Patrick Harper había oído los rumores, como todos, de los ejércitos franceses y su nuevo mando, pero Patrick Harper no tenía ninguna intención de que el futuro le quitara el sueño ni siquiera aunque el South Essex estuviera lamentablemente en inferioridad de fuerzas. En marzo habían zarpado reemplazos de Portsmouth, pero el convoy sufrió una tormenta, y hacía algunas semanas circularon rumores de que cientos de cuerpos eran arrastrados hacia el sur, a las playas de Vizcaya, y ahora el regimiento tenía que luchar con menos de la mitad de su número real. A Harper no le importaba. En Talavera el ejército se había visto doblado en número, y esta noche, en la ciudad de Celorico, donde se estaba reuniendo el ejército, habría mujeres en las calles y vino en las tabernas. La vida podía ser mucho peor para un muchacho de Donegal, y Patrick Harper empezó a silbar.

Sharpe oyó el silbido y reprimió el impulso de reprender al sargento, reconociendo que era simplemente irritación, pero le molestaba la acostumbrada ecuanimidad de Harper. Sharpe no creía en los rumores de derrota, porque para un soldado la derrota era impensable. Era algo que le sucedía al enemigo. Sin embargo, Sharpe se menospreciaba porque, como una pesadilla andante, la implacable lógica de los números le rondaba. La derrota estaba en el aire, tanto si creía en ella como si no, y cuando ese pensamiento le volvió a la mente apretó todavía más el paso, como si así pudiera borrar el pesimismo. Pero al menos, estaban haciendo algo. Desde la

batalla de Talavera el regimiento había patrullado por la desolada frontera sur entre España y Portugal, y el invierno fue largo y aburrido. El sol había salido y se había puesto, el regimiento hizo la instrucción, oteó las colinas vacías, y hubo demasiado ocio, mucha tolerancia. Los oficiales habían encontrado un peto de soldado de caballería francés abandonado y lo usaban como palangana de afeitar, y para su indignación Sharpe se había permitido el lujo de agua caliente en un barreño ;como si se tratara de algo cotidiano! Y las bodas. Nada menos que veinte en los tres últimos meses, así pues, algunas millas detrás de ellos, las otras nueve compañías del South Essex guiaban una procesión variopinta de mujeres y niños, esposas y prostitutas, como si fuera una feria ambulante. Pero ahora finalmente, con un verano raramente húmedo, marchaban hacia el norte, por donde vendría el ataque francés, y donde los temores y las dudas se desvanecerían al entrar en acción. El camino llegó a una colina, mostrando un valle poco profundo con un pueblecito en el centro. Había caballería en el pueblo, probablemente los habían llamado hacia el norte, como al South Essex, y cuando Sharpe vio el montón de caballos, dio rienda suelta a su irritación escupiendo en el camino. Maldita caballería, con sus aires y su elegancia, su condescendencia con la infantería que no ocultaban, pero entonces vio los uniformes de los jinetes que habían desmontado y se avergonzó de su reacción. Los hombres llevaban el color azul de la Legión Alemana del Rey, y Sharpe sentía respeto por los alemanes. Eran compañeros profesionales y Sharpe, por encima de cualquier cosa, era un soldado profesional. Tenía que serlo. No tenía dinero para comprarse el ascenso y su futuro sólo dependía de su habilidad y de su experiencia. Él rebotaba experiencia. Hacía diecisiete años que era soldado y tenía treinta y tres, primero de soldado raso, después de sargento, luego el salto vertiginoso al rango de oficiales, y todos los ascensos se los había ganado en los campos de batalla. Luchó en Flandes, en la India, y ahora en la Península Ibérica, y sabía que en cuanto llegara la paz el ejército se desharía de él como de una bala ardiendo. Tan sólo en la guerra se necesitaban profesionales como él, como Harper, como los duros alemanes que luchaban contra los franceses en el ejército británico. Hizo que la compañía se detuviera en la calle del pueblo bajo la curiosa mirada de los soldados de caballería. Uno de ellos, un oficial, levantó el sable curvo del suelo y se acercó caminando hacia Sharpe.

—¿Capitán?

El soldado de caballería hizo la pregunta porque las únicas señales del rango de Sharpe eran la faja escarlata descolorida y la espada.

—Capitán Sharpe. South Essex —contestó Sharpe.

El oficial alemán arqueó las cejas; una sonrisa apareció en su cara.

—¡Capitán Sharpe! ¡Talavera!

Sacudió la mano de Sharpe de arriba abajo, le dio una palmada en el hombro y

entonces se volvió para gritar algo a sus hombres. Los casacas azules sonrieron burlescamente a Sharpe, e hicieron una señal de aprobación con la cabeza. Ya lo sabían todo de él: el hombre que había capturado el águila francesa en Talavera.

Sharpe lanzó bruscamente una mirada hacia Patrick Harper y hacia la compañía.

—No se olvide del sargento Harper y de la compañía. Todos estuvimos allí. — Los alemanes sonrieron a la compañía ligera.

—¡Aquello estuvo bien! —dijo al tiempo que daba un taconazo dirigiéndose a Sharpe y lo saludaba con una leve inclinación de cabeza—. Lossow. Capitán Lossow a su servicio. ¿Ir a Celorico?

El alemán hablaba inglés con cierto acento, pero bien. Sharpe suponía que sus hombres, probablemente, no hablarían inglés.

Sharpe asintió de nuevo con la cabeza.

—¿Y ustedes?

Lossow sacudió la cabeza.

—El Coa. De patrulla. El enemigo se va acercando, así que habrá lucha.

Parecía complacido y Sharpe envidiaba a la caballería. La batalla que había de tener lugar allí se desarrollaría a lo largo de las escarpadas orillas del río Coa y no en Celorico.

—Esta vez conseguimos un águila, ¿no? —dijo Lossow riendo.

Sharpe le deseó suerte. Si había un regimiento de caballería capaz de dispersar un batallón francés, era el alemán. La caballería inglesa era igual de valiente, bien montada, pero no tan disciplinada. Los soldados de caballería ingleses se aburrían patrullando, montando guardia y no soñaban más que en un ataque que les helara la sangre, con los sables en alto, que reventara a sus caballos y que dejara a los hombres desperdigados y vulnerables. Sharpe, como toda la infantería del ejército, prefería a los alemanes porque conocían su trabajo y lo hacían bien.

Lossow sonrió agradeciendo el cumplido. Era un hombre de rostro cuadrado, de sonrisa fácil y agradable y unos ojos que se asomaban astutamente por la maraña de líneas que surcaban su cara de tanto otear los horizontes dominados por el enemigo.

—Ah, una cosa más, capitán. Hay policía militar de mierda en el pueblo.

La frase salió con dificultad de su boca, como si no utilizara normalmente palabrotas en inglés salvo para describir a la policía; cualquier otra palabrota habría resultado poco adecuada.

Sharpe le dio las gracias y se volvió hacia su compañía.

—¡Han oído al capitán Lossow! Aquí hay policía militar. Así que mantengan quietas esas manos de ladrones. ¿Entendido?

Le habían entendido. Nadie quería verse colgado en aquel lugar por haber sido sorprendido saqueando.

—Hacemos una parada de diez minutos. Que rompan filas, sargento.

Los alemanes se fueron, provistos de capas para la lluvia, y Sharpe subió por la única calle hacia la iglesia. Era un pueblo pobre, mísero y abandonado, y las puertas de las cabañas se abrían de par en par. Los habitantes se habían ido hacia el sur y el oeste, tal como ordenó el gobierno portugués. Cuando los franceses avanzaran no encontrarían cosechas, ni animales, sólo pozos llenos de piedras o envenenados con ovejas muertas: una tierra de hambre y sed.

Patrick Harper, percibiendo que el humor de Sharpe se había suavizado después del encuentro con Lossow, alcanzó al capitán.

—Aquí no hay nada que saquear, mi capitán.

Sharpe echó una ojeada a los hombres que se inclinaban para entrar en las cabañas.

—Algo encontrarán.

Los de la policía militar estaban junto a la iglesia, eran tres, montados en caballos negros y erguidos como salteadores de caminos a la espera de un coche bien lleno. El equipo que llevaban era nuevo, tenían las caras rojas, quemadas por el sol, y Sharpe supuso que acababan de llegar de Inglaterra, aunque no entendía por qué la Guardia Real enviaba policía militar en lugar de soldados que lucharan. Los saludó cortésmente con la cabeza.

—Buenos días.

Uno de los tres, con la espada de oficial saliéndole por debajo de la capa, le devolvió el saludo con la cabeza. Parecía, como todos los de su calaña, desconfiar de cualquier gesto amigable. Miró las casacas verdes de los fusileros.

—Se supone que no hay fusileros por esta zona.

Sharpe no contestó a la acusación. Si la policía militar pensaba que eran desertores, es que eran tontos. Los desertores no se movían a la luz del día por los caminos, ni llevaban uniforme, ni se dirigían a la policía militar sin más ni más. Sharpe y Harper, como los otros dieciocho fusileros de la compañía, se habían quedado con los uniformes viejos en señal de orgullo, preferían el verde oscuro al rojo de los batallones de línea.

Los ojos del policía se dirigieron a ambos hombres.

—¿Tienen órdenes?

—El general quiere vernos, teniente —contestó Harper alegremente.

Una leve sonrisa apareció y luego desapareció de la cara del policía.

—¿Quiere decir que lord Wellington quiere verlos?

—Eso es, sí.

La voz de Sharpe contenía alguna advertencia, pero parecía que el policía no quería darse cuenta. Miraba a Sharpe de arriba abajo, mostrando su desconfianza.

El aspecto de Sharpe era increíble. Llevaba la casaca verde, descolorida y rasgada sobre unos pantalones de caballería franceses. En los pies llevaba botas altas de piel

que originariamente habían sido compradas en París por un coronel de la Guardia Imperial de Napoleón. En la espalda, como la mayoría de sus hombres, llevaba una mochila francesa, hecha de cuero de buey, y del hombro, aunque fuera oficial, le colgaba un fusil. Las charreteras de oficial habían desaparecido, sólo quedaban descosidos, y la faja escarlata estaba descolorida y manchada. Incluso la espada de Sharpe, el otro distintivo de rango, no era la reglamentaria.

Como oficial que era de una compañía ligera, debía llevar el sable curvo de la caballería ligera británica, pero Richard Sharpe prefería la espada de la caballería pesada, de hoja recta y mal equilibrada. Los soldados de caballería la odiaban, afirmaban que con su peso era imposible parar con rapidez, pero Sharpe medía seis pies de alto y era lo bastante fuerte como para empuñar las treinta y cinco pulgadas de acero pesado con una facilidad pasmosa.

El oficial de la policía militar estaba inquieto.

—¿De qué regimiento son?

—Somos la compañía ligera del South Essex —contestó Sharpe con tono amable.

El policía respondió espoleando el caballo hacia adelante de manera que pudiera ver calle abajo y observar a los hombres de Sharpe. No había ningún motivo aparente para colgar a nadie, así que volvió la vista hacia los dos hombres y sus ojos se detuvieron, sorprendidos, en el hombro de Harper. El irlandés, que medía cuatro pulgadas más que Sharpe, resultaba una visión intimidadora en el mejor de los casos, pero sus armas eran aún menos reglamentarias que la enorme espada de Sharpe. Colgando junto a su fusil llevaba un arma tremenda, una escopeta de siete cañones, para disparar en cuclillas.

—¿Qué es eso? —preguntó el policía señalándolo con el dedo.

—Una escopeta de siete cañones, teniente —contestó Harper mostrando en la voz que estaba absolutamente orgulloso de su nueva arma.

—¿De dónde la ha sacado?

—Un regalo de Navidad, teniente.

Sharpe sonrió con ironía. Era un regalo que Sharpe le había hecho a su sargento por Navidad, pero resultaba obvio que el policía, junto con sus dos compañeros que permanecían en silencio, no se lo creía. Seguía mirando fijamente la escopeta, uno de los inventos con menos éxito de Henry Nock, y Sharpe se dio cuenta de que probablemente el policía no había visto nunca ninguna. Sólo se habían fabricado un centenar, para la marina, y en aquel momento parecía una buena idea. Siete cañones, cada uno de ellos de veinte pulgadas de largo, todos se disparaban con la misma llave de chispa, y se creía que los marineros, sentados con dificultad en las cofas de combate, podían hacer estragos disparando los fusiles de siete cañones contra las cubiertas atestadas de enemigos. No habían tenido en cuenta una cosa. Siete cañones de media pulgada disparados de una vez producían una descarga espantosa, como la

de un cañón pequeño, esto no sólo causaba estragos, sino que también le rompía el hombro a cualquier hombre que apretara el gatillo. Sólo Harper tenía la fuerza bruta para utilizar el arma e, incluso el irlandés, al probarla, se había sorprendido del retroceso impresionante de las siete balas al salir de la boca llameante.

—Un regalo de Navidad —dijo el policía militar haciendo una aspiración con la nariz.

—Yo se lo regalé —dijo Sharpe.

—¿Y usted es?

—Capitán Richard Sharpe. South Essex. ¿Y usted?

El policía se puso tieso.

—Teniente Ayres, capitán.

La última palabra fue pronunciada de mala gana.

—¿Y hacia dónde se dirige, teniente Ayres?

Sharpe estaba molesto por la desconfianza del hombre, por la muestra de poder que no tenía sentido y afinó las preguntas con un toque de veneno. Sharpe llevaba en sus espaldas las cicatrices de unos azotes que le había causado un oficial precisamente como éste: el capitán Morris, un matón arrogante, con su amigo adulador el sargento Hakeswill. Sharpe cargaba con el recuerdo junto con las cicatrices y la promesa de que un día se vengaría de ambos hombres. Sabía que Morris estaba destinado en Dublín; Hakeswill estaba sabe Dios dónde, pero un día, se había prometido Sharpe, lo encontraría. Pero de momento se trataba de este cachorrillo con más poder que cordura.

—¿Dónde, teniente?

—Celorico, mi capitán.

—Así pues, que tenga un buen viaje, teniente.

Ayres sacudió la cabeza.

—Primero echaré una mirada, capitán. Si no le importa.

Sharpe vio que los tres hombres cabalgaban calle abajo, mientras la lluvia salpicaba las grupas anchas y negras de sus caballos.

—Espero que tenga razón, sargento.

—¿Razón, mi capitán?

—De que no hay nada que saquear.

El pensamiento les vino a la mente a los dos, el instinto de que podía haber problemas, y empezaron a correr. Sharpe sacó el silbato de la pistolera del cinturón cruzado y tocó los pitidos largos que se reservaban normalmente para el campo de batalla cuando la compañía ligera se encontraba extendida en una línea de tiradores dispersa, el enemigo se acercaba y los oficiales y los sargentos silbaban a los hombres para que se juntaran y volvieran a formar bajo la protección del batallón. La policía militar oyó los pitidos del silbato, espoleó los caballos y se desviaron por entre dos

humildes cabañas para registrar los patios mientras los hombres de Sharpe salían tambaleándose de las puertas y formaban refunfuñando.

Harper se detuvo frente a la compañía.

—¡Mochilas a la espalda!

Se oyó un grito por detrás de las cabañas. Sharpe se giró. El teniente Knowles estaba junto a él.

—¿Qué sucede, capitán?

—Problemas con la policía militar. Los cabrones se están dando importancia.

Estaban decididos, él lo sabía, a encontrar a alguien, y mientras los ojos de Sharpe recorrían la tropa tuvo el terrible presentimiento de que el teniente Ayres se había salido con la suya. Debía haber cuarenta y ocho hombres, tres sargentos, y los dos oficiales, pero faltaba un hombre: el soldado Batten. El maldito soldado Batten, que venía arrastrado de entre las cabañas por un policía triunfante.

—Un saqueador, capitán. Pillado *infraganti* —dijo Ayres sonriendo.

Batten, que refunfuñaba incesantemente, que se quejaba si llovía y armaba un escándalo cuando cesaba la lluvia porque el sol le daba en los ojos. El soldado Batten, un destructor él sólo de llaves de chispa, que pensaba que el mundo entero conspiraba contra él, y que ahora permanecía encogido en manos de uno de los hombres de Ayres. Si había algún miembro de la compañía que Sharpe hubiera colgado gustoso, ése era Batten, pero le molestaba que un policía militar lo hiciera por él.

Sharpe levantó la vista hasta Ayres.

—¿Qué saqueaba, teniente?

—Esto.

Ayres levantó un pollo flacucho como si fuera la corona de Inglaterra. El cuello estaba bien retorcido, pero las patas aún daban sacudidas y pataleaban en el aire. Sharpe sintió que la cólera le invadía, no por el policía, sino por Batten.

—Yo me encargaré de él, teniente.

Batten se apartó temblando del lado de su capitán.

Ayres sacudió la cabeza en señal de negación.

—No me ha entendido, mi capitán —dijo con suave condescendencia—. A los saqueadores se les cuelga, capitán. En el acto, capitán. Para dar ejemplo a los demás.

Se oyeron murmullos procedentes de la compañía, acallados por la orden de silencio que rugió Harper. Los ojos de Batten se movían de derecha a izquierda como si buscaran una salida a ese ejemplo último de la palabra injusticia.

—¡Batten! —le espetó Sharpe.

—¿Capitán?

—¿Dónde encontró el pollo?

—Estaba en el campo, mi capitán. De verdad. —Hizo una mueca de dolor al notar

que le tiraban del pelo—. Era un pollo salvaje, mi capitán.

Se oyó un susurro de risas procedentes de la tropa que Harper no atajó.

—Un pollo salvaje —resopló Ayres—. Bestias peligrosas, ¿eh, capitán? Está mintiendo. Lo encontró en la cabaña.

Sharpe así lo creía, pero no se iba a dar por vencido.

—¿Quién vive en la cabaña, teniente?

Ayres arqueó las cejas.

—En verdad, capitán, no me he ido a presentar a todos los barrios bajos de Portugal. Átenlo —dijo girándose hacia sus hombres.

—Teniente Ayres —dijo Sharpe con un tono de voz que hizo que cesara todo movimiento en la calle—. ¿Cómo sabe que la cabaña está habitada?

—Mírelo usted mismo.

—Mi capitán.

—Mi capitán —añadió Ayres tragando saliva.

Sharpe levantó la voz.

—¿Hay gente ahí, teniente?

—No, mi capitán. Pero la había.

—¿Cómo lo sabe? El pueblo está abandonado. No se le puede robar un pollo a nadie.

Ayres pensó la respuesta. El pueblo estaba abandonado, los habitantes habían huido del ataque de los franceses, pero la ausencia no significaba una renuncia a la propiedad. Sacudió la cabeza.

—El pollo es propiedad de los portugueses, capitán. —Volvió a girarse—. ¡Cuélguenlo!

—¡Alto! —bramó Sharpe, y de nuevo todo movimiento se detuvo—. No va usted a colgarlo, así que siga su camino.

Ayres se giró hacia Sharpe.

—Lo hemos pillado *in fraganti* y lo colgaremos. Sus hombres son probablemente una manada de ladrones de mierda y necesitan un escarmiento, y ¡por Dios que lo van a tener!

Se levantó sobre los estribos y gritó a la compañía.

—¡Van a verlo colgado! ¡Y si roban, también ustedes serán colgados!

Un chasquido lo interrumpió. Bajó la mirada y la ira de su rostro se mudó en sorpresa. Sharpe sostenía su fusil Baker de manera que el cañón estaba apuntando a Ayres.

—Déjelo marchar, teniente.

—¿Se ha vuelto loco?

Ayres se quedó blanco y se hundió en su silla de montar. El sargento Harper se acercó instintivamente junto a Sharpe y no hizo caso de la mano que le hacía una

señal. Ayres los miró fijamente a los dos. Ambos eran altos, con el rostro duro de los luchadores, y le sobrevino un recuerdo. Miró a Sharpe, a aquella cara que parecía tener una expresión de burla perpetua, causada por la cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha y, de repente, se acordó. ¡Pollos salvajes, cazadores de aves! La compañía ligera del South Essex. ¿Estos eran los dos hombres que habían capturado el águila del imperio, que se abrieron camino por entre un regimiento francés y consiguieron el estandarte? Bien pudiera ser.

Sharpe vio que los ojos del teniente titubeaban y entendió que había ganado, pero era una victoria que le costaría cara. El ejército no veía con buenos ojos a los hombres que amenazaban a la policía militar con fusiles, incluso aunque estuvieran descargados.

Ayres empujó a Batten hacia adelante.

—Ahí tiene a su ladrón, capitán. Nos volveremos a ver.

Sharpe bajó el fusil. Ayres esperó hasta que Batten se hubo alejado de los caballos, entonces tiró de las riendas y condujo a sus hombres hacia Celorico.

—¡Tendrá noticias mías!

Sharpe sintió una inquietud, como una nube negra y humeante en el horizonte. Se volvió hacia Batten.

—¿Ha robado ese pollo de mierda?

—Sí, mi capitán.

Batten agitó una mano tras el policía.

—Él se lo llevó, mi capitán —dijo con tono desagradable.

—Ojalá se lo hubiera llevado a usted. Ojalá hubiera esparcido sus tripas por todo el campo.

Batten se separó de Sharpe y de su ira.

—¿Cuáles son las reglas, Batten?

Sus ojos parpadearon ante Sharpe.

—¿Reglas, mi capitán?

—Usted conoce las reglas. Dígamelas.

El ejército publicaba un reglamento muy grueso, pero Sharpe enseñaba a sus hombres tres reglas. Eran sencillas, funcionaban y, si las infringían, los hombres sabían que podían ser castigados. Batten se aclaró la voz.

—Luchar bien, mi capitán. No emborracharse sin permiso. Y...

—Siga.

—No robar, mi capitán, salvo del enemigo o en caso de hambruna, capitán.

—¿Se estaba usted muriendo de hambre?

Evidentemente, Batten quería decir que sí, pero en cada mochila aún había la ración para dos días.

—No, mi capitán.

Sharpe le golpeó, vertiendo toda su frustración en un puñetazo que le dio a Batten en el pecho, lo dobló y lo derribó jadeante sobre el suelo mojado.

—Es usted un tonto de mierda, Batten, un rastrero, miserable, hijo de puta, asqueroso necio.

Se alejó del hombre, cuyo mosquete había caído en el barro.

—¡Compañía! ¡Marchen!

Marcharon detrás del alto fusilero mientras Batten se levantaba, cepillaba inútilmente el agua que se le había colado en la llave del fusil y después caminó tambaleándose tras la compañía. Se escurrió en su fila y murmuró algo a sus compañeros, que iban en silencio.

—No puede golpearme.

—¡Calla la boca, Batten! —gritó Harper con una voz tan dura como la de su capitán—. Ya conoces las reglas. ¿Preferirías tener tus inútiles talones colgados en el aire?

El sargento gritó a la compañía que aligeraran el paso, les vociferó el paso e iba pensando continuamente en la que le esperaba a Sharpe ahora. Una queja de ese maldito policía militar significaría una investigación y probablemente un consejo de guerra. Y todo por el miserable Batten, a quien Harper hubiera matado gustoso. El teniente Knowles compartía los pensamientos de Harper, pues alcanzó al irlandés y lo miró con cara de preocupación.

—Todo por una gallina, sargento.

Harper miró al joven teniente.

—Lo dudo, teniente.

Se volvió hacia la tropa.

—¡Daniel!

Hagman, uno de los fusileros, rompió filas y se colocó junto al sargento. Era el mayor de la compañía, pasaba ya de los cuarenta, pero era el mejor tirador. Un hombre de Cheshire, cazador furtivo. Hagman podía disparar a los botones del abrigo de un general francés a trescientas yardas.

—¿Sargento?

—¿Cuántos pollos había?

Hagman lanzó una sonrisa irónica con su boca desdentada, echó un vistazo a la compañía y luego de nuevo a Harper. El sargento era un hombre justo, nunca exigiría más que un trato justo.

—Una docena, sargento.

Harper miró a Knowles.

—Ahí lo tiene, teniente. Al menos dieciséis pollos salvajes allí. Probablemente veinte. Dios sabe qué hacían allí, por qué los propietarios no se los llevaron.

—Son difíciles de atrapar, señor, los pollos —dijo Hagman riendo entre dientes

—. ¿Eso es todo, sargento?

Harper sonrió irónicamente al fusilero.

—Un muslo para cada oficial, Daniel. Y no los más correosos.

Hagman echó una mira a Knowles.

—Muy bien, teniente. Un muslo cada uno.

Volvió a la tropa.

Knowles se echó a reír entre dientes. Un muslo para los oficiales significaba una buena pechuga para el sargento, caldo para todos, y nada para el soldado Batten. ¿Y para Sharpe? Knowles sintió el desánimo. La guerra estaba perdida, aún seguía lloviendo, y mañana el capitán Richard Sharpe tendría problemas con la policía militar, problemas de verdad, hasta la cicatriz que tenía en el cuello.

Capítulo 2

Si alguien tenía necesidad de un símbolo de derrota inminente, la iglesia de San Pablo de Celorico, el cuartel general provisional del South Essex, se lo proporcionaba. Sharpe se quedó en el coro observando cómo el cura encalaba una reja magnífica. La reja era de plata maciza, antigua y trabajada, una ofrenda de algún feligrés ya olvidado, los rostros de cuyos familiares se reproducían en los de las mujeres y discípulos que se lamentaban mirando fijamente hacia el crucifijo. El cura, situado sobre un caballete y con la cal chorreándole por la sotana, miró a Sharpe y luego la reja y se encogió de hombros.

—La última vez tardamos tres meses en limpiarla.

—¿La última vez?

—Cuando se fueron los franceses.

La voz del cura era amarga y dio unas ligeras pinceladas toscas sobre finas tracerías.

—Si hubieran sabido que era de plata, la hubieran cortado a trozos y se la hubieran llevado.

Salpicó la imagen clavada y colgada con un manotazo de pintura, y entonces, como para disculparse, se cambió la brocha a la mano izquierda de manera que la derecha pudiera hacer mecánicamente la señal de la cruz sobre el hábito salpicado.

—Tal vez no lleguen tan lejos.

Eso resultaba poco convincente, incluso para Sharpe, y el sacerdote no se molestó en responder. Simplemente dejó ir una risa forzada y sumergió la brocha en el cubo. «Lo saben —pensó Sharpe—, todos ellos saben que vienen los franceses y que los británicos retroceden.» El cura le había hecho sentirse culpable, como si él personalmente estuviera traicionando la ciudad y a sus habitantes, y se fue por entre la oscuridad de la iglesia hacia la puerta principal, donde el oficial de intendencia del batallón supervisaba cómo se amontonaba el pan recién hecho para las raciones de la cena.

La puerta se abrió de golpe, dejando entrar el último sol del atardecer, y Lawford, vestido con su mejor y más brillante uniforme, llamó a Sharpe.

—¿Listo?

—Sí, mi coronel.

El mayor Forrest esperaba fuera y sonrió nervioso a Sharpe.

—No se preocupe, Richard.

—¿Preocuparme?

El honorable teniente coronel William Lawford estaba enojado.

—Debería estar bien preocupado —dijo mirando a Sharpe de arriba abajo—. ¿Es eso lo mejor que tiene?

Sharpe se tocó el desgarrón en la manga.

—Es todo lo que tengo, señor.

—¿Todo? ¡Qué me dice de aquel uniforme nuevo! Dios mío, Richard, parece un vagabundo.

—El uniforme está en Lisboa, mi coronel. Lo tengo de reserva. Las compañías ligeras han de viajar con poco equipaje.

Lawford soltó un resoplido.

—Y tampoco deberían amenazar a la policía militar con fusiles. Venga, no queremos llegar tarde.

Se encajó el tricornio en la cabeza y devolvió el saludo a los dos centinelas que habían escuchado, divertidos, su bravata.

Sharpe levantó la mano.

—Un momento, coronel.

Le sacudió una imaginaria mota de polvo en la insignia de oro del regimiento que el coronel llevaba sobre la faja blanca atravesada. Era una insignia nueva que Lawford había encargado después de lo de Talavera, y que constaba de un águila encadenada: un mensaje dirigido al mundo de que el South Essex era el único regimiento de la Península que había capturado un estandarte francés. Sharpe retrocedió satisfecho.

—Así está mejor, mi coronel.

Lawford captó la indirecta y sonrió.

—Es un bastardo, Sharpe. El que haya capturado un águila no quiere decir que pueda hacer lo que quiera.

—¿Y en cambio cualquier idiota que vaya disfrazado de policía militar sí puede?

—Sí —dijo Lawford—. Así es. Vamos.

A Sharpe le resultaba extraño que siendo Lawford el compendio de todo lo que a él le desagradaba respecto a privilegios y riqueza, sin embargo le gustara y se alegrara de servirle. Tenían la misma edad, treinta y tres, pero Lawford siempre había sido oficial, nunca se había preocupado del ascenso, y nunca mostraba interés por saber de dónde saldría el dinero del año siguiente. Siete años antes, Lawford era teniente y Richard Sharpe su sargento, ambos habían luchado en la India contra los Mahrattas, y el sargento había hecho que el oficial se mantuviera con vida en las mazmorras del sultán Tippoo. En agradecimiento, Lawford le enseñó al sargento a leer y a escribir, y así lo capacitó para un ascenso si alguna vez era lo bastante imprudente como para protagonizar un acto de valentía en el campo de batalla que pudiera hacer subir a un hombre de la tropa a la elevada compañía de los oficiales.

Sharpe siguió a Lawford por entre las calles llenas de gente hacia el cuartel general de Wellington, y mientras observaba el exquisito uniforme del coronel y el equipo caro, se preguntó dónde estarían dentro de otros siete años. Lawford era

ambicioso, al igual que Sharpe, pero el coronel tenía el linaje y el dinero para grandes cosas. Sería general, pensó Sharpe, y sonrió con ironía porque sabía que Lawford lo seguiría necesitando o sino a alguien como él. Sharpe era los ojos y los oídos de Lawford, su soldado profesional, el hombre que podía leer en las caras de los delincuentes, de los borrachos fracasados y de los hombres desesperados que de algún modo se habían convertido en la mejor infantería del mundo. Y más aún, Sharpe sabía interpretar el terreno, al enemigo, y Lawford, para quien el ejército era un medio para un fin glorioso y exaltado, confiaba en el talento y el instinto de su ex sargento. A Lawford, pensó Sharpe, le habían ido bien las cosas durante este último año. Se había hecho cargo de un regimiento amargado, embrutecido y asustado y los convirtió en una unidad tan buena como cualquier batallón de la línea. El águila que consiguió Sharpe les había ayudado. Había limpiado la mancha de Valdelacasa, donde el South Essex, bajo el mando de sir Henry Simmerson, perdió una bandera y su orgullo; pero no sólo era el águila. Lawford, con su instinto político, había confiado en los hombres al tiempo que les hacía trabajar mucho, les había devuelto la confianza en sí mismos. Y la insignia, que cada hombre llevaba en el chacó, compartía la gloria de Talavera con cada soldado del regimiento.

Lawford los condujo por entre los apretones de oficiales y gentes de la ciudad. El mayor Forrest se quedó mirando a Sharpe con una sonrisa de tío con la que parecía, más que nunca, un bondadoso vicario rural vestido de soldado para la cabalgata del pueblo. Intentó tranquilizar a Sharpe.

—No llegará a consejo de guerra, Richard; ¡no puede ser! Probablemente tendrá que disculparse, o algo así, y se olvidará todo.

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—No me voy a disculpar de ninguna manera, mayor.

Lawford se detuvo y se dio la vuelta, apretó un dedo contra el pecho de Sharpe.

—Si le ordenan que se disculpe, Richard Sharpe, usted se disculpará. Se rebajará, se sentirá incómodo, se morirá de vergüenza y hará la pelota si se lo ordenan. ¿Lo entiende?

Sharpe taconeó con sus altas botas francesas.

—¡Coronel!

Lawford explotó con una ira que no era frecuente en él.

—Dios santo, Richard, ¿acaso no lo entiende? Esto es una falta de consejo de guerra. Ayres le ha pedido a gritos al jefe superior de la policía militar que rodara su cabeza, y el jefe superior le ha pedido a gritos al general que la autoridad de la policía militar no debía ser minada. Y el general, señor Sharpe, está bastante de acuerdo con ese punto de vista.

La pasión que había mostrado Lawford atrajo a una pequeña multitud de espectadores interesados. Su ira se desvaneció tan repentinamente como había

surgido, pero aún martilleaba con el dedo sobre el pecho de Sharpe.

—El general quiere más policía militar, no menos, y está comprensiblemente descontento con la idea de que el capitán Richard Sharpe les esté declarando la temporada de caza.

—Sí, coronel.

Lawford no se sentía calmado con la expresión alicaída de Sharpe, pues el coronel sospechaba que no era motivada por verdadero arrepentimiento.

—Y no se crea, capitán Sharpe, que simplemente porque el general nos haya mandado venir aquí le va a parecer bien su acción. Ya le ha salvado el miserable pellejo demasiadas veces en el pasado y puede no tener ganas de volver a hacerlo. ¿Entiende?

Se oyó un estallido de aplausos que provenía de un grupo de oficiales de caballería situados junto a una taberna. Lawford les lanzó una mirada fulminante y continuó andando con resolución, seguido de la imitación que hizo alguien del sonido de un clarín llamando a la carga. Sharpe le siguió. Pudiera ser que Lawford tuviera razón. El general había convocado al South Essex, nadie sabía por qué, y Sharpe deseaba que fuera para algún trabajo especial, algo para borrar de la memoria el aburrimiento del invierno. Pero la escena con el teniente Ayres podía hacer que esto cambiara para Sharpe, que lo condenaran a un consejo de guerra, a un futuro mucho más sombrío incluso que el de patrullar por una frontera desierta.

Había cuatro carretas de bueyes fuera del cuartel general de Wellington, otro recordatorio de que el ejército iba a ponerse pronto en movimiento, pero aparte de eso todo estaba en calma. El único objeto inusual era un mástil largo que sobresalía del tejado de la casa, acababa en un travesaño y de él colgaban cuatro vejigas de oveja alquitranadas. Sharpe las miró con curiosidad. Ésta era la primera vez que veía el nuevo telégrafo y deseó que estuviera funcionando de manera que pudiera ver las cuatro vejigas negras e hinchadas correr de arriba abajo por las cuerdas enviando mensajes, a través de otras estaciones similares, hacia la lejana fortaleza de Almeida y hacia las tropas que defendían el río Coa. El sistema lo copiaron de la Armada Real y se habían traído marineros para que manejaran el telégrafo. Cada letra del alfabeto se correspondía con un orden de las cuatro bolsas negras, y las palabras comunes, como regimiento, enemigo y general, se abreviaban con una única representación que podía verse a millas de distancia, mediante un enorme telescopio naval.

Sharpe había oído que un mensaje podía viajar a veinte millas de distancia en menos de diez minutos y se preguntaba, mientras se acercaban a los dos centinelas aburridos que montaban guardia en el cuartel general, qué otros artilugios modernos se tendrían que incorporar a causa de una prolongada guerra contra Napoleón. Se olvidó del telégrafo cuando entraron en el fresco vestíbulo de la casa y sintió una punzada de miedo por la entrevista que se acercaba. Curiosamente su carrera se había

visto unida a Wellington. Habían compartido el campo de batalla en Flandes, la India y ahora en la Península, y en su mochila Sharpe llevaba un telescopio regalo del general. En el interior del tubo de nogal había incrustada una plaquita de bronce curva en la que estaba inscrito en agradecimiento. aw. 23 septiembre, 1803. Sir Arthur Wellesley creía que el sargento Sharpe le había salvado la vida, aunque Sharpe, a decir verdad, recordaba poca cosa del acontecimiento, salvo que el caballo del general había sido golpeado con una pica y las bayonetas indias y los *tulwars* curvos se acercaban, y ¿qué otra cosa habría hecho un sargento sino interponerse en el camino y rechazar el ataque? Eso había sido en la batalla de Assaye, un infierno de batalla, y Sharpe vio morir a sus oficiales de los disparos de cañón, y enfurecido, se hizo cargo de los supervivientes y derrotaron al enemigo. Por poco, por Dios, pero una victoria era una victoria. Después de eso lo habían hecho oficial, lo disfrazaron como un toro, y el mismo hombre que entonces le había recompensado tenía ahora que decidir sobre su destino.

—Su Señoría los recibirá ahora.

Un mayor joven y afable les sonrió desde la puerta como si hubieran sido invitados al té. Había pasado un año desde que Sharpe vio a Wellington, pero nada había cambiado: la mesa seguía cubierta de papeles, los mismos ojos azules que no dejaban traslucir nada sobre una nariz ganchuda, y la boca elegante que sonreía a regañadientes. Sharpe se alegró de que no hubiera policía militar en la sala, así al menos no tendría que rebajarse en presencia del general, pero a pesar de eso se sentía temeroso por la ira de este hombre tranquilo y observaba, con prudencia, cómo dejaba la pluma y sus ojos inexpresivos se levantaban hacia él. Parecía que no lo reconocía.

—¿Amenazó al teniente Ayres con un fusil, capitán Sharpe? —preguntó sin hacer el menor énfasis en la palabra «capitán».

—Sí, mi general.

Wellington sacudió la cabeza. Parecía cansado. Se levantó y se dirigió a la ventana, mirando a través como si esperara algo. La habitación estaba en silencio, roto solamente por el tintineo de cadenas y el retumbar de ruedas producido por una batería de artillería que circulaba por la calle. A Sharpe le chocó que el general estuviera nervioso. Wellington se volvió hacia él.

—¿Sabe usted, capitán Sharpe, el daño que le hace a nuestra causa que nuestros soldados roben o violen? —dijo con voz mordaz pero tranquila.

—Sí, mi general.

—Así lo espero, capitán Sharpe, así lo espero —dijo, y volvió a sentarse—. A nuestros enemigos los animan a robar porque es la única manera de que puedan alimentarse. El resultado es que los odian allí por donde pasan. Yo gasto dinero, Dios mío, cuánto dinero, suministrando raciones y transporte y comprando comida al

populacho para que nuestros soldados no tengan necesidad de robar. Hacemos esto para que sean bien recibidos por los lugareños y para que los ayuden. ¿Lo entiende?

—Sí, mi general —contestó Sharpe deseando que la lección se acabara.

De repente se oyó un extraño ruido por encima de sus cabezas, algo se arrastraba, una vibración, y los ojos de Wellington se clavaron en el techo como si pudiera descifrar lo que significaba el ruido. A Sharpe se le ocurrió que el telégrafo debía estar funcionando, los cueros inflados debían correr arriba y abajo por las cuerdas, recogiendo un mensaje codificado proveniente de las tropas que estaban cara a cara con los franceses. El general escuchó durante unos segundos, entonces volvió a dirigir su cara hacia Sharpe.

—Su nombramiento aún no ha sido ratificado.

Había pocas cosas que el general hubiera podido decir de forma más calculada para preocupar a Sharpe. Oficialmente, todavía era simplemente un teniente, y su ascenso a capitán se lo había concedido Wellington hacía un año. Si la Guardia Real de Whitehall no lo aprobaba, y él sabía que normalmente rechazaban ascensos irregulares de este tipo, entonces pronto volvería a ser un teniente. No dijo nada cuando Wellington lo observó. Si esto era un disparo de alerta, se quedaría callado.

El general suspiró, cogió un papel, lo volvió a dejar.

—¿El soldado ha sido castigado?

—Sí, mi general —contestó pensando en Batten cuando se retorció en el suelo.

—Entonces, rece por que no vuelva a suceder. Ni siquiera, capitán Sharpe, a los pollos salvajes.

«Dios mío —pensó Sharpe—, sabe todo lo que sucede en su ejército.»

Se hizo un silencio. ¿Ya se había acabado? ¿Ni consejo de guerra? ¿Ni disculpas? Tosió y Wellington levantó la vista.

—¿Sí?

—Yo esperaba que hubiera más, mi general. Consejo de guerra y sumarísimo.

Sharpe oyó que Lawford se movía turbado, pero el general no parecía preocupado. Se levantó y mostró una de sus escasas y leves sonrisas.

—Con mucho gusto, capitán Sharpe, lo colgaría a usted y a ese maldito sargento. Pero me temo que lo necesitamos. ¿Qué posibilidades cree que tenemos este verano?

De nuevo se hizo el silencio. El cambio de táctica los había cogido por sorpresa. Lawford se aclaró la voz.

—Hay claramente una cierta preocupación, señor, respecto a las intenciones del enemigo y nuestra respuesta. —Otra sonrisa antipática.

—El enemigo pretende echarnos al mar, y pronto. ¿Cómo responderemos nosotros?

Wellington, pensó Sharpe, estaba haciendo tiempo. Estaba esperando algo o a alguien.

Lawford se sentía incómodo. La pregunta era de esas que hubiera preferido oírle contestar al general.

—¿Haciéndoles luchar, general?

—¿Una tropa de treinta mil, más veinticinco mil portugueses inexpertos, contra trescientos cincuenta mil hombres?

Wellington dejó que esos números se quedaran flotando en el aire como el polvo que se movía bajo la sesgada luz sobre su escritorio. Por encima de ellos aún se oían los pies de los hombres que manejaban el telégrafo. Los números, Sharpe sabía que no eran correctos. Masséna necesitaba miles de esos hombres para reprimir a los guerrilleros, pero a pesar de eso la diferencia de números era aterradora. Wellington sorbió con la nariz. Llamaron a la puerta.

—Adelante.

—General.

El mayor que los había acompañado hasta la habitación le entregó una hoja de papel al general, quien la leyó, cerró un momento los ojos y suspiró.

—¿El resto del mensaje aún está de camino?

—Sí, mi general. Pero lo esencial está aquí.

El mayor se fue y Wellington se reclinó en su silla. Eran malas noticias, intuyó Sharpe, pero probablemente no inesperadas. Recordaba que Wellington había dicho una vez que dirigir una campaña era como conducir un grupo de caballos con arcos de cuerda. Las cuerdas se rompían y lo único que podía hacer un general era hacer un nudo y seguir. Una cuerda se estaba desenredando, aquí y ahora, una de las importantes, y Sharpe observó cómo los dedos martilleaban sobre el borde de la mesa. La vista se levantó hacia Sharpe de nuevo, luego hacia Lawford.

—¿Coronel?

—¿General?

—Le tomo prestado al capitán Sharpe, y a su compañía. No sé si los necesitaré durante más de un mes.

—Sí, mi general —contestó Lawford mirando a Sharpe y encogiéndose de hombros.

Wellington se volvió a levantar. Parecía aliviado, como si hubiera tomado una decisión.

—La guerra no está perdida, caballeros, aunque sé que mi confianza no la comparten todos.

Su voz era amarga, parecía molesto con los derrotistas cuyas cartas enviadas a casa se citaban en los periódicos.

—Hemos de hacer que los franceses luchen y si lo conseguimos ganaremos.

Sharpe nunca lo había dudado. De todos los generales británicos éste era el único que sabía cómo derrotar a los franceses.

—Si ganamos tan sólo retrasaremos su avance. —Desplegó un mapa, lo miró fijamente con rostro inexpresivo, y lo volvió a enrollar de golpe—. No, caballeros, nuestra supervivencia depende de algo más. De algo que usted, capitán Sharpe, debe traerme. Debe, ¿me oye? Debe.

Desde que lo conocía, Sharpe no había oído nunca al general ser tan insistente.

—Sí, mi general.

Lawford tosió.

—¿Y si no lo consigue, señor?

Volvió a sonreír fríamente.

—Mejor que no sea así —dijo mirando a Sharpe—. No es usted el único as que tengo guardado, señor Sharpe, pero usted es... importante. Están sucediendo cosas, caballeros, que este ejército ignora. Si se supieran serían todos más optimistas.

Se volvió a sentar, dejándolos desconcertados. Sharpe sospechaba que el desconcierto era voluntario. Él dejaba que se propagaran algunos rumores dirigidos a los derrotistas, y también esto era parte del trabajo de un general. Volvió a levantar la vista.

—Ahora está bajo mis órdenes, capitán Sharpe. Sus hombres han de estar preparados para emprender la marcha esta noche. No han de ir cargados con mujeres o equipaje innecesario, y todos han de tener la munición completa.

—Sí, mi general.

—Y ha de volver usted aquí dentro de una hora. Tiene que realizar dos trabajos.

Sharpe se preguntaba si le iban a decir cuáles eran.

—¿General?

—Primero, señor Sharpe, recibirá las órdenes. No de mí sino de un viejo compañero suyo —dijo Wellington sorprendiendo la mirada curiosa de Sharpe—. El mayor Hogan.

El rostro de Sharpe dejó ver su alegría. Hogan, el ingeniero, el irlandés tranquilo que era amigo suyo, en cuyo sentido común Sharpe se había apoyado en los días difíciles de Talavera. Wellington percibió la alegría e intentó estropeársela.

—Pero antes, señor Sharpe, se disculpará usted ante el teniente Ayres —dijo mirando a Sharpe para ver cómo reaccionaba.

—Por supuesto, general. Era mi intención desde el principio. —Sharpe se mostró sorprendido ante la idea de que tal vez hubiera pensado en otra cosa y, a través de sus ojos grandes e inocentes, intentó percibir un signo de regocijo tras la mirada azul y fría del general. Wellington miró a Lawford, y con una rapidez que le era tan usual como desarmante, de repente se volvió afable.

—¿Está usted bien, coronel?

—Gracias, general. Sí.

Lawford sonrió complacido. Había servido en el estado mayor de Wellington y

conocía bien al general.

—Reúnase conmigo para cenar esta noche. A la hora de siempre. —El general miró a Forrest—. ¿Y usted, mayor?

—Será un placer, mi general.

—Bien —dijo dirigiendo los ojos hacia Sharpe—. El capitán Sharpe estará muy atareado, me temo. —Hizo un gesto de despedida—. Buenos días, caballeros.

Fuera del cuartel general los clarines tocaron retreta y el sol se puso con un color carmesí magnífico. En el interior de la tranquila habitación el general hizo una breve pausa antes de volver a sumergirse en el papeleo que tenía que acabar antes de la cena en la que se serviría carnero asado. Hogan, pensaba, tenía razón. Si se necesitara un milagro para salvar la campaña, y así era, aquel granuja al que acababa de ver era el hombre más adecuado para el trabajo. Más que un granuja: un luchador, y un hombre para quien el fracaso era algo impensable. Pero un granuja, pensó Wellington, un maldito granuja a fin de cuentas.

Capítulo 3

Sharpe perdió una hora desde que se había ido del cuartel general de Wellington y había vuelto a él imaginando todo tipo de respuestas quijotescas a la misteriosa pregunta de qué era lo que se suponía que tenía que llevarle al general. Quizás, había pensado mientras ponía en movimiento a la compañía, sería una nueva arma secreta francesa, algo parecido al sistema de cohete del coronel británico Congreve, del que se explicaban muchas historias pero del que había tan pocos datos. O, más fantástico aún, tal vez los británicos le habían ofrecido en secreto refugio a Josefina, la mujer de la que se había divorciado Napoleón, la cual podía haber pasado a escondidas a España para convertirse en prenda en las altas esferas políticas de la guerra. Seguía pensando en ello cuando lo condujeron a una gran sala del cuartel general, donde se encontró con un comité de recepción, oficial y tenso, que flanqueaba a un teniente Ayres tremendamente turbado.

El mayor joven y zalamero sonrió a Sharpe como si fuera un invitado apreciado y esperado.

—Ah, capitán Sharpe. Ya conoce al jefe superior de la policía militar y al teniente Ayres, y éste es el coronel Williams. ¿Caballeros?

El mayor hizo un gesto delicado como si los invitara a todos a sentarse y tomar una copa de jerez. Parecía que el coronel Williams, regordete y de venas coloradas, era el encargado de hablar.

—Vergonzoso, Sharpe. ¡Vergonzoso!

Sharpe se quedó mirando fijamente, durante un instante, una pulgada por encima de la cabeza de Williams sin pestañear. Era una manera útil de desconcertar a la gente, y, efectivamente, Williams retiró la mirada parpadeando e hizo un gesto impotente hacia el teniente Ayres.

—Usted puso en peligro la autoridad del teniente y se pasó de la raya con la suya propia. ¡Una vergüenza!

—Sí, mi coronel. ¡Mis disculpas!

—¿Cómo? —exclamó Williams como sorprendido por la repentina disculpa de Sharpe.

El teniente Ayres se removía incómodo, mientras el jefe superior se mostraba impaciente por dar por terminada la charla. Williams se aclaró la voz, parecía que aún quería más.

—¿Se disculpa?

—Sí, mi coronel. Sin reservas, mi coronel. Una deshonra terrible, mi coronel. Me disculpo sinceramente, mi coronel, lamento lo que hice, de la misma manera que estoy seguro que el teniente Ayres lamenta lo que hizo.

Ayres, sorprendido ante la súbita sonrisa de Sharpe, asintió con la cabeza

rápidamente mostrando estar de acuerdo.

—Yo también, mi coronel, yo también.

Williams se giró repentinamente hacia su desafortunado teniente.

—¿Qué es lo que tiene que lamentar usted, Ayres? ¿Quiere decir que hay más de lo que yo creo? —El jefe militar suspiró y restregó una bota por el suelo—. Creo que el propósito de esta reunión ha concluido, caballeros, y yo tengo mucho que hacer. —Miró a Sharpe—. Gracias, capitán, por sus disculpas. Nos vamos.

Cuando se iban, Sharpe oyó cómo el coronel Williams interrogaba a Ayres respecto a qué era lo que debía lamentar, y a Sharpe se le dibujó una sonrisa burlona que se fue ensanchando hasta convertirse en una amplia sonrisa cuando la puerta se volvió a abrir y Michael Hogan entró en la estancia. El pequeño irlandés cerró la puerta con cuidado y le sonrió a Sharpe.

—Unas disculpas tan naturales como yo esperaba de usted. ¿Qué tal está?

Se estrecharon las manos, ambos complacidos. La guerra parecía que trataba bien a Hogan. Como era ingeniero, lo habían trasladado al estado mayor de Wellington y lo habían ascendido. Hablaba portugués y español, y además de estas cualidades tenía un sentido común que no era frecuente.

Sharpe arqueó las cejas al ver el nuevo uniforme de Hogan tan elegante.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Un poco de todo.

Hogan le sonrió, hizo una pausa y estornudó con violencia.

—¡Por san Patricio! ¡Maldito Blackguard irlandés!

Sharpe se quedó perplejo y Hogan le tendió su tabaquera.

—Aquí no puedo conseguir rapé escocés, sólo Blackguard irlandés. Es como aspirar metralla directamente por la nariz.

—Déjelo.

Hogan se rió.

—Lo he intentado; no puedo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al prepararse otro estornudo.

—¡Dios del cielo!

—¿Así, qué hace?

Hogan se enjugó una lágrima de la mejilla.

—No gran cosa, Sharpe. Intento averiguar cosas, del enemigo, ya me entiende. Y hago planos. Ese tipo de cosas. Lo llamamos «inteligencia», pero es un nombre elegante para decir que se intenta conocer un poco al otro tipo. Y tengo algunas obligaciones en Lisboa. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Me las arreglo.

Lisboa, donde estaba Josefina. A Hogan se le ocurrió lo mismo que a Sharpe, y el pequeño irlandés sonrió y respondió la pregunta que flotaba en el aire.

—Ey, ella está bien.

Josefina, a quien Sharpe había amado tan brevemente, por quien había matado, y ella lo dejó por un oficial de caballería. Aún pensaba en ella, recordaba las pocas noches, pero este no era el momento ni el lugar para este tipo de recuerdo. Se la quitó de la cabeza, así como los celos que sentía por el capitán Claud Hardy, y cambió de tema.

—Así pues, ¿qué es eso que debo traerle al general?

Hogan se reclinó.

—*Nervos belli, pecuniam infinitam.*

—Ya sabe que no hablo francés.

Hogan sonrió levemente.

—Latín, Richard, latín. Su educación fue algo incompleta. Lo dijo Cicerón: «La fuerza de la guerra es el dinero ilimitado».

—¿Dinero?

—Oro, para ser exactos. Cubos llenos de oro. El maldito rescate de un rey, mi querido Richard, y nosotros lo queremos. No, más que quererlo, lo necesitamos. Sin él... —no llegó a acabar la frase, simplemente se encogió de hombros.

—¡Está bromeando, no!

Hogan encendió con cuidado otra vela —la luz al otro lado de las ventanas se desvanecía rápidamente— y habló en voz baja.

—Ojalá estuviera bromeando. Nos hemos quedado sin dinero. Usted no se lo creerá pero es así. El presupuesto de la guerra para este año es de ochenta y cinco millones de libras. ¿Se imagina? Y lo hemos agotado.

—¿Agotado?

Hogan volvió a encogerse de hombros.

—Un gobierno nuevo en Londres, malditos ingleses, pidiendo cuentas. Nosotros pagamos todos los gastos de Portugal, armamos a la mitad del pueblo español, y ahora lo necesitamos nosotros. —Recalcó el nosotros—. Eso es lo que yo creo que usted llamaría una vergüenza local. Necesitamos dinero rápido, en cuestión de días. Podríamos forzar a Londres para que nos lo diera en un par de meses, pero eso es muy tarde. Lo necesitamos ahora.

—¿Y si no?

—Si no, Richard, los franceses llegarán a Lisboa, y ni todo el dinero del mundo podrá remediarlo. —Sonrió—. Así que vaya usted y hágase con el dinero.

—Voy y cojo el dinero —dijo Sharpe sonriendo con ironía al irlandés—. ¿Cómo? ¿Lo robo?

—Digamos que lo toma «prestado». —Hogan hablaba en serio. Sharpe no dijo nada y el irlandés suspiró, se reclinó—. Hay un problema, Richard, y es que el oro es del gobierno español, por decirlo de alguna manera.

—¿Cómo?

Hogan se encogió de hombros.

—¿Quién sabe dónde está el gobierno? ¿Está en Madrid, con los franceses? ¿O en Cádiz?

—¿Y dónde está el oro? ¿En París?

Hogan sonrió cansado.

—No tan lejos. A dos días de aquí —dijo con una voz oficial, recitando instrucciones—. Se va usted esta noche, marcha hacia Almeida. El paso del Coa está defendido por los del 60; lo están esperando. En Almeida se encuentra con el mayor Kearsey. A partir de entonces está bajo sus órdenes. Nosotros esperamos que no tarde más de una semana, y si necesitara ayuda, y Dios quiera que no la necesite, esto es todo lo que va a conseguir.

Le deslizó una hoja de papel por encima de la mesa. Sharpe la desplegó. «El capitán Sharpe está bajo mis órdenes directas y se ruega y se ordena a todos los oficiales de los ejércitos aliados que ofrezcan al capitán Sharpe cualquier tipo de ayuda que pueda necesitar.» La firma era sencillamente Wellington.

—¿Aquí no dice nada del oro?

Sharpe esperaba que este encuentro le proporcionara alguna aclaración. Todo parecía más misterioso aún.

—No nos parecía prudente explicarle a mucha gente eso de que hay montones enormes de oro esperando un propietario. Es una manera de fomentar la codicia, ya me entiende.

Una mariposa nocturna dibujaba círculos alrededor de la luz de las velas. Sharpe oyó unos perros que ladraban en la ciudad y el caminar pesado de los caballos en los establos detrás del cuartel general.

—¿Así que cuánto oro?

—Kearsey se lo dirá. No se puede transportar.

—¡Dios todopoderoso! ¿No puede decirme nada?

Hogan sonrió.

—No mucho. Sin embargo, le diré algo más. —Se reclinó, cruzando los dedos por detrás de la cabeza—. La guerra va mal, Richard. La culpa no es nuestra. Necesitamos hombres, armas, caballos, pólvora, de todo. El enemigo se está haciendo fuerte. Pero sólo hay una cosa que nos puede salvar ahora y es ese dinero.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo. —Hogan suspiró, dolido por esconderle algo a un amigo de confianza—. Tenemos algo que es secreto, Richard, y debe seguir siéndolo. —Hizo con la mano una señal de interrupción—. Es el mayor secreto que he visto en toda mi vida, y no queremos que nadie lo sepa, nadie. Usted lo sabrá al final, se lo prometo; todos lo conocerán. Pero de momento, consiga el oro; pague por el secreto.

Se habían puesto en marcha a medianoche. Hogan se había despedido de ellos, y

ahora con el alba palideciendo el cielo la compañía ligera ascendía el desfiladero del río Coa hacia la ciudad amurallada de Almeida. La sombra de un piquete los había saludado con la mano al otro lado del puente estrecho y elevado que cruzaba el río, y a Sharpe le había parecido en aquel momento que marchaba hacia lo desconocido. El camino a partir del río ascendía zigzagueando la falda de la garganta. Unas rocas que sobresalían dificultaban el paso; el amanecer que avanzaba mostró un paisaje salvaje medio oculto por la neblina que surgía del agua. Los hombres iban en silencio, guardaban las energías para el camino escarpado.

Almeida, una milla por delante más o menos, era como una isla en territorio francés. Era una ciudad amurallada portuguesa, defendida por un ejército portugués bajo mando británico, pero el campo que la rodeaba estaba en manos de los franceses. Sharpe sabía que los franceses pronto tendrían que sitiar Almeida, abrirse una vía en las famosas murallas, tomar por asalto la brecha y sumergir la isla en sangre, para poder marchar sin peligro hacia Lisboa. Los centinelas del puente habían dado una patada contra el suelo y saludaban con la mano hacia las oscuras colinas.

—Ayer no hubo patrullas. No debería tener problemas.

Los hombres de la compañía ligera no estaban preocupados por los franceses. Si Richard Sharpe quisiera llevarlos a París irían, ciegamente convencidos de que los llevaría a buen término, y ellos le habían sonreído irónicamente cuando él les había dicho que tenían que dirigirse por detrás de las patrullas enemigas, atravesando el Coa, atravesando el río Águeda —pues Hogan sabía esto— y luego regresar. Pero algo en la voz de Sharpe no les había gustado; nadie había dicho nada, pero era bien sabido que el capitán estaba preocupado. Harper lo había recogido. Ahora marchaba junto a Sharpe mientras el camino descendía hacia el Coa y la superficie todavía era pegajosa a causa de la lluvia.

—¿Qué problema hay, mi capitán?

—No hay ninguno.

El tono de Sharpe daba por terminada la conversación, pues iba recordando las últimas palabras de Hogan. Sharpe había estado presionando e indagando, intentando obtener una información que Hogan no le había dado.

—¿Por qué nosotros? Eso parece una misión para la caballería.

Hogan negó con la cabeza.

—La caballería lo intentó y fracasó. Kearsey dice que el terreno no es adecuado para caballos.

—¿Pero a la caballería francesa le va bien?

Otra cabezada de cansancio.

—Kearsey dice que usted lo hará bien.

La voz de Hogan parecía algo forzada.

—A usted le preocupa.

Hogan extendió las manos.

—Teníamos que haber ido en busca del oro hace días. Cuanto más tiempo esté allí, más arriesgado será.

La habitación se mantuvo en silencio un instante. La mariposa nocturna se había quemado las alas, aleteaba sobre la mesa, y Sharpe la aplastó.

—Usted no cree que lo consigamos, ¿no es así? —Era una afirmación, no una pregunta.

—No —dijo Hogan levantando la vista de la mariposa.

—¿Así que la guerra está perdida?

Hogan asintió con la cabeza. Sharpe sacudió la mariposa hacia el suelo.

—Pero el general dice que tiene escondidos otros ases en la manga. Que ésta no es la única esperanza.

Los ojos de Hogan estaban cansados.

—Eso es lo que ha de decir.

Sharpe se levantó.

—¿Y entonces por qué narices no envían ustedes tres malditos regimientos? Cuatro. ¡Envíen al maldito ejército! Asegúrense de que conseguirán el oro.

—Está demasiado lejos, Richard. No hay caminos más allá de Almeida. Si llamamos la atención, entonces los franceses vendrán a por nosotros. Los regimientos no llegarían nunca a atravesar ambos ríos sin tener que luchar, y les superarían en número. No. Lo enviamos a usted.

Y ahora se encontraba subiendo por las curvas cerradas del camino fronterizo, oteando el triste horizonte en busca del destello delator de un sable desenvainado del enemigo, y marchando con la certeza de que se temía que fracasara. Su esperanza era que el mayor Kearsey, que esperaba a la compañía en Almeida, tuviera más fe, pero Hogan se había mostrado desconfiado respecto al mayor. Sharpe había vuelto a indagar.

—¿No se puede confiar en él?

Hogan sacudió la cabeza en señal de negación.

—Es de los mejores, Richard, realmente uno de los mejores. Pero no es exactamente el tipo de hombre que hubiéramos escogido para este trabajo.

Se había negado a darle detalles. Kearsey, le había explicado, era un oficial explorador, uno de los hombres que cabalgaba sobre veloces caballos tras las líneas enemigas, con uniforme de gala, y enviaba un montón de información, despachos capturados a los franceses por los guerrilleros y mapas del terreno. Era Kearsey el que había descubierto el oro y el que informó a Wellington, y sólo Kearsey conocía el lugar exacto. Kearsey, adecuado o no, era la llave del éxito.

El camino se allanaba sobre la alta cresta en la orilla este del Coa, y delante, la luz del amanecer recortaba la silueta de la fortaleza situada más al norte de Portugal,

Almeida. Ésta dominaba el campo que la rodeaba a millas de distancia, era una ciudad construida sobre una colina que se alzaba hacia la enorme masa de la catedral a un lado y el castillo al otro. Más abajo de estas construcciones, tan macizas y desafiantes, las casas de gruesas tejas descendían por las estrechas calles hasta alcanzar las auténticas defensas de Almeida. A esa hora tan temprana, a esa distancia, lo que impresionaba era el castillo, con cuatro torreones enormes y murallas almenadas, pero Sharpe sabía que hacía tiempo que las altas almenas estaban fuera de uso, y se habían visto reemplazadas por las murallas bajas y grises que configuraban una estructura amplia y siniestra alrededor de la ciudad. No envidiaba a los franceses. Tendrían que atacar a través del campo abierto, por entre un laberinto científicamente diseñado de fosos y muros ocultos, y en todo momento estarían enfilados por docenas de baterías disfrazadas que podían lanzar metralla al campo mortífero que se extendía entre los brazos largos y elegantes de las fortificaciones con forma de estrella. Almeida había sido fortificada, sus defensas se habían vuelto a construir hacía tan sólo siete años, y el castillo, antiguo e innecesario, miraba con desdén al monstruo de granito, moderno y carente de elegancia, que tan sólo había sido proyectado para atraer, atrapar y destruir.

Al acercarse más, las defensas parecían menos amenazantes. Era una ilusión. Los viejos tiempos de muros altos y elegantes se habían acabado y las mejores fortalezas modernas estaban rodeadas por suaves montículos, como a los que se acercaba la compañía ligera, que presentaban una pendiente tan suave que incluso un cojo podría subirla a pie sin quedarse sin aliento. Los montículos tenían la misión de desviar los cañonazos de los sitiadores, enviar las balas y bombas a rebotar en el aire, por encima de las murallas, de manera que cuando atacara la infantería, encontrarán las trampas mortíferas intactas. Encima de esta inclinación se ocultaba un foso amplio, en cuyo extremo más alejado se elevaba un muro de granito, coronado por cañones que escupían, y aunque se tomara esa posición había otra detrás, y otra más, y Sharpe se alegró de que no se requiriera su fuerza para atacar una fortaleza como ésta. Eso ya llegaría, bien lo sabía, porque antes de que los franceses fueran escupidos fuera de España, los británicos tendrían que tomar ciudades como ésta, y se quitó la idea de la cabeza. Ya tendría bastante cuando le llegara el día.

Los defensores portugueses eran tan impactantes como sus murallas. La compañía atravesó la primera puerta, un túnel que abarcaba dos curvas hacia la derecha por debajo de la primera de las enormes murallas, y a Sharpe le gustó el aspecto de los portugueses. No tenían nada que ver con el desorden que mostraba el ejército de España. Los portugueses parecían seguros; tenían la arrogancia de los soldados conscientes de su propia fuerza y no temían la tormenta de franceses que pronto rodearía los muros de su inmensa estrella de granito. Las estrechas calles de la ciudad estaban prácticamente vacías de civiles, la mayoría de las casas estaban atrancadas, y

para Sharpe era como si Almeida estuviera esperando, desierta, algún acontecimiento importante. Ciertamente estaba preparada. Desde los cañones sobre las murallas interiores hasta los fardos de alimentos amontonados en los patios, la fortaleza estaba abastecida y preparada. Era la puerta de entrada de Portugal y Masséna necesitaría toda su astucia de zorro y toda su fuerza para abrirla.

El general de brigada Cox, el mando inglés de la guarnición, tenía su cuartel general en la cima de la colina, pero Sharpe lo encontró fuera, en la plaza mayor, observando cómo sus hombres hacían rodar barriles de pólvora al interior de la catedral. Cox, alto y distinguido, le devolvió el saludo a Sharpe.

—Un honor, Sharpe, un honor. Ya sabemos lo de Talavera.

—Gracias, general. —Echó una mirada a los barriles que se introducían en la oscura catedral—. Se les ve bien preparados.

Cox asintió con la cabeza alegremente.

—Lo estamos, Sharpe, lo estamos. Llenos hasta la borda y listos para zarpar. —Señaló con la cabeza hacia la catedral—. Ese es nuestro polvorín.

Sharpe se mostró sorprendido y Cox se rió.

—Las mejores defensas de Portugal y no hay sitio para almacenar las municiones. ¿Se lo imaginaba? Afortunadamente construyeron la catedral para que aguantara. Muros como los del castillo de Windsor y criptas como calabozos. Un polvorín. No, no me puedo quejar, Sharpe. Cantidad de armas y cantidad de municiones. Deberíamos resistir contra los gabachos unos dos meses. —Miró dudoso la casaca verde y descolorida de Sharpe—. Aunque me conformaría con algunos fusileros de primera.

Sharpe vio que a su compañía le mandaban continuar hacia las murallas principales y cambió rápidamente de tema.

—Tengo entendido que he de presentarme al mayor Kearsey, general.

—¡Ah! ¡Nuestro oficial explorador! Lo encontrará en el lugar más cerca de Dios —dijo Cox riendo.

Sharpe estaba confundido.

—¿Cómo dice, general?

—En lo alto del castillo, Sharpe. No tiene pérdida, justo al lado del telégrafo. Sus chicos pueden desayunar en el castillo.

—Gracias, general.

Sharpe subió las escaleras zigzagueantes del torreón que tenía un mástil en la punta, y a medida que se aproximaba bajo la primera luz del sol, entendió la referencia de Cox respecto a la cercanía de Dios. Detrás del telégrafo de madera con las cuatro vejigas quietas, idéntico al artilugio de Celorico, Sharpe vio a un hombrecito de rodillas con una Biblia abierta y un telescopio a su lado. Sharpe tosió y el hombrecillo abrió un ojo feroz y luchador.

—¿Sí?

—Sharpe, mayor. South Essex.

Kearsey asintió con la cabeza, cerró el ojo y volvió a sus oraciones, moviendo los labios velozmente hasta que finalizó. Entonces respiró profundamente, sonrió al cielo como si hubiera cumplido con su deber, y se volvió hacia Sharpe con expresión repentinamente feroz.

—Kearsey.

Se levantó, sus espuelas tintinearón sobre las piedras. El jinete de caballería era un pie más bajo que Sharpe, pero parecía compensar su falta de estatura con una mirada de fervor y rectitud dignos de un Cromwell.

—Encantado de conocerle, Sharpe. —Su voz era bronca y no parecía en absoluto encantado—. Conozco lo de Talavera, por supuesto. Buen trabajo.

—Gracias, mayor.

Kearsey había conseguido que el cumplido sonara como puesto en boca de un hombre que hubiera capturado personalmente dos o tres docenas de águilas y estuviera dando ánimos a un aprendiz. El mayor cerró la Biblia.

—¿Usted reza, Sharpe?

—No, mayor.

—¿Es cristiano?

Resultaba una conversación extraña cuando se estaba a punto de perder definitivamente la guerra, pero Sharpe conocía a otros oficiales como éste que iban a la guerra con su fe como si fuera un arma extraordinaria.

—Supongo que sí, mayor.

Kearsey resopló.

—¡Eso no se supone! O se está bañado en la sangre de Cristo o no. Luego le hablaré de esto.

—Sí, mayor. Será un placer.

Kearsey miró a Sharpe, pero decidió creerlo.

—Estoy contento de que esté aquí, Sharpe. Podemos ir. ¿Sabe lo que hemos de hacer? —No esperó una respuesta—. Un día de marcha hasta Casatejada, coger el oro, escoltarlo de vuelta a las líneas británicas y mandarlo de camino. ¿Entendido?

—No, mayor.

Kearsey ya había empezado a dirigirse hacia la escalera y, al oír las palabras de Sharpe, se detuvo bruscamente, se giró y levantó la vista hacia el fusilero. El mayor llevaba un gabán largo y negro y a la luz primera del amanecer parecía un murciélago pequeño y malévolo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Dónde está el oro, de quién es, cómo lo sacamos, adonde va, si lo sabe el enemigo, por qué nosotros y no la caballería, y sobre todo, mayor, para qué se va a

utilizar.

—¿Utilizar? —Kearsey parecía perplejo—. ¿Utilizar? No es asunto suyo, Sharpe.

—Yo así lo entiendo, mayor.

Kearsey caminaba de vuelta hacia el muro almenado.

—¡Utilizar! Es oro español. Pueden hacer lo que quieran con él. Pueden comprar más imágenes ostentosas para sus iglesias católicas, si quieren, pero no lo harán. — Empezó a ladrar y Sharpe se dio cuenta, después de un instante de pánico, de que el mayor se estaba riendo—. Comprarán armas, Sharpe, para matar a los franceses.

—Yo creía que el oro era para nosotros, mayor. Para los británicos... —Sharpe pensó que Kearsey parecía un perro tosiendo, y observó que casi se doblaba con aquella extraña risa.

—Disculpe, Sharpe. ¿Para nosotros? Qué idea. Es oro español, les pertenece. ¡No es para nosotros! ¡Ah, no! Nosotros simplemente lo entregaremos en Lisboa y la Armada Real lo transportará a Cádiz. —Kearsey volvió a iniciar su extraño ladrido, repitiendo: «¡Para nosotros! ¡para nosotros!».

Sharpe decidió que no era el momento ni el lugar de ilustrar al mayor. No importaba mucho lo que pensara Kearsey, siempre que el oro llegara a salvo al otro lado del río Coa.

—¿Dónde está ahora, mayor?

—Se lo he dicho. Casatejada.

Kearsey se mosqueaba, como si fuera reticente a proporcionar información preciada, pero entonces pareció ablandarse y se sentó en el borde de la plataforma del telégrafo y fue pasando rápidamente las páginas de la Biblia al tiempo que hablaba.

—Es oro de los españoles. Enviado por el gobierno a Salamanca para pagar al ejército. El ejército está derrotado, ¿lo recuerda? Así que los españoles tienen un problema. Un montón de dinero en el quinto pino, sin ejército, y el campo plagado de franceses. Afortunadamente un buen hombre localizó el oro, me lo dijo y yo encontré la solución.

—La Armada.

—¡Exacto! Nosotros enviamos el oro de vuelta al gobierno de Cádiz.

—¿Quién es el «buen hombre», mayor?

—Ah, César Moreno. Un hombre distinguido, Sharpe. Lidera una banda de guerrilleros. Trajo el oro de Salamanca.

—¿Cuánto, mayor?

—Dieciséis mil monedas.

La cantidad no le dijo nada a Sharpe. Dependía de lo que pesara cada moneda.

—¿Por qué no lo lleva Moreno al otro lado de la frontera, mayor?

Kearsey se acarició el bigote gris, se tiró bruscamente del gabán, y pareció molestarse con la pregunta. Miró duramente a Sharpe, como si estuviera calibrando si

decir más, y entonces suspiró.

—Problemas, Sharpe, problemas. La banda de Moreno es pequeña y se han unido a otro grupo, uno mayor, y el jefe nuevo no quiere ayudarnos. Este hombre se va a casar con la hija de Moreno, tiene mucha influencia, y es nuestro problema. ¿Se cree que lo que queremos es robar el oro! ¿Se imagina?

Sharpe se lo imaginaba perfectamente, y sospechaba que Wellington había hecho algo más que imaginarlo. Kearsey espantó una mosca.

—No nos ayudó nada el fracaso de hace dos semanas.

—¿Fracaso?

Kearsey parecía disgustado.

—La caballería, Sharpe. Mi propio regimiento, también. Enviamos cincuenta hombres y los cogieron. —Sacudió la mano de arriba abajo como si fuera un sable—. Cincuenta. Así que quedamos mal ante los españoles. No confían en nosotros, y creen que estamos perdiendo la guerra y que planeamos quitarles el oro. El Católico quiere transportar el dinero por tierra, pero yo he tratado de convencerlos para que nos den otra oportunidad.

Después de una escasez de información, de repente Sharpe se veía inundado con nuevos datos.

—¿El Católico, mayor?

—¡Ya se lo he dicho! El jefe nuevo. El que se va a casar con la hija de Moreno.

—¿Pero por qué el Católico?

Una cigüeña aleteó en el cielo, con las patas hacia atrás y sus grandes alas perfiladas de negro, y Kearsey la observó durante uno o dos segundos.

—¡Oh! Ya le entiendo. El Católico. Reza ante sus víctimas antes de matarlas. La oración latina por los muertos. Una broma, supongo. El mayor parecía triste. Sus dedos iban pasando las páginas con rapidez como si tomara fuerza de los salmos y de las historias que estaban bajo las puntas de sus dedos.

—Es un hombre peligroso, Sharpe. Un ex oficial, sabe luchar, y no quiere que nosotros nos impliquemos.

Sharpe respiró profundamente, caminó hacia el muro almenado y miró fijamente el paisaje rocoso hacia el norte.

—Así pues, mayor, el oro está a un día de marcha de aquí, defendido por Moreno y el Católico, y nuestra misión es ir en su busca, convencerlos de que nos lo dejen traer, y escoltarlo hasta el otro lado de la frontera.

—Así es.

—¿Qué le impide a Moreno llevárselo, mayor? Quiero decir, mientras usted esté aquí.

Kearsey soltó un solo resoplido.

—He pensado en eso, Sharpe. Dejé allí a un hombre, uno del regimiento, un buen

hombre. No pierde de vista las cosas, tiene a los guerrilleros contentos.

Kearsey se levantó y, bajo el creciente calor del sol, se quitó el gabán. Su uniforme era azul, con una pelliza de piel gris con galón plateado. A su lado tenía la funda de acero bruñido del sable curvo. Era el uniforme de los Dragones del Príncipe de Gales, de Claud Hardy, del amante de Josefina, del usurpador de Sharpe. Kearsey introdujo la Biblia en la bolsa que llevaba colgada.

—Moreno confía en nosotros; sólo hemos de preocuparnos por el Católico, y Hardy le cae bien. Yo creo que todo irá bien.

—¿Hardy?

De alguna manera Sharpe lo había intuido, el sentimiento de una historia inacabada.

—Así es —dijo Kearsey, y le echó una mirada brusca—. El capitán Claud Hardy. ¿Lo conoce?

—No, mayor.

Y era cierto. No se habían visto nunca, simplemente había visto que Josefina se marchaba con Hardy. Él pensaba que el joven oficial de caballería estaría en Lisboa, pasando las noches en bailes, y en vez de eso ¡estaba allí! Esperando a un día de marcha.

Miró fijamente hacia el oeste, lejos de la mirada de Kearsey, hacia la profunda y oscura garganta del Coa que cortaba el paisaje. Kearsey dio un taconazo.

—¿Alguna cosa más, Sharpe?

—No, mayor.

—Bien. Nos pondremos en marcha mañana. Nueve en punto.

Sharpe se giró.

—Sí, señor.

—Una regla, Sharpe. Yo conozco el terreno, usted no, así que no haga preguntas, simplemente obediencia al momento.

—Sí, mayor.

—Las oraciones de la compañía al amanecer, a menos que los gabachos lo impidan.

—Sí, mayor.

Kearsey le devolvió el saludo a Sharpe.

—A las nueve, entonces. ¡En la puerta norte!

Se volvió y bajó repiqueteando las escaleras zigzagueantes y Sharpe se volvió hacia los muros almenados, se apoyó en el granito, y se quedó mirando fijamente las enormes defensas por debajo de él.

Josefina. Hardy. Estrujó el anillo de plata, con un águila grabada, que ella le había comprado antes de la batalla, pero que fue su regalo de despedida cuando terminó la matanza a lo largo de las orillas del Portina, al norte de Talavera. Él había intentado

olvidarla, se decía que no valía la pena, mientras miraba el duro paisaje hacia el norte, intentaba quitársela de la cabeza, pensar en el oro, en el Católico, el asesino que rezaba, y en César Moreno. ¿Pero hacer el trabajo con el amante de Josefina? ¡Maldita sea!

Un guardiamarina, lejos del mar, entró en el torreón para manipular el telégrafo, y miró con curiosidad al alto fusilero de cabello oscuro y con la cicatriz en la cara. Parecía, pensó el guardiamarina, una bestia peligrosa, y se fijó en que una mano morena y grande toqueteaba la empuñadura de una enorme espada de hoja recta.

—¡Es una puta! —dijo Sharpe.

—¿Disculpe, capitán?

El guardiamarina, de quince años, estaba espantado. Sharpe se giró; no se había dado cuenta de que no estaba solo.

—Nada, hijo, nada. —Sonrió con ironía al muchacho perplejo—. El oro para la codicia, las mujeres para los celos, y la muerte para los franceses. ¿No es así?

—Sí, capitán. Por supuesto, capitán.

El muchacho vio que el hombre alto bajaba las escaleras. Una vez, hacía tiempo, deseó alistarse en el ejército, pero su padre simplemente había alzado la vista y le dijo que cualquiera que se alistara en el ejército era un loco de remate. Empezó a desatar las cuerdas que sujetaban las vejigas. Su padre, como siempre y sin ninguna duda, tenía razón.

Capítulo 4

A pie Kearsey era curioso, y a ojos de Sharpe, absurdo. Se contoneaba con pasitos, las piernas daban tijeretazos rápidos, mientras que sus ojos, por encima del gran bigote gris, se asomaban agudos mirando a la masa de humanos más altos que él. Sin embargo, a horcajadas sobre su caballo ruano, se encontraba a sus anchas, como si le hubieran devuelto su verdadera altura. A Sharpe le había impresionado la marcha durante la noche. La luna era pálida y estaba recubierta de nubes, sin embargo el mayor había guiado a la compañía sin equivocarse a través del terreno difícil. Habían cruzado la frontera en algún punto de la oscuridad, un gruñido de Kearsey lo había anunciado, y entonces la ruta descendía hacia el río Águeda, donde habían esperado las primeras señales del amanecer. Si Kearsey era impresionante también era preocupante. La marcha había sido interrumpida con consejos, avisos condescendientes, como si Kearsey fuera el único hombre que supiera de los problemas. Ciertamente conocía el campo, desde las granjas de cultivo que había a lo largo del camino que iba de Almeida a Ciudad Rodrigo, hasta las tierras altas que estaban al norte, el caos de los valles y colinas que finalmente descendían hacia el Duero, el río en el que desembocaban el Coa y el Águeda.

Conocía los pueblos, los senderos, los ríos y dónde se podían cruzar; conocía las colinas altas y los pasos resguardados, y en el campo solitario conocía las bandas de guerrilleros y dónde se los podía encontrar. Sentado entre la neblina que se levantaba del Águeda como un fantasma, hablaba con su voz bronca de los guerrilleros. Sharpe y Knowles escuchaban, con el río invisible convertido en un ruido de fondo, mientras el mayor hablaba de emboscadas y muertes, de los lugares secretos donde se almacenaban las armas, y de los códigos de señales que se lanzaban de la cima de una colina a otra.

—Nada se mueve aquí, Sharpe, nada, sin que lo sepan los guerrilleros. Los franceses tienen que escoltar a cada mensajero con cuatrocientos hombres. ¿Se lo imagina? Cuatrocientos sables para proteger un despacho y a veces ni siquiera eso es suficiente.

Sharpe podía imaginárselo, e incluso compadecer a los franceses. Wellington pagaba dinero contante y sonante por cada despacho capturado; algunas veces llegaban a su cuartel general con la sangre del mensajero muerto aún fresca en el papel. El mensajero que moría en tales luchas era afortunado. A los heridos se les apresaba, no para obtener información sino como venganza, y la guerra en las colinas entre los franceses y los españoles era una historia terrible de espantoso dolor. Kearsey iba pasando con rapidez las páginas de su Biblia invisible mientras hablaba.

—De día los hombres son pastores, labradores, molineros, pero de noche son asesinos. Por cada francés que matamos nosotros, ellos matan dos. Piense en lo que

eso significa para los franceses, Sharpe. Cada hombre, cada mujer, cada niño, es un enemigo sobre el terreno. Incluso el catecismo ha cambiado. «¿Los franceses son verdaderos creyentes?» «No, son larvas del diablo que se extienden y que deben ser erradicadas.» —Soltó una de sus risotadas.

Knowles estiró las piernas.

—¿Las mujeres luchan, mayor?

—Luchan, teniente, igual que los hombres. La hija de Moreno, Teresa, es tan buena como cualquier hombre. Sabe tender una emboscada, sabe perseguir. Incluso la he visto matar.

Sharpe levantó la vista y miró la neblina que se volvía plateada sobre su cabeza, mientras el amanecer se espachurraba sobre las colinas.

—¿Es la que se va a casar con el Católico?

Kearsey se echó a reír.

—Sí. —Se quedó en silencio durante un segundo—. No todos son buenos, claro está. Algunos son simples bandidos, que saquean a su propia gente. —Permaneció de nuevo en silencio.

Knowles captó su incertidumbre.

—¿Se refiere al Católico, mayor?

—No —contestó Kearsey aún dudoso—. Pero es un hombre duro. Yo le he visto despellejar a un francés vivo, pulgada a pulgada, e ir rezando al mismo tiempo.

Knowles emitió un sonido que indicaba repugnancia, pero Kearsey sacudió la cabeza en señal de negación.

—Ha de entender, teniente, cuánto odian. A la madre de Teresa la mataron los franceses y no tuvo una muerte agradable. —Posó los ojos sobre la Biblia, intentando leer; luego dirigió la mirada hacia la neblina que se aclaraba—. Debemos irnos. Casatejada está a dos horas de camino. —Se puso de pie—. Les irá mejor atarse las botas alrededor del cuello cuando crucemos el río.

—Sí, mayor —dijo Sharpe impaciente.

Había cruzado probablemente unos mil ríos en los años que llevaba de soldado, pero Kearsey insistía en tratarlos a todos como simples aficionados.

Una vez atravesado el Águeda, frío y profundo hasta la cintura, ya habían sobrepasado a las patrullas británicas más alejadas. A partir de ese momento no existía la esperanza de que una caballería amiga, ni un capitán Lossow con sus sables alemanes, los ayudara en caso de tener problemas. Esto era territorio francés, y Kearsey cabalgaba a la cabeza, rastreando el terreno en busca de señales del enemigo. Las colinas eran el terreno de caza de los franceses, el escenario de incontables encuentros breves y sangrientos entre soldados de caballería y guerrilleros, y Kearsey condujo a la compañía ligera por senderos encima de las pendientes de manera que en caso de que apareciera una patrulla enemiga pudieran gatear rápidamente hacia las

rocas altas donde los jinetes no podrían seguirlos. La compañía parecía excitada, contenta de encontrarse cerca del enemigo, y sonrieron a Sharpe cuando los miraba pasar en fila por el camino de cabra.

Ahora sólo contaba con veinte fusileros, incluyéndose a sí mismo y a Harper, de los treinta y un supervivientes que salvó del horror que supuso la retirada de La Coruña. Eran hombres buenos, los casacas verdes, lo mejor del ejército, y él estaba orgulloso de ellos. Daniel Hagman, el viejo cazador furtivo, era el mejor tirador. Parry Jenkins, cinco pies y cuatro pulgadas de locuacidad galesa, era capaz de sacar pescados de las aguas más reticentes. Jenkins, en la lucha compañero de Isaiah Tongue, instruido en libros y alcohol, que creía que Napoleón era un genio iluminado, Inglaterra una tiranía asquerosa, pero que sin embargo luchaba con la serena seguridad de un buen fusilero. Tongue les escribía las cartas a los demás hombres de la compañía, les leía el escaso correo cuando llegaba, y deseaba discutir con Sharpe sus ideas, pero no se atrevía. Eran buenos hombres.

Los otros treinta y tres eran todos casacas rojas, armados con el mosquete de ánima lisa Brown Bess, pero ya se habían curtido en Talavera y en las aburridas patrullas del invierno. El teniente Knowles, aún intimidado por Sharpe, era un buen oficial, firme y justo. Sharpe hizo una señal con la cabeza a James Kelly, un cabo irlandés, que había sorprendido al batallón casándose con Pru Baxter, una viuda que era un pie más alta que él y pesaba unos doce kilos más que el esquelético Kelly, pero el irlandés apenas había dejado de sonreír en los tres meses que llevaba casado. El sargento Read, metodista, que se preocupaba por las almas de la compañía, como debía ser. La mayoría eran delincuentes, que habían eludido la justicia alistándose, y la mayoría eran borrachos, pero estaban en la compañía de Sharpe y él los defendería, incluso a los más inútiles, como el soldado Batten o el soldado Roach, que chuleaba a su mujer por un chelín.

El sargento Harper, el mejor de todos ellos, caminaba junto a Sharpe. Junto al fusil de siete cañones se había colgado dos mochilas que pertenecían a los hombres que se caían de cansancio tras la noche de marcha. Hizo un gesto con la cabeza hacia atrás.

—¿Qué viene luego, mi capitán?

—Recogemos el oro y volvemos. Sencillo.

Harper sonrió burlón. En la batalla era salvaje, canturreaba las viejas historias de los héroes gaélicos, los guerreros de Irlanda, pero lejos de la lucha recubría su inteligencia con un encanto que hubiera engañado al diablo.

—¿Usted se lo cree, capitán?

Sharpe no tuvo tiempo de contestar. Kearsey se había detenido, unas doscientas yardas delante de ellos, y había desmontado. Señalaba a la izquierda, ladera arriba, y Sharpe repitió el gesto. La compañía se dirigió rápidamente hacia las piedras y se

acucillaron mientras Sharpe, todavía confundido, corrió hacia el mayor.

—¿Mayor?

Kearsey no contestó. El mayor estaba vigilante, como un perro apuntando a una presa, pero Sharpe pudo verle en los ojos que Kearsey no estaba seguro de qué era lo que le había alarmado. El instinto, el mejor don de un soldado, funcionaba, y Sharpe, que confiaba en su propio instinto, no percibía nada.

—¿Mayor?

El mayor señaló hacia la cima de la colina, a una media milla de distancia.

—¿Ve aquellas piedras?

Sharpe vio un montón de cantos rodados en la cumbre de la colina.

—Sí, mayor.

—Se ve una piedra blanca, ¿no es así?

Sharpe asintió, y Kearsey se sintió aliviado de que sus ojos no lo hubieran engañado.

—Eso significa que el enemigo está fuera. Vamos.

El mayor llevó a su caballo, *Marlborough*, hasta el lío de rocas, y Sharpe lo siguió con paciencia, preguntándose cuántas otras señales secretas habrían pasado durante la noche. Los de la compañía sentían curiosidad, pero estaban callados, y Kearsey los condujo pasada la cima, a un valle sembrado de rocas, y luego de nuevo hacia el este, camino del pueblo donde les estaría esperando el oro.

—No estarán por aquí arriba, Sharpe —dijo el mayor convencido.

—¿Dónde pues?

Kearsey señaló adelante, pasada la cabecera del valle. Parecía preocupado.

—Casatejada.

Hacia el norte, sobre las cimas de las colinas, un banco de nubes inmóviles amenazaba en el horizonte, pero por lo demás el cielo formaba una bóveda azul intacta sobre la hierba pálida y las rocas. A ojos de Sharpe no había nada extraño en el paisaje. Un tordo, asustado y ruidoso, se alejó volando del paso de la compañía, y Sharpe vio que Harper sonreía complacido. El sargento se podía pasar la vida observando los pájaros, pero sólo le prestó atención al tordo durante unos segundos antes de volver a otear el horizonte. Todo parecía inocente, un valle alto a la luz del sol de la mañana, sin embargo toda la compañía estaba alerta por lo que acababa de apercibir el mayor.

Una milla valle arriba, allí donde las laderas empezaban a allanarse hasta convertirse en una cumbre desolada, Kearsey ató a *Marlborough* a una roca. Le habló al caballo y Sharpe entendió que, durante muchos días solitarios detrás de las líneas francesas, el pequeño mayor sólo habría tenido a su caballo por compañía. El mayor se volvió hacia Sharpe, de nuevo con la voz ronca.

—Venga. Quédese agachado.

El horizonte resultó ser una falsa cima. Detrás había una hondonada, en forma de cuenco, y al tiempo que Sharpe corría por el borde se dio cuenta de que Kearsey los había conducido a una posición estratégica elevada sobre las colinas, que el único punto más alto era la cumbre con la piedra blanca de aviso. La pendiente del borde era escarpada, imposible para un caballo, y la compañía se desplomó en el hueco y se sentó, agradecidos por el descanso, mientras Kearsey hacía señas a Sharpe hacia el extremo opuesto.

—¡Agáchese! —Los dos oficiales utilizaron las manos y los pies para escalar la cara interior de la hondonada y entonces se asomaron por el borde.

—Casatejada —dijo Kearsey casi de mala gana, como si no quisiera compartir ese pueblo altamente secreto con otro inglés.

Casatejada era bonito: un pueblecito situado en un valle alto construido allí donde dos corrientes confluían y regaban suficiente tierra para mantener a unas cuarenta casas. Sharpe empezó a memorizar el trazado del pueblo, a dos millas de distancia, el viejo torreón en uno de los extremos de la calle principal, un recuerdo de que ésta era una tierra fronteriza, después la iglesia, y luego la única casa grande en el extremo de la calle. No se atrevió a utilizar su telescopio dirigido hacia el este, hacia el sol naciente, pues podía reflejarse en la lente, pero incluso sin él, veía que la casa estaba construida alrededor de un patio generoso y que en el interior de los muros había establos y otras dependencias. Le preguntó a Kearsey por la casa.

—La casa de Moreno, Sharpe.

—¿Es rico?

Kearsey se encogió de hombros.

—Lo era. La familia es dueña de todo el valle y de muchas otras tierras. ¿Pero quién es rico con los franceses aquí? —Los ojos de Kearsey se dirigieron hacia la izquierda, calle abajo—. El castillo. Ahora ruinas, pero lo usan como refugio durante las incursiones al otro lado de las colinas.

No se veían animales ni seres humanos, simplemente el viento agitaba la cebada que aún no habían segado. La única calle del pueblo estaba desierta y Sharpe dejó que sus ojos se dirigieran más allá de la iglesia, a través de un pasto llano hacia algunos árboles frutales enanos, y allí, medio oculta por el huerto, había otra iglesia y un campanario.

—¿Y aquella iglesia allí lejos?

—La ermita.

—¿La ermita?

Kearsey gruñó.

—Un hombre santo vivía allí, hace tiempo, y construyeron la capilla. Ahora no la utilizan, tan sólo el cementerio que está allí.

Sharpe veía, por entre los árboles, el cementerio cercado. Kearsey señaló con la

cabeza hacia la ermita.

—Allí es donde está el oro.

—¿Dónde está escondido?

—En el panteón de los Moreno, dentro de la ermita.

La calle del pueblo giraba a la izquierda. A la derecha, hacia el sur, la calle se convertía en un camino que desaparecía entre las sombras púrpura hacia el extremo lejano del valle, a millas de distancia, pero hacia la izquierda el camino se acercaba a las colinas antes de desaparecer entre las laderas. Señaló con el dedo.

—¿Adonde va?

—El vado de San Antón.

Kearsey se enroscaba el bigote gris, echando una mirada hacia arriba a la piedra blanca de la cumbre, y luego de nuevo al pueblo.

—Deben de estar allí.

—¿Quiénes?

—Los franceses.

No se movía nada, salvo el viento en el campo de cebada. Los ojos de Kearsey miraban valle arriba y valle abajo.

—Una emboscada.

—¿Qué quiere decir, mayor?

Sharpe empezaba a comprender que no sabía nada de este tipo de guerra. Kearsey habló en voz baja.

—La veleta de la iglesia. Se mueve. Cuando los guerrilleros están en el pueblo la sujetan con una barra de hierro, así uno sabe que están allí. No hay animales. Los franceses los han sacrificado para comer. Están esperando, Sharpe, en el pueblo, y quieren que los guerrilleros crean que se han ido.

—¿Y se lo creerán?

Kearsey soltó su ladrido asmático.

—No. Son demasiado listos. Los franceses pueden esperar todo el día.

—¿Y nosotros, mayor?

Kearsey lanzó una de sus terribles miradas a Sharpe.

—Nosotros también esperaremos.

Los hombres habían amontonado las armas sobre el suelo de la hondonada, y como el sol se elevaba usaban las armas para sostener los gabanes extendidos para darles sombra. El agua de las cantimploras era salobre pero bebible, y la compañía refunfuñaba porque, antes de partir de Almeida, Sharpe, Harper y Knowles casi habían desnudado a cada hombre y les habían sacado doce botellas de vino y dos de ron. Así y todo, bien sabía Sharpe que alguien tendría algo que beber, pero no lo bastante para hacer daño. El calor del sol apretaba cada vez más, cociendo las rocas, mientras la mayoría de la compañía dormía, utilizando como almohada las mochilas,

y algún centinela observaba el paisaje que se extendía alrededor de la hondonada oculta. Sharpe se sentía frustrado. Podría escalar el borde de la hondonada, ver dónde estaba almacenado el oro, averiguar dónde estaban escondidos los supervivientes del ejército en un valle aparentemente deshabitado, y sin embargo no hacía nada. Cuando se acercaba el mediodía durmió un poco.

—¡Teniente! —Harper lo sacudía—. Hay movimiento.

No había dormido más de quince minutos.

—¿Movimiento?

—En el valle, teniente.

La compañía se agitaba, mirando ansiosamente a Sharpe, pero Sharpe les hizo una señal con la mano para que pararan. Tuvieron que tragarse la curiosidad y observar cómo Sharpe y Harper escalaban junto a Kearsey y Knowles hasta el borde rocoso. Kearsey hizo una mueca.

—Observe eso.

Por el norte, por un sendero que descendía de las altas pasturas, cinco jinetes se dirigían al trote hacia el pueblo. Kearsey tenía el telescopio desplegado y Sharpe sacó el suyo.

—¿Guerrilleros, mayor?

Kearsey asintió con la cabeza.

—Sí, tres.

Sharpe estiró de la lente, sus dedos palpaban la placa de bronce del interior, y lo dirigió al grupito de jinetes. Los españoles cabalgaban, erguidos y con calma, se les veía relajados y cómodos, pero sus dos compañeros no iban así. Hombres desnudos, atados a las sillas, y a través de la lente Sharpe vio que sus cabezas se sacudían de miedo como si se preguntaran qué les iba a suceder.

—Prisioneros —Kearsey dijo la palabra con fiereza.

—¿Qué va a pasar?

Knowles estaba manipulando la lente.

—Espere. —Kearsey aún hacía una mueca.

En el pueblo no se movía nada. Si los franceses estaban allí, estaban muy bien escondidos. Kearsey rió entre dientes.

—¡Los que han tendido la emboscada van a caer en una emboscada!

Los jinetes se habían detenido. Sharpe echó hacia atrás la lente. Un español sostenía las riendas de los caballos de los prisioneros mientras los otros descabalgaban. Estiraban a los hombres desnudos de las sillas, y las cuerdas que les habían atado las piernas por debajo de las panzas de los caballos eran utilizadas para sujetarles con fuerza los tobillos. Entonces apareció más cuerda, gruesas vueltas que colgaban de las sillas de montar de los guerrilleros, y ataron a los dos franceses detrás de los caballos. Knowles le había tomado prestado el telescopio a Sharpe y a pesar

del moreno palideció, sorprendido por lo que veía.

—No correrán mucho —dijo el teniente con cierta esperanza.

Sharpe asintió con la cabeza.

—Lo harán.

Sharpe cogió de nuevo la lente. Los guerrilleros estaban desatando las alforjas, y se dirigían hacia los caballos con los hombres atados con cuerdas.

—¿Qué están haciendo, mayor?

—Cardos.

Sharpe entendió. Por los senderos y en las rocas altas crecían enormes cardos de color púrpura, a veces altos como un hombre, y los españoles iban metiendo las cabezas de las plantas espinosas bajo las sillas vacías. El primer caballo empezó a luchar, encabritándose, pero lo aguantaban con firmeza, hasta que con un chasquido final sobre la grupa la bestia fue soltada y salió disparada, enfurecida por el dolor, el prisionero cayó y se fue arrastrando entre una nube de polvo por detrás del caballo furioso.

El segundo caballo lo siguió, tirando a derecha e izquierda, zigzagueando tras el primero hacia el pueblo. Los tres españoles montaron y calmaron a sus caballos. Uno tenía un cigarro largo, y a través del telescopio Sharpe vio que el humo se elevaba sobre los campos.

—Santo Dios. —Knowles observaba incrédulo.

—No hace falta blasfemar. —La ruda reprimenda de Kearsey no podía ocultar la excitación de su voz.

Los dos hombres desnudos y atados eran invisibles entre el polvo, pero cuando los caballos viraron bruscamente en una roca, Sharpe vislumbró un destello entre la nube, era un cuerpo surcado de rojo, y luego el caballo volvió a correr. Para entonces los franceses estarían inconscientes, y no notarían el dolor, pero los guerrilleros habían acertado y Sharpe vio el primer movimiento en el pueblo cuando las puertas de la gran casa de César Moreno se abrieron de golpe y la caballería, que había estado escondida durante toda la mañana, salió a la calle. Sharpe vio pantalones de color azul desteñido, casacas marrones y el casco alto de piel.

—Húsares.

—Espere. Ahora viene lo bueno —dijo Kearsey sin poder ocultar su admiración.

Los húsares, con los sables desenvainados, recorrieron la calle a medio galope en busca de los dos caballos con el terrible accesorio atado. Parecía que el plan de los franceses iba a acabar en anticlímax, dado que los húsares rescatarían a los dos franceses, sangrantes y maltrechos, en el extremo norte del pueblo, pero entonces los dos caballos vieron a la caballería. Se detuvieron.

—Jesús —murmuró Harper.

Estaba usando la lente de Harper.

—Uno de esos cabrones se está moviendo.

Sharpe lo veía. Lejos de estar inconsciente, uno de los dos franceses desnudos intentaba incorporarse, una masa de sangre angustiosa, pero de repente le hicieron dar una vuelta de nuevo hacia la carretera y los caballos se iban, alejándose de los húsares, separándose uno de otro con un galope loco y aterrador. Kearsey asintió satisfecho.

—No se acercarán a la caballería francesa, al menos mientras estén montados. Están demasiado acostumbrados a huir de ellos.

El valle era el caos. Los caballos, con el dolor que les producían los cardos, trazaban círculos sin sentido en los campos; los húsares, sin ningún orden, intentaban detenerlos, y cuanto más se acercaban los franceses más tiraban los caballos españoles de la masa informe hacia el norte. Sharpe calculó que serían un centenar de franceses, en grupos indisciplinados, cruzando una y otra vez los campos. Volvió a mirar al pueblo, vio más jinetes en la calle que observaban la persecución, y pensó en cómo se sentiría si esos dos cuerpos fueran de sus hombres, y supo que haría lo que estaban haciendo los franceses: intentar rescatarlos.

—Bien. —Knowles parecía haberse puesto instintivamente de lado de los franceses.

Uno de los caballos había sido atrapado y lo calmaban, y jinetes franceses que habían desmontado le estaban desabrochando la cincha y desataban al prisionero. Se oyó un clarín que llamaba a los húsares desperdigados que aún corrían tras el otro caballo, y en ese preciso momento, cuando las notas del clarín alcanzaban la hondonada, el Católico lanzó sus propios jinetes desde las colinas del norte. Cayeron sobre los franceses, superiores en número pero desperdigados, formando una fila larga, negra, marrón y gris, con las espadas de todas clases sostenidas sobre sus cabezas y el polvo levantándose tras ellos, mientras que de las rocas de la ladera Sharpe vio mosquetes que disparaban por encima de sus cabezas contra los franceses sorprendidos.

Kearsey casi salta de alegría al otro lado del borde. Golpeó una roca con el puño.

—¡Perfecto!

Los que tenían preparada la emboscada habían sufrido una emboscada.

Capítulo 5

El Católico condujo a los jinetes desde el abrigo de las colinas, y Sharpe lo descubrió con el telescopio. Kearsey vociferó una descripción, pero incluso sin ella Sharpe hubiera reconocido en el hombre alto al jefe.

—Capa gris, botas grises, largo estoque, caballo negro.

Kearsey golpeaba el puño contra la roca, deseando que los guerrilleros se acercaran más y más a los franceses que iban girando. Sharpe recorrió la línea de la guerrilla, buscando el color azul y el plateado de un Dragón del Príncipe de Gales, pero no veía señal del capitán Hardy. Recordó que Kearsey había dicho que la novia del Católico, Teresa, luchaba igual que un hombre, pero no veía ninguna mujer en la línea de ataque, tan sólo hombres que lanzaban desafíos a los primeros caballos, se enfrentaban con ellos y las espadas caían sobre los numerosos franceses.

En el pueblo los clarines rompieron el silencio; los hombres se arrastraban hasta los caballos nerviosos, los sables silbaban al salir de las vainas, pero el Católico no era tonto. No iba a luchar contra un regimiento y perder. Sharpe vio que les hacía una señal con la mano a sus hombres, les hacía dar la vuelta, y el fusilero buscó con el telescopio entre el polvo oscuro indicios de lo que estaba sucediendo. Los franceses habían recibido un buen castigo. Superiores en número en una proporción de dos a uno, se retiraron con algunas bajas, y el ataque de los españoles no les había dado tiempo para formar una línea disciplinada. Sharpe vio unos prisioneros que, arrastrados por los brazos, regresaban con los jinetes, a quienes el Católico había obligado a realizar una carga mortal y luego alejarse del peligro.

Sharpe sintió admiración por aquella acción. Habían puesto un cebo a los franceses, éstos cayeron en la trampa y entonces los hirieron salvajemente con una carga rápida. Apenas transcurridos dos minutos desde que aparecieron los españoles y ya se volvían, ocultos por el polvo, hacia las colinas llevándose con ellos más prisioneros, cuyo destino sería peor que el de los dos hombres con los que habían sacado a los húsares de la seguridad que ofrecían las paredes del pueblo. Sólo un hombre permanecía en el valle.

El Católico hizo detener el caballo y observó cómo los húsares se alejaban del pueblo. Los supervivientes del ataque español se acercaban a él y espoleaban los caballos para atacar al guerrillero solitario. El Católico parecía indiferente. Puso el caballo a medio galope, alejándose de la seguridad de las colinas, y empezó a dar vueltas entre la cebada sin segar mientras miraba por encima de su hombro a los franceses que se acercaban. Una docena de hombres lo perseguía, inclinados sobre las crines de sus caballos, con los sables levantados. Resultaba indudable que el alto jefe de los guerrilleros iba a ser capturado, hasta que en el último momento, su caballo dio un quiebro, su fino estoque relampagueó, y entonces se vio a un francés en el suelo y

al gran caballo negro con su jinete gris que se dirigía al galope hacia el norte y los húsares que se arremolinaban con incertidumbre allí donde su jefe yacía muerto. Sharpe silbó suavemente.

Kearsey sonrió.

—Es la espada más elegante de la frontera. Probablemente de España. Yo le he visto enfrentarse con cuatro franceses sin dejar por un momento de rezar la oración de la muerte.

Sharpe miró fijamente hacia el valle. Un centenar de jinetes cabalgaba con la intención de rescatar a los dos prisioneros y ahora dos docenas de húsares eran prisioneros o yacían muertos. Los guerrilleros no tuvieron bajas; la rapidez de su carga y de su retirada se lo habían asegurado, y su cabecilla, quedándose hasta el final, abofeteó el orgullo francés en la cara. El caballo negro corría a medio galope hacia las colinas, con una fuerza evidente, y los franceses no atraparían nunca al Católico.

Kearsey se deslizó desde el horizonte.

—Así se hace.

Sharpe sacudió la cabeza.

—Impresionante. Salvo una cosa.

El fiero entrecejo se frunció.

—¿El qué?

—¿Qué hacen los franceses en el pueblo?

Kearsey se encogió de hombros.

—Desalojando un avispero. —Señaló con la mano hacia el sur—. Recuerde que el camino principal está allí abajo. Todas las provisiones para el sitio de Almeida atraviesan esta zona, y cuando invadan Portugal de verdad, todo pasará por aquí. No quieren guerrilleros en la retaguardia. Los están desalojando, o al menos lo intentan.

La respuesta tenía sentido para Sharpe, pero estaba preocupado.

—¿Y el oro, mayor?

—Está escondido.

—¿Y Hardy?

A Kearsey le molestaban las preguntas.

—Estará en algún sitio, Sharpe; no lo sé. Al menos el Católico está aquí, ¡tenemos algún amigo!

Lanzó su risotada y entonces se tiró del bigote.

—Creo que sería sensato hacerle saber que hemos llegado.

Se deslizó al interior de la hondonada.

—Mantenga a sus hombres aquí, Sharpe. Yo cabalgaré hasta donde está el Católico.

Knowles parecía preocupado.

—¿No es peligroso, mayor?

Kearsey lanzó al teniente una mirada compasiva.

—No tenía intención de atravesar el pueblo, teniente. —Señaló hacia el norte—. Iré por detrás. Les veré de nuevo mañana, probablemente tarde. ¡No enciendan fuegos!

Se marchó caminando, moviendo con rapidez las cortas piernas, y Harper esperó hasta que no pudiera oírlo.

—¿Qué se creía que íbamos a hacer? ¿Pedirles fuego a los franceses? —Miró a Sharpe y frunció el ceño—. ¡Menudo embrollo, teniente!

—Sí.

Pero no estaba tan mal, pensó Sharpe. Los franceses no se podían quedar para siempre; los guerrilleros regresarían al pueblo y entonces sólo quedaría la minucia de convencer al Católico para que dejara a los británicos que «escoltaran» el oro hacia Lisboa. Se volvió de nuevo hacia el valle, observó cómo los húsares conducían desconsolados sus caballos hacia el pueblo, uno de ellos llevando el horror ensangrentado que era uno de los prisioneros desnudos, entonces levantó la vista y miró hacia la ermita. Era una lástima que estuviera al otro lado del valle, pasado el pueblo: estaba tentado de reconocer el lugar aquella misma noche, con Kearsey o sin él. La idea no se le iba de la cabeza y se estiró allí, con el sol dándole en la espalda, y pensó en una docena de buenas razones por las que no debía intentarlo, y en una concluyente, que invalidaba las anteriores, y que era que debía hacerlo.

El valle permanecía tranquilo. El sol abrasaba la hierba, volviéndola marrón pálido, y en el horizonte al norte, el gran banco de nubes seguía amenazando. «Lloverá dentro de un par de días», pensó Sharpe, y entonces volvió a la ruta que había planeado en su cabeza: descender por la ladera hacia el camino que lleva a San Antón, seguir adelante hasta la gran roca que constituía un mojón natural y luego continuar por el borde del campo de cebada hasta los frutales enanos. A continuación encontrarían otro campo de cebada que proporcionaría una buena cobertura y desde allí sólo había cincuenta yardas de campo abierto hasta el cementerio y la ermita. ¿Y si la ermita estaba cerrada? Desechó esa idea. Una docena de hombres de la compañía salvaron una vez la vida abriendo cerraduras a las que no tenían derecho a acercarse; una cerradura no era ningún problema, pero entonces venía la tarea de encontrar el oro.

Kearsey había dicho que estaba en el panteón de los Moreno, que debía de ser bastante fácil de encontrar, y dejó que su imaginación jugara con la idea de hallar el oro en medio de la noche, a sólo doscientas yardas de un regimiento francés, y de llevarlo a salvo hacia la barranca al alba. Harper yacía a su lado, pensando lo mismo que él.

—No saldrán del pueblo, capitán. Al menos de noche.

—No.

—Nos costará orientarnos.

Sharpe señaló con el dedo la ruta que había planeado.

—Hagman nos guiará.

Harper asintió con la cabeza. Daniel Hagman tenía una habilidad sobrenatural para orientarse en la oscuridad. Sharpe se preguntaba a menudo cómo era que habían atrapado al viejo cazador furtivo, pero suponía que sería una noche en que el hombre de Cheshire habría bebido demasiado. Era la historia de siempre. Harper tenía otra objeción más.

—¿Y el mayor, capitán?

Sharpe no dijo nada y Harper asintió.

—Como dice usted. A la mierda el mayor. —El sargento irlandés sonrió—. Podemos hacerlo.

Sharpe estaba tumbado al sol de poniente, mirando hacia el valle, siguiendo la ruta que había planeado hasta que le pareció correcta. Se podía realizar. A la mierda Kearsey. Se imaginaba el panteón cerrado con una enorme piedra; la veía, en su cabeza, la levantaban con esfuerzo, y descubrían un montón de monedas de oro que salvarían al ejército, derrotarían a los franceses, y volvió a interrogarse sobre la necesidad de aquel dinero. Tendría que llevarse a toda la compañía, apostar algunos guardias, preferentemente fusileros, y transportar el oro en las mochilas. ¿Y si era más del que pudieran cargar? Entonces tendrían que transportar sólo lo que pudieran.

Pensó en algo que provocara distracción, un grupo reducido de fusileros en el extremo sur del valle para distraer a los franceses, pero desestimó la idea. Mejor no complicarlo. Los ataques nocturnos podían resultar desastrosos y la mínima complicación podía convertir un plan bien ideado en un enredo horroroso que se cobrara vidas. Se sintió cada vez más excitado. ¡Podían hacerlo!

Al principio el clarín era tan débil que apenas penetró en la conciencia de Sharpe. Fue más bien el despertar repentino de Harper lo que lo sobresaltó, le alejó los pensamientos del oro bajo el panteón de los Moreno, y le hizo soltar un taco cuando miró hacia el camino que desaparecía hacia el nordeste.

—¿Qué ha sido eso?

Harper miraba fijamente hacia el valle desierto.

—Caballería.

—¿Al norte?

El sargento asintió.

—Más cerca de nosotros de lo que estaban los guerrilleros, capitán. Algo pasa allá arriba.

Esperaron en silencio y observaron el valle. Knowles subió hasta donde estaban ellos.

—¿Qué sucede?

—No lo sé.

El instinto de Sharpe, tan aletargado aquella mañana, le chillaba de repente. Se volvió y llamó al centinela en el extremo opuesto de la hondonada.

—¿Ve algo?

—No, capitán.

—¡Allí!

Harper estaba señalando hacia el camino. Era Kearsey, que llevaba el caballo a medio galope hacia el pueblo y miraba por encima del hombro, y entonces el mayor se salió del camino, empezó a recorrer el terreno escabroso hacia las laderas por donde habían desaparecido los guerrilleros en la entrada oculta a uno de los serpenteantes valles que confluían en el valle principal.

—¿Qué diablos hace?

Le pregunta de Sharpe encontró respuesta tan pronto acabó de hablar. Detrás de Kearsey iba un regimiento, una fila tras otra de jinetes vestidos de azul y amarillo, cada uno llevaba un extraño sombrero cuadrado, pero eso no era lo que resultaba más curioso. En lugar de sables los enemigos llevaban lanzas, largas, armas con la punta de acero y banderines rojos y blancos, y cuando el mayor se salió del camino los lanceros espolearon, bajaron las puntas y empezó la carrera. Knowles sacudió la cabeza.

—¿Qué son?

—Lanceros polacos —contestó Sharpe con voz siniestra.

Los polacos gozaban de gran fama en Europa: luchadores sucios, luchadores eficaces. Estos eran los primeros con los que se tropezaba en los años que llevaba de soldado. Recordaba la cara del indio bigotudo detrás del palo largo, el retorcerse, la forma en que el hombre había jugado con él, y la acometida final que clavó al sargento Sharpe contra un árbol e hizo que permaneciera allí hasta que los hombres del sultán Tippoo vinieron y arrancaron la hoja en forma de aguja que tenía en su costado. Aún tenía la herida. Malditos lanceros.

—No lo cogerán, capitán —dijo Knowles muy seguro.

—¿Por qué no?

—El mayor me lo explicó, capitán. Marlborough se alimenta de maíz y la mayoría de los caballos de caballería se alimentan de hierba. Un caballo alimentado con hierba no puede nunca atrapar a uno alimentado con maíz.

Sharpe arqueó las cejas.

—¿Se lo ha dicho alguien a los caballos?

Los lanceros se acercaban, lentamente y con seguridad, pero Sharpe sospechaba que Kearsey se reservaba el grueso de la fuerza del caballo. Observó a los polacos y se preguntó cuántos regimientos más de caballería habían arrojado los franceses a las

colinas para limpiarlas de bandas de guerrilleros. Se preguntaba cuánto tiempo se quedarían. Sharpe desplegó la lente, encontró a Kearsey, y vio que el mayor miraba por encima del hombro y apretaba a Marlborough para que corriera más. El gran caballo ruano respondía, aumentando la distancia entre los lanceros más cercanos, y Knowles aplaudió.

—¡Venga, mayor!

—Lo deben de haber pescado cruzando el camino, capitán —dijo Harper.

Marlborough estaba sacando a Kearsey del apuro, aumentando la distancia, galopando fácilmente. Kearsey ni siquiera se había molestado en desenvainar el sable y Sharpe se empezaba a relajar cuando de repente el gran caballo se encabritó, se torció de lado, y Kearsey cayó.

—Pero...

—¡Maldito chotacabras!

Harper había visto a un pájaro revolotear, asustado, justo encima del hocico del caballo. Sharpe se preguntaba, sin venir al caso, cómo era posible que el irlandés hubiera identificado al pájaro a tal distancia. Volvió a enfocar la lente. Kearsey estaba de pie, Marlborough no estaba herido, y el hombrecito intentaba con desespero poner el pie en el estribo. El clarín volvió a sonar, el sonido se demoró en la distancia, pero Sharpe ya había visto a los lanceros espoleando sus caballos, acercándose con sus armas de nueve pies, e hizo rechinar los dientes al ver que parecía que Kearsey tardaba un siglo en saltar sobre la silla de montar.

—¿Dónde está el Católico? —preguntó Knowles.

—A millas de aquí —dijo Harper triste.

El caballo se adelantó de nuevo, Kearsey atizaba con los tacones, pero los lanceros estaban muy cerca. El mayor hizo girar al caballo ruano colina abajo hacia el pueblo, dejando que cogiera velocidad antes de volver otra vez, pero el caballo jadeaba asustado. Meneaba la cabeza nervioso, Kearsey lo animaba, y en el momento en que Sharpe vio que los lanceros lo iban a coger el mayor también se dio cuenta. Dio la vuelta con la espada desenvainada, y Knowles gimió.

—Aún podría conseguirlo.

Harper habló despacio, como si le hablara a un recluta nervioso en el campo de batalla.

Cuatro lanceros estaban cerca del mayor. Espoleó hacia ellos, escogió a uno, y Sharpe vio el sable, con la punta hacia abajo, elevado en la mano de Kearsey. Marlborough se había calmado, y cuando los lanceros se lanzaron como un rayo, Kearsey tocó las espuelas, el caballo saltó hacia adelante, y el mayor que había girado la lanza de la mano derecha hacia un lado, giró la muñeca con la rapidez de un gran espadachín, y un polaco cayó decapitado al suelo.

—¡Estupendo! —exclamó Sharpe burlándose.

Cuando un hombre lograba esquivar la punta afilada de una lanza estaba a salvo. Kearsley había terminado, agachándose sobre el cuello de Marlborough, animando al caballo a que continuara hacia las colinas, pero el primer escuadrón de lanceros estaba cerca, detrás de sus compañeros, al galope, y el esfuerzo fue inútil. Una nube de polvo envolvió al inglés, las puntas plateadas desaparecieron entre la tormenta, y Kearsley fue atrapado con tan sólo su espada para salvarlo. Un hombre se salió tambaleante de la lucha sosteniéndose el estómago con las manos, y Sharpe entendió que el sable había dejado al descubierto los intestinos del jinete. El polvo se elevaba como el humo de los cañones. Las puntas de las lanzas tenían que mantenerse enderezadas con los apretones y una vez Sharpe creyó ver el destello del sable levantado. Era espléndido, bastante desesperado, un hombre contra un regimiento, entonces Sharpe vio que el tumulto cesaba, el polvo se alejaba hacia el nido del chotacabras traidor, y las puntas de las lanzas descansaban.

Se había acabado.

—Pobre diablo.

Harper no esperaba ansioso las oraciones de la compañía, pero nunca hubiera deseado que los lanceros se llevaran por delante las desagradables expectativas de los rezos.

—¡Está vivo! —señalaba Knowles—. ¡Mire!

Era verdad. Sharpe apoyó la lente sobre el borde rocoso de la barranca y vio al mayor cabalgando entre dos de sus captores. Tenía sangre en el muslo, mucha, y Sharpe se fijó en que Kearsley intentaba detener el chorro con los dos puños allí donde una punta de lanza se le había incrustado en la pierna derecha. Era una buena captura para los polacos. Un oficial explorador que podrían retener durante algunos meses antes de canjearlo por un francés del mismo rango. Tal vez lo habían reconocido. Los oficiales exploradores a menudo cabalgaban a la vista de su enemigo, con uniformes inconfundibles, confiando en sus veloces caballos para que los sacaran de los apuros, y era posible que los franceses decidieran no canjear a Kearsley hasta pasados unos meses; quizás, pensó Sharpe con desazón, hasta que los británicos fueran expulsados de Portugal.

Ese pensamiento deprimente le hizo mirar fijamente hacia la ermita, medio oculta entre los árboles, el lugar inverosímil donde se escondían las esperanzas de Wellington. Sin Kearsley era todavía más importante que la compañía intentara encontrar el oro aquella noche, pero entonces también esas esperanzas se truncaron. La mitad de los lanceros cabalgaba hacia el pueblo con su prisionero, pero la otra mitad, formando una columna curva, trotaban hacia el cementerio y su ermita. Sharpe soltó un reniego. Ahora ya no cabía la esperanza de encontrar el oro aquella noche. La única posibilidad que quedaba era esperar hasta que los franceses se hubieran ido, hasta que dejaran de utilizar el pueblo y la ermita como base de su campaña contra

los guerrilleros de las colinas. Y cuando los franceses se fueran, vendría el Católico y a Sharpe no le cabía la menor duda de que el alto español de capa gris haría uso de todo su empeño para evitar que los británicos se llevaran el oro. Sólo un hombre mantenía la remota posibilidad de convencer al jefe de los guerrilleros, y ese hombre estaba prisionero, herido, en manos de los lanceros. Se deslizó de la línea del horizonte, se volvió y miró fijamente a la compañía. Harper se escurrió hasta su lado.

—¿Qué hacemos, mi teniente?

—¿Qué hacer? ¡Luchar! —contestó Sharpe agarrando la empuñadura de la espada—. Ya llevamos mucho rato de espectadores. Esta noche liberamos al mayor.

Knowles le oyó, se volvió con cara de sorpresa hacia ellos.

—¿Liberarlo, capitán? ¡Allí hay dos regimientos!

—¿Y bien? Eso significa sólo ochocientos hombres. Nosotros somos cincuenta y tres.

—Y una docena de ellos irlandeses —dijo Harper sonriendo con ironía al teniente.

Knowles bajó la ladera arrastrándose y mirándolos con incredulidad.

—Con su permiso, capitán. Están locos —dijo empezando a reír—. ¿Lo dicen en serio?

Sharpe asintió con la cabeza. No tenían otra elección. Cincuenta y tres hombres debían encargarse de ochocientos, o sino la guerra estaba perdida. Le hizo una mueca a Knowles.

—¡Deje de preocuparse! ¡Será sencillo!

«¿Y cómo diablos lo hacemos?», pensó.

Capítulo 6

Sharpe se burló de sí mismo. Tan sencillo. Simplemente liberar al mayor cuando dos de los mejores regimientos del ejército francés esperaban un ataque nocturno. Lo inteligente, pensó, era volverse a casa. Los franceses probablemente ya tendrían el oro, la guerra estaba perdida, y un hombre sensato se colgaría el fusil al hombro y pensaría en ganarse la vida en casa. En vez de eso, como un jugador que lo ha perdido todo excepto un puñado de monedas, apostaba todo a una sola tirada, una tirada contra todo pronóstico, de dieciséis contra uno.

Eso no era del todo cierto, se dijo mientras la compañía descendía en fila por un camino de cabra a oscuras. Él se había estirado en el borde de la hondonada cuando el sol se dirigía hacia poniente y había observado los preparativos de los franceses. Eran minuciosos, pero en su defensa estaba su debilidad, y Sharpe había notado que le crecía la excitación dentro, el incipiente conocimiento del éxito. Los franceses esperaban un ataque de los guerrilleros, de grupitos de hombres silenciosos que llevarían navajas, o que dispararían sus mosquetes en la oscuridad, y se habían preparado para esta prueba tan dura. El pueblo no les ayudaba. Las casas a ambos lados de la calle estrecha se daban empujones y las construcciones eran bajas y desordenadas; el conjunto constituía un laberinto de callejones y rincones oscuros en donde un asesino silencioso jugaba con ventaja. Los franceses no tenían centinelas alejados del centro. Situar a un grupito de hombres fuera, en los campos, significaba escribir su sentencia de muerte, y los franceses, acostumbrados a este tipo de lucha, se habían retirado a unas fortalezas improvisadas. La mayoría de la caballería estaba en la casa de César Moreno, con sus amplias cuadras y muros altos circundantes. La otra fortaleza, el otro único edificio con muros altos y bastante fuertes, era la ermita y el cementerio. Ambos edificios estarían llenos de gente, pero ambos estaban a salvo de los cuchillos silenciosos, y para hacerlos más seguros, los franceses se habían embarcado en una cruzada de destrucción sistemática. Las cabañas más cercanas a la casa de Moreno habían sido derribadas, el repiqueteo de los gruesos martillos sobre los muros de piedra había sobrevolado hasta el interior de la hondonada, y cada árbol, cada puerta, cada pedazo de mueble, se había cortado y astillado y se habían formado montones que se encenderían de manera que a los guerrilleros atacantes se les negaría el regalo de la oscuridad. Los franceses jugaban con ventaja, pero tan sólo contra los guerrilleros. Ni siquiera remotamente hubieran imaginado una repentina aparición de la infantería británica, cinturones cruzados blancos y brillantes bajo la hoguera defensiva, mosquetes sembrando la muerte. O así lo deseaba Sharpe.

Tenía además otra ventaja, ligera pero importante. Kearsey obviamente habría dado su palabra, su promesa de caballero, a sus captores de que no intentaría escapar y Sharpe había visto al pequeño mayor cojeando por el pueblo. Cada vez, Kearsey

había vuelto a la casa de Moreno, y finalmente, cuando la luz se debilitaba, Sharpe había visto al mayor sentado en un balcón, en uno de los pocos muebles que quedaban, así que al menos los rescatadores sabían dónde estaba su objetivo. Lo único que faltaba era forzar la casa y para eso la rapidez era vital.

La marcha a oscuras se hacía eterna, pero Sharpe no se atrevía a dar prisa a los hombres, por miedo a perderse.

Resbalaban sobre las piedras y las maldecían; las culatas de sus mosquetes golpeaban las piedras sonando a hueco; entrecerraban los ojos a la luz diminuta que provenía de la luna medio tapada por las nubes del norte. Hacia el este las estrellas punzaban el perfil de las colinas, y cuando se acercaban al fondo del valle y se aproximaba la medianoche, los franceses encendieron los fuegos que harían señas a la compañía como un faro en la noche oscura.

Harper iba junto a Sharpe.

—Se van a cegar, capitán.

Los franceses, en la seguridad de la luz de sus hogueras, no verían más allá de un disparo de mosquete desde sus muros. La noche circundante sería un lugar de fantasía y formas extrañas. Incluso para Sharpe los límites, que le habían parecido tan claros de día, ahora presentaban formas monstruosas, incluso desaparecían, y se tuvo que detener con frecuencia, acuclillarse, e intentar filtrar lo real de lo imaginario. Los hombres llevaban las armas cargadas, pero no montadas, escondían los cinturones blancos bajo los gabanes; se oía su fuerte respirar en la oscuridad. Se aproximaron al pueblo dibujando un ángulo hacia el norte lejos de la casa, pasaron el campo de cebada, sintiéndose desnudos y llamativos en el amplio valle. Sharpe aguzó sus sentidos, pues una señal reveladora había alertado a un centinela, arriba en la casa de Moreno: el chasquido del seguro de una carabina, el rasguño de la espada de un oficial, o peor aún, la repentina llamarada de un piquete que había visto las sombras oscuras en el campo. El crujir del suelo bajo sus pies le parecía un ruido terrible, pero sabía que les sucedía lo mismo a los guardias enemigos. Este era el peor momento de la noche, cuando el miedo se apodera de uno, y los húsares y los lanceros en el interior de los muros oirían a los lobos en las colinas, a los chotacabras, y cada sonido anunciaría su muerte hasta que los sentidos se embotaran, al desconfiar de ellos, y la noche se convirtiera simplemente en el horror por sobrevivir.

Un destello.

—¡Al suelo! —siseó Sharpe.

¡Dios! Unas llamas restallaban locamente en la noche, vomitaban chispas que formaban espirales con la brisa, y entonces se dio cuenta de que los jinetes de caballería habían encendido otro fuego, uno hecho con los montones de madera en el lugar despejado, y entonces Sharpe se quedó en el suelo, escuchando el latir de su corazón, y buscó las siluetas oscuras de las cabañas desiertas delante de él. ¿De

verdad estarían vacías?

¿Acaso los franceses habrían sido lo bastante listos como para dejar que algún vigía en las colinas creyera que estaban todos dentro de los muros protectores y bien iluminados? ¿Estarían las cabañas, las oscuras callejuelas, salpicadas de hombres, esperando con sables? Respiró hondo.

—¿Sargento?

—¿Capitán?

—Usted y yo. ¿Teniente?

—¿Capitán?

—Espere aquí.

Sharpe y Harper se adelantaron, sus oscuros uniformes se confundían en la noche, y Sharpe oía cada susurro de su casaca, cada crujir de su cinturón, y los muros amenazadores parecían esconder un peligro en cada sombra. Se sintió nervioso por la expectación, los dientes le rechinaban, esperando por el disparo burlón, pero en lugar de eso su mano alcanzó y tocó un muro de piedra, y Harper estaba junto a él, y Sharpe continuó, metiéndose en una callejuela que apestaba a estiércol, y empezó a recobrar el instinto.

No había nadie en el pueblo. Harper, una sombra enorme, atravesó el callejón y se agachó junto a la calle principal. Un fuego vacilaba en el extremo, lanzando sombras locas, pero las cabañas estaban vacías y Sharpe se sintió aliviado. Volvieron al muro exterior y Harper silbó suavemente, tres sonidos breves, y las sombras en el cebadal se encorvaron y se movieron, la compañía avanzaba hasta el abrigo del muro.

Sharpe encontró a Knowles.

—Nos quedamos en este lado de la casa. Primero los rifles. Esperen las señales.

Knowles asintió y sus dientes blancos brillaron al hacer una mueca. Sharpe sentía la excitación de la compañía, su confianza, y eso le asombraba. Se lo estaban pasando bien, enfrentándose a un número dieciséis veces superior al suyo, y él no entendía que todo era por él. Harper sabía, y también Knowles sabía, que el alto capitán de los fusileros que no era dado a lanzar arengas podía sin embargo hacer que sus hombres sintieran que lo imposible era simplemente un poco dificultoso y que la victoria era un tópico hacia donde él los guiaba. Fueron dando trompicones junto al muro exterior, los fusileros espiaban las sombras oscuras, y el único momento de respiro fue cuando pasaron bajo la alta y oscura torre de la iglesia. Se oyó un sonido que provenía del campanario, un silbido musical, y los hombres se quedaron helados, sus ojos se espantaron de repente, y entonces se oyó un batir de alas, que se alejaba en la oscuridad, y la compañía en pleno dejó ir un suspiro cuando el búho, que había frotado una ala contra la campana colgada, desapareció hacia su propia cacería. Harper lanzó una mirada hacia arriba, vio el destello blanco, y pensó en los búhos de granero que rondaban por el valle en Tangaveane, en la corriente que fluía de las

capas de turba, en Irlanda.

—¡Alto! —La voz de Sharpe era apenas algo más que un susurro. Señaló con el dedo—. Allí dentro.

La compañía se amontonó en un callejón, la luz del fuego estaba demasiado cerca, y Sharpe se asomó a mirar con precaución a la calle, al montón de nuevos cascotes, y por primera vez pudo ver bien la fachada de la casa de Moreno. El muro era alto, ocho o nueve pies, pero la gran puerta de doble hoja por la que entraban los animales de la granja estaba abierta de par en par. Dentro veía las caras blancas mirando fijamente las hogueras que constituían la principal defensa y detrás de esos rostros las sombras borrosas de hombres a caballo. Knowles no entendía por qué estaba abierta la puerta, pero para Sharpe resultaba obvio. Él había visto por el telescopio que el muro delantero del patio carecía de plataforma donde pudieran situarse los hombres y montar guardia o disparar a los guerrilleros que atacaran, así que los franceses no tenían elección. Dejarían la puerta abierta, él ya lo sabía, y alumbrarían la zona delantera de manera que si algún guerrillero fuera lo bastante loco como para atacar, los lanceros podrían entrar en el terreno mortal con sus hojas largas y penetrantes. Y ningún guerrillero sería tan loco como para atacar la puerta. La fachada de la casa estaba bien iluminada, el patio armado y preparado, y el único peligro en el frente era un ataque de tropas entrenadas, y esto, los franceses lo sabían, era imposible. Sharpe sonrió.

Frente a la puerta, el fuego crepitaba y crujía y el ruido que producía cubría el sonido de los pies al arrastrarse y los gruñidos en el callejón. Los casacas rojas de South Essex se esforzaban por quitarse sus gabanes, enrollarlos y sujetar los bultos con las correas de la mochila. Él les sonrió irónicamente. Los fusileros, sin los cinturones cruzados blancos que sorprendieran al enemigo, estaban agachados junto a él, algunos moviéndose impacientes, todos ellos deseosos de que empezara la acción, de disipar los pensamientos nerviosos de la expectación.

Knowles se abrió paso entre los hombres.

—Listos, capitán.

Sharpe se volvió a los fusileros.

—Recuerden. Vayan a por los oficiales.

El fusil Baker era un arma mortífera, se cargaba lentamente pero era más precisa que cualquier otra arma en el campo de batalla. Los mosquetes, bajo las órdenes del teniente Knowles, podían sembrar la muerte en un arco más amplio, pero los rifles eran instrumentos de precisión. Una vez en el edificio, los casacas verdes deberían ir en busca de los oficiales enemigos, matarlos, y dejar a la caballería sin mandos. Sharpe se volvió a girar hacia la casa. Oía el murmullo de voces, el repiquetear de los cascos en el patio, un hombre tosía, y entonces le tocó el hombro a Harper y los fusileros se deslizaron hacia la calle, arrastrándose sobre el estómago, ocultándose

entre las sombras hasta formar una fila tras los cascos. Los rifles irían primero, para atraer el fuego enemigo, para iniciar el caos, y el resto dependía de Knowles, inducir a la compañía a ser la pesadilla de la caballería. Sharpe esperó. Sacó poco a poco la espada de la vaina, la colocó delante de él, y esperó a que sus hombres colocaran las largas bayonetas en los rifles. Hacía tanto que no se enfrentaba al enemigo.

—¡Adelante!

Les había ordenado que chillaran, gritaran, que parecieran los demonios del infierno, y atravesaron los cascos tambaleándose, los largos fusiles calados, y los guardias de la puerta se giraron, levantaron de golpe las carabinas y dispararon demasiado pronto. Sharpe oyó cómo una bala daba en la piedra, vio a Harper adelantarse corriendo hacia el fuego y agarrar, con ambas manos, el extremo aún no quemado de una viga de madera. El sargento empezó a hacerlo girar, y lanzó el madero en llamas hacia los jinetes que esperaban. Golpeó el suelo, explotó en chispas, y los caballos se encabritaron, y la espada de Sharpe iba ya hacia el primer guardia que estaba intentando soltar una carabina vacía y sacar a tiempo su sable. La espada alcanzó al húsar en el cuello; el hombre se agarró a la hoja, pareció sacudir la cabeza y cayó. Sharpe se giró hacia los fusileros.

—¡Venga!

La puerta estaba vacía, la caballería asustada por el misil de Harper, y los fusileros se arrodillaron a los lados y apuntaron hacia la zona que iluminaba la hoguera. Se oían gritos en idiomas extraños, sonaban balas contra los guijarros de la entrada, y Sharpe, reconociendo desesperadamente el patio en busca de signos de su defensa organizada, oyó los primeros chasquidos característicos de los fusiles Baker. ¿Dónde diablos estaba Knowles? Se dio la vuelta y vio a los casacas rojas corriendo alrededor del fuego, formados, con sus mosquetes deliberadamente sin las bayonetas para no retardar la carga de nuevos cartuchos, y entonces Harper le vociferó algo.

Oyó un par de disparos de rifle, se giró, y vio a un lancero que cabalgaba hacia él. El caballo sacudía la cabeza, sus ojos reflejaban el fuego, el jinete se agachó sobre el cuello del animal con la hoja de acero dirigida hacia Sharpe, y Sharpe se lanzó hacia un lado, golpeando el poste, vio la lanza que pasaba de largo, y olió a caballo. Otro fusil escupió y la bestia chilló. Los brazos del polaco se elevaron y hombre y caballo cayeron de lado, y Sharpe corrió hacia adelante, hacia el interior del patio.

¡Todo era demasiado lento! Los caballos estaban atados y él cortó las cuerdas. ¡Hup!, ¡hup!, ¡hup! Un hombre blandió una espada hacia él, falló, y Sharpe apretó con fuerza su espada contra el pecho del húsar. Se quedó clavada. Pasaron fusileros, gritando de forma incoherente; con las largas bayonetas empujaban a los franceses desperdigados hacia al interior de oscuras puertas, y Sharpe puso el pie sobre el cuerpo y arrancó la espada. Vio a Harper que avanzaba dando patadas, con la bayoneta extendida, empujando hacia atrás a un oficial que gritaba pidiendo ayuda

contra el irlandés gigante. El hombre tropezó, cayó de espaldas, los gritos se convirtieron en pánico al caer en una hoguera y Harper se dio la vuelta, se olvidó de él, y Sharpe le chilló para que se separara.

—¡Rifles!

Tocó el silbato, les gritó, los guió hasta el edificio en el que estaba. Caballos descarriados corrían por el patio, galopaban hacia la entrada, y se encabritaron cuando la compañía, con los cinturones blancos destellando, ocuparon la entrada, y el teniente Robert Knowles empezó a dar las terribles órdenes que helarían a cualquier francés que conociera el poder de la infantería británica.

—¡Presenten armas! ¡Sólo la primera fila! ¡Fuego!

Era lo último que podían esperar los húsares y los lanceros. En lugar de bandidos y navajas silenciosas, estaban luchando contra una maquinaria de relojería que podía escupir cuatro descargas por minuto.

Los mosquetes se encendieron, el humo inundó el patio, las balas de mosquete de tres cuartos de pulgada martillearon contra los muros.

—¡Retaguardia! ¡Mirada al tejado!

Los de la primera fila ya estaban sacando el siguiente cartucho de su bolsa de municiones, sacando de un mordisco la bala del cilindro envuelto en papel, vertiendo la pólvora en el arma, pero guardando un pellizco para la cazoleta. La mano izquierda sostenía el extremo del cañón; la derecha vertía la pólvora; la izquierda agarraba el papel y tiraba de casi todo él mientras la derecha aguantaba el cebo entre un dedo y el pulgar. El papel era empujado en la boca del arma, los tres dedos restantes de la mano derecha sostenían la baqueta en el aire, escupían una bala en el arma, y bajaban la vara de acero. Una vez era suficiente, y sacaban la baqueta, levantaban el arma, y todo sin prestar atención a los gritos del enemigo, ni a las balas de las carabinas, ni a los chillidos de los caballos, ni a los disparos, e introducían la pizca de pólvora en la cazoleta después que hubieran arrastrado hacia atrás el pedernal, y la última fila había disparado, llamarada y explosión en sus oídos, y el teniente Knowles, con voz tranquila, ordenaba que siguiera la carnicería.

—¡Presenten! ¡Fuego!

Era un trabajo mecánico, y ninguna infantería del mundo lo hacía mejor, porque ninguna infantería del mundo, salvo la británica, practicaba nunca con verdadera munición. La matanza de relojería. Disparar, recargar, presentar, disparar, hasta que sus caras se ennegrecían, los ojos les escocían a causa de la pólvora lanzada hacia arriba por el cebo justo rozándoles las mejillas, los hombres magullados por el rebufe del arma, y el patio frente a ellos estaba alfombrado por los cadáveres enemigos, espolvoreado de humo, y Knowles los había dirigido todo el rato, dos pasos en un tiempo, y los caballos enloquecidos huían hacia atrás y entonces Sharpe vio que el grupo de cuatro fusileros de Hagman había cerrado las puertas. Apenas había

transcurrido un minuto.

—¡Dentro!

Sharpe dio una patada a la puerta, Harper la golpeó, y los fusileros entraron en la casa. Alguien les disparó con una pistola, pero la bala se desvió y Sharpe iba cortando con la espada.

—¡Bayonetas!

Los fusileros formaron una línea rudimentaria y Sharpe vio que se hallaban en un salón que debía ser terreno de los oficiales, la mesa aparecía llena de botellas vacías; unas escaleras conducían a las habitaciones donde los hombres se iban despertando con los sonidos de la batalla.

Fuera, en el patio, el teniente Knowles contaba para sí, manteniendo el ritmo de las descargas, al mismo tiempo que escudriñaba con desespero para ver por dónde podría acechar el peligro. Veía a Hagman arrodillándose a un lado, los otros fusileros de su grupo cargando para el hombrecito de Cheshire, y sabía que cualquier oficial que enseñara la cara por el balcón o el tejado moriría atravesado por una bala de fusil. Sus propios hombres, sudando a la luz de la hoguera, avanzaban paso a paso, registrando paredes y ventanas, y al teniente le vino a la cabeza que éste era tan sólo su tercer combate de verdad. Sentía el pánico encima, el impulso de correr en busca de refugio, pero su voz era tranquila y con el ruido apenas podía oír las balas de carabina que golpeaban cerca de él. Vio casacas rojas que caían, tocados por los disparos enemigos, vio al sargento Read ocupándose de ellos y, entonces, se dio cuenta con horror e identificó de repente el ruido burbujeante y chillón que le había estado molestando en los tímpanos durante el último minuto. Se apartó hacia un lado, para esquivar un disparo, y vio, pataleando entre las llamas, a un oficial francés. El hombre intentaba alcanzar al teniente con las manos ennegrecidas y agarrotadas como garras, y de su garganta provenía aquel terrible sonido. Knowles recordó de repente la espada que tenía en la mano, el sable que le había comprado su padre, y gesticulando se acercó al hombre y cerró los ojos cuando empujaba la punta en la garganta del moribundo. Había dejado de dar órdenes, pero los hombres ni se habían dado cuenta ni las echaban en falta. Disparaban las cargas contra las sombras, y Knowles abrió los ojos, era el primer hombre que mataba con una espada, entonces se oyó la voz del sargento Harper que resonaba en el patio.

—¡Aquí dentro, teniente!

Sharpe suponía que había transcurrido un minuto desde que los fusileros habían despejado la puerta. Contó, inconscientemente, las descargas provenientes del patio, calculando que con esa luz los hombres realizarían un disparo cada quince segundos. Ahora, en el salón principal de la casa de Moreno, tenían problemas. Los oficiales, arriba de las escaleras, al ver lo que sucedía, cogieron los colchones y muebles que se habían reservado para su uso y estaban levantando una barricada. Sharpe necesitaba

potencia de fuego, rápido y abrumador, para despejar el extremo de la escalera.

—¡Sargento!

Sería un suicidio en las escaleras. El enorme irlandés dio un paso hacia las escaleras, pero Sharpe lo detuvo.

—¡Déme el arma!

Harper miró el fusil de siete cañones, sonrió burlón, y sacudió la cabeza. Antes de que Sharpe pudiera detenerlo, el sargento había saltado al primer peldaño, apuntó con la temible arma hacia arriba y apretó el gatillo. Fue como si un cañoncito hubiera disparado en la habitación. Vomitó humo y llamas, ensordeció los tímpanos, y ante el horror de Sharpe el sargento cayó lanzado de espaldas, y corrió hacia él temiendo lo peor.

—¡Maldito culatazo! —sonrió Harper burlón.

Sharpe subió las escaleras de dos en dos, con la espada por delante, por donde la explosión había destrozado la barrera y embadurnado la pared de sangre, y se encontró con un oficial que le apuntaba con una pistola. Sharpe no podía hacer nada. Vio que apretaba el gatillo pero no sucedió nada. Con las prisas y el pánico el francés había olvidado preparar la cazoleta. Fue su sentencia de muerte. La espada descendió de golpe, rebanando cráneo y cerebro, y Sharpe, provisto de colchones, los lanzó a un lado, y la espada golpeó los delgados sables de los dos hombres que habían sobrevivido al arma de siete cañones.

—¡Fusiles! —gritó Harper, subiendo pesadamente las escaleras.

Sharpe atacó, hirió a un hombre, se apartó cuando el otro se giró como un salvaje, y Harper, que estaba junto a él, fue dando cuchilladas en el aire con la espada de la bayoneta; el terreno estaba despejado.

—¡Kearsey! —gritó Sharpe, olvidándose del rango. Dios santo, ¿dónde estaba el cabrón?—. ¡Kearsey!

—¿Sharpe? —El mayor estaba de pie junto a una puerta, abrochándose los pantalones—. ¿Sharpe?

—¡Salga de aquí, mayor!

—¡Mi palabra!

—¡Lo hemos rescatado! —«Maldita sea su palabra», pensó Sharpe.

Una puerta se abrió al final del corredor, un rifle disparó, y la puerta se cerró. Kearsey pareció despertar de repente.

—¡Por aquí! —dijo señalando unas puertas cerradas al otro lado del pasillo—. Salten al exterior de la casa.

Sharpe asintió. El aterrizaje parecía seguro. Un oficial había abierto una puerta en el extremo del pasillo, pero una bala disuasoria le impedía ir más allá. Los casacas verdes volvían a cargar, esperando órdenes, y Sharpe se dirigió al extremo de la escalera. Abajo reinaba el caos. El salón estaba lleno de humo de mosquete que, a

cada segundo, rompían las llamas cuando los casacas rojas disparaban a ventanas, puertas y pasillos. Knowles hacía tiempo que había dejado de controlar las descargas. Ahora cada hombre disparaba tan rápido como podía y los tacos de papel quemado, escupidos tras las balas de mosquete, prendían fuego a las esteras y a las cortinas colgadas. Sharpe abocinó las manos.

—¡Teniente! ¡Aquí arriba!

Knowles asintió y se volvió hacia sus hombres. Sharpe se encontró a Kearsey a su lado, saltando sobre una pierna mientras se metía una bota.

—¡Los rifles los cubrirán, mayor! ¡Tome el mando!

Kearsey asintió, pero no se mostró sorprendido porque Sharpe se adelantara dando órdenes, y el fusilero se volvió hacia las puertas cerradas. La primera no tenía el pestillo echado. La habitación vacía tenía la ventana abierta como invitando a la huida, y Harper entró para golpear los restos del marco y del cristal. Sharpe probó otra puerta, se resistía, la empujó con el hombro, la madera alrededor de la cerradura se astilló fácilmente, pero al abrirla se detuvo.

Sobre la cama, con las manos y los pies atados a los cuatro gruesos postes, había una muchacha. El cabello negro sobre la almohada, un vestido blanco, un recordatorio de Josefina, y unos ojos que lo miraban con fiereza por encima de una mordaza. Se sacudía y se retorcía, luchaba por desatarse, y a Sharpe le chocó su inesperada belleza, la fiereza de su rostro. Abajo aún se oían los disparos, algún grito repentino, el olor de las llamas que alcanzaban la madera, y él se acercó a la cama y cortó las cuerdas con la espada pesada. Ella giró la cabeza hacia un lado, hacia un rincón oscuro de la habitación, y Sharpe al ver movimiento, se echó al suelo, oyó la explosión y sintió el aire de una bala de pistola mientras un hombre se encabritaba junto a la cama. Un coronel, nada menos, con uniforme de húsar, cuyo placer se había visto interrumpido antes de que pudiera empezar. El rostro del hombre reflejaba miedo. Sharpe sonrió, subió a la cama, observó cómo el coronel intentaba escabullirse del rincón, y entonces, con fría determinación, lo aprisionó con la espada contra la pared.

—¡Sargento!

Harper entró, con el arma de siete cañones en la mano, y vio a la muchacha.

—¡Dios salve a Irlanda!

—¡Suéltela!

Sharpe oyó la voz de Kearsey en el rellano.

—¡Quieto ahora!

Oyó a Knowles abajo, haciendo recuento de los hombres y mandando subir primero a los heridos. El coronel francés le balbuceaba algo a Sharpe, señalando a la muchacha, pero la espada le oprimía y éste se arrepintió de no haberlo matado a la primera. El lugar no era adecuado para hacer prisioneros y él estaba atrapado, sin

saber lo que sucedía en el exterior. La muchacha, ya liberada, se frotaba las muñecas, y Sharpe soltó la espada.

—¡Vigílelo, sargento!

Corrió hacia la ventana, rompió los cristales con su espada y observó la oscuridad de afuera. ¡Podían conseguirlo! Los primeros casacas rojas estaban en el principio de la escalera, y entonces el coronel francés gritó, con un dolor extremo. Sharpe se giró de golpe y vio que la delgada muchacha de cabello negro había cogido el sable del francés y se lo había clavado en la ingle. Ella sonrió, era tan bella que cortaba la respiración.

Harper miraba estupefacto. Sharpe no hizo caso del francés.

—¡Patrick!

—¿Capitán?

—Meta al hombre ahí dentro. ¡Por la ventana!

La muchacha le escupió al coronel que había caído derribado en su propia sangre, lo insultó, y entonces dirigió una mirada de auténtico menosprecio a Sharpe por no haber matado él al francés. Sharpe se alejó de ella tambaleándose, pues perdía el equilibrio debido a su belleza de halcón. Aturdido, apenas oía las órdenes que venían del rellano, ni los mosquetes que seguían disparando. Volvió en sí, despreciándose, pero la muchacha fue más rápida. Ella tenía el sable del coronel y era libre, se precipitó hacia la puerta, sin hacer caso de la lucha, y giró hacia la derecha. Sharpe la siguió, sin cautela, sólo con el instinto de que algunas cosas, a veces una sola, podían dar un vuelco a la vida de cualquier hombre.

Capítulo 7

Knowles había actuado bien. El salón estaba ardiendo pero no había enemigos, y los casacas rojas subían las escaleras de espalda, aún cargando y disparando los mosquetes, sin hacer caso de la sangre reciente que embadurnaba los peldaños volviéndolos resbaladizos. Entonces los fusileros entraron en acción, los Bakers escupían hacia el salón de abajo, y el mayor Kearsey, con el sable en la mano, empujaba a los hombres a una habitación, hacia las ventanas, y les gritaba: «¡salten!».

—¡Apunten bajo! ¡Apunten bajo! —gritaba Sharpe a los fusileros.

Unos húsares entraban en el salón, sofocados por el humo. Los casacas rojas saltaban en tropel desde las ventanas del primer piso y formaban en el campo, y tan sólo faltaba Sharpe.

Knowles echó una mirada a su alrededor.

—¡Capitán!

—¡No está! —dijo el mayor Kearsey agarrando a Knowles—. ¡Vaya fuera! ¡Puede haber caballería!

La muchacha había atravesado una puerta y Sharpe la seguía, fijándose también en una estatuilla de la virgen María y en varias velas que vacilaban en la base. Recordaba que los católicos de la compañía habían determinado que hoy, no, ayer, era el 15 de agosto, la Asunción de la Virgen María, y lo agradeció porque las escaleras que había detrás de la puerta estaban totalmente a oscuras; cogió una vela y siguió los pasos que se desvanecían. Se maldijo. Su obligación era estar junto a sus hombres y no perseguir a una muchacha de cabello negro y largo, igual que Josefina, de cuerpo elegante y de una belleza que lo subyugaba. Pero esta no era una noche para acciones sensatas; era una oscuridad loca, la última tirada de un jugador, y llegó a la conclusión de que la habían hecho prisionera y esto la hacía importante para el enemigo y por tanto para él.

Con este razonamiento llegó al final de la escalera. La escalera era larga y él sabía que ya habría descendido bajo tierra, a las bodegas, y se seguía precipitando casi fuera de control, con la llama de la vela apagada, cuando un brazo blanco salió disparado y la voz de la muchacha lo silenció. Estaban junto a una puerta, una luz se filtraba a través de los tablones, pero no tenía sentido pensar que nadie en el otro lado no hubiera oído sus pasos por la escalera. Sharpe abrió de un empujón sin hacer caso de la precaución que había mostrado la muchacha. En el sótano una linterna colgaba de un gancho, y por debajo de ella, con el rostro atemorizado, un lancero sostenía un mosquete y una bayoneta.

Arremetió contra Sharpe, pensando que tal vez le sería más fácil matar con una punta de acero que apretando el gatillo, pero Sharpe estaba precisamente hecho para este tipo de lucha. Dejó que se acercara la bayoneta, se hizo a un lado, y

aprovechando el propio impulso del enemigo le clavó la hoja de la espada en el estómago. Entonces casi le entraron náuseas.

El sótano quedó salpicado de sangre, con cuerpos que mostraban la muerte de una docena de formas horribles. Había botas de vino junto a las paredes, saqueadas, pero el suelo estaba negro de sangre española, sembrado de mutilaciones, escabrosas como una pesadilla. Jóvenes, viejos, hombres y mujeres, todos muertos de forma horrible. Sharpe se dio cuenta de que aquella gente debía haber muerto el día antes, cuando él observaba desde la cima de la colina, muertos cuando los franceses hacían creer que el pueblo estaba desierto. Él se había quedado estirado en la hondonada, con el sol calentándole la espalda, y en el sótano los españoles habían muerto, lentamente y con dolor intenso. Los cuerpos, imposible contar cuántos eran, yacían de cualquier manera tal vez para que pudieran apreciar cómo habían muerto.

Algunos eran incluso demasiado jóvenes para saber lo que había sucedido, habían sido asesinados sin duda ante los ojos de sus madres, y Sharpe sintió una rabia impotente cuando la muchacha pasó delante de él, reconociendo el matadero, y en la lejanía, como si fuera desde la otra punta de una ciudad, Sharpe oyó una descarga. ¡Debían salir! Él le agarró el brazo a la muchacha.

—¡Venga!

—¡No!

Ella estaba buscando a una persona, estiraba de los cuerpos ajena al horror. ¿Por qué había un guardia con los cadáveres? Sharpe se adelantó, cogió la linterna, y oyó unos gemidos que provenían del extremo oscuro de la vieja bodega. La muchacha también los oyó.

—¡Ramón!

Sharpe pisó la carne muerta, retrocedió ante una tela de araña, y entonces, primero de forma borrosa, vio a un hombre esposado en la pared del fondo. No se preguntó por qué una bodega había de estar provista de esposas; no tenía tiempo. Acercó la linterna y vio que lo que él había creído que eran cadenas eran regueros de sangre.

El hombre no estaba esposado, sino clavado a la piedra de la pared, vivo.

—¡Ramón!

La muchacha, que se anticipó a Sharpe, estiraba inútilmente de los clavos, y Sharpe dejó en el suelo la linterna y martilleó las cabezas de los clavos con la empuñadura de acero de su espada. Las golpeó hacia la derecha y hacia la izquierda, oyendo el estruendo de cascos en el exterior, gritos y descargas, hasta que los clavos se soltaron. La sangre goteó de nuevo, lo estiró y empezó con la segunda mano. Otra descarga, más cascos, y martilleó con desespero hasta que el prisionero quedó liberado. Le dio su espada a la muchacha y se colocó a Ramón, si así se llamaba, sobre el hombro.

—¡Continuemos!

La muchacha lo guió hasta la puerta por la que habían penetrado, por la mezcolanza de sangre y cuerpos, hasta el rincón opuesto de la bodega. La linterna que ella sostenía mostró una trampilla que ella le indicó. Sharpe dejó caer la pesada carga, alcanzó la trampilla, la levantó, y una brisa repentina y agradable de aire nocturno dispersó el hedor espantoso a sangre y a muertos. Se escurrió hacia afuera y descubrió con sorpresa que la trampilla iba a dar fuera de los muros de la casa, y se dio cuenta de que era así como llegaban las provisiones a la casa sin tener que ser acarreadas por el patio y las cocinas. Echó una mirada a su alrededor y allí estaba la compañía, marchando recta en tres filas.

—¡Sargento!

Sharpe se giró, su rostro claramente aliviado bajo la luz de la casa en llamas. Sharpe volvió a entrar en la bodega, levantó al herido hasta el suelo, saltó hacia afuera, y le tendió la mano a la muchacha. Ella no le hizo caso, saltó sola, rodó por la hierba, y Sharpe vislumbró unas piernas largas. Los hombres proferían vítores y Sharpe se dio cuenta de que se los dirigían a él. Harper estaba allí, palmeándole en la espalda, diciendo algo ininteligible sobre lo que Sharpe se había perdido. El sargento cogió al herido y corrieron hacia la compañía y Sharpe, por primera vez, vio jinetes en la oscuridad. Harper entregó el herido a la tropa. Knowles estaba sonriendo a Sharpe y Kearsey le señalaba a la muchacha.

—¿Están cargados? —preguntó Sharpe refiriéndose a los mosquetes y gritándole a Knowles por encima del sonido de la casa en llamas.

—La mayoría, capitán.

—¡Sigamos!

Sharpe avanzó a Knowles y condujo a la compañía hacia el campo de cebada y a la oscuridad reconfortante, y se volvió hacia la casa para ver lo que hacía la caballería. Harper ya estaba allí, corriendo de espaldas, con el arma de siete cañones amenazando a cualquier jinete.

Sharpe se preguntaba cuánto tiempo había pasado desde que había traspasado la puerta. No más de siete u ocho minutos, calculó. El tiempo suficiente para que sus hombres hubieran disparado setecientos u ochocientos tiros contra los atónitos franceses, prender fuego a la casa, rescatar a Kearsey, a la chica y al prisionero, y sonrió burlón en la oscuridad.

—¡Atención a la derecha! —gritó Harper.

Una docena de lanceros, en línea, con las malvadas puntas bajadas, de manera que brillaban junto al suelo, se aproximaban al trote para atacar a la compañía por el flanco. Pero todavía estaban a tiempo.

—¡Vuelta a la derecha!

La compañía dio la vuelta, tres filas girando.

—¡Alto!

Una línea irregular, pero ya iba bien.

—¡Retaguardia, media vuelta!

Esto mantendría ocupados a los de atrás.

—¡Presenten! ¡Apunten a los estómagos; que les duela el estómago! ¡Fuego!

Era inevitable. El enemigo se convirtió en un tumulto de caballos caídos y lanceros derrumbados.

—¡Vuelta a la derecha! ¡Adelante!

Tenía ahora a la pequeña compañía formando en una columna. Corriendo hasta el campo de cebada, hasta la cosecha sin segar que les proporcionaría algo de cobertura. Se oyeron más cascos detrás, pero los mosquetes cargados no eran los suficientes para disparar otra descarga. Sólo había tiempo para correr.

—¡Corran!

La compañía corría, a toda velocidad a pesar del peso, y Sharpe oyó que un hombre herido gemía. Ya habría tiempo después para contar a los heridos. Entonces se giró, vio lanceros que se acercaban iniciando una persecución desesperada, uno apuntaba a Harper, pero el irlandés golpeó la lanza hacia un lado con su arma rechoncha y estiró su enorme mano hacia arriba derribando al polaco de la silla. El sargento gritaba insultos en gaélico, su lengua materna. Sostuvo al lancero sin esfuerzo, la enorme fuerza que tenía hacía creer que el hombre no pesaba nada, y entonces lo lanzó a los pies de otro caballo. Un rifle dejó ir un chasquido detrás de Sharpe, otro caballo abatido, y la voz de Hagman se oyó entre el fragor.

—Tocado.

—¡Detrás! —gritaba Harper, refiriéndose a los otros caballos todavía a algunas millas de distancia.

Y de repente los pies de Sharpe pisaron el cebadal, y él entró corriendo, y durante un momento las trompetas no significaron nada para él. Simplemente corría, recordando al indio con la hoja afilada, el intento desesperado e inútil de huir de la lanza, y entonces oyó la voz triunfante de Harper.

—¡La retirada! ¡Los cabrones ya han tenido bastante! —gritó Harper sonriendo, riendo—. ¡Lo consiguió, capitán!

Sharpe aminoró el paso, respiró hondo. El campo estaba extrañamente silencioso y supuso que los franceses se resistían a creer que tan sólo cincuenta hombres habían atacado el pueblo. El haber visto casacas rojas y cinturones cruzados los habría convencido de que había más tropas británicas afuera en la oscuridad y sería una locura enviar a lanceros contra las descargas de un regimiento oculto. Oyó que los hombres jadeaban, que algunos gemían al ser transportados, y los murmullos de excitación de la tropa victoriosa. Se preguntó cuál sería el precio y se volvió hacia Harper.

—¿Está bien?

—Sí, capitán. ¿Y usted?

—Magullado. ¿La factura?

—No lo sé todavía, capitán. Jim Kelly está mal.

La voz de Harper era triste y Sharpe recordó la boda, tan sólo hacía unas semanas, cuando la maciza Pru Baxter se había tejido margaritas en el cabello para casarse con el pequeño cabo irlandés. Harper continuó.

—Cresacre estaba sangrando, dice que está bien. Sin embargo hemos perdido a un par. Los vi en el patio.

—¿Quién?

—Debería saberlo.

—No lo sé, capitán.

Escalaron las colinas, allí donde los caballos no podrían ir, de vuelta a la hondonada; llegaron cuando las colinas lejanas se perfilaban con el gris tenue del amanecer. Era el momento de dormir y los hombres se encogieron como los cuerpos en la bodega. Algunos de ellos montaron guardia en el borde de la hondonada, con los ojos enrojecidos de cansancio, embadurnados de pólvora, sonriendo a Sharpe, que los había traído de vuelta. La muchacha estaba sentada con Kearsley, que se vendaba la pierna, mientras Knowles cuidaba de los otros heridos. Sharpe se inclinó hacia él.

—¿Qué hay de malo?

—Kelly se nos va, capitán.

El cabo tenía una herida en el pecho y Knowles le fue quitando los jirones de la casaca, que dejaban ver unas costillas brillantes y la sangre que burbujeaba. Era milagroso que hubiera sobrevivido tanto tiempo. Cresacre había sido alcanzado en el muslo, una herida limpia, y se la vendaba él mismo, juraba que se repondría, y se disculpaba ante Sharpe como si diera la lata. Otros dos estaban malheridos, ambos con cortes de sable, pero vivirían, y apenas había ningún hombre que no tuviera un rasguño, una magulladura, algún recuerdo de la noche. Sharpe contó las cabezas. Cuarenta y ocho hombres, tres sargentos y dos oficiales habían abandonado la hondonada.

Cuatro hombres no habían vuelto. Sharpe sintió que el cansancio lo invadía, matizado de alivio. Era la factura menos costosa que hubiera podido desear. Cuando muriera Kelly y resguardaran su cuerpo de los buitres cavando una tumba poco profunda, habría perdido a cinco hombres. Los lanceros debían haber perdido un número tres veces superior de hombres. Se fue a hacer una visita a los de la compañía que estaban despiertos, y los alabó. Los hombres parecían turbados por las gracias, estremeciéndose cuando el sudor se les secaba sobre el cuerpo con el aire frío, sacudiendo las cabezas al intentar permanecer despiertos y mirar, con los ojos rojos, el amanecer.

—¡Capitán Sharpe! —gritó Kearsey, que estaba de pie en un trozo despejado de la hondonada—. ¡Capitán!

Sharpe bajó por el lateral de la hondonada.

—¿Mayor?

Kearsey se lo quedó mirando fijamente, con sus ojitos fieros.

—¿Está usted loco, Sharpe?

Sharpe no entendía absolutamente nada.

—¿Cómo dice, mayor?

—¿Qué hacía usted?

—¿Que qué hacía? Rescatarlo, mayor —contestó Sharpe, que hubiera esperado una muestra de agradecimiento.

Kearsey hizo una mueca, o de dolor a causa de la herida en la pierna o por la ingenuidad de Sharpe; resultaba difícil saberlo. El alba empezaba a mostrar con detalle la hondonada: los hombres abatidos, la sangre, la cólera en el rostro de Kearsey...

—¡Es usted idiota!

Sharpe se tragó la ira.

—¿Mayor?

Kearsey le mostró a los heridos.

—¿Cómo se los llevará?

—Los transportaremos, mayor.

Kearsey lo imitó.

—¿A veinte millas? ¡Usted estaba aquí sólo para transportar el oro, Sharpe! ¡No para mantener una batalla en el quinto pino!

Sharpe respiró hondo, reprimiendo las ganas de gritarle.

—Sin usted, mayor, no habiéramos tenido ninguna posibilidad de convencer al Católico de que nos dejara llevar el oro. Así es tal como yo lo veo.

Kearsey lo miró, sacudió la cabeza y le señaló a Jim Kelly.

—¿Usted cree que vale esto?

—El general me dijo que el oro era importante, mayor —respondió Sharpe tranquilamente.

—Importante, Sharpe, en cuanto es un detalle para con los españoles.

—Sí, mayor —contestó Sharpe, considerando que no era el momento de discutir.

—Al menos los ha rescatado —dijo el mayor señalando a los dos españoles.

Sharpe miró la belleza morena de la muchacha.

—¿Ellos, mayor?

—Los hijos de Moreno. Teresa y Ramón. Los franceses los tenían como cebo, esperando que Moreno o el Católico intentaran rescatarlos. Al menos nos hemos ganado su agradecimiento y esto es probablemente más valioso que llevarles el oro.

Además, dudo que el oro esté allí. —Se levantó por el borde de la hondonada. Sharpe parpadeó.

—¿Cómo dice, mayor?

—¿Qué se cree usted? Los franceses están allí. Probablemente ellos tienen el oro. ¿Acaso no se le ha ocurrido eso?

Se le había ocurrido, pero Sharpe no estaba de humor para decirle a Kearsey lo que pensaba. Si los franceses hubieran encontrado el oro, él sospechaba que lo habrían conducido directamente a Ciudad Rodrigo, pero indudablemente a Kearsey eso no lo convencería. Sharpe asintió.

—¿Le dijeron algo al respecto, mayor?

Kearsey se encogió de hombros, no le gustó que le recordaran que lo habían capturado.

—Tuve mala suerte, Sharpe. No sabía que había lanceros allí. —Sacudió la cabeza, de repente parecía estar cansado—. No, no dijeron nada.

—¿Así hay esperanzas, mayor?

El mayor se mostró ácido, señaló a Kelly.

—Dígaselo a él.

—Sí, mayor.

Kearsey suspiró.

—Lo siento, Sharpe. No se lo merece. —Se detuvo un momento a pensar—. Usted ya sabrá, supongo, que hoy vendrán a por nosotros, ¿no?

—¿Los franceses, mayor?

El mayor asintió.

—¿Quién si no? Es mejor que duerma, Sharpe. Dentro de un par de horas tendrá que defender este lugar.

—Sí, mayor.

Se dio la vuelta y se fue, y al hacerlo sorprendió los ojos de Teresa. Lo miraba sin interés, sin agradecimiento, como si el rescate y las dos muertes compartidas no significaran nada. «El Católico —pensó— es un hombre afortunado.» Se durmió.

Capítulo 8

Casatejada era como un hormiguero destruido. Durante toda la mañana las patrullas salieron a explorar el valle; luego, de regreso hacia las casas, galopaban entre nubes de polvo y hacia las delgadas espirales de humo, que eran las únicas señales que quedaban de la actividad de la noche. Otros acorralaban los caballos extraviados, que dibujaban círculos en el fondo del valle, y que a Harper le recordaban los paseos en poni por los páramos de su Donegal natal. En la hondonada los hombres se movían lentamente, en silencio, como si los ruidos que hicieran pudieran llegar hasta el pueblo, pero en realidad el alborozo del ataque había dado paso a la tristeza y al cansancio. El aliento de Kelly fue burbujeando a lo largo de la mañana, una constante espuma rosada en la comisura de los labios, y los hombres lo evitaban como si la muerte fuera contagiosa. Sharpe se despertó, le pidió a Harper que durmiera, cambió los piquetes, y se esforzó restregando la sangre seca de su espada con un puñado de hierba espesa. No se atrevieron a encender una hoguera para calentar agua para limpiar los mosquetes, así que los hombres hicieron uso del recurso propio del campo de batalla, orinarse en los cañones, y sonrieron burlonamente y conscientemente a la muchacha al salpicar con el líquido para desprender la pólvora que se había apelmazado en los depósitos durante la noche. La muchacha no reaccionó, su rostro seguía impávido, estaba sentada cogiéndole la mano a su hermano, le hablaba en voz baja y le daba sorbos de agua templada de una cantimplora de madera. El calor rebotaba en las paredes rocosas de la hondonada, atacaba por todos los lados, asando por igual a los vivos y a los muertos.

Kearsey escaló para estirarse junto a Sharpe y cogió el telescopio para espiar a los franceses.

—Están haciendo el equipaje.

—¿Cómo dice?

Kearsey le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el pueblo.

—Mulas, Sharpe. Mulas en fila.

Sharpe le cogió el telescopio y lo dirigió hacia la calle del pueblo. Kearsey tenía razón: una hilera de mulas y unos hombres que pasaban cuerdas por las cargas, pero era imposible adivinar si era oro o simplemente forraje en las alforjas.

—Quizás no vayan detrás de nosotros.

El mayor se había calmado desde el amanecer.

—Para eso son. Mire el rastro que dejamos.

A través del cebadal, como un gigantesco letrero, se seguían las pisadas que había dejado la compañía ligera en su retirada.

—Querrán inspeccionar por encima de la colina para asegurarse que se han ido.

Sharpe miró hacia las rocas desnudas y la hierba de la cumbre.

—¿Hemos de movernos?

De nuevo sacudió la cabeza.

—El mejor lugar para esconderse en muchas millas es esta hondonada. No se ve desde ningún sitio; incluso desde encima es difícil. Mantengan las cabezas gachas y no les pasará nada.

A Sharpe le sonaba raro que Kearsley hablara refiriéndose a «ustedes», como si el mismo mayor no formara parte del ejército británico, o como si la supervivencia de Sharpe en territorio enemigo no fuera de su incumbencia. No dijo nada. El mayor se mordisqueaba nervioso una punta del bigote; parecía estar concentrado, pensando, y cuando habló parecía que hubiera llegado al final de una larga deliberación.

—Debe entender por qué es importante.

—¿Mayor? —preguntó Sharpe confuso.

—El oro, Sharpe.

Se detuvo y Sharpe esperó. El hombrecito se sacudía el bigote.

—Los españoles han salido malparados, Sharpe, muy malparados. Piense en lo que sucedió después de Talavera, ¿eh? Y Ciudad Rodrigo. Un asunto vergonzoso, Sharpe, vergonzoso.

Sharpe siguió callado. Después de Talavera los españoles perdieron el apoyo de Wellington al no haber provisto la comida y las provisiones que habían prometido. Un ejército inglés hambriento no le resultaba útil a España. ¿Ciudad Rodrigo? Cinco semanas antes la ciudad amurallada española se había rendido, después de una heroica defensa, y Wellington no había enviado ayuda. La ciudad había resultado un obstáculo en el avance de Masséna, Almeida era la siguiente, y Sharpe había oído críticas salvajes de que los británicos habían abandonado a sus aliados, pero Sharpe no era un estratega. Dejó que el mayor continuara.

—Hemos de demostrarles algo, Sharpe, que podemos ayudarles, que podemos serles útiles, o en caso contrario podemos perder su apoyo. ¿Lo entiende? —preguntó clavando su mirada fiera en Sharpe.

—Sí, mayor.

La voz del mayor se hizo más vivaz y confiada.

—Por supuesto, ¡sin los españoles perdemos la guerra! Esto es lo que Wellington ha acabado por entender, ¿eh, Sharpe? ¡Más vale tarde que nunca! —exclamó soltando su risa característica—. He ahí por qué Wellington quiere que llevemos nosotros el oro, de manera que se vea que son los británicos los que lo entregan en Cádiz. Eso demuestra un interés, Sharpe; muestra que hemos hecho un esfuerzo sincero. Sirve para tapar la traición de Ciudad Rodrigo. ¡Ay, la política, la política! —Dijo estas dos últimas palabras como un padre indulgente que habla de las travesuras de sus hijos—. ¿Me entiende?

—Sí, mayor.

No era el momento de discutir, aunque Sharpe no creía ni una de las palabras de Kearsey. Por supuesto los españoles eran importantes, pero también lo eran los británicos para los españoles, y entregar unos cuantos sacos de oro no restituiría la amistad y la desconfianza que se habían roto por la ineficacia española demostrada el año anterior. Sin embargo resultaba importante que Kearsey creyera que los motivos de Wellington eran honestos. El pequeño mayor, sabía Sharpe, se había entregado con pasión al bando español, como si, después de toda una vida de soldado, hubiera encontrado en las duras colinas y en las casas encaladas de los españoles el calor y la confianza que no había encontrado en ningún sitio.

Sharpe se giró e hizo un gesto con la cabeza señalando a Teresa y a Ramón.

—¿Saben algo del oro? ¿Y del capitán Hardy?

—Dicen que no —contestó Kearsey encogiéndose de hombros—. Quizás el Católico haya movido el oro y Hardy se haya ido con él. Yo le ordené que siguiera al oro.

—Entonces seguro que la muchacha lo sabría.

Kearsey se volvió hacia ella y le habló en un español entrecortado. Sharpe escuchó la respuesta; su voz era profunda y ronca, e incluso aunque no supiera español le gustó mirarla. Tenía el pelo largo y oscuro, tan negro como el de Josefina, pero no se parecían en nada más. La portuguesa había sido una amante de consuelo, de beber vino a la luz de las velas, de sábanas suaves, mientras que esta muchacha le recordaba a Sharpe una bestia salvaje de mirada profunda, cautelosa, a ambos lados de una nariz aguileña. Era joven. Kearsey le había dicho que tenía veintitrés años, pero tenía arrugas en las comisuras de los labios. Sharpe recordó que su madre había muerto a manos de los franceses, Dios sabe cuánto habría sufrido, y recordó su sonrisa satisfecha después de que ella misma hubiera atravesado al coronel con su sable. Ella había apuntado bajo, recordaba, y se rió al recordarlo. Miró a Sharpe como si hubiera querido arrancarle los ojos con sus largos dedos.

—¿De qué se ríe?

—De nada. ¿Habla inglés?

Ella se encogió de hombros y Kearsey miró a Sharpe.

—Su padre lo habla bien; por eso nos resulta tan útil. Ellos han aprendido algo, de él, de mí. Es una buena familia, Sharpe.

—¿Pero saben algo de Hardy? ¿Y del oro?

—No sabe nada, Sharpe. Ella piensa que el oro aún debe de estar en la ermita, y no ha visto a Hardy.

Kearsey estaba contento con la respuesta, convencido de que ningún español le mentiría.

—Así que lo siguiente que hemos de hacer, mayor, es registrar la ermita.

Kearsey suspiró.

—Si insiste, Sharpe, si insiste. —Volvió a hacer una mueca y se deslizó por el borde de la hondonada—. Pero de momento, Sharpe, vigile con esa patrulla. No tardarán.

El mayor tenía razón, al menos, respecto a eso. Trescientos lanceros salieron a caballo del pueblo, trotando con sus caballos a lo largo de un sendero que corría paralelo a los tallos rotos de cebada, y Sharpe observó cómo se acercaban. Llevaban carabinas en lugar de lanzas y se dio cuenta de que tenían la intención de explorar las laderas a pie. Se volvió hacia la hondonada y ordenó silencio, explicó que se acercaba una patrulla, y luego volvió para ver que los polacos desmontaban al pie de la ladera sembrada de rocas.

Una mosca se posó en su mejilla. Quiso aplastarla pero no se atrevió, pues los lanceros habían dejado los caballos abajo con piquetes y comenzaban el ascenso por la cuesta escarpada. Formaban una fila, una línea de tiradores imperfecta, y oía las quejas lejanas del calor y del esfuerzo. Había la posibilidad de que no vieran la hondonada, de que escalando la cuesta en línea oblicua llegaran a la cima cerca de un montón de rocas y no sospecharan nunca que toda una compañía estaba en un terreno sin salida detrás de ellos. Respiró lentamente, les ordenó que se quedaran agachados en la ladera, y observó a los oficiales que obligaban a la línea a que subiera más con el dorso de los sables desenvainados.

Oía respirar a Kelly, a alguien aclarándose la garganta, e hizo una señal con su mano pidiendo silencio. Un lancero alto, moreno y con un bigote negro, escalaba más arriba que los demás. Al avanzar a zarpazos por la ladera, con la carabina colgada, Sharpe le vio una banda dorada sucia en la manga. Un sargento. Era un hombre corpulento, casi tanto como Harper, y tenía el rostro lleno de cicatrices de los campos de batalla del otro extremo de Europa. Baja, le pidió Sharpe en silencio, baja, pero el hombre seguía avanzando en su escalada solitaria y perversa. Sharpe movió la cabeza lentamente, vio las caras que le miraban fijamente, y se dirigió a Harper. Le hizo señas lentamente, se puso un dedo en los labios, señaló a los pies de la cara interior de la hondonada.

El sargento polaco se detuvo, miró hacia arriba, se enjugó la cara y se volvió para mirar a sus compañeros. Un oficial le gritó, agitó el sable para que el sargento volviera a la fila, a la que se había adelantado, pero el sargento sacudió la cabeza en señal de negación, gritó algo y señaló al horizonte, que tan sólo se hallaba a algunos pies de distancia. Sharpe lo maldijo, sabía que si descubrían a la compañía ligera los acosarían hacia el este, alejándolos del oro, de la victoria..., ese veterano lo hacía peligrar. Éste ascendía y se encontraba ya muy cerca de Sharpe, que estiraba el cuello hacia bajo tanto como se atrevía para ver cómo se acercaba más y más el extremo amarillo y cuadrado del sombrero. Oía los gruñidos del hombre, el ruido de las uñas arañando las rocas, el pataleo de las botas buscando un agujero, y entonces, como en

una pesadilla, una mano grande y morena con las uñas mordidas apareció junto a la cara de Sharpe y él reunió todas sus fuerzas para un acto desesperado. Esperó —tal vez sólo fue un segundo, pero se le hizo eterno— hasta que apareció la cara del hombre. Abrió los ojos sorprendido y Sharpe sacó la mano derecha y agarró al sargento por la garganta, apretando los dedos como si fuera una trampa. Lanzó la mano izquierda hacia adelante, dio con el cinturón, y, medio girándose, echó al lancero por encima del borde, sosteniendo al enorme hombre en el aire con una fuerza que apenas sabía que tuviera, y lo tiró, brazos y carabina sacudiéndose, hacia las manos poco compasivas del sargento Harper. El irlandés le dio una patada al lancero cuando aterrizó, tenía el fusil de siete cañones del revés y lo bajó, de forma repugnante, sobre la cabeza del hombre. Sharpe se volvió a la ladera. ¡La fila seguía avanzando! Nadie lo había visto, nadie se dio cuenta, pero aún no había acabado. El lancero era duro, y los golpes de Harper, que hubieran matado a un buey grande, sólo le abollaban el sombrero azul y amarillo. El sargento enemigo tenía a Harper cogido por la cintura, lo estrujaba, y el irlandés intentaba retorcerle la cabeza y arrancársela de los hombros. Al polaco le rechinaban los dientes; podía haber gritado, pero debía estar aturdido, y en lo único en que podía pensar era en ponerse de pie, de cara a su oponente, y hacer uso de sus propios puños macizos para derribar a Harper. Los hombres en la hondonada estaban helados, aterrados por el enemigo que había aterrizado de repente allí en medio, y fue Teresa la que reaccionó. Cogió un mosquete, lo giró, avanzó cuatro pasos y le dio en la frente con la culata de bronce. Él cayó, intentó levantarse, pero ella le volvió a atacar y Sharpe vio la furiosa alegría en su cara cuando el sargento cayó derribado, con la cara ensangrentada. De repente se volvió a hacer el silencio en la hondonada.

—Dios salve a Irlanda —dijo Harper sacudiendo la cabeza.

La muchacha le lanzó a Harper una mirada de piedad del tipo que Sharpe creía que sólo le tenía reservado a él, y entonces, sin siquiera echar una ojeada a Sharpe, se arrastró ladera arriba para colocarse junto a él y observar al enemigo. Finalmente habían perdido al sargento. Los hombres en el extremo superior de la fila se detuvieron y se agruparon indecisos, llamaron a su oficial, esperando a que abocinara las manos y les gritara desde arriba. La voz hizo un eco y se desvaneció. Volvió a gritar, hizo que el resto de la fila se detuviera, y Sharpe se dio cuenta de que los iban a descubrir pronto. ¡Maldito sargento! Miró a su alrededor, preguntándose si habría dónde cubrirse en la ladera lejana más allá de la hondonada, sabiendo que era inútil, y entonces vio que la muchacha se movía, atravesaba la hondonada y ascendía por el otro lado.

Su rostro debió mostrar alarma, pues Kearsey que estaba sentado junto a Ramón, sacudió la cabeza.

—Se las arreglará.

El susurro sólo alcanzó a Sharpe.

La línea de exploradores se había sentado, contentos por el descanso, pero el oficial seguía llamando al sargento ausente. Escalaba la colina a trompicones, sin saber qué hacer y preocupado por los hombres que gritaban junto con él. Sin embargo no tenía elección; tendría que ir a buscar a su sargento, y Sharpe, con la cara chorreando de sudor, no podía imaginar qué podía hacer una muchacha que pudiera alejar a los lanceros de la búsqueda.

Le sorprendió un chillido penetrante que se desvaneció y luego volvió a repetirse. Se deslizó por las rocas apenas unas pulgadas y volvió la cara hacia arriba, al cerro de donde provenía el sonido. Harper lo miró, confuso. Tenía que ser la muchacha. Sharpe volvió a asomarse por el borde y vio a los lanceros señalando cuesta arriba. Teresa volvió a gritar, un ruido terrorífico, y los hombres de Sharpe se miraron entre sí, y luego a Sharpe, como preguntándole qué podían hacer para rescatarla. Sharpe observaba a los lanceros, vio su incertidumbre, y entonces los oyó gritar y señalar cuesta arriba. Miró a ver qué era lo que los había excitado, y sus hombres, observándolo, se tranquilizaron con una sonrisa que a Harper le pareció que era la más grande que le había visto a Sharpe en la cara. Nadie de los que estaban abajo en la hondonada veía lo que sucedía, pero Sharpe, arriba en el borde, cogió el telescopio sin preocuparle que alguien viera el destello.

Lo que nadie veía era una muchacha desnuda que corría con furia por el cerro, se detenía para girarse y lanzar piedras a un imaginario perseguidor en la ladera oculta para los lanceros. La bebida o las mujeres, pensó Sharpe, el cebo de los soldados, y Teresa alejaba a los lanceros de la hondonada corriendo como locos. Él la tenía, por desgracia en la lente, y oía los gritos de excitación de los lanceros que se descontrolarían de los oficiales. Supondrían que el sargento había encontrado a la muchacha, la había desnudado, la había dejado escapar, y ahora la perseguía. Sharpe reconoció su inteligencia y su valentía, y ahora sólo se deleitaba en el cuerpo elegante y musculoso, en la belleza que deseaba.

Kearsey había subido cojeando hasta el borde de la hondonada y miraba a Sharpe hacia arriba.

—¿Qué pasa?

—Los está alejando, mayor —contestó con tono normal, pues los lanceros estaban lejos.

Kearsey asintió con la cabeza, como si hubiera esperado esa respuesta. Harper todavía parecía intrigado.

—¿Cómo, capitán?

La muchacha había desaparecido por detrás de la cumbre, y los lanceros, perdida toda disciplina, jadeaban cuesta arriba unas cincuenta yardas por detrás. Sharpe le sonrió a su sargento.

—Se quitó la ropa.

Kearsey se giró espantado.

—¡Usted miraba!

—Sólo para saber si podía ayudar, mayor.

—¿Qué clase de hombre es usted, Sharpe?

Kearsey estaba furioso, pero Sharpe se dio la vuelta. ¿Qué clase de hombre no miraría?

Harper todavía estaba sobre el lancero inconsciente y parecía apenado.

—Tenía que habérmelo dicho, capitán.

Sharpe lo miró. Kearsey se había alejado cojeando.

—Le prometí a su madre que le mantendría alejado de los problemas. Lo siento —le dijo al sargento sonriendo con burla—. Si se lo hubiera dicho, toda la maldita compañía habría querido mirar. ¿No es así? Y en estos momentos estaríamos otra vez luchando en lugar de estar aquí a salvo.

—Privilegios del rango, eh, capitán —dijo Harper sonriendo.

—Algo así.

Él pensó en la belleza del cuerpo espiado: el vientre liso, los muslos largos, y los desafíos de las miradas desinteresadas, casi antagónicas que ella le había lanzado.

Teresa tardó dos horas en regresar, tan silenciosamente como se había marchado, y con el vestido blanco puesto. Había hecho un buen trabajo, pues a los lanceros les hicieron volver, abandonaron al sargento, y Casatejada estaba lleno de franceses. Sharpe sospechaba que el pueblo había sido el centro de una gran operación para desalojar a los guerrilleros de las áreas de abastecimiento de Masséna. Kearsey estaba de acuerdo, y los dos hombres observaban cómo otras unidades de caballería provenientes del norte se unían a los lanceros polacos. Dragones, cazadores, los uniformes del imperio, levantando una nube de polvo propia de todo un ejército, y todo para perseguir guerrilleros por las áridas colinas.

La muchacha subió hasta el borde y observó, en silencio, que la caballería se iba del pueblo. Sus armas lanzaban destellos entre la niebla marronácea del polvo; las tropas parecían interminables, la gloriosa fuerza de Francia que había atropellado a la mejor caballería de Europa pero que no podía derrotar a los guerrilleros.

Sharpe miró a la muchacha, a Kearsey, que hablaba con ella, y de nuevo se alegró de no tener que luchar contra la guerrilla. La única forma de ganar era matarlos a todos, a cada uno, jóvenes y viejos, e incluso así, tal como constataban los franceses, tampoco era suficiente. Pensó en los cuerpos bañados en sangre de la bodega. No era la guerra de Talavera. Pasaron la noche en la hondonada, temiendo que los franceses todavía estuvieran observando. En algún momento de la madrugada los espumarajos cesaron en la garganta de Kelly. Pru Kelly, aunque lo ignoraba, había vuelto a enviudar, y Sharpe recordó la sonrisita del cabo, su buena voluntad. Lo enterraron al

amanecer, en una tumba arañada en la tierra, y amontonaron piedras encima, que separaría un zorro y sobre las que se encaramarían los buitres que le desgarrarían el pecho.

Kearsey dijo unas palabras, en su memoria, y los hombres permanecieron alrededor del montón de piedras incómodos. El polvo al polvo, las cenizas a las cenizas, y dentro de unas semanas, pensó Sharpe, Pru Kelly volvería a casarse, pues así eran las mujeres que iban con los soldados. El sargento polaco, atado con las tiras de unos mosquetes, observaba el entierro, y por un momento, cesó de forcejear. Llegó el nuevo día, aún caluroso, la lluvia seguía lejos, y la compañía ligera marchó hacia el valle vacío en busca de su oro.

Capítulo 9

Era un olor dulce, pegajoso y dulce, y que dejaba un sedimento repugnante en algún lugar dentro de los orificios nasales, sin embargo resultaba imposible describir por qué era tan desagradable. Sharpe lo había olido tantas veces, al igual que la mayoría de la compañía, y lo reconocieron a cincuenta yardas del pueblo. No era tanto un olor, pensó Sharpe, sino un estado del aire, como una neblina invisible. Parecía, al igual que una neblina, espesar el aire, dificultar la respiración, sin embargo persistía esa promesa dulce, como si los cadáveres que los franceses habían dejado atrás estuvieran hechos de azúcar y miel.

Ni siquiera los perros estaban vivos. Algunos gatos, difíciles de atrapar, habían sobrevivido a los franceses, pero a los perros, como a sus amos, les habían dado muerte, abiertos en canal con una barbarie desesperada, como si los franceses creyeran que la muerte por sí misma no era suficiente y un cuerpo había de ser destrozado si no se quería que volviera a la vida como por arte de magia y les tendiera otra emboscada. Sólo quedaba un hombre vivo en el pueblo, uno de los hombres de Sharpe que habían dejado atrás en el ataque, y los franceses, fieles al singular honor que prevalecía entre ejércitos, habían dejado a John Rorden apoyado en un colchón, con pan y agua a mano y con una bala en algún lugar de la pelvis que acabaría con él antes de que naciera un nuevo día.

Ramón, hablando lentamente, le dijo a Sharpe que habían dejado en el pueblo a dos docenas de personas, en su mayoría los más mayores y los muy jóvenes, pero todos habían muerto. Sharpe se miró fijamente las casas destruidas, la sangre que salpicaba la parte baja de las paredes blancas.

—¿Por qué los cogieron?

Ramón se encogió de hombros, agitando la mano vendada.

—Eran buenos.

—¿Buenos?

—Franceses.

No encontraba la palabra y Sharpe le ayudó.

—¿Listos?

El hombre asintió con la cabeza. Tenía la misma nariz que su hermana, los mismos ojos negros, pero había una cordialidad en él que Sharpe no había encontrado en Teresa. Ramón sacudió la cabeza sin esperanza.

—No todos eran guerrilleros, ¿sabe?

Cada grupo de palabras era casi una interrogación, como si quisiera asegurarse de que le entendían. Sharpe siguió asintiendo con la cabeza.

—Querían la paz, pero ahora...

Dijo dos frases rápidas, con tono amargo, y Sharpe se dio cuenta de que aquella

gente de las tierras altas que había intentado mantenerse al margen de la guerra se vería arrastrada a ella tanto si quería como si no. Ramón parpadeó ocultando unas lágrimas; la muerte había pasado por su pueblo.

—Fuimos allí, ¿sabe? —dijo señalando hacia el norte—. Iban tras de nosotros. Nos... —Y describió un círculo con ambas manos vendadas.

—¿Rodearon?

—Sí.

Bajó la mirada hacia su mano derecha, a los dedos que asomaban de las vendas grises, y Sharpe vio que el dedo índice se movía como si apretara un gatillo. Ramón volvería a luchar.

No sólo había cuerpos en la bodega. Algunos, tal vez para diversión de los lanceros, habían sido llevados a la ermita para encontrar allí su amargo final, y en las escaleras de la construcción Sharpe encontró a Isaiah Tongue, el admirador de Napoleón, vomitando el pan seco que había desayunado. La compañía esperó junto a la ermita. El prisionero, alto y orgulloso, estaba con el sargento McGovern, y Sharpe se detuvo al lado del escocés.

—Vigílelo, sargento.

—Sí, capitán. No lo tocarán.

El rostro firme se retorció en un gesto de dolor. McGovern, al igual que Tongue, había mirado en el interior de la ermita.

—¡Salvajes, capitán, eso es lo que son, salvajes!

—Lo sé.

Nada que se dijera aliviaría el dolor que sentía McGovern, el daño de un padre lejos de sus hijos que acababa de ver cuerpecitos muertos. La peste era densa alrededor de la ermita, las moscas zumbaban, y Sharpe se detuvo junto a los escalones. Se sentía reacio a entrar en la ermita, no sólo por los cuerpos sino por lo que pudiera no contener. El oro. Tan cerca, tanto de la supervivencia de la guerra, y en lugar de sentirse triunfante se sentía mancillado, horrorizado por el aspecto sórdido de su trabajo. Subió los escalones, con el rostro como una máscara, y pensó en lo que harían sus hombres si se encontraran, como probablemente sucedería, en un lugar en que las reglas ya no contarán. Recordó la barbarie incontrolable que seguía a un sitio, la rabia que había sentido después de que hubiera tenido la muerte tan cerca, y entendió, cuando el aire frío de la ermita le golpeó, que esta guerra en España, si debía continuar, no se ganaría hasta que la infantería británica no penetrara por el estrecho agujero en la muralla de alguna ciudad.

—¡Fuera! ¡Llévenlos fuera!

Los hombres, pálidos, parecían sorprendidos por la rabia de Sharpe, quien no sabía reaccionar de otra manera ante los cuerpecillos.

—¡Entiérrenlos!

Harper lloraba, las lágrimas le surcaban las mejillas. Tanta inocencia, tanta desolación, como si un bebé mereciera eso. Kearsey se quedó allí de pie, con Teresa, y ninguno de los dos gritó. El mayor se retorció el bigote.

—Terrible. Horroroso.

—Lo mismo que les hacen a los franceses.

Sharpe se sorprendió al decir eso, pero era cierto. Recordaba a los prisioneros desnudos, preguntándose cómo habrían muerto los otros húsares capturados.

—Sí —contestó Kearsey con el tono de un hombre que quiere evitar una discusión.

La muchacha miró a Sharpe y él percibió que ella se contenía las lágrimas, su rostro rígido traslucía una rabia aterradora. Sharpe se sacudió con fuerza una mosca.

—¿Dónde está el oro?

Kearsey lo siguió, las espuelas repiqueteaban contra la piedra, y señaló una losa al mismo nivel que el suelo de la ermita. El lugar no se utilizaba para servicios. A pesar del pillaje que habían realizado los polacos, no tenía aspecto de utilizarse, debía ser poco más que un almacenamiento para el cementerio del pueblo. Era un lugar tan sólo consagrado a la muerte. El mayor golpeó la losa con el pie.

—Aquí abajo.

—¡Sargento!

—¡Capitán!

—¡Encuentre un maldito pico! ¡Rápido!

Había un cierto consuelo en su voz, como si pudieran recordar una guerra en la que no murieran bebés. Miró la lápida con el nombre Moreno grabado y bajo las letras un escudo de armas recargado y desgastado.

Sharpe intentó olvidar el ruido de los cuerpos que arrastraban hacia el exterior. Golpeó sobre el escudo con el pie.

—¿Familia noble, mayor?

—¿Qué? Oh —Kearsey estaba apagado—, no sé, Sharpe. Tal vez lo fueron.

La muchacha estaba de espaldas a ellos y Sharpe se dio cuenta de que era el panteón de su familia. Eso hizo que Sharpe se preguntara, con un ademán irritante, dónde descansaría su propio cuerpo. ¿Bajo las cenizas de algún campo de batalla, o ahogado como los pobres refuerzos en los barcos que los transportaban?

—¿Sargento?

—¿Capitán?

—¿Dónde está ese pico?

Harper dio una patada a los escombros que habían dejado los polacos, gruñó y se agachó. Tenía el pico, sin mango, y lo encajó en el hueco entre las piedras. Se levantó, las venas se le marcaban en la cara, y con un estremecimiento la losa se movió, se elevó y se hizo un espacio lo bastante grande para que Sharpe deslizara

debajo un trozo de piedra.

—¡Eh, soldados! —Unas caras junto a la puerta de la ermita miraron alrededor—. ¡Vengan aquí!

Teresa se había dirigido a una segunda puerta que daba al cementerio, y se quedó allí como si no le interesara. Harper encontró otro punto, volvió a hacer palanca, y esta vez le fue más fácil y hubo espacio suficiente para que una docena de manos agarrara la losa y la arrancara del suelo, balanceándola como una trampilla, mientras Kearsey se preocupaba porque la dejaran caer y les legaran a los Moreno un panteón roto. Una escalera oscura bajaba al interior. Sharpe se quedó en el extremo superior, reclamando el derecho a ser el primero.

—¿Una vela? ¡Que alguien traiga una vela! ¡Tiene que haber una vela!

Hagman llevaba una en la mochila, un cabo grasiento pero todavía útil, y se hizo un silencio mientras lo encendían. Sharpe miraba fijamente hacia la oscuridad. ¿Realmente era aquí donde Wellington tenía depositadas sus esperanzas? Era absurdo.

Cogió la vela y comenzó el lento descenso hacia la tumba y hacia un tipo de olor diferente. El olor no era dulce, ni fétido, sino polvoriento, porque los cuerpos llevaban ahí mucho tiempo, algunos tanto que los ataúdes estaban destrozados y mostraban el destello de los huesos secos. Otros eran más recientes, todavía intactos, la mampostería bajo los nichos estaba manchada del líquido que habían rezumado, pero Sharpe no miraba los ataúdes. Sostuvo en alto la escasa luz, moviéndola por el pequeño espacio y vio, brillando entre la descomposición, el brillo del metal. No era oro, sólo un trozo desechado de bronce que debió cubrir la esquina de un arcón.

Sharpe se volvió para mirar a Kearsey.

—No hay oro.

—No —contestó el mayor mirando a su alrededor, como si le pudieran haber pasado por alto dieciséis mil monedas de oro en el suelo vacío—. No está.

—¿Dónde estaba almacenado? —preguntó Sharpe sabiendo que era inútil, pero sin querer darse por vencido.

—Allí. Donde está usted.

—Entonces, ¿dónde se ha ido, mayor?

Kearsey aspiró por la nariz, se enderezó totalmente.

—¿Cómo voy a saberlo, Sharpe? Lo único que sé es que no está aquí —contestó casi justificándose.

—¿Y dónde está el capitán Hardy? —preguntó Sharpe furioso; haber llegado tan lejos para nada.

—No lo sé.

Sharpe dio una patada contra la pared del panteón, una reacción mezquina, y renegó. El oro desaparecido, Hardy también, Kelly muerto y Rorden moribundo.

Colocó la vela sobre la repisa de un nicho y se inclinó hacia adelante para mirar al suelo. El polvo había sido removido por marcas largas y rayadas, y se felicitó con ironía por adivinar que las señales se habían hecho al trasladar el oro. Eso no resultaba de mucha utilidad ahora. El oro había desaparecido. Se enderezó.

—¿Pudiera habérselo llevado el Católico?

—No —contestó una voz que provenía de arriba, del extremo superior de las escaleras, y era una voz rica, profunda como la de Kearsy pero más joven, mucho más joven.

La persona con tal voz llevaba botas altas y grises y una capa larga y gris sobre una vaina fina de plata. Al bajar las escaleras hacia la tenue luz, se vio que era un hombre alto, moreno y bien parecido.

—Mayor, me alegro de volver a verlo.

Kearsy se acicaló, se retorció el bigote y señaló a Sharpe.

—Coronel Jovellanos, éste es el capitán Sharpe. Sharpe, éste es...

—El Católico —dijo Sharpe con voz neutra, como si no mostrara placer por el encuentro.

El hombre alto, tal vez tres años mayor que Sharpe, le sonrió.

—Soy Joaquín Jovellanos, antes coronel del ejército español, y ahora conocido por el Católico. —Hizo una ligera inclinación. El encuentro parecía resultarle divertido—. Usan mi nombre para asustar a los franceses, pero puede ver que soy totalmente inofensivo.

Sharpe recordó la extraordinaria rapidez del hombre con la espada, su intrepidez al enfrentarse al ataque de los franceses solo. El hombre lo era todo menos inofensivo. Sharpe se fijó en sus manos, de largos dedos, que se movían con una elegancia ceremoniosa cuando gesticulaba. Le alargó una mano a Sharpe.

—Me han dicho que rescató a mi Teresa.

—Sí —contestó Sharpe, tan alto como el Católico, pero sintiéndose torpe frente a la languidez de aquel español tan educado.

La otra mano salió de debajo la capa y le tocó el hombro a Sharpe un momento.

—Entonces, estoy en deuda con usted.

Las palabras se veían traicionadas por unos ojos que permanecían vigilantes y cautelosos. El Católico retrocedió y sonrió con desprecio como si reconociera que los modales españoles eran recargados. Una mano delgada señaló hacia la tumba.

—Vacía.

—Así parece. Mucho dinero.

—Que ustedes hubieran tenido el placer de transportar en nuestro nombre. —Su voz sonaba como seda oscura—. ¿A Cádiz?

El Católico no había quitado la vista de Sharpe. El español sonrió mirando a su alrededor.

—Pero no es posible. Ha desaparecido.

—¿Usted sabe dónde? —preguntó Sharpe sintiéndose como un mugriento barrendero frente a un aristócrata exquisito.

—Lo sé, capitán, lo sé —contestó levantando las cejas.

Sharpe sabía que lo estaba atormentando, pero siguió insistiendo.

—¿Dónde?

—¿Le interesa?

Sharpe no contestó y el Católico volvió a sonreír.

—El oro es nuestro, capitán, oro español.

—Tengo curiosidad.

—Ah, bueno, en ese caso, puedo saciar su curiosidad. Lo tienen los franceses. Lo capturaron hace dos días, junto con el galante capitán Hardy. Un rezagado al que cogimos nos lo dijo.

Kearsey tosió, miró al Católico como pidiéndole permiso para hablar, y éste se lo dio.

—Así es, Sharpe. Terminó la caza. De vuelta a Portugal.

Sharpe no le hizo caso y continuó mirando fijamente al cauteloso español.

—¿Está seguro? —El Católico sonrió, levantó las cejas divertido, y extendió las manos.

—A menos que nuestro rezagado mintiera. Cosa que dudo.

—¿Rezó con él?

—Así es, capitán. Se fue al cielo con una oración, y habiéndole sacado todas las costillas, una a una —rió el Católico.

Ahora le tocaba a Sharpe sonreír.

—Nosotros también tenemos un prisionero. Estoy seguro de que podrá confirmar o desmentir la historia de su rezagado.

El Católico señaló con un dedo escaleras arriba.

—¿El sargento polaco? ¿Es ése su prisionero?

Sharpe asintió. Las mentiras saldrían a la luz.

—Así es.

—Cómo lo siento —dijo el Católico juntando las manos como si fuera a rezar—. Le corté el cuello nada más llegar. Llevado por la ira.

Sus ojos no sonreían, aunque la boca lo hiciera, y Sharpe sabía que ese no era el momento de aceptar, o incluso agradecer el elegante desafío. Se encogió de hombros, como si la muerte del sargento no significara nada para él, y siguió al español alto escaleras arriba y hacia la ermita, que se llenaba del ruido de los recién llegados, que se callaron cuando apareció su jefe. Sharpe se quedó, entre el olor dulce y denso, y observó al hombre con capa gris que se movía con desenvoltura entre sus seguidores: la figura de un jefe que distribuía favores, recompensas y consuelo.

Un soldado, sabía Sharpe, no sólo era juzgado por sus acciones sino por los enemigos que destruía, y los dedos del fusilero buscaron inconscientemente su gran espada. No se había admitido nada, no se había dicho nada abiertamente, pero bajo la oscuridad del panteón, entre las ruinas de las esperanzas británicas, Sharpe había encontrado al enemigo, y ahora, entre el olor de la muerte, buscó a tientas el camino hacia la victoria en esta guerrilla inesperada, indeseada y muy privada.

Capítulo 10

El estoque se movía apenas perceptible, una vez a la izquierda de Sharpe, otra como por magia, le vibraba ante el pecho. La presión era suficiente para doblar la hoja, para sentir que la punta dibujaría un rastro de sangre; entonces el Católico retrocedió, saludó con la espada y volvió a ponerse en guardia.

—Es usted lento, capitán.

Sharpe levantó la espada.

—Probemos cambiando las armas.

El Católico se encogió de hombros, giró la espada y se la entregó a Sharpe por el mango. Al coger la pesada espada de caballería de Sharpe, la sostuvo en horizontal, giró la muñeca y arremetió contra el aire.

—Una herramienta de carnicero, capitán. *En garde!*

El estoque era delicado como una fina aguja, sin embargo, a pesar de su equilibrio y de lo bien que se manejaba, no pudo hacer nada para penetrar la defensa despreocupada del Católico. El jefe de los guerrilleros lo burló, lo engañó y, con una sacudida final y despectiva, arremetió contra Sharpe y detuvo la mano, media pulgada antes de abrirle la garganta.

—No es usted un espadachín, capitán.

—Soy un soldado.

El Católico sonrió, pero la hoja se movió justo lo suficiente para tocar la piel de Sharpe, antes de que el español dejara caer la espada al suelo y le tendiera una mano hacia su propio sable.

—Vuelva con su ejército, soldado. Podría perder el barco.

—¿El barco? —preguntó Sharpe inclinándose y acercando hacia sí la pesada espada.

—¿No lo sabía, capitán? Los británicos se van. Se vuelven a casa, capitán, nos dejan la guerra a nosotros.

—Pues cuídenla bien. Volveremos.

Sharpe se dio la vuelta, sin hacer caso de la risa del Católico, y se dirigió hacia la puerta que daba a la calle. Estaba en las ruinas del patio de Moreno, donde Knowles había lanzado las descargas contra los lanceros, y todo lo que quedaba eran las señales de las balas en las paredes quemadas. César Moreno atravesó la puerta y se detuvo. Le sonrió a Sharpe, saludó con la mano al Católico y miró a su alrededor como si temiera que alguien escuchara.

—¿Sus hombres, capitán?

—¿Sí?

—Están listos.

Parecía un hombre bastante razonable, pensó Sharpe, pero cualesquiera que

fueran el poder y la destreza que hubiera tenido en otros tiempos, parecían haber desaparecido bajo el golpe que debió suponer la muerte de su mujer y el amor que sentía su hija por el apabullante joven, el Católico. César Moreno era tan gris como la capa de su futuro yerno: pelo gris, bigote gris y una personalidad que era la sombra de lo que había sido. Hizo un gesto señalando a la calle.

—¿Puedo ir con usted?

—Encantado.

Habían tardado un día entero en limpiar el pueblo, cavar las tumbas, esperar a que el soldado Rorden muriera, una agonía insoportable, y ahora caminaban hacia donde él y los otros muertos de la compañía serían enterrados, afuera, en los campos. El Católico caminaba con ellos, aparentemente con una cortesía desmesurada, pero Sharpe notó que Moreno recelaba de su joven compañero. El viejo miró al fusilero.

—¿Mis hijos, capitán?

A Sharpe le habían dado las gracias una docena de veces más, pero Moreno volvió a explicárselo.

—Ramón estaba enfermo. Nada grave, pero no podía viajar. Por eso estaba aquí Teresa, para cuidarlo.

—¿Los franceses les sorprendieron?

—Así es —interrumpió el Católico—. Eran mejores de lo que creíamos. Sabíamos que reconocerían las colinas, ¿pero tan exhaustivamente? Masséna está preocupado.

—¿Preocupado?

—Los suministros —siguió el hombre de la capa gris—, capitán, viajan todos por los caminos que van al sur. ¿Se imagina lo que les haremos? Mañana volvemos a cabalgar, para tender una emboscada a sus municiones, para intentar salvar Almeida.

Era una puñalada traperera. El Católico arriesgaría su vida y la de sus hombres para salvar Almeida cuando los británicos no habían hecho nada para rescatar la guarnición de Ciudad Rodrigo. Le mostró a Sharpe una sonrisa encantadora.

—¿Tal vez venga usted? Nos irían bien sus rifles.

—Hemos de reunirnos con nuestro ejército —dijo Sharpe devolviéndole la sonrisa—. ¿Lo recuerda? Podríamos perder el barco.

—Y con las manos vacías —replicó el Católico arqueando las cejas—. Qué pena.

El grupo de guerrilleros los miró pasar en silencio. Sharpe había quedado impresionado, por ellos, por sus armas y por la disciplina que imponía el Católico. Cada hombre, y muchas de las mujeres, tenía un mosquete y una bayoneta, y llevaban metidas por los cinturones pistolas junto con navajas y las largas espadas españolas. Sharpe admiraba los caballos, los arreos, y se volvió hacia el Católico.

—Debe de ser caro.

El español sonrió. Era tan simple como parar una de las estocadas torpes de

Sharpe.

—Lo hacen por odio, capitán, hacia los franceses. Nuestro pueblo nos mantiene.

«Y los británicos les dan las armas», pensó Sharpe, pero no dijo nada. Moreno los condujo pasado el castillo, fuera, hacia el campo.

—Lo siento, capitán, pero no podemos enterrar a su hombre en nuestro cementerio.

Sharpe se encogió de hombros. Los británicos podían luchar por España, pero sus muertos no podían ser enterrados en un cementerio español, no fuera que el alma protestante arrastrara a todas las demás al infierno. Se quedó frente a la compañía, miró a Kearsley, que estaba junto a las tumbas en adoptado papel de capellán, y le hizo una señal a Harper con la cabeza.

—¡Descúbranse!

Sus palabras se oían débilmente en medio del amplio valle. Kearsley leía su Biblia, aunque se sabía las palabras de memoria, y el Católico, con el rostro lleno de compasión, iba asintiendo con la cabeza mientras escuchaba. «El hombre nacido de mujer vive pocos días, y llenos de penas. Crece como una flor, que luego cortan.» «¿Y dónde está el oro? —se preguntaba Sharpe—. ¿Era probable que los franceses, habiendo matado a jóvenes y viejos, destrozado el crucifijo, embadurnado con excrementos las paredes de la ermita, hubieran vuelto a colocar con tanto cuidado la losa del panteón familiar?» Por encima del valle una exaltación de alondras daba vueltas en bandada, y Sharpe miró a Harper. El sargento miraba hacia arriba, a sus amados pájaros, pero cuando Sharpe lo observó el irlandés le echó una mirada a su capitán. Su rostro era impasible, inescrutable, y Sharpe se preguntaba qué había encontrado. Él le había pedido que echara un vistazo por el pueblo, sin darle ninguna explicación, pero sabiendo que el sargento le entendería.

—¡Amén! —dijo Kearsley dando por terminado el funeral y mirando fijamente a la compañía—. ¡La salva, capitán!

—¡Sargento!

—¡Compañía! —gritó Harper. Sus palabras mostraban seguridad, disciplina en el caos, los mosquetes se levantaron a la vez, las caras de los hombres anónimas en la ceremonia—. ¡Fuego!

La descarga asustó a las alondras, levantó un humo blanco sobre las tumbas, y ya habían cumplido con las convenciones sociales. Sharpe hubiera enterrado a los hombres sin ceremonial, pero Kearsley había insistido y Sharpe reconocía que el mayor tenía razón. La instrucción, el viejo modelo de orden y obediencia, había dado seguridad a los hombres, y Sharpe los había oído hablar en voz baja y satisfechos, de la vuelta hacia las líneas británicas. Al viaje atravesando los dos ríos, metiéndose en terreno enemigo, le llamaban «la caza del pollo salvaje», distraído y peligroso pero que no formaba parte de la verdadera guerra. Se perdían el batallón, las raciones

habituales, la seguridad de marchar junto a una docena de batallones, y la idea del oro que les había excitado anteriormente la veían ahora, con perspectiva, como un sueño más de soldado, como encontrar una bodega sin saquear llena de mujeres dóciles.

Kearsey caminó con decisión hasta colocarse junto a Sharpe. Se puso de cara a la compañía, aguantando todavía la Biblia entre sus manos.

—Lo han hecho bien. Muy bien. Un terreno difícil y muy lejos de casa. Bien hecho.

Ellos se lo quedaron mirando fijamente con la mirada vacía que los soldados reservaban para las arengas de los oficiales poco estimados.

—Siento que tengan que volverse con las manos vacías, pero sus esfuerzos no han sido vanos. Hemos mostrado, juntos, que nos preocupamos por los españoles, por su futuro, y su entusiasmo y su lucha no se olvidarán.

El Católico aplaudió, sonrió ampliamente a la compañía, a Kearsey. La compañía miró fijamente a los dos hombres como preguntándose qué nueva humillación les lanzarían, y Sharpe contuvo una sonrisa al pensar en lo que recordarían los españoles del entusiasmo y de la lucha del soldado Batten.

Kearsey se retorció el bigote.

—Mañana se pondrán en marcha, de vuelta a Portugal, y el Católico, aquí, les proporcionará escolta.

Siguió con el rostro impasible, escondiendo su ira. Kearsey no le había dicho nada de eso.

—Yo me quedo —continuó el mayor—, para seguir con la lucha, y espero que nos volvamos a encontrar.

Si esperaba que lo aclamaran quedó desilusionado.

Entonces, como el Católico había asistido el entierro de los muertos británicos, le tocaba el turno a los oficiales y permanecer en el cementerio amurallado mientras los lugareños muertos eran enterrados en una fosa común. El Católico tenía un sacerdote adiestrado, un hombrecillo apolillado, que celebró el servicio corriendo mientras Sharpe, Knowles y Harper permanecían incómodos junto a la pared alta. Los franceses también habían estado allí, tal como mostraban las tumbas profanadas y los sepulcros reventados. A los muertos los habían vuelto a enterrar, los daños se habían reparado, pero Sharpe volvió a pensar una vez más en la barbarie de tal guerra.

Miró a Teresa, vestida de negro, y ella le lanzó una de sus miradas indiferentes, como si no lo hubiera visto nunca, y él pensó que ya amenazaban en el horizonte demasiados problemas como para perseguir a la mujer del Católico. El oficial español, con la espada bajo el brazo, captó la mirada que Teresa le echó a Sharpe y sonrió levemente, o al menos arrugó las comisuras, como si agradeciera el deseo de Sharpe y se compadeciera de él por querer algo tan inalcanzable como Teresa. Sharpe recordaba el cuerpo dorado corriendo rocas arriba, las sombras sobre su piel, y supo

que tan pronto abandonara la búsqueda del oro renunciaría al deseo por la muchacha.

Harper se santiguó, los sombreros volvieron a las cabezas y la gente se movió por el cementerio. Ramón se acercó cojeando hasta Sharpe y sonrió.

—¿Se va mañana?

—Sí.

—Lo lamento —dijo sinceramente; la única cara amiga de Casatejada. Señaló el rifle de Sharpe—. Me gusta.

Sharpe sonrió, le alargó el rifle.

—Venga con nosotros; podría hacerse fusilero.

Se oyó una risa y allí estaba el Católico, con Kearsey, y observó cómo Ramón tocaba con el dedo meñique, que sobresalía de las vendas, las siete ranuras que le daban efecto a la bala y hacían que el arma fuera tan precisa.

—Un día triste, capitán —dijo el Católico después de aclararse la garganta.

—Sí, señor.

Seguro que no había venido a decirle a Sharpe que había sido un día triste.

El Católico miró a su alrededor con ojo autoritario.

—Demasiados muertos. Demasiadas tumbas. Demasiadas tumbas recientes.

Sharpe recorrió con sus ojos el pequeño cementerio. Había algo raro allí, algo que no estaba en su sitio, pero podía ser su reacción a los entierros, a los daños causados por los franceses en el camposanto. Una pared, junto a la ermita, estaba formada por nichos, cada uno de ellos con las medidas para contener un ataúd, y los franceses destruyeron las puertas selladas y tiraron al suelo su contenido podrido.

«¿Habían oído hablar los franceses del oro —pensó Sharpe— o se comportaban igual en todos los cementerios?» Profanar a los muertos era el más grave insulto en que se podía pensar, pero Sharpe suponía que era común en la guerra entre guerrilleros y franceses.

El sargento Harper dio un paso adelante, inesperadamente.

—No han abierto todas las tumbas, señor —advirtió en tono consolador, con sorprendente compasión.

El Católico le sonrió, vio que Harper señalaba hacia una tumba reciente, pulcramente cubierta de tierra y que esperaba la lápida. El hombre alto asintió.

—No todas. Tal vez no tuvieron tiempo. Lo enterré hace seis días. Un criado, un buen hombre.

Se oyó un chasquido y todos miraron a Ramón, que seguía manoseando el fusil Baker. Había abierto la tapa, en la culata, y parecía estar impresionado por la limpieza de las herramientas que contenía dentro. Le entregó el rifle a Sharpe.

—Un día yo tendré uno, ¿sí?

—Un día yo le daré uno. Cuando volvamos.

Ramón arqueó las cejas sorprendido.

—¿Volverán?

—Volveremos —rió Sharpe—. Perseguiremos a los franceses hasta París.

Se colgó el rifle y se alejó del Católico, atravesó el cementerio y cruzó una puerta lateral de hierro forjado que daba al campo abierto. Si lo que deseaba era aire fresco, no teñido por la muerte, no tuvo suerte. Junto a la puerta, medio oculto por unos arbustos verde oscuro, había un enorme montón de estiércol, apestoso y caliente, y Sharpe se giró y vio que el Católico lo había seguido.

—¿Usted cree que la guerra no está perdida, capitán?

Sharpe intentaba descubrir algún indicio de preocupación en el español.

—No está perdida —contestó encogiéndose de hombros.

—Se equivoca —dijo el español sin mostrarse preocupado. Hablaba en voz alta y con desprecio—. Han perdido, capitán. Sólo un milagro puede salvar ahora a los británicos.

—Todos somos malditos cristianos, ¿no? —dijo Sharpe imitando el tono despectivo—. Creemos en los milagros.

La protesta de Kearsey fue acallada con una risotada. Hizo que todos fueran a mirar, que se giraran y vieran a Teresa, cogida a su padre de pie en la puerta de la ermita. La risa paró, la cara volvió a ensombrecerse, pero por primera vez, pensó Sharpe, vio que ella no se hallaba totalmente atada al alto español de capa gris. Ella incluso le hizo una señal con la cabeza de agradecimiento, antes de girar y marcharse. Los milagros, pensó Sharpe, empezaban a suceder.

Capítulo 11

La euforia había desaparecido. El fracaso al igual que la resaca imponían su burlón precio de abatimiento y pesar mientras Sharpe marchaba hacia el oeste desde Casatejada, en dirección a los dos ríos que separaban a la compañía ligera de un ejército británico sentenciado.

Sharpe se sentía amargado, desilusionado y defraudado. Las despedidas habían resultado poco amistosas. Ramón lo había abrazado, costumbre española, dándole un beso con olor a ajo en cada mejilla, y el joven se había mostrado verdaderamente triste al separarse de la compañía ligera.

—Recuerde su promesa, capitán. Un riñe.

Sharpe había hecho la promesa, pero se preguntaba, melancólico, cómo la iba a cumplir. Almeida iba a caer sitiada pronto, los franceses controlarían el territorio entre los ríos, y los británicos se retirarían hacia el oeste, hacia el mar, hacia la derrota final. Y todo lo que permanecía entre la supervivencia y un embarque silencioso y amargo era la sospecha que él tenía de que el oro todavía estaba en Casatejada, escondido con tanta sutileza como los guerrilleros escondían la comida y las armas. Recordaba las palabras de Wellington. «*Debe, ¿me entiende? ¡Debe!*» Tenía que haber más oro, pensó Sharpe: oro en los sótanos de Londres, en los bancos comerciales, en las oficinas de contabilidad, en el vientre de los buques mercantes. ¿Por qué entonces ese oro? Era una pregunta sin respuesta y la amenaza de una derrota, como las nubes de lluvia todavía allí al norte, acompañaban a la compañía ligera en su marcha vacía hacia el río Águeda.

Los guerrilleros también se dirigían hacia el oeste y durante la primera hora Sharpe había observado a los jinetes que cabalgaban por el lomo de una cadena de colinas bajas hacia el sur. El Católico había hablado de tender una emboscada a los convoyes franceses que avanzarían pesadamente con municiones hacia Almeida. Pero, si bien Sharpe distinguía el abrigo azul de Kearsy entre los jinetes, no veía la capa gris del Católico. Le había preguntado a José, uno de los tenientes del Católico y el jefe de la escolta de la compañía, dónde estaba el cabecilla de los guerrilleros, pero José se había encogido de hombros.

—Se ha adelantado —contestó, y luego espoleó su caballo.

Patrick Harper alcanzó a Sharpe y le echó una ojeada.

—¿Puedo hablar, capitán?

Sharpe lo miró con amargura.

—Normalmente no me pide permiso. ¿Qué hay?

Harper hizo un gesto señalando a los jinetes de la escolta.

—¿Qué le recuerdan, capitán?

Sharpe miró las capas largas y negras, los sombreros anchos y los arreos de largos

estribos. Se encogió de hombros.

—Dígame.

Harper levantó los ojos hacia el cielo del norte, hacia las gruesas nubes.

—Recuerdo, capitán, cuando era un recluta. Era igual a esto, así, marchando desde Derry.

Sharpe estaba acostumbrado a los rodeos que daba el sargento. Si podía dar una información ilustrándola con una historia, el irlandés lo prefería, y Sharpe, que ya sabía que valía la pena escuchar, no le interrumpió.

—Y nos daban escolta, capitán, igual que ésta. Jinetes delante, a los lados, detrás, y todo alrededor, de manera que ningún hijo de su madre pudiera salirse del camino. Era como estar prisionero, capitán, eso mismo, ¡y durante todo el camino! De noche nos encerraron en un granero, cerca de Maghera, ¡y ellos allí, junto a nosotros!

El rostro del sargento mostraba la mirada fugaz de la tristeza que algunas veces aparecía cuando hablaba de su hogar, su amado Ulster, de un lugar tan pobre que él había acabado en el ejército de sus enemigos. La mirada cambió y volvió a sonreír.

—¿Entiende lo que quiero decir, capitán? Esto es una maldita escolta de prisioneros. Nos están expulsando de su territorio, eso es lo que hacen.

—¿Y qué, si es así?

Los dos hombres habían apretado el paso y se habían adelantado a la compañía, nadie podía oírles.

—Los cabrones mienten a más no poder —dijo Harper deleitándose, como si estuviera seguro de que podría derrotar sus mentiras tan fácilmente como las detectaba.

José se detuvo en un cerro que había delante y rastreó el terreno antes de espolpear el caballo. La compañía estaba aislada en la inmensidad de hierba pálida, rocas y torrenteras secas. El sol lo cocía todo, lo envolvía en un débil resplandor, resquebrajando la tierra con diminutas grietas. Sharpe sabía que pronto se detendrían a descansar, pero sus hombres no se quejaban, ni siquiera los heridos, y seguían caminando bajo el calor y el polvo hacia la línea azul y lejana que eran las colinas que rodeaban Almeida.

—De acuerdo. ¿Por qué mienten?

—¿Qué le dijo ayer su hombre?

Harper se refería al Católico, pero la pregunta no requería una respuesta. El sargento continuó con entusiasmo.

—Estábamos junto a aquella tumba, ¿lo recuerda?, y él dijo que había enterrado al hombre hacía seis días. ¿Se acuerda de eso?

Sharpe asintió con la cabeza. Él mismo había estado pensando en aquella tumba, pero las palabras del sargento le hacían surgir nuevas ideas.

—Siga.

—Ayer era sábado. Se lo pregunté al teniente; siempre se acuerda del día y la fecha. Eso quiere decir que enterró al sirviente el domingo.

Sharpe miró a Harper, desconcertado por el significado de su afirmación.

—¿Y?

—Así que enterró al hombre el domingo pasado.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Dios salve Irlanda, capitán, no harían eso. No en domingo y no en un día sagrado. Son católicos, capitán, no unos paganos protestantes. ¿En domingo? ¡Ni hablar!

Sharpe sonrió ante la vehemencia de Harper.

—¿Está seguro?

—¿Que si estoy seguro? Tanto como me llamo Patrick Augustine Harper, y que todos somos buenos católicos en Tangaveane a pesar de los malditos ingleses. Ahora mire aquello, capitán.

—¿El qué? —preguntó Sharpe alertado por el sargento que de repente le señalaba el norte, como si una patrulla francesa acabara de aparecer.

—Un milano rojo, capitán. No se ven muchos.

Sharpe vio un pájaro que parecía un halcón, pero para él la mayoría de pájaros, de los cucos a las águilas, parecían halcones.

Continuó caminando. Harper había confirmado sus sospechas, las había aumentado, y él dejó que su mente vagara entre sentimientos que le causaban desazón: la piedra sobre la cripta que no levantó sospechas en Kearsay; la rapidez con que el Católico había liquidado al sargento polaco, renunciando al habitual placer de torturar a un hombre, y seguramente, discurría Sharpe, eso lo había hecho para que el hombre no tuviera tiempo en su agonía de soltar bruscamente el embarazoso hecho de que los franceses no sabían nada del oro. No era una sospecha muy bien fundada.

Durante el poco tiempo en que el lancero había sido su prisionero Sharpe siquiera había encontrado una lengua para comunicarse, pero el Católico no debía saberlo.

La lápida, la súbita muerte del lancero, y además, la sospecha inicial de Sharpe de que los franceses, si hubieran encontrado el tesoro, no se habrían demorado en el valle, sino que hubieran conducido rápidamente el botín a Ciudad Rodrigo. A esto se sumaba ahora la idea de Harper, de que si el Católico hubiera dicho la verdad, la tumba del camposanto se habría cavado en domingo, lo que en principio resultaba sospechoso. Sharpe siguió caminando, notando el sudor que le resbalaba por la espalda, e intentó recordar las palabras del Católico.

Había dicho algo así como ¿lo enterré hace menos de una semana? Una vez más su sospecha no tenía nada en qué basarse ni justificaba el plan que él tenía en la cabeza. Sin embargo, el Católico, mentía. No tenía ninguna prueba, sólo la certeza. Se volvió hacia Harper.

—¿Usted cree que el oro está en la tumba?

—Allí hay algo, capitán, y eso es tan seguro como la condena eterna que no es una tumba cristiana.

—Pero puede haber enterrado al hombre el sábado.

—Puede, capitán, puede. Pero está la cuestión de que no la han tocado. Extraño.

De nuevo Sharpe no seguía el razonamiento del irlandés. Harper le sonrió.

—Supongamos que usted quisiera robar algunos miles de monedas de oro, capitán, y estuvieran escondidas en el panteón. Bueno, ¿le diría usted a alguien que se las iba a llevar? No, si tuviera una pizca de cordura, capitán, así que las traslada cerca, junto a los muros del camposanto, y las vuelve a esconder en tina tumba reciente.

—Y si yo fuera un oficial francés —Sharpe pensaba en voz alta—, el primer sitio en el que buscaría algo escondido, armas, comida, lo que fuera, sería en una tumba recién cavada.

Harper asintió. Ya no sonreía.

—¿Y si encontrara el cadáver de un oficial británico, capitán? ¿Qué haría entonces?

El sargento Harper había ido mucho más allá de lo que pensaba Sharpe, quien dejó que la idea se ensartara junto con las demás sospechas. ¿Dónde diablos estaba Hardy? Si los franceses encontraran a un oficial británico en una fosa no lo tocarían; volverían a colocar la tierra, incluso rezarían. Silbó suavemente.

—Pero...

—Lo sé —interrumpió Harper.

Ésta era la teoría del sargento, bien razonada, y continuó exponiéndola.

—Ahí está lo divertido del asunto. No lo enterrarán a usted, inglés pagano, en el camposanto por miedo a que nos lo estropee a nosotros buenos católicos. ¿Pero usted cree que dieciséis mil monedas de oro vencerían el miedo que tienen a la condena eterna, capitán? Yo me lo creería. Y siempre se puede mover el cuerpo cuando se cava para sacar el oro, y con dos avemarías se está de nuevo en la escalera en dirección al cielo.

Harper sacudió la cabeza satisfecho con su teoría.

—¿Usted habló, capitán, con el padre de la muchacha?

—Sí, pero él no sabía nada.

Lo cual no era cierto, reflexionó Sharpe. Él había hablado con César Moreno, en el patio quemado de la casa del viudo, y la cabeza gris se había inclinado cuando Sharpe le preguntó qué le había sucedido al capitán Hardy.

—No lo sé —le respondió Moreno levantando los ojos, casi suplicando que Sharpe no continuara.

—¿Y el oro, señor?

El padre de Teresa se había separado de Sharpe.

—¡El oro! ¡Siempre el oro! Yo quería que fuera a Lisboa. ¡El Católico quiere que vaya por tierra! ¡Lo tienen los franceses! Si su caballería no lo hubiera estropeado, mayor, estaría camino de Cádiz. Ya no hay oro. —Lo airado de la actitud y la desesperación en la voz del hombre hizo que Sharpe deseara seguir fisgando, dejar que las suaves preguntas dieran rienda suelta a la honestidad de Moreno, pero el Católico, y Teresa con él, aparecieron en la puerta y perdió la ocasión. Sin embargo, ahora Harper le sugería una nueva idea, una en la que Sharpe no hubiera caído nunca por sí mismo: que la tumba en el cementerio amurallado contenía el tesoro, y, al igual que los misteriosos y viejos túmulos en el paisaje británico, el cuerpo estaba rodeado de oro. Había otra superstición ligada a estos túmulos, una que Sharpe recordaba bien: cada túmulo era custodiado por un dragón durmiente, un dragón que se despertaría con el primer golpe de piqueta ladrona. Habría que arriesgarse con el dragón.

Sharpe dio alas a semejante idea, que revoloteara en el aire, una frágil secuencia de posibilidades sobre las que se podía colgar la esperanza de la victoria. ¿Era posible que el oro estuviera en Casatejada? ¿Así de sencillo? Que el oro estuviera en la tumba, allí oculto mientras los ejércitos se marchaban, y que el Católico pudiera cavar y sacarlo sin temor a las patrullas francesas o a los oficiales exploradores entusiastas. Entonces, ¿por qué el Católico había animado a Kearsey a quedarse con los guerrilleros? ¿O, recordaba, había invitado a Sharpe a quedarse con sus fusiles? Sin embargo, si Harper estaba en lo cierto, si sus propias sospechas eran ciertas, la tumba se había cavado el domingo, lo que iba en contra de las leyes de la Iglesia, y dentro estaba el oro y el cuerpo del amante de Josefina. Y quizás el Católico los había invitado a quedarse simplemente para desvanecer las sospechas, y porque el Católico disponía de todo el tiempo que quisiera y sin ninguna prisa para rescatar las monedas. Todo resultaba demasiado fantástico, una delicada red de débiles conjeturas, pero sabía que si no tomaba una determinación, todo estaría irremediablemente perdido. Se echó a reír en voz alta, ante lo absurdo de la situación, ante la preocupación de que podría tener problemas si se equivocaba, como si eso importara para el resultado de la campaña de verano. José miró alrededor, sorprendido por la risa súbita.

—¿Capitán?

—Debemos descansar. Diez minutos.

Los hombres se sentaron agradecidos, se quitaron las mochilas y se estiraron totalmente en el suelo. Sharpe fue caminando siguiendo la formación para hablar con los heridos, que eran ayudados por sus compañeros. Oyó gruñir a Batten y se detuvo.

—No se preocupe, Batten, no falta mucho.

Los ojos sospechosos se levantaron para mirar a Sharpe.

—Hace calor hoy, capitán.

—Se quejaría si no hiciera tanto. —Los hombres que estaban por allí se rieron burlones—. De cualquier modo, mañana estará en Almeida y al día siguiente de nuevo con el batallón.

Lo dijo en voz alta para que lo oyera la escolta, y mientras hablaba sabía que ya había tomado una decisión. No estarían en Almeida al día siguiente, ni el otro, sino de vuelta en Casatejada, donde había que cavar alguna tumba. Era la única forma de apaciguar las sospechas, pero al hacerlo Sharpe sabía que se estaba creando enemigos que eran más peligrosos que los franceses. Si el oro estaba allí, y durante un momento evitó pensar en la terrible probabilidad de que no fuera así, entonces la compañía tendría que transportarlo atravesando veinte millas por una tierra hostil, evitando a los franceses, pero, peor aún, combatiendo a los guerrilleros, que conocían el territorio y cómo combatir en él. De momento, lo único que podía hacer era convencer al arisco José de que no tenía otra intención que la de reunirse con el ejército, y, Sharpe, ante la sorpresa de sus hombres, se volvió de repente hablador y jovial.

—Mañana buey cocido, muchachos. ¡Se acabó la verdura estofada! Ron del ejército, sus mujeres, el sargento mayor del regimiento, todo lo que han echado de menos. ¿No lo están deseando? —Ellos le sonrieron, contentos al verlo a él contento—. Y para los que no estamos casados ¡las mejores mujeres de Portugal!

La respuesta fueron unos vítores groseros que los guerrilleros, descansando en las sillas, observaron con desaprobación.

—¿Sus hombres luchan por las mujeres, capitán?

—Y por la bebida —asintió Sharpe, alegremente—. Más un chelín al día con deducciones.

Knowles se acercó desde la retaguardia con el reloj abierto.

—Han pasado los diez minutos, capitán.

—¡En pie! —exclamó Sharpe dando una palmada—. ¡Venga, muchachos! Vamos a casa. ¡Desfiles, raciones, y la señora Roach que nos lave la ropa!

Los hombres se levantaron de buena gana, se colgaron las mochilas, se pusieron las armas al hombro, y Sharpe vio la mirada despectiva de José. Había dado la impresión, una impresión bastante acertada, de que a la compañía ligera sólo le importaban la bebida y las mujeres, y tales aliados no eran del gusto de José. Sharpe quería que lo menospreciaran, que lo subestimaran, y si los españoles volvían a Casatejada pensando que los hombres del South Essex eran torpes, brutos y empeñados en alcanzar los antros de Lisboa, esto era lo que le convenía a Sharpe. Patrick Harper, con la escopeta de siete cañones bien enganchada al hombro, volvió a alcanzar a Sharpe.

—¿Así que regresamos?

Sharpe asintió.

—No tiene que enterarse nadie más. ¿Cómo lo ha sabido?

Harper soltó una risotada. Miró a Sharpe con perspicacia, como calibrando la sabiduría de su respuesta.

—Porque quiere a la mujer de aquel cabrón.

—Y el oro, Patrick —sonrió Sharpe—. No se olvide del oro.

Llegaron al río Águeda al crepúsculo, cuando los mosquitos formaban nubes sobre el lento curso del río hacia el norte. Sharpe estuvo tentado de acampar en la orilla este, pero pensó que tal acción hubiera levantado las sospechas de los suspicaces guerrilleros, así que la compañía ligera vadeó el río y se adentró una media milla hacia los árboles que bordeaban las colinas al oeste. La escolta no se fue, sino que se quedó en la otra orilla observándolos, y por un momento Sharpe se preguntó si los españoles sospechaban que los soldados británicos pretendían volver a Casatejada durante la noche. Se volvió hacia el teniente Knowles, que estaba temblando.

—Encendamos un fuego.

—¿Un fuego? —preguntó Knowles sorprendido.

—Pero los franceses...

—Lo sé. Enciéndalo. Uno grande.

Los hombres estaban entusiasmados. Los que tenían horribles bayonetas con el canto serrado las arremetieron contra las ramas de alcornoque, otros juntaron las ramas con cariño, y en pocos minutos el humo de leña azulado se elevaba como una señal bajo el cielo del atardecer. Patrick Harper, de pie con los faldones de la camisa chorreando y sosteniendo sus pantalones empapados junto al fuego, miró con curiosidad hacia su capitán como sugiriéndole que la hoguera era peligrosa. Lo era deliberadamente, porque al verla convencería aún más a los guerrilleros de la ineptitud de la infantería británica. Todo hombre que encendiera fuego en territorio patrullado por el enemigo no podía pretender vivir mucho. Inducido por la hoguera o bien por lo avanzado de la hora, José decidió marcharse, y Sharpe, agachado entre el follaje de los árboles, observó que los jinetes giraban y espoleaban a los caballos de vuelta hacia el este. La compañía se quedó sola.

—¡Teniente!

Knowles se acercó desde el fuego.

—¿Capitán?

—Regresamos. Esta noche.

Observó a Knowles por si descubría alguna reacción, pero el compatriota del norte asintió como si la noticia no fuera inesperada. Sharpe se sintió desconcertado.

—No nos llevaremos a los heridos. El sargento Read puede llevarlos hasta Almeida. Mande a tres hombres que lo ayuden y dígame que encuentre un convoy que atraviese el Coa. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

—Nos separaremos esta noche. Yo me adelantaré con los fusileros, usted seguirá detrás. Nos encontrará en el cementerio de Casatejada.

Knowles se rascó la cabeza.

—Cree que el oro está allí, ¿no es así?

—Tal vez —asintió Sharpe—. De todas formas, quiero echar un vistazo. —Le sonrió al teniente, contagiándole el entusiasmo—. Dispóngalo todo, Robert; luego hágame saber si hay algún problema.

La noche cayó rápidamente y a Sharpe le pareció que la oscuridad era doblemente densa. La luna se parapetaba tras las nubes amenazantes, que lentamente, muy lentamente, eclipsaban a las estrellas, y una suave brisa fría del norte le recordó a Sharpe que tenía que estallar una tormenta. «Esperemos que no sea esta noche», pensó, ya que la lluvia los retrasaría, haría que el trayecto, ya difícil de por sí, se hiciera más peligroso, y él tenía que llegar a Casatejada cuando aún reinara la oscuridad. Con gran sorpresa por su parte, y con gran placer, la noticia de que no seguían hacia Almeida pareció excitar a los hombres. Le sonrieron con burla, murmuraron que era un cabrón, pero reinaba cierta inquietud entre la compañía sobre la necesidad de cumplir con el deber. Knowles volvió, nada más que una sombra en la oscuridad.

—¿Algún problema?

—Sólo Read, mi capitán. Quiere un papel.

Sharpe se echó a reír. El sargento Read era muy quisquilloso y sin duda pensaba que su grupito podría tener más problemas con los de su propio bando que con los franceses. Si la policía militar encontraba a un grupito vagando lejos de su batallón, podría pensar que había encontrado a unos desertores y sacar las largas cuerdas. Sharpe garabateó algo con un lápiz en una página del cuaderno de Knowles, sin ver siquiera en la oscuridad si las palabras eran legibles.

—Déle esto.

Knowles permaneció a su lado y Sharpe notó que se removía inquieto.

—¿Qué hay?

El teniente habló en voz baja, preocupado.

—¿Usted sabe si el oro está allí, capitán?

—Ya sabe que no lo sé.

Se hizo una pausa; Knowles sacudió un pie tras otro.

—Es arriesgado, capitán.

—¿Cómo? —Sharpe sabía que a su teniente no le faltaba valor.

—Yo pensaba que el mayor Kearsey le había ordenado volver con el ejército, mi capitán. Si vuelve y nos encuentra fisgoneando por Casatejada no es que le vaya a alegrar. Y el Católico no nos va a recibir con los brazos abiertos. Y... —Su voz se fue apagando.

—¿Y qué?

—Bueno, capitán. —Knowles se agachó para acercarse a Sharpe, con la voz aún más baja—. Todos saben que tuvo problemas con el general después de aquello con la policía militar, capitán. Si Kearsley tiene quejas de usted, capitán, bueno... —Volvió a quedarse sin palabras.

—Podría tener todavía más problemas, ¿no es eso?

—Sí, capitán. Y no sólo es eso. —De repente las palabras le salieron a borbotones como si llevara el discurso almacenado durante días, o incluso semanas—. Todos sabemos que el nombramiento no es todavía oficial, mi capitán, ¡y es una injusticia! Simplemente porque usted empezó de soldado raso parece que no hagan nada, y que el águila no valga para nada.

—No, no, no —contestó Sharpe, deteniendo el chorro de palabras. Se sentía turbado, conmovido, incluso sorprendido—. El ejército no es injusto, es simplemente lento.

Eso no se lo creía ni él, pero si expresaba lo que pensaba realmente, daría rienda suelta a su amargura. Recordó la excitación del momento, un año antes, cuando el general lo había nombrado capitán, pero desde entonces la Guardia Real se había mantenido en silencio. Se preguntaba si habían rechazado su nombramiento y nadie se atrevía a decírselo; eso ya había ocurrido otras veces, los mandos del batallón habían juntado la paga ellos mismos. Maldito ejército y maldito sistema de ascensos. Miró a Knowles.

—¿Cuánto lleva de teniente?

—Dos años y nueve meses, capitán.

A Sharpe no le sorprendió que la respuesta fuera tan rápida y tan completa. La mayoría de los tenientes contaban los días que les quedaban hasta los tres años de antigüedad.

—¿Así que para Navidades será capitán?

Knowles estaba turbado.

—Me lo pagará mi padre, capitán. Me prometió el dinero después de Talavera.

—Se lo merece.

Sharpe sintió el aguijón de los celos. Él no podría nunca pagar las mil quinientas libras que costaba el ascenso a capitán, y Knowles tenía suerte. Sharpe se echó a reír, disimulando.

—Si mi nombramiento se suspende, Robert, ¡en Navidades tendremos que intercambiarnos el puesto!

Se levantó y miró hacia el valle.

—Es hora de partir. Dios sabe cómo encontraremos el camino. Pero buena suerte.

A mil millas de distancia, hacia el norte y el este, un hombrecillo con un mechón de pelo revuelto y una capacidad de trabajo insaciable miraba los montones de

papeles que había despachado y gruñía con aprobación al releer el último párrafo del último despacho enviado por el mariscal André Masséna. Se preguntaba si el mariscal, a quien él mismo había convertido en príncipe de Essling, estaba perdiendo facultades. El ejército británico era tan reducido —los periódicos de Londres decían que sus efectivos sólo eran veintitrés mil hombres más veintidós mil aliados portugueses— y el ejército francés tan numeroso, que no entendía que a Masséna le costara tanto tiempo lograr sus objetivos. Pero el despacho decía que iba avanzando, hacia Portugal, y pronto los británicos estarían de espaldas al mar y sólo tendrían delante el terror, la vergüenza y la derrota. El hombrecito bostezó. Conocía todo lo que sucedía en su enorme imperio, incluso que el príncipe de Essling se había llevado a una joven a la guerra para que le calentara el lecho por las noches, pero lo perdonaría. Un hombre tenía esa necesidad, sobre todo si los años iban pasando, y la victoria lo perdonaba todo. Soltó una risotada, sobresaltando a un criado y haciendo vacilar las velas, al recordar el informe del agente secreto que decía que la amante de Masséna iba disfrazada de húsar. ¿Pero qué importancia tenía eso? El imperio estaba a salvo y el hombrecillo se fue a la cama, con su princesa, ignorando totalmente a aquella compañía que marchaba por su territorio con la esperanza de causarle muchas noches de insomnio en los meses venideros.

Capítulo 12

El regreso fue una pesadilla y solamente el instinto de Hagman, agudizado por sus años de cazador furtivo en la oscuridad del campo, condujo a los fusileros por los senderos que habían recorrido durante el día. Sharpe se preguntaba cómo Knowles, con más hombres, sobreviviría, pero también había cazadores furtivos como Hagman entre los casacas rojas, así que no había por qué preocuparse. Los fusileros llevaban buen ritmo, renegando entre las rocas, tropezando por las torrenteras, yendo más deprisa de lo que irían los entrenados hombres del South Essex. Los fusileros eran la élite del ejército, los mejor adiestrados, los mejor equipados, la infantería más distinguida de un ejército que se jactaba de tener los mejores soldados de a pie del mundo, pero en ninguno de sus entrenamientos, en su autosuficiencia jactanciosa, los habían preparado para la misión de introducirse furtivamente en Casatejada ante las narices de los suspicaces guerrilleros.

La luna, perversa, apareció cuando los casacas verdes alcanzaban la última cima antes del pueblo. Surgió por entre unos jirones de nubes y mostró el pueblo, inocente y silencioso, en el centro del valle. Los hombres se tiraron al suelo, empujaron los rifles hacia adelante, pero no se movía nada a la luz de la luna, salvo el cebadal que ondeaba bajo la brisa y el maíz que resonaba en sus tallos largos. Sharpe miró fijamente hacia el pueblo, reviviendo la desesperanza de acercarse sin ser visto, y esta noche no existía la posibilidad de persuadir a los defensores para que encendieran hogueras, se deslumbraran, y les proporcionaran a los atacantes alguna ventaja. Se puso en pie.

—Vamos.

Dieron un rodeo, por el extremo sur del valle, moviéndose con rapidez a la luz de la luna con la esperanza de que si sus cuerpos ensombrecidos se veían borrosos en la oscuridad del fondo de las colinas los centinelas del pueblo creyeran que eran una de las manadas de lobos que corrían hacia las tierras altas. Por dos veces durante el trayecto los fusileros oyeron lobos en la cercanía, una vez habían visto una silueta entrecortada en una cima, pero no les preocupó. El cementerio estaba situado al este de la calle y los fusileros tenían que rodear el pueblo para poder acercarse por el lado oscuro. Sharpe siguió mirando al este, temiendo las primeras grietas de la madrugada, temiendo la entrada en el pueblo.

—¡Al suelo!

Se tiraron otra vez, jadeando, en un campo de cebada a medio segar que ya había pisoteado la caballería francesa; cruzaban el campo de manera que, en la oscuridad, se formaban dibujos fantásticos y curvas borrosas y extrañas.

—¡Adelante!

Avanzaban serpenteando, entre los senderos abiertos en la cosecha que había sido

aplastada y las matas verticales que les proporcionaban cobertura; a un cuarto de milla de distancia, la ermita los miraba fijamente, con su campanario. Nadie hablaba; cada cual conocía su misión, y todos sabían también que los españoles, que se comunicaban entre sí con piedras blancas en las colinas, podían haberlos visto a lo largo de las últimas cinco millas. Sin embargo ¿por qué habían de sospechar? A Sharpe le obsesionaba esa pregunta, las posibles respuestas, el hilo del que pendía la compañía por su culpa.

Doscientas yardas más y se detuvo, levantó la mano y se volvió hacia Hagman.

—¿Bien?

El hombre asintió, sonrió con su boca desdentada.

—Perfecto, capitán.

—Venga —dijo entonces Sharpe mirando a Harper.

Ahora sólo iban ellos dos, avanzaban arrastrándose hacia el olor cada vez más intenso del estiércol, intentando percibir los leves sonidos que pudieran delatar al centinela en alerta. El cebadal, aplastado y tortuoso, llegaba casi hasta el muro del cementerio, pero cuando serpenteando se acercaban al muro alto y blanco Sharpe vio que no podían escalarlo sin ser vistos. Dejó que Harper se le acercara culebreando y le habló al sargento al oído.

—¿Ve el campanario?

Harper asintió.

—Debe haber alguien allí arriba. No podemos cruzar por aquí. Nos verán.

El sargento alargó una mano y la giró hacia la izquierda. Sharpe asintió.

—Vamos.

El campanario, con sus arcos orientados a los cuatro puntos cardinales, era el puesto de guardia más evidente del pueblo. Sharpe no veía nada en el espacio borroso del extremo de la torre, pero sabía que allí había un hombre, y mientras se arrastraban, ensordecidos por los tallos de la cebada, se sentía como un animalito deslizándose hacia una trampa. Alcanzaron la esquina del cementerio, se levantaron apoyándose contra el muro sintiéndose equivocadamente aliviados, y entonces, ocultándose de la torre, descendieron bordeando lentamente por su derecha hacia la puerta, los arbustos y el montón de estiércol.

No se movía nada. Parecía que Casatejada estaba desierto, y por un momento Sharpe se imaginó la fabulosa posibilidad de que el Católico se hubiera marchado con todos sus seguidores y que el pueblo estuviera realmente vacío. Entonces se acordó de Ramón, que todavía no podía cabalgar, y de su hermana, Teresa, que se quedó a su cuidado, y supo que el pueblo estaba habitado, vigilado, sin embargo habían conseguido alcanzar la puerta del cementerio y nadie gritó, nadie tiró del seguro de un mosquete, y el pueblo continuaba teniendo el aspecto ausente de una comunidad dormida. Sharpe se asomó por la puerta de hierro forjado. La luna iluminaba las

tumbas. No se oía nada, los cabellos del cogote le pinchaban, y de repente la idea de que había dieciséis mil monedas de oro escondidas en la tumba le pareció ridícula. Le tiró del codo a Harper, obligando al sargento a meterse en la espesa sombra de los matorrales junto a la puerta.

—Esto no me gusta —le susurró.

No tenía sentido intentar analizar el miedo; un soldado debe confiar en su instinto y en el momento en que intentara sujetarlo se desvanecería como el humo en la niebla.

—Usted quédese aquí. Yo voy a entrar. Si alguien se me interpone use ese maldito rifle.

Patrick Harper asintió. Llevaba colgado el fusil de siete cañones y había tirado del pedernal, lentamente, de manera que el trinquete bien engrasado se deslizara en silencio hacia su sitio. El sargento estaba tan receloso como su capitán, aunque no sabía si era por la visión del cementerio vacío bajo la pálida luz de la luna o porque los enemigos los estuvieran observando y burlándose. Vio cómo Sharpe saltaba por el extremo del muro, al no fiarse de los goznes de la puerta, y entonces miró hacia las colinas donde apreció la débil silueta en el horizonte, el presagio del amanecer, y sintió que una brisa helada suavizaba el hedor del estiércol. Oyó que la empuñadura de Sharpe restregaba las piedras. Acto seguido se oyó un porrazo cuando cayó al suelo; entonces Harper se quedó solo, en la espesa cobertura de los matorrales, y agarrando la culata del arma asesina.

Sharpe se acuclilló en el interior del cementerio, en sus oídos retumbaba el ruido que había hecho desde lo alto del muro. ¡Qué idiota! Tenía que haber introducido la espada y el fusil entre los barrotes de la puerta, pero no se le ocurrió, y causó tanto ruido como un amante que huye del marido que regresa cuando se arrastró y se abrió camino por el alto muro de piedra. Pero nada se movía, nada se oía excepto un sonido de fondo curioso y profundo que suspiraba allí donde el viento atravesaba el campanario y acariciaba el enorme instrumento de metal. A través del camposanto veía los nichos, como cajitas bajo la luz tenue, y pensó en la putrefacción que rezumaba entre la argamasa, y en los cuerpos que yacían en ese patio, y entonces se puso boca abajo y se arrastró entre las tumbas hacia el lugar, al otro extremo del patio, donde le esperaba la tumba recién cavada. Podían verlo, ya lo sabía, desde el campanario mientras atravesaba, pero la suerte estaba echada, no había camino de vuelta, y lo único que podía desear era que el hombre del campanario estuviera dormido, con la cabeza reclinada sobre el pecho, mientras el enemigo se escabullía. Los cinturones y los botones se enganchaban en la tierra seca al arrastrarse hacia el túmulo. La tumba parecía sospechosa, pensó, más elevada que las demás y de algún modo más cuidadosamente cavada formando una cresta cuadrada de tierra pálida. Se había embadurnado la cara con una mezcla de polvo y saliva, pero no se atrevía a

levantar la vista, por mucho que lo deseara, para ver si había un cara asomándose por el arco.

Entre aquella quietud se lamentó de su estupidez. ¿Hubiera tenido que acercarse directamente, con la bayoneta preparada, e insistir en cavar en la tumba? Si hubiera tenido la seguridad podía haberlo hecho, en lugar de venir como un ladrón en la noche, pero nada era seguro. Una sospecha, eso era todo, un ligera sospecha de mierda que solamente se veía reforzada por la insistencia de Patrick Harper de que un hombre no se podía enterrar en domingo. De repente recordó que el segundo nombre del sargento era Augustine y sonrió, inconscientemente, al tiempo que por fin alcanzaba el objeto que venía a explorar desde tan lejos. No se movía nada. La campana gimió suavemente, pero no se oían otros ruidos. Hubiera sido fácil creer que estaba completamente solo, totalmente desapercibido, pero su instinto aún le enviaba señales de peligro y él no podía evitarlo. Empezó a cavar, torpemente, estirado y con un brazo torcido y echando hacia atrás puñados de tierra. Era más difícil de lo que había pensado. Cada puñado de tierra seca y de piedras hacía que de la cima del túmulo se desprendiera más tierra, y le parecía que cada vez el ruido era mayor, pero no se atrevía a hacer nada salvo seguir escarbando en la tumba, mientras que los músculos del brazo se le doblaban anormalmente, retorcidos de dolor. Una vez le pareció oír un ruido, un pie en la piedra, pero cuando se detuvo no era nada. Levantó la vista, vio el tinte de luz gris que limitaba su tiempo, y cavó más profundo, metiendo con fuerza la mano en la tierra e intentando hacer un túnel por debajo de lo que fuera que estuviera enterrado en esa tierra dura y poco profunda. Se hacía la luz, desgraciadamente, y lo que antes habían sido simples sombras agazapadas bajo la luz de la luna se percibían ahora claramente como lápidas ornamentadas. Incluso podía leer lo que ponía en la más cercana: María Urraca, y el ángel esculpido que protegía su descanso parecía mirarlo de soslayo bajo la tenue luz. Se arriesgó a levantar la vista, dejándose de precauciones, pero no se veía nada en el arco que se abría en el extremo de la torre, excepto la sombra pálida y gris de la campana. Metió la mano con más fuerza, sin encontrar nada todavía, nada excepto tierra y piedras, y ensanchó el cráter que había hecho, similar al de un perro que hubiera estado escarbando en busca de un hueso. Entonces se oyó una voz, clara, en algún lugar del pueblo, y se dio cuenta de que se había acabado el tiempo. La voz no parecía de alarma, simplemente de alguien que se levantaba, pero no tenía sentido seguir escondiéndose más tiempo. Se puso de rodillas y, con ambas manos, retiró la tierra, ahondando en lo que hubiera en la tumba. Y ahí estaba. Tela de saco. Escarbó frenéticamente, la tierra se derrumbaba sobre el trozo de arpillera, y la mente lo fustigaba con la idea de las monedas de oro metidas en saquitos, enterradas a seis pulgadas de la superficie. Volvió a limpiar el trozo otra vez, vio la arpillera claramente, y tiró de ella con los dedos rígidos, rajándola, metiendo la mano en busca de las monedas. Pero no había

monedas. Solamente el olor impuro, desesperado, corrupto de un cadáver, y una viscosidad horripilante en sus dedos; sintió náuseas en la garganta, y al instante se dio cuenta de que ese cuerpo, amortajado con una simple tela marrón, no era el del capitán Hardy sino el del criado del Católico, al que, por un motivo que nunca llegaría a conocer, no habían perturbado los franceses merodeadores. El fracaso, absoluto, completo, total, el fin de miles de esperanzas, y los dedos llenos de tela corrompida. Y nada de oro.

—Buenos días.

Era una voz burlona, imperturbable y segura, y Sharpe se giró rápidamente para ver al Católico de pie a la puerta de la ermita. El oficial español era una sombra, pero resultaba inconfundible con los grandes puños del uniforme bajo la capa gris, la fina espada y la voz melosa.

—Buenos días, capitán Sharpe. ¿Tenía hambre?

Sharpe se incorporó, mirando la porquería que había en su uniforme. Se agachó para coger el fusil, pero comprobó que el cañón de un mosquete le apuntaba desde detrás del Católico, y de repente y en silencio, una docena de hombres se alineaban a ambos lados del español que seguía mirando a Sharpe divertido.

—¿Cava usted con frecuencia en busca de cadáveres, capitán Sharpe?

No había nada que decir. Dejó el rifle sobre el suelo y se enderezó.

—Le he preguntado, capitán, si busca usted a menudo cadáveres.

El hombre alto se adelantó unos pasos en el cementerio. Sharpe se limpió la suciedad de la mano derecha en los pantalones. ¿Por qué demonios no había aparecido Harper? ¿También lo habrían encontrado? Sharpe no había oído nada, ni pasos, ni puertas crujiendo, pero había estado escarbando en la tierra y el ruido debió ser suficiente para que no oyera al Católico acercándose silenciosamente por la puerta trasera de la ermita.

El español rió entre dientes, e hizo una señal con la mano con uno de sus gestos elegantes.

—No va a responder a mi pregunta. Supongo que está buscando el oro, ¿no es así? —Sharpe no dijo nada y la voz del Católico insistió—. ¿No es así?

—Sí.

—¡Pero si tiene lengua! —exclamó el Católico girándose y hablando a uno de sus hombres, esperó y se volvió con una pala en la mano—. Entonces cave, capitán, cave. No tuvimos tiempo de enterrar bien a Carlos. Lo hicimos deprisa y corriendo el sábado pasado por la noche, así que puede hacernos el favor.

Le lanzó la pala a Sharpe; el metal reflejó la luz y cayó en la tierra junto a los pies del fusilero.

Sharpe permaneció inmóvil. Una parte de él maldecía a Harper, injustamente, por la sospecha del entierro en domingo, pero sabía que hubiera vuelto de todas maneras.

¿Pero dónde estaba el enorme irlandés? No podían haberlo cogido, no sin una lucha que se hubiera oído a una milla de distancia, y Sharpe sintió una leve esperanza. El Católico dio un paso adelante.

—¿No va a cavar?

El español bajó la mano izquierda y Sharpe vio que el cañón del mosquete se le acercaba, oyó la detonación, vio la llamarada entre la nube de humo, y la bala se estrelló contra el muro que había detrás de él. ¿El muy cabrón le habría cortado el cuello a Harper? No había esperanzas de que Hagman lo rescatara; Sharpe había ordenado reiteradamente a todo el grupo que no debía entrar en el pueblo a menos que los llamaran. ¡Mierda! Y Knowles caería en la misma trampa, y todo, todo este asunto de mierda se había derrumbado entorno a él por pasarse de listo. Cogió la pala —no tenía otra opción— y clavó el metal en la tierra junto al cuerpo, y su mente, negándose a aceptar la derrota total, todavía esperaba que debajo del cadáver corrompido encontraría las bolsas de oro. Bajo el cuerpo había tierra pedregosa, llena de rocas afiladas, bien prietas y que chirriaban a los golpes de la pala. El Católico se rió.

—¿Ha encontrado el oro, capitán?

Se volvió hacia sus hombres, les habló rápido, y se rieron del inglés, se burlaron del capitán con la cara sucia que se veía obligado a cavar la tumba como un campesino.

—¿Joaquín?

Era la voz de Teresa, que apareció de repente, con un vestido largo y blanco, y se puso junto a su hombre, lo cogió por el brazo, y preguntó qué sucedía. Sharpe la oyó reír cuando el Católico le explicaba.

—¡Cave, capitán, cave! ¡El oro! ¡Ha de encontrar el oro! —El Católico se divertía.

Sharpe arrojó la pala.

—No hay oro.

—¡Ah! —El rostro del Católico mostraba un falso horror; levantó las manos, soltó a la muchacha, y les tradujo a sus hombres la conversación. Se giró sin hacer caso de sus risas—. ¿Dónde están sus hombres capitán?

—Observándolo.

La respuesta carecía de fundamento y el Católico la trató con el desprecio que merecía. Se echó a reír.

—Lo hemos visto arrastrarse hasta la tumba, capitán, solito y en la oscuridad. Pero no está usted solo, ¿no es así?

—No. Y no esperaba encontrarlo aquí.

El Católico le hizo una reverencia.

—Un placer inesperado, entonces. El padre de Teresa dirige la emboscada. Yo

decidí volver.

—¿Para proteger su oro? —Era un intento vano, pues todo resultaba ya inútil.

El Católico cogió a Teresa por los hombros.

—Para proteger mi tesoro, capitán.

Volvió a traducir, y los hombres se echaron a reír. El rostro de la muchacha siguió tan enigmático como siempre. El Católico señaló con la mano hacia la puerta.

—Vaya, capitán. Sé que sus hombres están cerca. Váyase a casa, sepulturero de poca monta, y recuerde una cosa...

—¿Sí?

—Vigile la retaguardia. Tenga mucho cuidado. El camino es muy largo. —El Católico se echó a reír, observó a Sharpe que se agachaba para recoger su fusil—. Deje el rifle, sepulturero de poca monta. Así nos ahorramos tenérselo que recoger del camino.

Sharpe lo recogió, se lo colgó desafiante al hombro y maldijo inútilmente al español. El Católico rió una vez más, se encogió de hombros e hizo un gesto indicando la puerta.

—Vaya, capitán. Los franceses tienen el oro, tal como le dije. Los franceses.

La puerta no estaba cerrada con llave; podía abrirse fácilmente, pero Patrick Harper, con la sangre de los héroes irlandeses corriendo por sus venas, había preferido quedarse atrás y abrirla de una patada tremenda. Se abrió de golpe hacia dentro, los goznes rechinaron con la argamasa seca y allí estaba, seis pies y cuatro pulgadas de irlandés sonriente, sucio como un carnicero, y sosteniendo siete cañones en una mano que apuntaban con indiferencia al Católico y a sus hombres.

—¡Buenos días! ¿Y cómo está Su Excelencia esta mañana?

Sharpe apenas echaba una mirada a la imitación que hacía Harper de lo que el resto del mundo pensaba que era el gesto irlandés, pero estaba claro que ésta era una buena actuación. La horrible mortaja del fracaso se esfumó, pues Sharpe entendió, con una seguridad absoluta, que Patrick Harper rebosaba de buenas noticias. Se le veía en la sonrisa burlona, en la forma de caminar, y en las palabras necias que borboteaban del enorme soldado.

—Y es una mañana excelente, seguro, Su Excelencia. —Dijo mirando al Católico—. Yo no me movería, Su Excelencia, no mientras le esté apuntando. Se podría disparar con una detonación tremenda, y le podría arrancar su preciosa cabeza. —Echó una mirada a Sharpe—. ¡Buenas, capitán! Disculpe mi aspecto.

Sharpe sonrió, se echó a reír relajado. Harper estaba asqueroso, cubierto de estiércol brillante y repugnante, y el sargento sonreía con la máscara de suciedad.

—Me caí en la mierda, capitán.

Sólo el fusil del sargento no estaba cubierto de estiércol y éste, a pesar de su excitación, apuntaba firmemente al Católico. El irlandés miró de nuevo a Sharpe.

—¿Le importaría llamar a los muchachos, capitán?

Sharpe se sacó el silbato de la pistolera y silbó la señal que haría llegar corriendo a los fusileros hacia el pueblo. Harper seguía mirando fijamente al Católico.

—Gracias, capitán.

El momento era suyo, su victoria, y Sharpe no se lo iba a estropear.

El sargento sonrió al Católico.

—¿Estaba diciendo, Su Excelencia, que los franceses tenían el oro?

El Católico asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Teresa miró a Harper desafiante, y luego a Sharpe, que ahora apuntaba con su rifle al grupito de guerrilleros.

—Los franceses tienen el oro. —Su voz era firme, el tono casi despectivo hacia los dos hombres armados. Los españoles tenían armas, pero ninguno osaba moverse mientras la enorme boca del fusil de siete cañones los mirara fijamente desde el flanco.

Teresa repitió:

—Los franceses tienen el oro.

—Así es, desaparecido, perfecto. —La voz de Harper se suavizó de repente—. Porque si uno no sabe de algo, como decía mi madre, no lo echa de menos. Y vea lo que he encontrado en el montón de estiércol.

Sonrió burlón mirándolos a todos, levantó la mano que tenía libre, y de ella, goteando como en una cascada brillante, cayeron gruesas monedas de oro. La sonrisa se hizo todavía más amplia.

—Dios —dijo Patrick Augustine Harper— ha sido misericordioso conmigo esta mañana.

Capítulo 13

Sharpe señaló un olivo enano, que aparentemente marcaba una separación entre dos campos, y le gritó a Hagman:

—¿Ve aquel árbol, Hagman?

Una voz contestó desde el campanario.

—¿Capitán?

—¡El olivo! A cuatrocientas yardas. ¡Más allá de la casa grande!

—Lo tengo, capitán.

—¡Dispare contra aquella rama que cuelga!

Hagman murmuró algo respecto a unos malditos milagros, el Católico sonrió con desprecio ante lo imposible que le parecía semejante puntería, y Sharpe le sonrió a su vez.

—Si alguno de sus hombres intenta irse del pueblo, le dispararán. ¿Entendido?

El español no contestó. Sharpe había colocado a cuatro fusileros en el campanario y les había ordenado que dispararan a cualquier jinete que se alejara de Casatejada. De momento necesitaba ganar todo el tiempo posible antes de que toda la banda de curtidos guerrilleros del Católico iniciara la persecución de la compañía ligera a través de las colinas. Se oyó la detonación del fusil Baker, la rama que colgaba cogida a una tira de corteza, saltó por los aires, y entonces quedó descolgada. Hagman no había arrancado del todo la pálida corteza, pero la demostración resultaba más que suficiente, y el Católico observaba la rama rota que se balanceaba como un péndulo. No dijo nada. Sus hombres, desarmados y perplejos, se sentaron junto al muro del cementerio y observaron a otros cinco fusileros, guiados por Harper, que rastrillaban el enorme montón de bosta con sus bayonetas. Sacaban bolsas de piel, llenas de monedas, y las lanzaban a los pies de Sharpe; bolsa tras bolsa, repletas de oro, más monedas de las que Sharpe había visto nunca juntas, una fortuna mayor de lo que él jamás pudiera imaginar.

Los fusileros se sintieron intimidados por el oro, exaltados por el descubrimiento, y sin dar crédito con la excitación a las bolsas calientes y apestosas que iban cayendo a los pies de Sharpe. El rostro del Católico permanecía rígido como una máscara de feria, pero Sharpe sabía que los músculos controlados ocultaban un odio profundo.

—Nuestro oro, Sharpe.

—¿Nuestro?

—De los españoles —contestó escrutando la mirada del fusilero.

—Lo llevaremos a Cádiz. ¿Quiere venir?

—¡Cádiz! —exclamó; por un momento se le cayó la máscara y la voz gruñía con rabia—. ¡Usted no lo llevará a Cádiz! Se irá a Inglaterra con su ejército, para comprar comodidades para sus generales.

Sharpe deseaba que su cara reflejara el desdén que sentía por el Católico.

—¿Y usted qué iba a hacer con el oro?

—Llevarlo a Cádiz. Por tierra —contestó encogiéndose de hombros.

Sharpe no lo creía; su instinto le decía que el Católico había planeado robar el oro, quedárselo, pero no tenía prueba alguna salvo que el oro estaba escondido.

—Así pues, le ahorraremos el viaje. Será un placer.

Sonrió al Católico, quien se giró y habló rápido a sus hombres, haciendo gestos señalando a Sharpe; los guerrilleros, junto al muro, murmuraron rabiosos de modo que los hombres de Sharpe tuvieron que enderezar los rifles y dar un paso adelante.

Patrick Harper se detuvo junto a Sharpe y se estiró los músculos de la espalda.

—No están contentos, capitán.

Sharpe le sonrió burlón.

—Creen que vamos a robarles el oro. No creo que nos ayuden a llevarlo a Cádiz.

Teresa miraba fijamente a Sharpe como un gato miraría un pájaro. Harper captó la expresión.

—¿Cree que nos los impedirán, capitán?

Sharpe arqueó las cejas con inocencia.

—Somos aliados —dijo en voz alta y hablando lentamente de manera que cualquiera de los españoles con alguna noción de inglés pudiera entenderlo—. Llevamos el oro a Cádiz, a la Junta.

Teresa escupió al suelo y volvió a levantar los ojos hacia Sharpe. Se preguntaba si todos sabían que el oro estaba escondido en la bosta, pero lo dudaba. Si muchos guerrilleros lo hubieran sabido, habría existido el peligro de que alguien hablara y adiós secreto. Pero era evidente que ahora que lo habían descubierto, estaban decididos a impedir que se lo llevara. Era una guerra no declarada, asquerosa y privada, y Sharpe se preguntaba cómo iba la compañía ligera a transportar las monedas por un territorio que era el lugar habitual de cacería para los hombres del Católico.

—¡Capitán! —gritó Hagman desde el campanario—. ¡El señor Knowles a la vista!

Evidentemente Knowles se había perdido, extraviado inútilmente en la oscuridad, y el joven rostro del teniente se notaba desesperado y cansado cuando los casacas rojas entraron rezagados en el pueblo. Knowles se detuvo cuando vio el oro, y entonces se dirigió hacia Sharpe. Su rostro reflejó la alegría.

—No me lo creo.

Sharpe cogió una de las monedas y se la lanzó.

—Oro de los españoles.

—¡Dios mío! —Los recién llegados se agolparon alrededor del teniente, se inclinaron y manosearon la moneda.

Knowles levantó la vista.

—¡Lo encontró!

Sharpe señaló con la cabeza hacia Harper.

—Harps lo encontró.

—¡Harps! —exclamó Knowles usando el apodo del sargento sin darse cuenta—. ¿Cómo narices lo hizo?

—Fácil, teniente. ¡Fácil!

Harper se lanzó de nuevo en la explicación de su hazaña. Sharpe ya la había oído cuatro o cinco veces, pero ésta era su proeza y tenía que volver a escucharla. Harper estaba en los matorrales, tal como Sharpe le había dicho, y escuchaba el ruido que hacía su capitán escarbando en la tumba. «¡Qué ruido! Pensé que iba a despertar a los muertos, así, escarbando, y el sol que salía.» Entonces se habían oído ruidos, pasos que venían del pueblo. Harper se dirigió a Sharpe. «Yo sabía que él no habría oído nada, seguía escarbando como loco, así, y yo pensé de aquí no me muevo. Los cabrones podían haber visto al capitán, pero yo estaba bien escondido y mejor allí.» Señaló al Católico, que le devolvió una mirada fija e inexpresiva. «Entonces el hombre aquí, viene por allí, solito. Abrochándose los pantalones, va, y espía por la puerta. Entonces, pensé yo, va a saltar sobre el capitán, ¿verdad? Estuve a punto de dar un saltito yo también, pero entonces se gira, desenvaina su espada tan elegante ¡y empieza a pinchar el montón de bosta! Así lo supe seguro, y cuando el cabrón se fue, fui yo el que pinchó.» Sonrió ampliamente, como esperando aplausos, y Knowles se puso a reír.

—¿Pero cómo se dio cuenta?

Sharpe interrumpió.

—Esa es la parte inteligente. El honesto sargento Harper trabajando.

Harper sonrió, feliz de participar en la aprobación.

—¿No ha visto usted nunca, teniente, cómo trabaja un ratero?

Knowles negó con la cabeza y murmuró algo respecto a moverse en ambientes diferentes, y la sonrisa de Harper se hizo aún más amplia.

—Es así, teniente, ahora verá. Ustedes son dos, ¿sí? Uno se tropieza con un rico en la calle, le da un empujón, ¿sabe cómo va? No le hace daño, pero hace que se tambalee. ¿Y qué hace él? Se cree que le ha sacado el dinero, así que mete enseguida la mano en la billetera para ver si está en su sitio. Así que el otro hombre que está observando ve en qué bolsillo palpa, ¡y visto y no visto! —Harper señaló con un pulgar al jefe de los guerrilleros—. El tonto cabrón cayó de lleno. Oye que el capitán está molestando a los gusanos, así que no puede aguantarse y se escabulle a asegurarse que la mierda está a salvo. ¡Y ahí es donde está!

Knowles se echó a reír.

—¿Cómo es que un simple muchacho irlandés de Donegal sabe tanto de rateros?

Harper arqueó las cejas.

—Se aprenden muchas cosas en Tangaveane, teniente. Parece mentira, sí, lo que se llega a aprender en el regazo de una madre.

Sharpe se acercó caminando al estiércol esparcido.

—¿Cuántas bolsas hay más?

Harper se frotó las manos.

—Ya están, capitán. Sesenta y tres; no veo más.

Sharpe miró a su sargento eufórico. Estaba cubierto de mierda, animal y humana, su ropa chorreaba líquido. Le sonrió burlescamente.

—Vayan a lavarse, Patrick. Bien hecho.

Harper aplaudió.

—¡Bien, muchachos! ¡A asearse!

Sharpe se acercó al oro y cogió otra moneda de la bolsa que había abierto. Era una moneda gruesa, calculó que casi pesaría una onza, en una cara había el escudo de España, rematado con una corona, y con una leyenda grabada alrededor. La leyó en voz alta, pronunciando con dificultad cada sílaba: «*Initium sapientiae timor domini*».

—¿Qué quiere decir, teniente?

Knowles miró su moneda y sacudió la cabeza en señal de negación. El fusilero Tongue, el instruido, interrumpió con una traducción.

—«El principio de la sabiduría», capitán, «es el temor al Señor.»

Sharpe sonrió. Le dio la vuelta a la moneda. En la otra cara había el perfil de un hombre, su cabeza cubierta con una peluca con gran cantidad de rizos, y la leyenda se entendía fácilmente. «Felipe V, por la Gracia de Dios Rey de España y de las Indias.» Bajo el perfil había una fecha: 1729.

Sharpe miró a Knowles.

—¿Sabe qué es?

—Un doblón, capitán. Una moneda de seis escudos.

—¿Qué vale?

Knowles se lo pensó, sopesó la moneda en la mano, la lanzó al aire.

—Unas tres libras y diez chelines, capitán.

Sharpe lo miró incrédulo.

—¿Cada una?

Knowles asintió.

—Cada una.

—Dios santo.

Dieciséis mil monedas, cada una tres libras y diez chelines, y Sharpe intentó calcularlo mentalmente. Isaiah Tongue los ganó a todos, y con voz llena de asombro dijo la cifra.

—Cincuenta y seis mil libras, capitán.

Sharpe empezó a reír, parecía histérico con semejante reacción. Podía comprar más de treinta ascensos a capitán con ese dinero. Cubriría un día de paga de más de un millón de hombres. Si Sharpe llegara a vivir cien años, nunca llegaría a ganar la cantidad que engrosaba las bolsas de cuero que tenía a sus pies: monedas planas, enormes, gruesas, amarillas, de oro con la imagen de un rey de cabello elegante, con la nariz aguileña, y con aspecto blando. Dinero, oro, más de lo que él podía pensar con un salario de diez chelines y seis peniques diarios, menos dos chelines y ocho peniques por el rancho, y luego las deducciones por el lavado de la ropa y el hospital militar, y se quedó mirando incrédulo el montón. En cuanto a los hombres, se podían considerar afortunados si en un año ganaban lo equivalente a dos de esas monedas. Un chelín al día, menos todas las deducciones, les quedaban lo que se llamaba los «Tres Sietes»: siete libras, siete chelines y siete peniques al año. Pero eran pocos los hombres que alcanzaban siquiera esa cantidad. Se les cargaba el material perdido, el material roto, el que se tenía que reponer, y había hombres que habían desertado por menos de un puñado de oro como ése.

—Mil libras, capitán —dijo Knowles con seriedad.

—¿Qué?

—Calculo que eso es lo que pesa, capitán. Mil libras, probablemente más.

Casi media tonelada de oro, que debían transportar por las colinas enemigas, y probablemente con un tiempo que sería desastroso. Tenían las nubes justo encima, ahora, cargadas de lluvia, dirigiéndose hacia el sur de manera que pronto desaparecería el cielo azul. Sharpe señaló las bolsas.

—Repártalas, teniente. Treinta montones. Llene treinta mochilas, tire todo excepto las municiones, y tendremos que establecer turnos para transportarlas.

El Católico se levantó, y caminó lentamente hacia Sharpe, sin perderlo de vista, que seguía apuntando a los españoles.

—Capitán.

—¿Sí?

—Ese oro es español. —Habló con orgullo, haciendo un último esfuerzo.

—Lo sé.

—Pertenece a España. Ha de quedarse aquí.

Sharpe asintió con la cabeza.

—Pertenece a la Junta Suprema que está en Cádiz. Yo simplemente se lo entregaré.

—No hay necesidad de que se vaya. —El Católico había cobrado mayor dignidad. Hablaba con calma, persuasivo—. Se usará para luchar contra los franceses, capitán. Para matar franceses. Si usted se lo lleva, Gran Bretaña lo robará; se lo llevarán sus barcos. Ha de quedarse aquí.

—No —contestó Sharpe sonriendo al español, intentando fastidiarlo—. Se viene

con nosotros. La Armada Real lo enviará a Cádiz. Si no me cree, ¿por qué no viene conmigo? Nos irían bien más espaldas para acarrearlo.

El Católico le contestó con otra sonrisa.

—Iré con usted, capitán.

Sharpe sabía lo que eso significaba. El camino de vuelta sería una pesadilla ante el miedo, el temor a una emboscada, pero el «debe» de Wellington era lo que Sharpe tenía metido en la cabeza. Se giró para irse, y al hacerlo una única gota de lluvia le cayó en la mejilla. Esperó, pero no notó más, aunque sabía que pronto, en menos de una hora, las nubes reventarían y las corrientes y los ríos alcanzarían una velocidad inimaginable.

Harper volvió, bien limpio, con la ropa empapada. Señaló a los guerrilleros.

—¿Qué hacemos con ellos, capitán?

—Enciérrelos cuando nos vayamos.

Les permitiría ganar algo de tiempo, no mucho, pero cada minuto era valioso. Se volvió hacia Knowles.

—¿Listos?

—Casi, capitán.

Knowles mantenía bien abiertas las bolsas mientras dos hombres, el sargento McGovern y el fusilero Tongue, echaban las monedas en las mochilas. Sharpe agradecía que muchos de sus hombres hubieran saqueado mochilas francesas de piel de vaca en Talavera; las mochilas británicas de lona y madera se hubieran rajado con el peso. Los hombres odiaban las mochilas británicas, de la casa Trotter, con unas correas terribles por el pecho, que, al final de una marcha larga, hacían que los pulmones parecieran estar llenos de ácido: el «mal de Trotter», le llamaban, y todos salvo un par de hombres se habían hecho con material francés. El fusilero Tongue levantó la vista hacia Sharpe.

—¿No habían de ser sesenta y cuatro bolsas, capitán?

—¿Sesenta y cuatro?

Tongue se retiró un mechón de cabello que siempre le caía en la cara.

—Se suponía que las monedas eran sesenta mil, capitán. Tenemos sesenta y tres bolsas, y doscientas cincuenta en cada una —dijo señalando la bolsa abierta—. Eso hace quince mil setecientas cincuenta. Faltan doscientas cincuenta.

—Y eso no es todo lo que falta.

La voz de Harper era suave y a Sharpe le costó un momento entender a qué se refería. Hardy. Se había olvidado del capitán Hardy ante la excitación de haber encontrado el oro. Miró al Católico.

—¿Y bien?

El español se encogió de hombros.

—Sí, utilizamos una bolsa. Teníamos que comprar armas, pólvora, balas, incluso

comida.

—Yo no me refería al oro.

—¿A qué entonces? —preguntó el Católico muy quieto.

Otra gota de lluvia, y otra, y Sharpe echó una mirada a las nubes. Iba a ser una marcha dura.

—Falta el capitán Hardy.

—Lo sé.

—¿Qué más sabe?

El Católico sacó la lengua y se lamió los labios.

—Creemos que lo capturaron los franceses. —Volvió a su tono despectivo—. Seguro que lo intercambiarán, cortesmente. Usted no entiende la verdadera guerra, capitán.

Harper gruñó y se adelantó.

—Deje que le haga yo las preguntas, capitán. Lo rajaré.

—No —contestó la muchacha—. Hardy intentó escaparse de los franceses. No sabemos dónde está.

—Mienten —dijo el irlandés agarrándose las manos.

La lluvia, con gotas grandes y calientes, golpeaba en la tierra seca. Sharpe se volvió a la compañía.

—¡Cúbranse los seguros! ¡Tapen las bocas!

La lluvia era el principal enemigo de la pólvora y lo máximo que podían hacer era intentar que los mosquetes y los rifles no se mojaran. Sharpe vio que el suelo chupaba el agua. Tenían que irse pronto, antes de que la tierra se embarrara.

—¡Capitán! —gritó Hagman desde el campanario.

—¿Daniel?

—Jinetes, capitán. Un par de millas al sur.

—¿Franceses?

—No. De aquí, capitán.

Ahora el tiempo lo era todo. Sharpe se volvió a Harper.

—Enciérrelos. Encuentre un sitio, donde sea.

Tenían que olvidarse del capitán Hardy y marchar deprisa, intentar tomar ventaja a los guerrilleros, pero Sharpe sabía que eso era imposible. El oro pesaba. El Católico lo sabía. Mientras conducían a los españoles hacia el pueblo sin ninguna ceremonia, se abrió camino hacia el fusilero.

—No llegará lejos, capitán.

Sharpe se acercó a él.

—¿Por qué no?

El Católico sonrió, señaló la lluvia, el oro.

—Lo cogemos. Lo mataremos.

Era cierto. Sharpe sabía que ni siquiera utilizando los caballos que quedaban en el pueblo podía moverse lo bastante deprisa. La lluvia caía con más fuerza, rebotando en el suelo de manera que la tierra parecía cubierta por una llovizna brillante de sólo una pulgada o dos sobre su superficie. Sharpe sonrió, separó al español.

—No lo hará.

Sacó la mano, cogió a Teresa por el cuello del vestido y tiró de ella apartándola del grupo.

—Morirá si uno solo de nosotros es herido.

El Católico se abalanzó contra él, la muchacha se retorció y se soltó, pero Harper metió el puño en el estómago del español, y Sharpe agarró a Teresa por el cuello casi asfixiándola.

—¿Lo entiende? Ella morirá. Si ese oro no llega al ejército británico, ¡ella morirá! El Católico se enderezó con los ojos furiosos.

—Morirás, Sharpe, te lo prometo, y no será una muerte rápida.

Sharpe no le hizo caso.

—¿Sargento?

—¿Capitán?

—Cuerda.

Los españoles observaban en silencio, mientras Harper encontró un trozo de cuerda y, tal como le dijo Sharpe, se la pasó a Teresa por el cuello y la tensó.

Sharpe asintió.

—Sosténgala, sargento. —Él se volvió al Católico—. Recuérdela así. Si se me acerca, está muerta. Si yo vuelvo sano y salvo, la dejaré ir para que se case con usted.

Hizo una señal y la compañía empujó a los españoles. Sharpe observó cómo se iban, sabiendo que pronto estarían tras sus huellas, pero había hecho algo más que ganar tiempo. Tenía un rehén. La miró, viendo el odio que mostraba su cara orgullosa, y entendió que no podría matarla. Esperaba que el Católico no lo supiera, sino, bajo la lluvia que borboteaba, la compañía ligera eran todos hombres muertos. Emprendieron, mojados y en silencio, el largo camino.

Capítulo 14

En el pueblo había seis caballos, y durante las dos primeras millas de regreso y siguiendo el mismo camino que habían hecho, el trayecto fue bastante fácil. Los caballos cargaban las mochilas con el oro, los hombres subían la cuesta, la lluvia les silbaba en los oídos, y gozaban del éxito, de estar por lo menos en el camino de vuelta a casa, pero todo esto no podía durar. La ruta directa hacia el oeste, el camino que estaban siguiendo no era el más sensato. Era el trayecto más obvio, el primero que reconocería el Católico, y llevaba directamente a Almeida y hacia el ejército francés en ciernes que se iba concentrando en la ciudad. Sharpe estuvo tentado de quedarse en la ruta fácil, para hacer la marcha menos dificultosa, pero una vez perdieron de vista el pueblo hizo que los hombres se dirigieran al norte, arriba a las colinas, y abandonó los caballos. El teniente Knowles con tres hombres se los llevó, más adelante hacia el oeste, y Sharpe esperaba que las huellas de los cascos retardaran la persecución mientras que la compañía, sorprendida por el peso de las monedas, avanzaba con dificultad por las tierras yermas del norte, subiendo por rocas y pendientes por donde ningún caballo hubiera escalado. La lluvia no cesaba, empapándoles los uniformes, haciendo que sus cuerpos cansados, doloridos, agotados sintieran nuevos niveles de malestar.

Teresa no parecía asustada, como si supiera que Sharpe no iba a matarla, y rechazó un gabán que le ofrecieron con un desdén. Tenía frío, estaba empapada, humillada con la cuerda alrededor del cuello, pero Sharpe no se la quitó porque le hubiera resultado muy fácil escapar hacia las rocas resbaladizas donde los hombres de la compañía, abrumados por el peso, no hubieran podido cogerla. Harper sujetaba el otro extremo enrollado en su muñeca.

—¿Hacia dónde se dirige, capitán? —gritó bajo la lluvia.

—Al vado de San Antón. ¿Se acuerda? El mayor nos habló de él.

Sharpe se preguntaba dónde estaría Kearsey, cuál sería su reacción. Knowles tardó una hora y media en alcanzarlos, sus hombres llegaron reventados por el esfuerzo pero contentos de hallarse en la seguridad de la compañía. Knowles sacudió la cabeza.

—No he visto nada. Nada de nada.

Sharpe no se tranquilizó. Las colinas podían estar llenas de vigilantes escondidos y el truco de dejar la pista falsa no retrasaría al Católico ni un minuto, pero a medida que avanzaba el día y su cansancio daba paso a un entumecimiento que sobrepasaba el dolor, Sharpe volvió a hacerse ilusiones. El terreno por el que caminaban era un paisaje de pesadilla, una meseta donde zigzagueaban hondonadas, torrenteras y peñascos. Ningún caballo hubiera ganado tiempo ahí y Sharpe obligaba a los hombres a seguir sin piedad, haciendo restallar su furia como un látigo, conduciéndolos al

noroeste, bajo un lluvia que no amainaba, dándoles un puntapié a los que se caían, y acarreado dos de las mochilas llenas de oro para mostrarles que se podía hacer. Teresa lo observaba todo, con los labios apretados dibujando una sonrisa irónica, mientras sus captos resbalaban, se estrellaban doloridos contra las rocas, y avanzaban a trompicones por entre la tormenta. Sharpe rezaba para que el viento siguiera soplando del norte; se encontraba totalmente desorientado y lo único que le guiaba era la lluvia que azotaba su cara. Se detenía de vez en cuando, dejaba que los hombres descansaran, y escudriñaba la meseta arrasada por el viento en busca del signo de un jinete. No había nada, tan sólo la lluvia que se extendía como una cortina hacia él, el rebotar de las gotas contra las rocas, y el horizonte gris donde el aire y las rocas se fundían. Tal vez la treta había funcionado, pensó, y cuanto más tiempo estuvieron ilocalizables más se atrevía Sharpe a pensar que el burdo engaño de las falsas huellas había surtido efecto.

Cada media hora más o menos la compañía se detenía y los hombres que no habían acarreado las mochilas llenas de oro relevaban a los que lo habían llevado. Era una marcha lenta y dolorosa. Las mochilas les rozaban los hombros dejándolos en carne viva y el oro, más del que jamás hubieran soñado, se convertía en una carga abominable de la que sólo deseaban deshacerse si Sharpe no se hubiera colocado en la retaguardia, haciéndoles seguir adelante, obligándoles a atravesar la yerma meseta. No sabía cuánto habían avanzado, ni siquiera qué hora del día era, solamente que debían seguir marchando, poniendo tierra entre ellos y el Católico, y su ira saltó cuando de repente la compañía se detuvo, cayeron rendidos, y les chilló.

—¡En pie!

—¡Pero capitán! —Knowles en la cabeza de la compañía hizo una señal hacia adelante con la mano—. ¡Mire!

Incluso bajo la lluvia, bajo aquel tiempo inclemente, era una vista bonita. La meseta terminaba de repente, caía abruptamente en un amplio valle atravesado por un arroyo y un sendero serpenteantes.

El Águeda. Tenía que ser el río Águeda, lejos, a la izquierda, y el arroyo en el fondo del valle fluía de este a oeste hasta desembocar en el río, donde el sendero conducía al vado. A Sharpe le dio un vuelco el corazón. ¡Lo habían conseguido! Veía el camino que continuaba en la orilla más alejada del río; era el vado de San Antón, y junto al sendero, a este lado del río, había un antiguo fuerte sobre una roca escarpada que sirvió en otros tiempos para vigilar el cruce. A esta distancia, calculó que a una milla y media los muros parecían derruidos, llenos de matojos bajo la luz grisácea, pero la fortaleza debía marcar el lugar del vado. ¡Lo habían conseguido!

—¡Cinco minutos de descanso!

La compañía se sentó, aliviados, animados. Sharpe se acomodó sobre una roca y reconoció el valle. Segundo a segundo se avivaban sus ilusiones. Estaba desierto. Ni

jinetes, ni guerrilleros, nada salvo el arroyo y el sendero que iba hasta el río. Sacó su telescopio, rezando para que la lluvia que caía no se colara por las juntas de los cilindros, y escudriñó el valle otra vez. Un segundo camino, que iba de norte a sur, a este lado del río, pero también estaba vacío. ¡Dios mío! ¡Lo habían conseguido!

—¡Venga! —dijo aplaudiendo, estirando de los hombres y empujándolos—. ¡Al río! ¡Lo cruzaremos esta noche! ¡Bien hecho!

La lluvia seguía cayendo, cegando a los hombres cuando iban tropezando cuesta abajo, ¡pero lo habían conseguido! Veían el objetivo, se sentían orgullosos por la hazaña, y mañana se despertarían en la orilla oeste del Águeda y marcharían hacia el Coa. Había patrullas británicas en la orilla lejana, a decir verdad no tantas como francesas, pero el río Águeda marcaba en cierto modo una frontera, y después de un día de esfuerzo como éste necesitaban pensar en ella. Casi bajaron corriendo la última parte de la pendiente, atravesaron el arroyo chapoteando, las botas crujían sobre el lecho de guijarros, luego pisotearon el sendero mojado como si fuera una calle adoquinada del centro de Londres. El vado estaba a una milla, con árboles a ambas orillas, y la compañía sabía que cuando lo hubieran cruzado podrían descansar, dejarse vencer por el cansancio y cerrar los ojos al horror gris del día y del trayecto.

—Capitán. —Era Harper que hablaba en voz baja, con desesperada resignación—. Capitán. Detrás.

Jinetes. Jinetes de mierda. Guerrilleros que habían cabalgado no por la meseta sino hacia arriba por el camino directo desde Casatejada, y que ahora aparecían en el sendero detrás de ellos. Teresa sonrió, lanzó a Sharpe una mirada de victoria, pero éste no le hizo caso. Gritó con cansancio a la compañía que se detuviera.

—¿Cuántos, sargento?

—Calculo que sólo es un grupito.

Sharpe no veía más de veinte o treinta jinetes, bajo la lluvia a trescientas yardas detrás de la compañía. Respiró hondo.

—No pueden hacernos daño, muchachos. Bayonetas. ¡No cargarán contra las bayonetas!

Sonaba extraño y a la vez reconfortante el roce de las hojas al salir de las vainas, la visión de los hombres agachados con las rodillas dobladas mientras colocaban las largas hojas, hacer algo que apuntaba a los enemigos en vez de la caminata que atormentaba sus músculos bajo la lluvia. Los jinetes se acercaron al trote y Sharpe permaneció con sus hombres en primera línea.

—¡Les enseñaremos a respetar la bayoneta! ¡Espérenlos! ¡Espérenlos!

Los guerrilleros no tenían intención de cargar contra la compañía. Se dividieron en dos grupos y galoparon a ambos lados de los desaliñados soldados, casi sin hacerles caso. Allí estaba el Católico, con una sonrisa triunfal en el rostro, y sacudió el sombrero con un gesto irónico al pasar, a treinta yardas de distancia e inalcanzable.

Teresa se lanzó hacia él, pero Harper la retuvo con firmeza, y ella observó que los jinetes continuaban hacia la fortaleza y el río. Sharpe entendió lo que pretendían hacer. Iban a bloquearle el paso a la compañía, atraparla en el valle, y el Católico esperaría hasta que el resto de los guerrilleros, avisados, acudieran en su ayuda. Se enjugó la lluvia de la cara.

—Vamos.

No había adonde ir, así que lo mejor era continuar. Tal vez podían amenazar al Católico, con una bayoneta en la garganta de Teresa, pero en la mente de Sharpe sólo había lugar para el fracaso, la derrota. No habían conseguido engañar al Católico. Debieron imaginar que Sharpe iría hacia el norte, y mientras la compañía avanzaba con dificultad por las asquerosas tierras altas, los españoles habían llevado a sus partidarios por el camino fácil. Sharpe se maldijo, por tonto, por tonto optimista, pero no había nada que hacer. Escuchaba las botas que se arrastraban por la superficie húmeda, el rumor de la lluvia, el chapoteo del arroyo, y dejó vagar la vista por las colinas lejanas y amortajadas al otro lado del río, entonces miró la piedra del pequeño fuerte que fue construido, hacía siglos, para proteger los valles del norte de los merodeadores que cruzaban desde Portugal, y entonces miró a la derecha, lejos al norte, a la estribación de las colinas que casi llegaban al río, y vio, en el horizonte nublado, la silueta de un jinete con un sombrero extraño, cuadrado.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Algo, el instinto, un borrón apenas percibido, le decía que una patrulla francesa acababa de llegar a la línea del horizonte. Obligó a los hombres a que se echaran al suelo, en el cauce, enterrando a la compañía ligera a cubierto. Gatearon detrás de la hierba corta de la orilla, con las caras mojadas, mirándolo, esperando una explicación, pero sin recibir ninguna mientras él los empujaba hacia abajo.

El Católico fue más lento, mucho más lento. Sharpe, echado junto a Harper y la muchacha, observó a los guerrilleros que cabalgaban hacia el vado, y no fue hasta que los lanceros franceses se movieron, trotando sosegadamente pendiente abajo, cuando la figura gris se giró, agitó el brazo, y los guerrilleros lanzaron sus caballos cansados al galope. Los españoles cabalgaron de vuelta al valle, dispersándose y escogiendo diferentes rumbos, y los lanceros, un regimiento diferente del polaco, eligieron cada uno su blanco y fueron a por él con las hojas levantadas y borbotones de agua brillante por sus cascos. Sharpe, asomándose por entre la hierba, vio veinte lanceros, pero, girándose y oteando hacia el norte, vio que aparecían más, y luego otro grupo donde las colinas casi confluían con el río, y se dio cuenta de que un regimiento entero de franceses estaba allí, proveniente del sur, y mientras intentaba encontrar el motivo de su presencia vio cómo la muchacha se soltaba, y con el vestido brillante entre la bruma, salía corriendo hacia el sur, hacia las colinas, hacia donde el Católico y sus hombres huían desesperadamente. Tiró a Harper al suelo.

—¡Quédese aquí!

La muchacha tropezó en la otra orilla del arroyo y perdió el equilibrio, se giró y vio que Sharpe la perseguía. Aterrorizada, corría corriente abajo, pasó una amplia curva y giró otra vez al sur. ¡Era para verla! Sharpe le gritó que se agachara, pero el viento se llevó las palabras y él se obligó a seguir acercándose y no la dejó escapar. Cayó encima de ella justo cuando se giraba para mirar dónde se encontraba él y su peso la empujó hacia la arena gruesa del arroyo. Ella forcejeó, le arañó los ojos con las uñas, pero pudo contenerla: la aplastó con su peso, la cogió por las muñecas y separó sus brazos con fuerza, presionándolos contra los guijarros, sin controlar el daño que le pudiera causar, pensando tan sólo en los ocho pies y diez pulgadas de lanza que podía atravesarlos como a indefensos insectos. Notaba el frío del arroyo en sus tobillos y sabía que a Teresa le llegaba el agua a la cintura, pero no había tiempo para preocuparse de eso, porque cerca se oían cascos; bajó su cabeza, golpeando a Teresa en la frente, mientras un caballo chapoteaba junto a ellos en el arroyo.

Levantó la vista, vio a José, el hombre que los había escoltado hasta el río, que le gritaba a la muchacha; sus palabras se perdían entre los latigazos de la lluvia. Entonces los codos y talones del guerrillero se sacudieron, y el caballo se puso al galope frenético, y Sharpe vio a tres lanceros, con las bocas dispuestas a lanzar el grito apagado y profundo de una carga de caballería, galopando para atrapar al español. José torció, espoleó el caballo, encontró terreno llano y agachó la cabeza, pero los lanceros estaban demasiado cerca. Sharpe observaba: vio que un francés se levantaba sobre los estribos, echaba la lanza hacia atrás para lanzarla con más fuerza hacia adelante de manera que llevaba todo el peso del jinete en la punta de acero, y así le atravesó la espalda a José. Él se arqueó, lanzó un grito al viento, cayó junto con la lluvia, y sus manos palparon su columna intentando arrancar la gran lanza clavada. Los otros dos lanceros se reclinaron sobre el moribundo, acometieron mientras aminoraban el paso, y Sharpe oyó el estallido de una risa al viento.

Teresa respiró hondo, se retorció con violencia, y Sharpe vio que estaba a punto de gritar. Ella no había visto la muerte de José, sólo sabía que el Católico estaba cerca, y Sharpe sólo podía hacer una cosa. Tenía las piernas atravesadas por encima de las de ella, manteniéndolas planas, y con las manos le sujetaba las muñecas, así que apretó su boca contra la de ella y la obligó a bajar la cabeza. Ella le mordió; sus dientes rechinaron discordantes, pero él torció la boca de manera que estuviera en ángulo recto con la de ella y, usando los dientes, la obligó a hundirse entre la arena. Un ojo lo miró con enojo, ella se sacudió junto a él, se retorció, pero el peso de Sharpe la asfixiaba y, repentinamente, se quedó quieta.

La voz se oía más cercana; parecía que estuviera justo encima de ellos, y ella oyó, al igual que él, el crujir de los cascos en la arena.

—*Ici, Jean!*

Se oyó un grito lejano, más cascotes, y la muchacha estirada permaneció totalmente quieta. Sharpe veía el miedo repentino en su ojo, sentía su corazón latir contra su pecho, la respiración detenerse en su boca. Él levantó la boca, con el labio sangrando, giró la cabeza muy lentamente, de manera que pudiera verle toda la cara, y le susurró.

—Quédese quieta. Quieta.

Ella asintió con la cabeza, casi imperceptiblemente, y Sharpe le soltó las muñecas, aunque mantuvo las manos encima. La lluvia caía a borbotones: le golpeaba en la espalda, le chorreaba por el pelo y el chacó hasta la cara. Se volvió a oír la voz, todavía gritando, y Sharpe oyó entre el silbido de la lluvia el chirriar de los arreos y el resoplido de un caballo. Los ojos de la muchacha se posaron en los de él. Sharpe no se atrevía a levantar la vista, aunque deseaba ver lo cerca que estaba el lancero, y vio que Teresa echaba una ojeada hacia arriba, de nuevo volvía a mirarlo y que tenía mucho miedo. Debía haber visto algo; el francés no debía de estar lejos, buscando no a una pareja tumbada en el arroyo sino a un jinete desperdigado entre la lluvia. Ella le agarró la mano y le dio un tirón al tiempo que con un ligero movimiento de cabeza le indicaba que el francés estaba cerca, pero él sacudió la cabeza muy lentamente, y entonces, creyendo que una cabeza levantada aumentaba el riesgo de ser descubiertos, acercó la cabeza hacia la de la muchacha. Los cascotes volvieron a crujir. El francés se echó a reír, les gritó algo a sus amigos, y ella dejó los ojos abiertos mientras Sharpe la besaba. Podía haberse movido, pero no lo hizo; sus ojos todavía miraban mientras su lengua exploraba el labio que él tenía cortado, y Sharpe, observando los enormes ojos castaños, pensó que ella lo miraba por lo impensable de tal situación y que tan sólo la evidencia de sus ojos podía confirmar. Él también la miró. El lancero volvió a gritar, mucho más cerca ahora, y entonces se oyó una respuesta, burlona y autoritaria, que dejaba entrever que el lancero más cercano se había visto decepcionado: un pájaro, tal vez, en la corriente, o un conejo corriendo, y lo llamaban para que volviera. Sharpe oyó el crujir de los cascotes contra el lecho del arroyo, y una vez, con un cambio de viento, el sonido pareció tan próximo que la muchacha abrió los ojos asustada, y entonces, el sonido se alejó, las voces se desvanecieron, y ella cerró los ojos, lo besó con fuerza y del mismo movimiento retiró la cabeza. Los tres lanceros se iban, en las grupas mojadas y brillantes de sus caballos, y Sharpe respiró aliviado y con pesar.

—Se han ido.

Ella empezó a moverse, pero él le dijo que no con la cabeza.

—¡Espere!

Teresa giró la cabeza, la levantó de manera que su mejilla tocó la de él y silbó al ver lo que había en el extremo del valle: un convoy, con filas de carretas tiradas por bueyes cuyos ejes sin engrasar chirriaban penetrantes con todo aquel tiempo asqueroso y, a ambos lados de los carros que avanzaban lentamente, se veían las

siluetas de más jinetes, sables y lanzas, escoltando las carretas hacia el sur, camino de Almeida. El convoy tardaría una hora en pasar, pero al menos había alejado al Católico y a sus hombres, y Sharpe se dio cuenta, con un repentino brote de júbilo que interrumpía el sentimiento creciente de fracaso de la última semana, que mientras la compañía ligera no fuera descubierta podían alcanzar el vado a salvo cuando los franceses se hubieran ido. Miró a la muchacha.

—¿Se quedará quieta?

Asintió con la cabeza. Él se lo volvió a preguntar, ella asintió de nuevo, Sharpe se levantó y se estiró a su lado. Ella se dio la vuelta y se puso boca abajo, el vestido mojado se le pegó al cuerpo y él recordó la visión de su cuerpo desnudo, su belleza borrosa y elegante; estiró una mano y cogió la cuerda que llevaba al cuello, girándola para encontrar el nudo, palpándola con los dedos húmedos. La cuerda tensa y empapada cedió lentamente, pero estaba suelta y la dejó caer en la arena.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros como si no importara. Llevaba una cadena alrededor del cuello y Sharpe, con la mano cerca, estiró de ella, y encontró un medallón cuadrado, de plata. Lo observó, con sus ojos negros sin expresión alguna, mientras él ponía la uña del pulgar bajo la muesca y la abría de golpe. No había ningún retrato y ella le lanzó una leve sonrisa porque entendió qué era lo que él esperaba. La tapa estaba grabada en su interior: *my love to you. J.* Le costó algunos segundos darse cuenta que Joaquín, el Católico, no hubiera hecho grabar algo de plata en inglés, y entendió, con una certeza morbosa, que había sido de Hardy. *J* de Josefina, y se miró el anillo de plata, con un águila grabada que ella le había comprado antes de Talavera, antes de Hardy, y con una superstición que no entendía tocó el medallón con el anillo.

—Está muerto, ¿verdad?

La cara de la muchacha se quedó inmóvil un momento, pero entonces asintió con la cabeza. Dejó caer sus ojos sobre el anillo que él llevaba en el dedo, y luego lo volvió a mirar.

—¿El oro?

—¿Sí?

—¿Va a Cádiz?

Ahora le tocaba a Sharpe pensar, observar sus ojos a través de la lluvia que goteaba de la punta de su chacó.

—No.

—¿Os lo quedáis?

—Eso creo. Pero para luchar contra los franceses, no para llevarlo a casa. Te lo prometo.

Ella asintió y se volvió para observar el convoy francés. Cañones, provenientes del ejército francés del norte, y dirigiéndose a Almeida. No cañones de campo, ni

siquiera artillería para un asedio, sino los *howitzer* de ocho pulgadas, los favoritos de Bonaparte, con bocas tremendamente pequeñas que se acuclillaban como cazuelas en un fuego de leña, y que podían lanzar bombas explosivas a gran altura para ir a caer en las casas apretadas de una ciudad sitiada. También había carretas, probablemente con municiones, y todo ello tirado por bueyes lentos que arreaban con puyas largas y eran azotados por airados jinetes. Su avance se veía dificultado por el viento que se metía bajo las cubiertas de lona de las carretas, que soltaban las cuerdas de manera que las lonas se batían y se retorcían como murciélagos a los que se les han cortado las alas, y los jinetes, sin duda maldiciendo la guerra, se esforzaban por proteger los preciados barriles de pólvora de la lluvia interminable. Los ejes sólidos, que giraban con las ruedas, chirriaban por todo el valle mojado. Sharpe sentía la lluvia que le golpeaba la espalda, el agua del arroyo le llegaba a las rodillas, y sabía que el río también crecería, y que a cada momento que pasaba su posibilidad de cruzar el vado disminuía. El agua sería demasiado profunda. Se volvió de nuevo hacia la muchacha.

—¿Cómo murió Hardy?

—El Católico.

Contestó con gran rapidez y Sharpe entendió que su lealtad estaba cambiando. No era por el beso.

—¿Para qué quiere el oro?

Ella se encogió de hombros como si la pregunta fuera estúpida.

—Para comprar poder.

Por un momento se preguntó si ella querría decir soldados, y entonces vio que ella había dicho la verdad. Los ejércitos españoles estaban acabados; el gobierno, si se le podía llamar gobierno, estaba en la lejana Cádiz, y el Católico tenía una ocasión sin igual para construir su propio imperio. Desde las colinas de Castilla la Vieja podía formar un feudo que rivalizaría con el de los antiguos barones que habían construido las fortalezas que salpicaban toda la zona fronteriza. Para un hombre cruel, España entera era una gran oportunidad. Él seguía mirando fijamente a la muchacha.

—¿Y tú?

—Quiero ver a los franceses muertos —contestó con vehemencia—. A todos.

—Necesitáis nuestra ayuda.

Ella lo miró muy fijamente, sin gustarle la verdad, pero finalmente asintió.

—Lo sé.

Él dejó los ojos abiertos y se inclinó y la besó otra vez mientras la lluvia los azotaba, y el arroyo los empapaba y los carros de los franceses chirriaban en sus oídos. Ella cerró los ojos, le colocó una mano detrás de la cabeza, lo aguantó, y él supo que no estaba soñando. La deseaba. Ella se separó y le sonrió por primera vez.

—¿Sabes que el río sube?

Él sacudió la cabeza.

—¿Podremos atravesar?

Ella echó una mirada al arroyo y asintió con la cabeza.

—Si para de llover esta noche, sí.

Sharpe había visto la rapidez con que los ríos en estas colinas áridas suben y bajan de nivel. Ella señaló el fuerte.

—Podéis pasar la noche allí.

—¿Y tú?

Ella le volvió a sonreír.

—¿Me puedo ir?

Él se sintió idiota.

—Sí.

—Me quedaré. ¿Cómo te llamas?

—Richard.

Teresa hizo un gesto con la cabeza. Volvió a mirar a la fortaleza.

—Estaréis a salvo. Nosotros la usamos. Diez hombres pueden cerrar la entrada.

—¿Y el Católico?

Ella sacudió la cabeza.

—Te tiene miedo. Esperará hasta mañana, cuando vengan sus hombres.

La lluvia azotaba el valle, corría por las rocas y por la hierba e inflaba el río mientras el viento rasgaba el paisaje. Medio dentro del agua, medio fuera de ella, esperaron a que el convoy pasara y a ver lo que les depararía el nuevo día. La guerra tendría que esperar.

Capítulo 15

—¡Capitán! ¡Capitán!

Una mano le sacudía los hombros y Sharpe abrió los ojos y vio la luz grisácea del día reflejada en las grises paredes.

—¿Capitán?

—¡Bueno!

La muchacha también se despertó, parpadeó sorprendida antes de recordar dónde estaba. Él le sonrió.

—Quédate aquí.

Salió a gatas del espacio bajo las escaleras, pasó al lado del soldado que lo había despertado, y se metió en el agujero abierto en el muro sur de la torre. El amanecer era como neblina gris en el paisaje, nublaba los árboles, la hierba al otro lado del río, pero vio manchas blancas sobre la superficie del agua allí donde no había ninguna la noche anterior. El nivel del agua descendía rápidamente y las rocas que marcaban el vado de San Antón hacían espuma en la superficie del agua. Hoy podrían atravesar, y levantó la vista para mirar fijamente hacia las colinas del oeste como esperando ver una patrulla amiga. Se acordó de los cañones que se dirigían hacia el sur el día anterior y se detuvo, quieto, en el hueco abierto para escuchar el sonido explosivo de los cañones de sitio, gigantes de hierro. Silencio. El sitio de Almeida todavía no había empezado.

—¡Capitán! —exclamó el teniente Knowles, que estaba en la entrada de la torre.

—¿Teniente?

—Visitas, capitán. Vienen por el valle.

Sharpe gruñó, se levantó apresuradamente y se sujetó la enorme espada mientras seguía a Knowles hacia el patio. Un fuego ardía, rodeado de hombres, y Sharpe los miró.

—¿Tienen té?

Uno de ellos le prometió que le llevaría una taza y él se fue con Knowles a las murallas levantadas que formaban el rincón sudeste del patio de San Antón. Miró hacia el valle, más allá del arroyo, allí donde la muchacha se estiró junto a él y donde habían visto primero a los lanceros franceses.

—Somos asquerosamente estimados esta mañana.

Una hilera de jinetes cabalgaba por el camino de Casatejada, los hombres del Católico, al completo, y entremedio el gabán azul de Kearsey. Sharpe escupió desde la muralla hacia el arroyo lejano.

—Que no entre nadie, Robert. No deje que nadie, ni siquiera el mayor, atraviese las murallas.

Tenía el uniforme húmedo, estaba incómodo y se desabrochó la espada y los

cinturones, y se quedó desnudo.

—¡Aviven ese fuego! ¡Echen los espinos!

El fusilero Jenkins acomodó las ropas de Sharpe sobre las piedras cercanas a la llama y Sharpe se quedó temblando, sosteniendo una taza de té entre las manos, y mirando fijamente a los doscientos jinetes que se dirigían a los robledales donde el Católico y sus hombres habían pasado la noche. Sharpe levantó los ojos al cielo, observó los jirones de nubes y supo que la tormenta ya había pasado. Pronto haría calor, cielo azul sin sombra, y pensaba en cuánta agua tendría la compañía.

—¡Sargento McGovern!

—¿Capitán?

—Baje con seis hombres hasta el río con todas las cantimploras. Llénenlas.

McGovern miró a Knowles y luego otra vez a Sharpe.

—Ya lo hemos hecho, capitán. El teniente nos envió.

—Oh —dijo mirando a Knowles y murmurando una disculpa—. ¿Nadie se lo impidió?

Knowles sacudió la cabeza.

—Es lo que usted dijo, capitán. Están protegiendo el vado, no el castillo.

—¿Queda comida?

Knowles suspiró. Había medio deseado, contra toda experiencia, que el humor de la mañana de Sharpe se hubiera templado con Teresa.

—Solamente galletas. Y no muchas.

Sharpe soltó un taco, arrojó los posos del té lejos, hacia el robledal que resguardaba a los hombres del Católico.

—¡Bien! ¡A limpiar las armas!

No hizo caso de los gruñidos, se giró y se apoyó en la muralla. Todos estaban mucho mejor después de dormir algunas horas entre guardias, pero no habían tenido ni el tiempo ni la ocasión durante la noche de que la compañía revisara las armas. La noche fue tranquila. Después de medianoche la lluvia había cesado, aunque el viento frío siguió soplando, y Harper consiguió encender una hoguera al abrigo de la torre derruida, quemando arbustos espinosos que crecían como cizaña en el viejo patio. Teresa había estado a gusto. A la fortaleza se accedía por un único sendero escarpado, fácil de defender, y el Católico los había dejado en paz.

Delgados jirones de nube se abrían con el sol naciente, las sombras se alargaban en el patio, y apareció un toque de calor que pronto abrasaría la tierra y debilitaría la poca energía de la compañía. Sharpe se apoyó en la muralla. Pasado el chaparrón el nivel de las aguas bajó, y las rocas que marcaban el vado irrumpieron en la superficie: y detenían manojos de ramitas y escombros que la riada repentina había arrastrado de las orillas. Vio a Kearsley, con su caballo prestado, abandonar el robledal por el sendero que conducía al castillo.

Sharpe se vistió con las ropas todavía húmedas, y señaló hacia la torre.

—Que la muchacha permanezca dentro, Robert.

Knowles asintió. Sharpe estiraba de una bota que se resistía a pasar por el talón.

—¡Maldita! —La bota se deslizó—. Me encontraré con el mayor fuera. Haga inspección de las armas y prepárese para moverse.

—¿Ya? —preguntó Knowles sorprendido.

—No nos podemos quedar aquí eternamente —contestó Sharpe mientras se abrochaba la casaca y recogía la espada—. Voy a darle las buenas nuevas al mayor Kearsey.

Sharpe bajó la cuesta a paso ligero y saludó jovialmente a Kearsey con la mano.

—¡Buenos días, mayor! ¡Un día estupendo!

Kearsey detuvo el caballo y se quedó mirando fijamente a Sharpe con ojos de pocos amigos.

—¿Qué ha hecho, Sharpe?

Éste levantó la vista hacia el mayor, que se recortaba contra el sol. Había esperado ira, pero no contra él: esperaba que Kearsey se hubiera desilusionado con los guerrilleros, y en cambio, las primeras palabras del mayor, dichas con una rabia contenida, se las escupía a Sharpe. Él contestó con calma.

—He traído el oro, mayor, casi todo, tal como se me ordenó.

Kearsey asintió impaciente, como si esa fuera la respuesta que esperaba.

—Usted ha raptado a la muchacha, ha encerrado a nuestros aliados, ha desobedecido mis órdenes; usted ha conseguido que nuestros aliados simplemente quieran matarlo.

Hizo una pausa para respirar pero Sharpe lo interrumpió.

—¿Y los hombres que mataron al capitán Hardy?

Kearsey golpeó en la perilla de la silla. Se quedó mirando a Sharpe.

—¿Qué?

—El Católico lo mató. Le clavó un cuchillo en la espalda. Está enterrado bajo el montón de estiércol en el pueblo. —Teresa le había explicado la historia durante la noche—. Encontró al Católico moviendo el oro. Parece ser que protestó. Así que lo mataron. ¿Qué era lo que me decía, mayor?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el mayor sacudiendo la cabeza.

Sharpe estuvo a punto de decírselo, y entonces recordó que nadie, fuera de la compañía, sabía que Teresa ya no era una prisionera.

—Me lo dijeron.

Kearsey no estaba dispuesto a dejarlo así. Sacudió la cabeza como si intentara despertar de una pesadilla.

—¡Pero ha robado el oro!

—Obedecía órdenes, mayor.

—¿Órdenes de quién? ¡Yo soy el oficial superior!

Sharpe de repente sintió lástima por el mayor. Kearsey había encontrado el oro, se lo había comunicado a Wellington, y nunca le habían dicho cuáles eran los planes del general. Sharpe buscó en su bolsillo, encontró el trozo de papel y deseó que la lluvia no lo hubiera empapado. Aunque sí lo había mojado, la escritura todavía era legible. Se lo alargó a Kearsey.

—Aquí, mayor.

Kearsey lo leyó lleno de ira.

—¡No dice nada!

—Ordena a todos los oficiales que me ayuden, mayor. Todos.

Pero Kearsey no escuchaba. Sacudía el trozo de papel en dirección a Sharpe.

—¡No dice nada del oro! ¡Nada! ¡A lo mejor hace meses que tiene este papel!

Sharpe se echó a reír.

—No iba a mencionar el oro, ¿no, mayor? Quiero decir que, supongamos que los españoles leyeran las órdenes; ¿suponga que adivinan lo que quiere hacer el general con el oro?

Kearsey lo miró.

—¿Usted lo sabe?

Sharpe asintió con la cabeza.

—No va a ir a Cádiz, mayor —respondió Sharpe con suavidad.

La reacción de Kearsey fue extraordinaria. Se sentó unos segundos sin moverse, con los ojos apretados, y entonces rompió el trozo de papel en pedacitos, con gestos violentos.

—¡Maldito sea Dios, Sharpe!

—¿Qué? —Sharpe intentaba recuperar los papelitos pero ya era demasiado tarde.

Kearsey se dio cuenta de repente de que había lanzado una maldición. El remordimiento y la ira pugnaban en su rostro. Ganó la ira.

—Yo he trabajado, Dios lo sabe, yo he luchado para ayudar a que los españoles y los ingleses trabajaran juntos. ¡Y esta es mi recompensa! —Levantó los trocitos de papel y los esparció al viento—. ¿Vamos a robar el oro, Sharpe?

—Sí, mayor. En resumidas cuentas es eso.

—No podemos —rogaba Kearsey.

—¿De qué lado está usted?

Sharpe hizo que la pregunta sonara cruel. Por un instante creyó que la rabia de Kearsey reaparecería, explotaría dirigida al fusilero, pero la controló, y cuando habló lo hizo con medidas y lentas palabras.

—Tenemos nuestro honor, Sharpe. Esa es nuestra fuerza, nuestro honor. Usted y yo somos soldados. No podemos esperar riquezas, ni dignidad, ni continuas victorias. Moriremos, probablemente en la batalla, o de una fiebre, y nadie nos recordará, así

que todo lo que nos resta es el honor. ¿Me entiende?

Se hacía extraño, de pie, bajo un sol cada vez más cálido, escuchar las palabras que le brotaban a Kearsley del alma. «Debe de haber sufrido un desengaño en algún momento de su vida», pensó Sharpe. Quizás estaba solo, despreciado por los oficiales, o tal vez el hombrecito fuera rechazado por su amada y ahora, al hacerse mayor, encontró un trabajo que le gustaba. Kearsley amaba España, y a los españoles, y la tarea de cabalgar solitario tras las líneas enemigas, como un cristiano que mantenía la fe en un mundo de herejes y persecución. Sharpe hablaba suavemente.

—El general habló conmigo, mayor. Quiere el oro. Sin él la guerra está perdida. Si esto es robar, entonces estamos robando. ¿Doy por supuesto que nos ayudará?

Kearsley parecía no escuchar. Miraba fijamente por encima de la cabeza de Sharpe hacia la torre del castillo y murmuró algo tan bajo que éste no entendió lo que decía.

—¿Cómo dice, mayor?

Kearsley miró al fusilero.

—¿Qué provecho saca un hombre, Sharpe, si gana el mundo entero pero pierde su propia alma?

Sharpe suspiró.

—Dudo que vayamos a perder nuestra alma, mayor. Y de todas formas, ¿usted cree que el Católico tenía pensado entregar el oro en Cádiz?

Kearsley golpeó otra vez en la silla como si supiera que Sharpe estaba diciendo la verdad.

—No —contestó el mayor suavemente—. Supongo que no. Supongo que se lo quería quedar. ¡Pero lo hubiera usado para luchar contra los franceses, Sharpe!

—Nosotros también, mayor.

—Sí. Pero el oro es de los españoles y nosotros no lo somos. —Se enderezó de golpe y miró con tristeza los trocitos que contenían las órdenes del general.

—Le llevaremos el oro a Wellington, capitán. Pero bajo mis órdenes. Tiene que soltar a la muchacha, ¿me entiende? Yo no quiero tener nada que ver con esas amenazas, con ese procedimiento bajo mano.

—No, mayor.

Kearsley lo miró, sin tener la certeza de que Sharpe estaba de acuerdo.

—¿De verdad lo entiende, Sharpe?

—Lo entiendo, mayor.

Sharpe se giró y miró fijamente primero hacia el castillo y luego al otro lado del Águeda, hacia las colinas lejanas donde las patrullas francesas seguían esperando, y donde los cañones de sitio se iban abriendo paso lentamente hacia la ciudad amurallada de Almeida.

—Supongo que la muchacha no ha sufrido ningún daño.

—No, mayor, no lo ha sufrido.

Sharpe empezaba a impacientarse. Si el Católico creyera, aunque sólo fuera por un segundo, que la muchacha estaba a salvo, sus hombres caerían sobre la compañía ligera y Sharpe tendría que enfrentarse a una muerte más dolorosa de lo que pudiera imaginar. Levantó la vista hacia Kearsley.

—Dentro de diez minutos, mayor, le voy a cortar a la muchacha una de las orejas. Sólo a medias, de manera que se le pueda arreglar, pero si uno de esos cabrones asesinos del Católico intenta impedirnos que crucemos el vado, entonces le rebanaré toda la oreja. Y la otra, y los ojos, y la lengua, y ahora ¿me entiende usted, mayor? Nosotros nos vamos, con el oro, y la muchacha es nuestro pasaporte y no la voy a soltar. Dígale a su padre y al Católico que si quieren el oro lo tendrán que recoger junto con una muchacha desdentada, ciega, sorda, fea y muda. ¿Entendido?

La ira de Sharpe sacudió al mayor, y le hizo retroceder unos pasos.

—Le ordeno, Sharpe...

—Usted no ordena nada, mayor. ¡Usted me ha roto las órdenes! Nos vamos. ¡Así que dígaselo, mayor! ¡Dígaselo! ¡Dentro de diez minutos oíré el grito!

Se dio la vuelta para irse, ensordecido por la ira no oía las palabras de Kearsley, y subió a la empalizada de la fortaleza. Sus hombres vieron su rostro y no dijeron nada, se giraron y se fueron, observando que el pequeño mayor con uniforme azul cabalgaba hacia los guerrilleros.

Kearsley entregó el mensaje, temblando de rabia, y se quedó mirando, junto con César Moreno, el hombre fuerte, alto y mudo. El Católico estaba con ellos y juró vengarse de Sharpe. El mayor le tocó la manga.

—No lo hará. Créame. No lo hará.

Kearsley miró con los ojos entrecerrados hacia el castillo, hacia las siluetas de los centinelas. Tenía algo más en la cabeza, algo que no se podía guardar, y se volvió hacia el alto español.

—El capitán Hardy... —hizo una pausa.

El Católico calmó su caballo, miró a Kearsley.

—¿Qué pasa con él?

Kearsley parecía turbado.

—Sharpe dice que usted lo mató.

El Católico se echó a reír.

—Diría cualquier cosa. —Escupió al suelo—. Es usted el único oficial en el que podemos confiar, mayor. No gente como Sharpe. No tiene ninguna prueba, ¿no es así? —preguntó confidencialmente.

—No —contestó Kearsley sacudiendo la cabeza.

—Tan sólo quiere que usted se vuelva contra nosotros. No, mayor, al capitán Hardy lo capturaron. Pregúntele a César.

Le hizo un gesto al padre de Teresa, cuyo rostro aparecía torturado por la

preocupación. El mayor sacudió la cabeza, se sintió aliviado, y ese sentimiento se desvaneció con el sonido que provenía de la torre en ruinas del castillo. El grito pareció detenerse en el robledal. Alcanzó un tono insoportable y entonces descendió convirtiéndose en una leve y sollozante desesperación que dejó helados a todos los hombres. César Moreno espoleó hacia adelante con una docena de hombres, su rostro mostraba una determinación que habían olvidado, pero un centinela de las murallas hizo una señal a la torre y se volvió a oír el grito, aún más fuerte esta vez, como el sonido de los franceses cuyas vidas había arrancado, pulgada a pulgada, con sus largos cuchillos. El padre de Teresa detuvo el caballo, sabiendo que lo habían vencido, jurando que por cada hoja que hubiera tocado a su hija Sharpe recibiría un centenar.

El Católico había matado a franceses que tardaron tres lunas en morir y conocieron el dolor segundo a segundo. Sharpe, se prometió a sí mismo el Católico, suplicaría por una muerte así.

Después de los sollozos, del sonido de las botas sobre las piedras, se oyeron órdenes dadas a gritos, y la compañía partió con las bayonetas preparadas al hombro, con el capitán a la cabeza sosteniendo la correa de un rifle alrededor del cuello de Teresa Moreno. Los guerrilleros gruñeron, miraron al padre, al Católico, pero no se atrevieron a moverse. Teresa lloraba, con la cara medio oculta entre las manos, pero todos los hombres vieron la venda blanca, rasgada en el bajo de su vestido, y vieron la sangre brillante que manchaba el tejido. Sharpe sostenía una bayoneta con el canto serrado y brillante apuntando a la cabeza de la muchacha, si ella tropezaba, él tiraría de la correa que llevaba alrededor del cuello. Kearsey sintió una tremenda vergüenza cuando vio al oficial de fusileros defenderse de las armas del Católico con el cuerpo de la muchacha, y cuando la compañía, en medio de un silencio que podía estallar violentamente en cualquier momento, pasó marchando por los jinetes preparados, César Moreno observó fijamente el vendaje empapado en sangre, las manchas en el vestido de su hija, y se prometió el placer de matar a ese capitán inglés. Kearsey le tocó el brazo.

—Lo siento.

—No importa. Los cogeré y los mataré.

César Moreno observó las caras de la compañía y pensó que parecían asombrados, como si su capitán los hubiera arrastrado a nuevas simas de horror.

—Lo mataré.

—Lo siento —repitió Kearsey sacudiendo la cabeza.

Moreno lo miró.

—No lo ha hecho usted, mayor.

Hizo una señal con la cabeza hacia donde la compañía ligera empezaba a atravesar; los hombres menos cargados formaban una presa humana para ayudar a los

que acarreaban el oro que debían cruzar.

—Vaya en paz.

Sharpe cruzó el último, sujetando a la muchacha y notando que las hierbas altas se agarraban a sus piernas y lo estiraban. El nivel del agua era bajo, pero la corriente aún era fuerte y le costaba avanzar con un brazo alrededor del cuello de Teresa; pero lo consiguieron y Patrick Harper tiró de ellos hasta la otra orilla.

—Me ha dado pena su padre, capitán.

—Ya verá que está intacta.

—Eso es cierto. Viene el mayor.

—Déjelo.

Se pusieron en camino a través de la hierba, bajo el calor de la mañana, sus botas dejando una amplia franja entre los pálidos tallos y con los guerrilleros siempre cerca. Harper caminaba con Sharpe y Teresa y miró al capitán por encima de la cabeza de la muchacha.

—¿Qué tal va el brazo, capitán?

—Bien.

Sharpe se había abierto el antebrazo izquierdo para tener sangre con que empapar el vendaje de Teresa.

Harper señaló hacia adelante con la cabeza, hacia la compañía.

—Teníamos que haber rajado al soldado Batten. No sirve para nada más.

Sharpe se rió burlón. Eso ya se le había ocurrido a él, pero lo había descartado por mezquino.

—Sobreviviré. Es mejor que les diga a los muchachos que la chica no está herida. En voz baja.

—Ahora mismo.

Harper se adelantó. Los hombres iban en silencio, sorprendidos porque Sharpe permitió que creyeran que había herido a la muchacha con la enorme hoja. Si hubieran conocido la verdad al pasar delante del Católico lo hubieran hecho con una sonrisa en los labios, de alegría contenida, y todo se habría echado a perder. Sharpe miró a los guerrilleros, después a Teresa.

—Has de seguir fingiendo.

Ella asintió y levantó la vista.

—¿Cumplirás tu promesa?

—Lo prometo. Tenemos un trato.

Era un buen trato, pensó, y él admiraba a Teresa por las condiciones. Al menos, ahora, sabía por qué estaba de su parte, y tan sólo podía lamentar una cosa: sabía que no iban a estar juntos mucho tiempo, que el trato los obligaba a separarse, pero la guerra iba a durar y, quién sabe, tal vez volvería a encontrarla.

A mediodía la compañía subió por un cerro abrupto que dirigía directamente al

oeste, hacia su objetivo, y Sharpe encabezó la subida del flanco, empinado y con piedras afiladas, con cierto alivio. Los guerrilleros no podrían subir con sus caballos por la cuesta y sus figuras se fueron empequeñeciendo cada vez más mientras la compañía subía penosamente. Los hombres que llevaban el oro necesitaban descansar con frecuencia, estirarse jadeantes bajo el sol, pero cada hora los acercaba más al Coa, y por un momento Sharpe se atrevió a pensar que se habían librado del Católico y de sus hombres. La cima de la elevación era un lugar desnudo y rocoso, con restos de huesos que habían dejado los lobos y los buitres. Sharpe tenía la sensación de ir caminando por un lugar que ningún hombre había pisado, un lugar en el que mandaban las bestias. A su alrededor las colinas se agachaban bajo un sol que chamuscaba y no se movía nada, salvo la compañía que se arrastraba por la alta cima, y Sharpe sintió como si el mundo se acabara y ellos hubieran quedado olvidados. Delante de él veía las colinas nubladas que conducían hasta el río, hacia la seguridad, y obligó a la compañía a seguir avanzando. Patrick Harper, cargado con dos mochilas llenas de oro, hizo un gesto con la cabeza señalando hacia las colinas, al oeste, frente a ellos.

—¿Los franceses están allí, capitán?

—Probablemente —contestó Sharpe encogiéndose de hombros.

El sargento echó una mirada alrededor, por el sendero alto y blanqueado por el sol.

—Espero que no nos estén observando.

—Mejor que estar abajo con los guerrilleros.

Pero sabía que Harper tenía razón. Si los franceses patrullaban por las colinas, y seguro que lo hacían, la compañía se veía a millas de distancia. Sharpe se acomodó la mochila llena de oro que llevaba en el hombro.

—Seguiremos dirección oeste por la noche. —Miró a sus hombres cansados—. Sólo este esfuerzo más, sargento, sólo éste.

No iba a ser así. Al atardecer, cuando el sol al oeste los deslumbraba, el cerro descendía y Sharpe vio que los habían engañado. La elevación era como una isla, separada de las demás colinas por un valle amplio pero enrevesado, y en las sombras, lejos, allá abajo, vio unos puntitos que eran los hombres del Católico. Hizo detener a la compañía, dejó que descansaran, y se quedó mirando fijamente hacia abajo.

—Mierda. Mierda. Mierda —dijo Sharpe en voz baja.

Los guerrilleros habían cabalgado por un sendero fácil, a ambos lados del cerro, y la compañía había avanzado con gran esfuerzo pero inútilmente por las rocas ardiendo, las piedras afiladas, por el cerro infectado de escorpiones. Al otro extremo del valle se volvían a levantar las colinas, y miró la cuesta de cantos rodados que tendrían que escalar, pero sabía que antes de que pudieran continuar tenían que atravesar el valle. Era el lugar perfecto para una emboscada. Como una costa muy

recortada, el valle tenía estribaciones ocultas, sombras profundas; incluso hacia el norte algunos árboles esmirriados. Una vez pisaran la hierba del valle se volverían terriblemente vulnerables, incapaces de ver lo que acecha tras las estribaciones de la colina, en los repliegues ocultos del terreno. Sharpe se quedó mirando fijamente la profundidad ensombrecida y luego a su compañía exhausta, con sus armas maltratadas y las pesadas mochilas.

—Cruzaremos al amanecer.

—Sí, capitán. —Harper bajó la vista—. Viene el mayor, capitán.

Kearsey había abandonado su caballo, y su uniforme azul mezclándose con las sombras, subía la cuesta hacia la compañía. Sharpe gruñó.

—Puede rezar por nosotros —pensó mirando hacia el valle. Rezar, tal vez, no sería mala idea.

Capítulo 16

El agua de las cantimploras era salobre, de comida sólo quedaban las últimas migajas mohosas, y una hora antes del amanecer el suelo estaba resbaladizo por el rocío. Hacía frío. Los hombres de la compañía, malhablados y de mal humor, resbalaban y se caían al bajar la oscura ladera hacia el valle negro. Kearsley, con la funda de su espada chocando contra las rocas, intentaba alcanzar a Sharpe.

—Almeida, Sharpe. ¡No hay otro camino!

Sharpe se detuvo, elevándose por encima del mayor.

—Maldita Almeida, mayor.

—No hace falta maldecir, Sharpe.

Kearsley parecía irritado. Llegó al caer la noche, y se enfrascó en una estudiada condena de Sharpe que fue desvaneciéndose cuando vio a Teresa intacta que los observaba en calma. Ella le habló en español, echando por tierra sus objeciones, hasta que el mayor, confundido por la velocidad de unos acontecimientos que no podía controlar, se hundió en un triste silencio. Más tarde, cuando el viento nocturno agitaba la hierba y los centinelas se crispaban porque las rocas negras parecían moverse, había intentado convencer a Sharpe de volver al sur. Ahora que el amanecer avanzaba, insistía en el mismo tema.

—Los franceses, Sharpe. No lo entiende. Bloquearán el Coa. Debe ir al sur.

—¡Y malditos los franceses de mierda, mayor!

Sharpe se volvió y se fue; resbaló y renegó cuando una bota se le cayó, y se sentó dolorido sobre una piedra. No iría a Almeida. Los franceses estaban a punto de iniciar el sitio y estarían concentrando fuerzas. Iría hacia el oeste, hacia el Coa, y le llevaría el oro al general.

La hierba del valle era suave, se caminaba por ella fácilmente, pero Sharpe se agachó y les siseó a sus hombres que mantuvieran silencio. No se oía nada, no se veía nada, y su instinto le decía que los guerrilleros habían partido. El sargento Harper se puso en cuclillas junto a él.

—Los cabrones se han ido, capitán.

—Están en alguna parte.

—Aquí no.

Y si así era, ¿por qué se habían ido? El Católico no abandonaría el oro, ni Moreno la ocasión de castigar al hombre que él creía que había mutilado a su hija; entonces ¿por qué estaba el valle tan desierto y silencioso? Sharpe iba abriendo camino a través de la hierba, con el fusil levantado, y miraba la colina rocosa que tenía delante, se imaginaba los mosquetes tendiéndoles una emboscada mientras ascendían. La ladera podía ocultar a unos mil hombres.

Se detuvo de nuevo, al pie de la montaña, y un misterioso sentimiento de soledad

le sobrevino de nuevo, como si, al caminar por el cerro el día anterior, el fin del mundo hubiera llegado y el Ángel Exterminador se hubiera olvidado de la compañía ligera. Sharpe aguzó el oído. Oía el respirar de sus hombres, pero nada más. Ni el escarbar de una lagartija en las rocas, ni el porrazo de un conejo asustado, ni pájaros, ni siquiera el viento sobre las piedras. Encontró a Kearsey.

—¿Qué hay al otro lado de la colina, mayor?

—Pastos de verano para ovejas. Un manantial, dos refugios. Tierra de pastoreo.

—¿Al norte?

—Un pueblo.

—¿Al sur, mayor?

—La ruta hacia Almeida.

Sharpe se mordió los labios, miró fijamente la pendiente, y se quitó de encima la sensación de estar solo. Su instinto le indicaba que el enemigo estaba cerca, ¿pero qué enemigo? Al otro lado había pasto, patrullas enemigas; Kearsey había asegurado que los franceses mantendrían las fuerzas para poder despojarla de alimentos. ¿Y si los franceses no estuvieran allí? Miró hacia atrás, al valle, y estuvo tentado de quedarse abajo, pero ¿dónde estaba el Católico? ¿Esperando valle arriba? ¿O tal vez sus hombres habían escondido los caballos y habían subido la colina? Sabía que la compañía estaba nerviosa, asustada tanto por la quietud como por la cautela de Sharpe, y se puso en pie.

—¡Fusiles! Línea de tiradores. ¡Teniente! Continúe con la compañía. ¡Adelante!

Al menos éste era un trabajo que conocían, y los fusileros se separaron en parejas de tiradores y se abrieron formando una fina y elástica cortina que protegía la principal línea de batalla en un combate. Los fusileros estaban entrenados para esto, para pensar de forma independiente y luchar por iniciativa propia, sin recibir órdenes de un oficial. Un hombre se movía mientras su compañero lo cubría; lo mismo que en la batalla un hombre recarga su arma mientras el otro vigila si el enemigo apunta a su compañero durante el manejo vulnerable y torpe de la baqueta y el cartucho. A cincuenta yardas por detrás de los casacas verdes, torpes y ruidosos, los casacas rojas subieron la colina, y Teresa se quedó con Knowles y observó las sombras huidizas, los resplandores fugaces de los fusileros. Ella llevaba el gabán de Sharpe, sobre el vestido blanco, y sintió la aprehensión que se extendía entre los hombres. Parecía que el mundo estuviera vacío; el amanecer avanzaba sobre las rocas grises y la hierba sin límites, pero Teresa sabía, incluso mejor que Sharpe, que sólo una cosa podía haber alejado a los guerrilleros, y que el mundo no estaba vacío. En alguna parte, observándolos, había franceses.

El sol se elevó detrás de ellos, proyectando su luz sobre el cerro por el que caminaron el día anterior, y Sharpe, a la cabeza de los fusileros, vio delante de él setenta yardas doradas de cumbre. La roca estaba cubierta de luz y, en la base, medio

oculta por las sombras de los arbustos, había una bandera roja mortecina y él se giró, despreocupadamente, e indicó a sus hombres que se echaran como si tuvieran que descansar. Bostezó, exageradamente, estiró los brazos, atravesó la línea paseando hasta donde Harper hizo detener a las parejas de la izquierda. Miró cuesta abajo, se dirigió a Knowles, indicándole lacónicamente que el grupo que cargaba con todo el peso se echara, y entonces le hizo una señal amistosa al sargento.

—*Voltigeurs* de mierda en la cima.

Voltigeurs, los tiradores franceses, la infantería ligera que luchaba contra las compañías ligeras británicas. Sharpe se sentó en cuclillas en el suelo, de espaldas al enemigo, y le habló en voz baja.

—He visto la charretera roja.

Harper miró por encima del hombro de Sharpe, deslizando los ojos hacia la cima, y maldijo en voz baja. Sharpe arrancó una brizna de hierba y se la metió entre los dientes. Veinte yardas más y hubieran estado a tiro de los mosquetes franceses. Él también soltó un taco.

Harper se puso en cuclillas.

—Y si hay infantería, capitán...

—También hay la maldita caballería.

Harper movió la cabeza a ambos lados, cuesta abajo, hacia el valle vacío y todavía en sombras.

—¿Allí?

Sharpe sacudió la cabeza.

—Nos debieron ver ayer. Caminando sobre el cerro maldito como vírgenes. —Escupió la hierba, se rascó irritado por el agujero roto de la manga izquierda—. Españoles de mierda.

Harper bostezó en beneficio de los observadores enemigos.

—Es hora de mantener un verdadero combate —dijo suavemente.

Sharpe frunció el ceño.

—Si pudiéramos escoger dónde. —Se puso en pie—. Vamos hacia la izquierda.

La ladera de la izquierda, hacia el sur, ofrecía más cobertura, pero él sabía, con terrible certeza, que la compañía ligera estaba en desventaja numérica respecto al enemigo. Sopló el silbato, señaló hacia el sur, y la compañía se desplazó por el lado de la colina mientras Sharpe y Harper, en silencio y lentamente, avisaron a los fusileros de la presencia de tiradores enemigos arriba.

Kearsey se acercó.

—¿Qué estamos haciendo, Sharpe?

Sharpe le dijo que había tiradores arriba. Kearsey parecía victorioso, como si se hubiera demostrado que tenía razón.

—Se lo dije, Sharpe. Pastos, pueblo. Están cercando la comarca y los alimentos.

¿Y ahora qué harán?

—Lo que haremos ahora, mayor, es salir de ésta.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea, mayor, ni idea.

—¡Se lo dije, Sharpe! Capturar águilas imperiales está muy bien, pero aquí en territorio enemigo las cosas son diferentes, ¿no? ¡Al Católico no lo han cogido! Debe haber olido a los franceses y ha desaparecido. Somos una presa fácil.

—Sí, mayor.

No tenía ningún sentido discutir. Si el Católico tuviera el oro ni siquiera hubiera llegado tan lejos, pero mientras se iba abriendo camino por la colina, él sabía que en cualquier momento el trayecto tocaría a su fin, los hombres con el oro cogidos entre los tiradores franceses y la caballería, y, pasado un mes, alguien en el cuartel general del ejército se preguntaría inútilmente qué habría sido del capitán Sharpe y de la compañía ligera que habían enviado a la misión imposible de traer el oro de los españoles. Se volvió hacia Kearsey.

—¿Y dónde está el Católico?

—Dudo que él vaya a ayudarle, Sharpe.

—Pero no abandonará el oro, ¿no es así, mayor? Supongo que está encantado de dejar que los franceses nos tiendan la emboscada, y entonces él se la tenderá a ellos, ¿no?

Kearsey asintió con la cabeza.

—Es su única esperanza.

El fusilero Tongue, educado y amigo del razonamiento, se dio la vuelta.

—¡Capitán!

Ese fue su último grito; la detonación de un mosquete lo acalló, el humo quedó suspendido de una roca tan sólo a veinte yardas de él, y Tongue siguió girando y cayendo, Sharpe no hizo caso de Kearsey y corrió hacia adelante. Harper estaba en cuclillas y buscaba al hombre que le había disparado a Tongue. Sharpe pasó corriendo, se puso de rodillas junto al fusilero y le levantó la cabeza.

—¡Isaiah!

La cabeza le pesaba; tenía los ojos vidriosos. La bala de mosquete le había entrado limpiamente entre dos costillas y lo había matado mientras gritaba el aviso. Sharpe oyó el ruido de la baqueta mientras el tirador enemigo empujaba la siguiente bala en el cañón; entonces el compañero invisible del enemigo disparó, fallando el tiro, y la bala pasó solamente a unas pulgadas de Sharpe porque el francés había visto de repente a Harper. La bala del rifle del sargento levantó al francés del suelo; abrió la boca para gritar, pero sólo le brotó sangre y cayó de espaldas. Sharpe todavía oía el roce de la baqueta de hierro; se puso en pie con el fusil de Tongue y corrió hacia adelante. El *voltigeur* vio cómo se acercaba, se asustó, corrió hacia atrás, Sharpe le

disparó en la base de la columna y observó que el hombre soltaba el mosquete y caía con gran dolor por la ladera.

Parry Jenkins, el compañero de Tongue, estaba a punto de llorar. El galés se inclinó sobre el cuerpo de Tongue, le desabrochó la bolsa de municiones y la cantimplora, y Sharpe le lanzó el rifle del muerto.

—¡Aquí!

Una bala francesa le dio en la mochila produciendo un ruido sordo, lo impulsó hacia adelante, y se dio cuenta de que la línea de tiradores enemiga había girado colina abajo, cortándoles el avance por el sur, y les hizo una señal a sus hombres para que bajaran y regresó corriendo hacia Jenkins.

—¿Lo tiene todo?

—Sí, capitán. Lo siento, capitán. Dios, sí que lo siento, capitán.

Sharpe le dio una palmada en el hombro.

—Vamos, Parry. No tiene la culpa. ¡Al suelo!

Bajaron la colina, las balas de los mosquetes silbaron sobre su cabeza y encontraron abrigo en unas rocas. El cuerpo de Tongue tendría que quedarse allí, otro fusilero perdido en España, o acaso era Portugal. Sharpe no lo sabía, pero pensó en el colegio de la región central de Inglaterra donde Tongue enseñó lenguas bastante bien, hacía ya algún tiempo, y se preguntó si alguien recordaría al joven inteligente con ojos amigos al que le dio por beber.

—¡Capitán!

Knowles señalaba detrás, Sharpe dio la vuelta y miró por donde habían venido. Tiradores franceses con casacas azul pálido y charreteras rojas bajaban por la colina detrás de ellos. Se puso de cara a sus hombres.

—¡Rifles! ¡Bayonetas!

Los franceses entenderían esto perfectamente y sentirían miedo. Contó inconscientemente las balas que no le habían alcanzado cuando se adelantó hasta el cuerpo de Tongue y sabía, aunque no lo pensó, que la ladera de enfrente apenas estaba tomada. Los franceses empezaron a desplegar una línea de tiradores allí, delgada y espaciada, creyendo que sería suficiente para que los británicos descendieran colina abajo, allí donde, todavía invisible, debía aguardarles la caballería.

—¡Teniente!

—¿Capitán?

—Síguenos.

«Deberíamos salirnos de su cordón —pensó— y deberíamos encontrar un lugar para defender.» Sabía que era un acto desesperado, pero era mejor esto que ser conducidos como ovejas. Desenvainó la espada, tocó el filo, y listo.

—¡Adelante!

Un hombre de cada pareja vigilaba, el otro corría, y Sharpe oía los Baker que rasgaban la mañana con sus chasquidos, mientras los franceses estiraban las cabezas para disparar al grupito de hombres diseminados, vestidos de verde, que gritaban y llevaban veintitrés pulgadas de acero ajustadas en sus rifles. Los pocos tiradores que tenían enfrente corrían o, si no, morirían con las balas de los rifles que no podían fallar a cincuenta pasos, y la compañía siguió corriendo. Sharpe iba delante, con la espada atravesada y el rifle golpeándole la espalda. Vio tiradores al pie y en la cima de la ladera, pero los mosquetes eran un instrumento terrible para los trabajos de precisión, y dejó que el enemigo disparara: sabía que la compañía jugaba con ventaja. Un hombre se derrumbó, le habían dado en el trasero, pero lo levantaron a rastras y cubrieron el hueco, tan sólo tenían delante unos pocos franceses asustados, que huían porque no habían tenido la vista de escalar la colina.

Uno se giró, alcanzó el mosquete, y se encontró de cara con el gigante irlandés que lo atravesó limpiamente entre las costillas, estiró de la hoja y siguió adelante. Sharpe dio un corte a un hombre con su espada, sintió el choque contra el hueso cuando el francés paró con su mosquete, y entonces siguió corriendo.

—¡Vamos! ¡Colina arriba!

Esto era inesperado para los franceses, así que era la única forma de seguir. La compañía había aplastado el cordón, sólo había tenido una baja, y ahora obligaban a sus piernas cansadas a subir la cuesta, hacia la cima oeste; detrás de ellos se oían las órdenes de los franceses, los oficiales con casacas azules volvían a alinear a sus hombres, y no había tiempo más que para obligar a sus piernas a subir la cuesta, sentir el dolor de los pulmones al respirar; entonces Sharpe alcanzó la cima y, sin detenerse, se giró y siguió corriendo. Los malditos franceses estaban allí, no esperando a los británicos, pero allí, formando filas y esperando órdenes. Sharpe vislumbró un suave declive, cubierto de hierba, y un batallón francés formado en compañías. Éste observó, sorprendido, cómo los británicos pasaban delante de ellos corriendo, solamente a unos cien pasos de distancia, y ni un mosquete disparó.

No había salida hacia el oeste, ni hacia el norte donde los tiradores los perseguían, y Sharpe vio que tenían que dirigirse hacia el sur y el este, donde la caballería los esperaba. Era la única dirección que les permitiría ganar tiempo, y el tiempo era su única esperanza. Se giró, hizo una señal a los fusileros hacia abajo, y empujó a Knowles y a los casacas rojas cuesta abajo.

—¡Formen cien pasos abajo!

—¡Capitán!

Knowles saludó, saltó por encima de un canto, y la compañía partió.

—¡Rifles! ¡Aguanten!

Esta era la mejor manera de luchar, dejar que el enemigo se les acercara, y matarlos cuando aún estuvieran demasiado lejos para responder al fuego de fusil.

Sharpe luchaba como un soldado, metiendo las balas por el rayado, escogiendo los objetivos y esperando a que las víctimas se le echaran encima. Apuntaba bajo, nunca se esperaba a ver si el hombre caía, sino que sacaba otro cartucho, mordía la bala, y volvía a recargar.

Oía los rifles a su alrededor, disparando tan rápidamente como podían, y aun así no era suficiente, y sabía que los franceses recobrarían el juicio pronto, los arrollarían con blancos y les azuzarían con las bayonetas. Oyó que Harper daba instrucciones, se preguntó qué fusilero necesitaba que le explicaran que hay que engrasar una bala, y era tanta su curiosidad que se escabulló por entre el humo que los envolvía y vio a Teresa, con el fusil de Tongue y con el rostro ya ennegrecido por el humo de la pólvora, que se arrodillaba para disparar a los franceses. Entonces el enemigo desapareció y Sharpe entendió que venía lo peor.

—¡Dejen de engrasar!

Era más rápido cargar una bala desnuda, aunque el rifle perdiera en precisión, y entonces les silbó, haciendo que se retiraran, sin levantarse mucho, de manera que el enemigo disparara contra un pedazo de terreno vacío y se encontrara bajo el fuego procedente de una nueva cobertura.

—¡Espérenlos!

Esperaron. Se oyeron voces de los franceses, gritos, y los hombres vestidos de azul y rojo se acercaban zigzagueando hacia ellos, con los mosquetes y las bayonetas reflejando la luz, seguían llegando y Sharpe vio que eran mucho más numerosos, pero siempre resultaba mejor esperar.

—¡Esperen! ¡Esperen!

Vio a un oficial enemigo confundido, buscando a los británicos, y supo que el hombre estaba a punto de perder los nervios.

—¡Fuego!

Fue una descarga ligera, pero la última que iban a disparar con trozos engrasados, y era mortífera. El enemigo se lanzó de cabeza en busca de cobertura, se tiraron tras las rocas o hacia la muerte, y los fusileros recargaron, escupiendo las balas al interior de las armas, las encajaban golpeando las culatas contra el suelo sin utilizar las baquetas.

—¡Atrás!

Había un centenar de tiradores frente a ellos, presionando hacia adelante, y los fusileros reculaban, recargando, disparando al enemigo, y siempre perdiendo terreno, yendo colina abajo hacia el resto de la compañía, que se iba acercando cada vez más hacia el terreno abierto del valle.

—¡Atrás!

Éste no era un sitio para morir, no mientras no apareciera la caballería y había la posibilidad, aunque leve, de que la compañía pudiera ir retrocediendo hacia el otro

extremo del valle. Pero no había tiempo para pensar en esto, sino sólo para mantener a los fusileros lejos del alcance de los mosquetes, mover con rapidez a la compañía colina abajo, deteniéndose y disparando, corriendo, recargando, y encontrando nuevas coberturas. No le causaban daño al enemigo, pero los franceses, aterrorizados por los rifles, se mantenían a distancia y parecía que no se daban cuenta de que las balas ya no giraban; que, desprovistos de los pedacitos de cuero engrasado, los rifles eran menos precisos que un mosquete ordinario. Para los franceses bastaba con que sus oponentes fueran vestidos de verde, los «saltamontes» del ejército británico que podían matar a trescientos pasos de distancia y arrancarle el corazón a una línea de tiradores enemiga.

Haciendo una pausa para ver cómo retrocedían los hombres, Sharpe echó una mirada colina arriba y vio que en la cima se dibujaban las compañías francesas. Vio que sus uniformes eran brillantes, que no estaban descoloridos por el sol, y entendió que se trataba de un regimiento recién llegado, uno de los regimientos nuevos que Bonaparte había enviado para terminar de una vez por todas con la guerra en España. Su coronel les estaba ofreciendo una vista de tribuna del combate, y esto molestaba a Sharpe. ¡Ningún maldito recluta francés iba a contemplar su muerte! Miró a los tiradores enemigos para ver si encontraba alguno a quien apuntar, y le chocó, mientras golpeaba la culata de su rifle contra el suelo, que solamente veinte minutos antes se hubiera sentido totalmente solo en la faz de la tierra. Ahora los superaban en una proporción de diez a uno, los muy cabrones seguían llegando; más atrevidos ahora que los ingleses llegaban al pie de la pendiente, y una bala chasqueó en una roca junto a él y rebotó hacia arriba yendo a golpear la axila izquierda de Sharpe. Le dolió como si un perro le mordiera la carne, y lanzando el rifle hacia arriba para realizar un tiro rápido, de repente se dio cuenta de que el rebote le había dañado. Apenas podía sostener el rifle, pero apretó el gatillo y siguió adelante, aguantando el ritmo de sus hombres y mirando detrás de ellos, para ver que Knowles se detenía justo en el borde del valle como un hombre temeroso de alejarse de la orilla. ¡Maldita sea! No había otra elección.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Corrió hacia Knowles.

—Vamos. ¡Atraviese el valle!

Knowles le miraba el brazo.

—¡Capitán, le han dado!

—¡No es nada! ¡Vamos! —Se volvió hacia los fusileros, cuyos ojos rojos contrastaban en sus caras ennegrecidas.

—¡Formen, muchachos!

La muchacha se alineó como un fusilero más y él le sonrió, amándola por luchar como un hombre, por sus ojos que brillaban intensamente, y entonces levantó el

brazo derecho.

—¡En marcha!

Se alejaron de las rocas, de los tiradores franceses, hacia la calma que les ofrecía la hierba. La infantería francesa no los siguió sino que se detuvo al pie de la pendiente como si la compañía ligera hubiera embarcado y ellos no pudieran seguirlos. El mayor Kearsy bailaba de la emoción, con el sable desenvainado, pero perdió la sonrisa cuando vio a Sharpe.

—¡Está herido!

—No es nada, mayor. Un rebote.

—Tonterías, hombre.

Kearsy le tocó a Sharpe en el hombro, y ante la sorpresa del fusilero la mano le quedó roja y brillante.

—Las he tenido peores. Se curará.

Sin embargo le dolía, y detestaba la idea de despojarse de la casaca y de la camisa para ver dónde estaba la herida. Kearsy dirigió la mirada hacia la infantería francesa inmóvil.

—¡No nos siguen, Sharpe!

—Lo sé, mayor.

El tono de su voz era sombrío y Kearsy miró a Sharpe bruscamente.

—¿Caballería?

—Seguro, mayor. Esperan a que nos metamos en el centro del valle.

—¿Y qué hacemos? —Kearsy le hizo la pregunta a Sharpe como si fuera lo más normal.

—No lo sé, mayor. Usted rece.

Kearsy se ofendió y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Ya he rezado, Sharpe! De todo, durante estos días.

Tan sólo habían sido unos días, pensó Sharpe, y ¿iba a terminar todo así, entre un batallón francés y la caballería? Sharpe sonrió burlón al mayor y le habló suavemente.

—Siga rezando, mayor.

El pasto estaba bajo, bien segado y duro, y Sharpe miró la hierba y pensó que al cabo de un año las ovejas volverían como si no hubiera habido tiradores. El sol ya había alcanzado el fondo del valle y los insectos se afanaban entre los tallos de hierba, ausentes de la batalla que se libraba sobre sus cabezas; Sharpe levantó la vista y pensó que el valle era bonito. Serpenteaba hacia el sur y el este, subiendo entre colinas escarpadas, y delante de él, a lo lejos, había un cauce que en primavera convertiría el lugar en un pequeño paraíso. Miró hacia atrás, vio a los tiradores sentados junto a las rocas, las restantes compañías francesas bajaban lentamente la colina, y sabía que en algún lugar del valle tortuoso les aguardaba la caballería.

Ahora ya estaba seguro de que vendrían por detrás; el camino por seguir no mostraba ningún escondite, y comprobó que la compañía estaba atrapada. Miró el suelo, llano y firme, e imaginó a los caballos caminando las primeras cien yardas, trotando las siguientes cincuenta, a medio galope, las espadas levantadas, y el galope final de veinte yardas que sería interrumpido por el fuego del pequeño cuadrado; pero cuarenta soldados de infantería no resistirían mucho. Se elevó humo de pipa por entre la infantería francesa sentada, primera línea para la matanza. Patrick se alineó junto a él.

—¿Cómo está? —le preguntó mirando el hombro.

—Se curará.

El sargento le agarró el hombro y, haciendo caso omiso de las protestas de Sharpe, estiró del brazo hacia arriba.

—¿Le duele?

—¡Dios!

El hombro le crujía, pero allí estaban las manos del enorme irlandés, estrujándolo y lastimándolo. Harper dejó caer el brazo.

—No hay ningún hueso roto, capitán. La bala está atrapada. ¿Un rebote?

Sharpe asintió. Un golpe de lleno le hubiera roto el hombro y la cabeza del húmero. Le dolía. Harper miró a la muchacha y luego a Sharpe.

—Esto impresionará a la chiquita.

—Vete a la mierda.

—Sí, capitán.

Harper estaba preocupado e intentaba no mostrarlo.

Se oyeron unas trompetas y Sharpe se detuvo, se giró, y mientras la compañía seguía marchando vio aparecer los primeros caballos por el norte. El corazón le dio un vuelco. Otra vez lanceros, siempre los lanceros de mierda; sus uniformes verdes y parapetos rosados se rieron de sus pobres esperanzas. Las lanzas llevaban en la punta banderines rojos y blancos, con garbo, iban formados y al trote por el valle y miraban fijamente al grupito de infantería británica. Harper volvió a acercarse.

—¿Doscientos, capitán?

—Sí.

Les había oído decir a los hombres que preferían morir de una lanza que de un sablazo, que éste dejaba cortes terribles que se infectaban y hacían sangrar a un hombre durante semanas de agonía, mientras que una lanza era rápida y profunda. Sharpe escupió en el suelo; nada le importaba, y miró a derecha e izquierda.

—Por aquí —dijo señalando hacia el lado este del valle, por el camino por donde habían llegado, lejos de la infantería británica.

Corrieron, tambaleándose, tropezando, inútilmente, porque aunque los lanceros esperaran dos minutos completos antes de que les ordenaran avanzar, aun así

alcanzarían a la compañía ligera y cargarían su peso en las hojas plateadas. Entonces sí que habría acabado todo, todo habría sido inútil, y Sharpe recordó las historias de grupitos de soldados que luchaban en situaciones imposibles. Había cometido un error. Había un sitio donde esconderse más allá, valle arriba, un pliegue profundo hacia el sur tapado por la sombra y oculto, pero de repente vio que unos jinetes salían de él, hombres con uniforme extranjero, con los sables desenvainados, y que no estaban esperando como los lanceros. Éstos avanzaban al trote, rodilla contra rodilla, y Sharpe vio que todo había terminado.

—¡Alto! ¡Cuadrado! —Colocó a la muchacha en el centro, con Kearsey—. ¡Bayonetas!

Lo hicieron con calma y él se sintió orgulloso. El hombro le producía un dolor de mil demonios y de repente se acordó del rumor que había corrido por el ejército de que los franceses envenenaban las balas de los mosquetes. Él nunca se lo había creído, pero algo le pasaba, todo se volvía borroso, sacudió la cabeza para ver mejor y le dio su rifle a Kearsey.

—Lo siento, mayor. No puedo aguantarlo.

Todavía con la espada desenvainada, se abrió camino hasta la primera línea del cuadrado, hizo un gesto inútil de desafío, y de repente se dio cuenta de que sus hombres sonreían burlonamente. Lo miraban, lo empezaron a vitorear, él intentó ordenar que se callaran. Quizás era un buen día para morir, para vitorear al enemigo con las bayonetas, pero para Sharpe eso carecía de sentido. Tenían que reservar las fuerzas para la matanza. Los sables estaban cerca, los hombres cabalgaban como veteranos, sin entusiasmo ni prisa, y Sharpe intentó situar al regimiento francés con su uniforme azul, con una raya amarilla en los pantalones, y gorro alto de piel marrón. ¡Mierda! ¿Quiénes eran? Al menos uno debería saber contra quien luchaba. Sharpe intentó ordenar que levantaran los mosquetes, para que apuntaran, pero no sucedió nada. Su voz se desvaneció; apenas veía. Harper lo cogió y lo sujetó suavemente.

—Aguante, capitán, por el amor de Dios, aguante.

El capitán Lossow, resplandeciente con su uniforme azul y amarillo, vio que Sharpe caía, maldijo que su escuadrón se hubiera retrasado, y entonces, como el buen profesional de la Legión Alemana del Rey que era, se olvidó de Sharpe. Había mucho que hacer.

Capítulo 17

Lossow tenía dos minutos, no más, e hizo buen uso de ellos. Vio desaparecer a la compañía por su hombro izquierdo; entonces sólo quedaron delante de él los lanceros, mientras que lejos, a la izquierda, un batallón de infantería corría como podía colina abajo para unir sus disparos a los del valle. Él no esperaba a la infantería. Habló a sus trompetas, escuchó los disparos, amaba cada nota, y blandió su sable al aire y dejó que *Thor* lo condujera. Un buen nombre para un caballo, *Thor*, en particular un caballo como éste, que podía arrancarle de un bocado un trozo de cara a un hombre o que podía tumbar a un enemigo con sus cascos. El terreno era bueno, cómodo, sin conejos, y Lossow hubiera rezado la noche anterior deseando una oportunidad como ésta. Los lanceros, idiotas con largas puntas que nunca sabían cómo esquivar el golpe, y lo único que había que hacer era meterse por el punto adecuado, y la victoria sería suya. Oía a sus hombres que galopaban detrás; se giró sobre su silla para ver la preciosa vista, los caballos cuello con cuello, tal como debía ser, levantando terrones de hierba tras ellos, hojas y dientes brillantes, ¿acaso no era ésta una buena oportunidad que les ofrecía el rey alemán que se sentaba en el trono británico?

Los franceses se movían lentamente y él dedujo que eran tropas nuevas: un lancero siempre tenía que enfrentarse con su enemigo a toda velocidad, si no estaba perdido.

Dirigió a *Thor* hacia la derecha; esto lo habían practicado, y el trompeta repitió la señal, entrecortada esta vez por el movimiento del caballo pero suficiente para que se le helara la sangre a un hombre; sacudió a *Thor* con el tacón izquierdo, nunca en su vida había espoleado, y el enorme caballo giró como un bailarín; llevaba el sable caído de manera que apuntaba hacia abajo como una punta en la mano extendida de Lossow, y él iba al galope, riéndose en la cara del enemigo; simplemente separaba las lanzas de un golpe. No duraría, nunca duraba, siempre había alguien lo bastante vivo como para enfrentarse a él, pero para entonces el caos provocado en media docena de franceses había permitido que su primera tropa penetrara en el hueco, y Lossow sabía que el trabajo ya estaba hecho y dejó que *Thor* se encabritara y luchara con el muchacho valiente que lo desafiaba. El trompeta estaba allí, por supuesto, porque ése era su deber.

—¡Izquierda! —ordenó Lossow, y los alemanes viraron, machacando la línea francesa, con sus perversos sables, y Lossow quedó satisfecho.

—¿Teniente?

—¿Capitán? —El hombre saludó, haciendo caso omiso de la lucha.

—A la infantería.

—Capitán.

Ya había cumplido con su deber. Le quedaba todavía un minuto y *Thor* necesitaba algo de ejercicio, así que Lossow taconeó en sus flancos y el caballo se adelantó, el sable se convirtió en una lanza galopante tan limpia que Lossow pensó que recordaría ese momento hasta el día de su muerte, preferentemente en Alemania; el acero de Klighenthal de su hoja curva le abrió la garganta al francés hasta el fondo, y él deseó que cada momento fuera tan bueno como ése, con un buen caballo, buena hierba, una hoja hecha por los mismos duendes, y un enemigo para desayunar.

Observó orgulloso cómo trabajaban sus hombres. Eran disciplinados, se protegían unos a otros, sus movimientos de espada limpios y precisos, y Lossow sabía por qué lord Wellington prefería la caballería alemana. No era tan vistosa como la inglesa, ni tan buena para un desfile, pero para matar franceses era tan capaz como la infantería británica. Lossow, un hombre feliz, pensó en el fondo del valle —mientras una parte de su mente observaba la infantería enemiga, la otra controlaba a los lanceros que huían— que este ejército, el de Wellington, podía ser un instrumento de guerra único en la historia. ¿Con hombres como estos jinetes y con aquella infantería? ¡Era precioso!

—Llamada.

La trompeta sonó, los hombres se retrasaron en perfecto orden, y Lossow alzó el sable. Los lanceros estaban acabados, totalmente derrotados, pero él no había esperado menos. Pobres diablos. Ellos no podían saber que los hombres de Lossow llevaban tres días rastreando el valle, esperando ver a Sharpe, y Lossow se alegraba de que fuera él y no ese cerdo de Schwalbach, más hacia el sur, quien hubiera encontrado a la infantería británica. Miró valle arriba. La infantería rescatada se movía deprisa, cada hombre sosteniéndose a un estribo de jinete, Lossow devolvió los otros ciento cincuenta sables lentamente, protegiendo la retirada, gozando del sol caliente, y saludando a la infantería francesa que se alineaba, demasiado tarde ya, y a quienes habían estropeado la función.

—¡Recuerdos de Hanover! —les gritó, pero el limo no entendía alemán.

Una hora más tarde, Sharpe abrió los ojos, vio a Harper inclinado sobre él, aguantándolo contra el suelo, a Teresa que le cogía de la mano y a un soldado alemán que se dirigía hacia él con un hierro candente; Sharpe entendió que el sueño de los últimos minutos, de su hombro atravesado por la lanza de un indio, había sido simplemente eso: un sueño. El indio, con turbante y sonriente, había jugado con él, y cada vez que Sharpe había intentado liberarse, la lanza volvía, levantándolo un poco más.

—Quieto, capitán —le dijo Harper suavemente pero agarrándolo con fuerza.

El hierro para cauterizar lo sacudió como los demonios del infierno. Su grito se cortó al desvanecerse, cuando la carne se quemó y apestó, y Harper tuvo que hacer uso de toda su fuerza para sujetarlo; pero ya estaban y el veterinario de Lossow

sacudió la cabeza satisfecho. Le rociaron la cara con agua, le dieron a beber brandy poco a poco, y Sharpe abrió los ojos, hizo una mueca mientras el dolor le recorría todo el cuerpo e intentó levantarse. Miró a Harper.

—Dijo que se curaría.

—No quería que se preocupara, capitán. Casi muere desangrado. —Apoyó a Sharpe en una roca—. ¡Comida! ¡Traigan esa comida!

Sharpe levantó la vista y vio a un oficial alemán con ojos arrugados y una gran sonrisa que lo observaba. Lo había visto antes. ¿Pero dónde? Lo recordó. En el pueblo donde la policía militar había cogido a Batten. Adelantó la mano buena.

—Capitán.

—Lossow. ¡A su servicio!

Sharpe sonrió, débilmente.

—Le damos las gracias, capitán.

El alemán rechazó la formalidad con un gesto.

—Al contrario. Nosotros le damos las gracias. ¡Una lucha fantástica!

—¿Han perdido a alguien?

—¿Perder a alguien? ¡Eran lanceros, capitán! ¡Un sapo furioso sería más peligroso! Bueno, si ponen lanceros en primera línea y sables detrás, serían peligrosos. ¿Pero sólo lanceros? ¡Ningún problema para nosotros!

Sharpe asintió, agradecido.

—Gracias de todas formas.

Lossow cogió la escudilla de estofado que aguantaba Harper y se la colocó a Sharpe en el regazo.

—Consiguió el oro.

—¿Sabe algo?

—¿Por qué se cree que estoy aquí? Una patrulla hacia el sur, yo aquí, y todo por usted, capitán. ¡Lord Wellington quiere ese oro a toda costa!

Kearsey sorbió por la nariz, no dijo nada, y Sharpe tomó un sorbo de estofado. Estaba riquísimo después de las galletas de la última semana.

—Ya lo tiene.

—*Ja*, pero tenemos problemas.

Sharpe dejó la escudilla, parecía que le mitigaba el dolor.

—¿Problemas?

—Patrullas francesas —contestó Lossow describiendo un arco hacia el sur con la mano—. Como moscas.

Sharpe se echó a reír y le volvió a doler el hombro, pero se obligó a sostener la escudilla caliente en su mano izquierda y le fue mejor. Se llevó el buey a la boca con la cuchara.

—Hemos de alcanzar el ejército.

—Lo sé.

—Tenemos que alcanzarlo.

Miró hacia la derecha y vio a uno de los hombres de Lossow afilando la espada con una piedra y aceite. Esa misma mañana fue cuando se había lanzado contra el tirador francés y el hombre —Sharpe recordaba sus dientes amarillos— había levantado su mosquete y había salvado la vida.

—Hemos de hacerlo.

—Lo intentaremos.

Sharpe levantó la botella de brandy de Lossow; a los alemanes nunca les faltaba brandy requisado, y el licor descendió como si fuera crema por su garganta. Tosió.

—¿Y los guerrilleros? ¿Ha visto a los guerrilleros?

Lossow se giró, habló a uno de sus oficiales, unas pocas palabras, y se volvió hacia Sharpe.

—A dos millas de aquí, capitán, mantuvieron un contacto con nosotros. ¿Quieren el oro?

Sharpe asintió.

—Y a mí —respondió mirando a la muchacha y luego al alemán.

—No se preocupe, capitán —dijo Lossow poniéndose en pie, volviendo el cinturón de la espada—. Está usted en buenas manos.

La muchacha le sonrió a Sharpe, se incorporó y se acercó a él. Su vestido era cuatro pulgadas más corto y Sharpe se dio cuenta de que lo habían vendado tras su desmayo después de aplicarle el hierro cauterizador. Ella aún llevaba el rifle colgado al hombro, con la bolsa de municiones de Tongue y una bayoneta sujetas a la cintura. Lossow se apartó para dejar que Teresa se sentara junto a Sharpe.

—¡Algún herido más, capitán, y se quedará desnuda! —dijo riendo el capitán alemán—. ¡Deberíamos cortarnos todos!

Teresa miró a Sharpe y le habló en voz baja.

—El capitán ya me ha visto, ¿no es así, capitán?

¿Cómo lo sabía?, pensó Sharpe. Se preguntó si su telescopio habría sufrido algún daño en la lucha, y recordó que una bala francesa había golpeado en su mochila y lo había impulsado hacia adelante. Ahora mismo no le preocupaba comprobarlo, se recostó, sorbió un poco de brandy, y se durmió al sol. La muchacha permaneció junto a él, observando cómo descansaba la compañía ligera, mientras más allá, más allá de donde estaban los caballos atados, los piquetes de Lossow vigilaban a las patrullas francesas que rastreaban los valles occidentales. La compañía ligera se movería pronto, atravesaría hacia el oeste, pero de momento podían dormir y olvidarse del otro río que tenían que cruzar.

Capítulo 18

Se oyó el ladrido de perros en la ciudad, los caballos inquietos removían las pezuñas en los establos de madera y, en las escaleras de piedra de enfrente, los centinelas se revolvían en la oscuridad. En el vestíbulo de la casa un reloj sonaba con fuerza, pero en la habitación de la planta baja, iluminada con velas, el único sonido era el crujido del papel hasta que el hombre alto y de nariz aguileña se recostó y golpeó el borde de la mesa con su largo dedo.

—¿El sitio no ha empezado?

—No, Su Excelencia.

El general se inclinó hacia adelante y se acercó un mapa cuadrado, deslizándolo sobre la mesa, puso su largo dedo en un espacio en blanco que había en el centro.

—¿Aquí?

El mayor Michael Hogan se inclinó a su vez bajo la luz. El mapa mostraba el país desde Celorico, allí donde se encontraban, cruzando la frontera hasta Ciudad Rodrigo. Siguiendo el mapa, dividiéndolo en tres, estaban los ríos Águeda y Coa, y el dedo señalaba entre ambos ríos, al norte de Almeida.

—Así lo hemos creído, Su Excelencia.

—¿Y qué hay allí, por favor?

El dedo del general se relajó y trazó una línea inconsciente hacia abajo donde había algo escrito. «Dibujado por May. Kearsey. Q'Master Gen's Dep't.» Hogan se preguntaba inútilmente cuándo había dibujado el mapa Kearsey, pero no importaba. Se acercó un trozo de papel.

—Cuatro nuevos batallones franceses. Sabemos que los 118 de la línea están allí, probablemente en pleno. Un regimiento de lanceros, uno de cazadores.

Se hizo un breve silencio. Wellington estornudó.

—Buscando comida, supongo.

—Sí, Su Excelencia.

—¿Y en los alrededores de la ciudad?

Otro trozo de papel.

—Un anillo sin cerrar, Su Excelencia. Principalmente hacia el sur, donde se construye el parque de artillería. Sabemos de dos batallones de a pie y, por supuesto, de patrullas de caballería.

—¡Son lentos, Hogan, lentos!

—Sí, mi general.

Hogan esperó. Si los franceses eran lentos, tanto mejor, y los informes que filtraban los guerrilleros y los oficiales exploradores sugerían que Masséna tenía problemas para reunir el transporte, los materiales para el sitio, y, sobre todo, los víveres. También corría el rumor de que estaba con su amante y era renuente a

abandonar la comodidad de su alcoba por las incomodidades de la campaña. El general volvió a poner la mano sobre el mapa.

—¿No se sabe nada de KLG?

—Nada, mi general.

—Maldito, maldito, maldito.

Pronunció las palabras en voz baja casi sin darse cuenta. Cogió una carta, con matasellos de Londres, y la leyó en voz alta, aunque Hogan sospechó que conocía su texto de memoria.

Escribo confidencialmente, confesándole, a la mayor discreción, que la precaria situación del ejército se equipara con la nuestra. Una oposición agresiva, una prensa maligna, un monarca enfermo, y no hay ninguna esperanza de poder enviar dinero antes del otoño. Tenemos puesta nuestra fe en sus esfuerzos.

Dejó la carta sobre la mesa y miró el mapa.

—Me pregunto dónde está.

No era propio del general, pensó Hogan, manifestar en voz alta sus preocupaciones.

—Si lo conozco, Su Excelencia, y creo que lo conozco, sospecho que estará evitando Almeida. Viene por el camino directo.

—Estaría mejor en Almeida.

—Así es, pero nadie se lo hubiera imaginado. Y dentro de dos días...

Hogan se encogió de hombros. Dentro de dos días el enemigo habría acorralado la ciudad tan eficazmente como había hecho con el territorio. El general frunció el ceño, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Tengo que advertir a Cox?

La pregunta se la hacía a sí mismo, no a Hogan, pero el irlandés sabía lo que Wellington tenía en mente. Cuanta menos gente supiera lo del oro, mejor. El gobierno español, olvidado e impotente en Cádiz, supondría que el oro lo habían capturado los franceses cuando los ejércitos habían sido derrotados en el norte, ¿y si llegaban a descubrir que sus aliados, los británicos, lo habían hurtado? No. Los dedos del general dieron un golpe final; no iba a cargar al mando de Almeida con otro problema.

—Si Sharpe está vivo, Hogan, supondremos que hace lo que usted dice. Evitar Almeida.

Dejó ese problema, levantó la vista hacia el irlandés.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien, excelente. Pero...

—Lo sé. El dinero. ¿Puede esperar una semana?

—Diez días.

Wellington arqueó las cejas con sorpresa burlona.

—Una buena noticia. Esperemos que haya más.

Pasó a ocuparse de otros asuntos, a una orden general que limitaba el permiso de los oficiales de campo en Lisboa a veinticuatro horas. Si no podían encontrar a una mujer en ese tiempo, sostenía el general, era mejor que no se quedaran a mirar. Sólo habría una excepción. Los ojos azules miraron a Hogan.

—Si ese maldito rufián vuelve, déle un mes.

El maldito rufián, con el hombro herido y un sentimiento de frustración quede hervía, iba cabalgando por las intrincadas murallas de Almeida. Lossow iba a su lado.

—Lo siento, Sharpe. ¡No teníamos otra opción!

—Lo sé. Lo sé.

Además era cierto, por mucho que lo admitiera gruñendo. Cada movimiento iba encabezado por los malditos franceses que parecían estar en todas partes. Los habían perseguido dos veces, habían perdido a un soldado de caballería alemán, y finalmente, exhaustos y perseguidos, volvieron a la seguridad de la ciudad. Sharpe hubiera querido permanecer fuera, desplazarse en la oscuridad, pero los franceses estaban alertas y él sabía que no tenía ningún sentido que los cazaran por la orilla este del Coa.

Antorchas de paja, empapadas de resina, llameaban y ahumaban en la puerta que formaba túnel, lanzando sombras fantasmales sobre la infantería portuguesa que había abierto las enormes puertas arrastrándolas y ahora observaba a los hombres cansados que entraban en la ciudad a caballo o caminando. A Sharpe le dolía la parte interna de las piernas; odiaba cabalgar, pero Lossow había insistido. Transportaban todo el oro a lomos de los caballos, lo acarreaban los alemanes, y Sharpe los miraba, vigilante, y luego a Lossow.

—¿Por qué no la atravesamos directamente y salimos por el otro lado?

Lossow se echó a reír.

—¡Hay que darles de comer! A los caballos, quiero decir. Una buena cantidad de maíz y se lanzarán contra los franceses como la viruela en un regimiento. Nos vamos por la mañana, *ja*?

—¿Al amanecer?

—Sí, amigo. Al amanecer.

Todavía quedaban esperanzas. Los franceses ni siquiera habían rodeado Almeida; ellos habían cabalgado las últimas millas sin que les molestaran, y Sharpe supuso que las patrullas de caballería estaban concentradas hacia el norte. En el cielo hacia el sur, más allá de la masa del castillo, veía el resplandor de fuego, y dio por sentado que los franceses habían escogido el terreno más simple en que construir el parque de artillería. Hacia el oeste, donde el río estaba tan cerca, no había visto hogueras, salvo en la distancia, y eran británicas. El éxito estaba cercano. Kearsey, sobre otro caballo prestado, condujo la procesión hasta la plaza. El castillo y la catedral estaban

próximas a la puerta norte por donde habían entrado, y la gran plaza parecía ser el único lugar habitado de la ciudad. Sharpe buscó a Knowles.

—¿Teniente?

—¿Capitán?

—Vaya a la torre más baja. Encontrará alojamiento. Llame a la puerta antes de entrar. —Había docenas de casas vacías—. Reúnase conmigo aquí. ¿Sargento?

Harper se acercó hasta el caballo y Sharpe le señaló a Teresa.

—Necesita una habitación. Yo me reuniré con la compañía cuando haya terminado aquí.

—Sí, capitán —contestó Harper sonriendo burlón.

El cuartel general de Cox era oscuro en el interior y Kearsey, Sharpe y Lossow esperaron en un pasillo que hacía eco mientras un ordenanza medio dormido subía las escaleras. El oficial alemán sonrió.

—¡En la cama! ¡Hombre de suerte!

—¡Mayor! —era Cox que estaba en la parte superior de las escaleras, con el cabello rizado, vestido con un batín rojo atado a la cintura—. ¡Ha vuelto! ¡Un momento! Vayan al salón. ¡Velas!

Sharpe corrió una pesada cortina de terciopelo y al otro lado de la plaza vio la sombra oscura de la catedral. Se oía bullicio a sus espaldas, pues criados portugueses traían velas, velillas, vino y comida, y dejó caer la cortina y se sentó, exhausto, en un sillón hondo y confortable. De camino, pensó, por la mañana. Un último esfuerzo, una última sorpresa, y ya estaba. Se sirvió vino y le ofreció a Lossow, sin hacer caso de la mirada de desaprobación de Kearsey. La puerta se abrió.

—Se han servido. ¡Estupendo! —Cox se había puesto una camisa, unos pantalones, se había cepillado el pelo, y le hizo un gesto amistoso a Sharpe con la cabeza—. Capitán. Capitán Lossow. ¿En qué puedo ayudarles?

Sharpe se sentó sorprendido. ¿Cox no sabía nada? Intercambió una mirada con Lossow; los dos miraron a Kearsey, esperando que fuera él quien hablara, pero el mayor se sentó con los labios apretados. Sharpe dejó el vino.

—¿Sabe algo del oro, general?

Cox asintió; una sombra ocultó la expresión de su rostro, pero Sharpe pensó que era por cautela.

—Lo sé, capitán.

—Lo tenemos. Tenemos que llevarlo a Celorico. Queríamos dar de comer a los caballos, descansar y partir al amanecer. Con su permiso, general, quisiéramos que abrieran la puerta oeste una hora antes de las primeras luces.

Cox asintió, se inclinó y se sirvió un vasito de vino.

—¿De quién es ese oro?

Sharpe sintió de nuevo un peso enorme.

—Estoy bajo las órdenes de lord Wellington. Órdenes que dicen que le lleve el oro a él.

Cox frunció el ceño.

—¡Estupendo! ¡Déjeme ver las órdenes, entonces!

Sharpe lanzó una mirada a Kearsy, que enrojeció. El mayor se aclaró la voz.

—Las órdenes fueron destruidas accidentalmente, general. No es culpa del capitán Sharpe.

La confianza de Cox pareció disminuir. Miró a Kearsy por encima de la copita de vino.

—¿Usted las vio? ¿Qué decían?

—Que todos los oficiales debían proporcionar ayuda al capitán Sharpe. — Kearsy utilizó un tono neutral.

Cox asintió.

—Y Sharpe lleva el oro a lord Wellington, ¿es así?

Sharpe asintió, pero Kearsy interrumpió.

—Eso no lo decían las órdenes, general.

—¡Por el amor de Dios, mayor! —explotó Sharpe, pero Cox dio un porrazo en la mesa.

—¿Sus órdenes especificaban algo del oro?

—No, general.

Sharpe maldijo a Kearsy por su sutil honestidad. Sin la última observación del mayor la compañía ligera estaría de vuelta a casa en pocas horas. Cox tamborileaba con sus dedos en la mesa.

—Tengo un problema, caballeros.

Se acercó unos papeles, murmuró algo del orden, y les levantó un grueso trozo de pergamino, sellado con un gran círculo de cera, que agitó a la luz de las velas.

—Una petición del gobierno español, nuestros aliados, de que el oro no pase a manos británicas. Verdaderamente extraño.

Lossow tosió.

—¿Extraño, general?

Cox asintió.

—Un tipo llega hoy y me habla del oro. Primera noticia. Lleva una escolta para él. Coronel español. Se llama Jovellanos.

Sharpe miró a Kearsy. Él conocía la respuesta.

—¿Jovellanos?

—El Católico.

Kearsy alargó la mano para coger el pergamino y lo leyó.

—Está en orden, general. Auténtico.

—¿Cómo diablos puede estar en orden? —saltó Sharpe con la mano cerrada en un

puño—. ¡Es un asqueroso bandido! ¡Un estafador! ¡Ha escrito eso él mismo! Nosotros tenemos órdenes, sir, del general. De lord Wellington. ¡Ese oro se va a Celorico!

Cox, que había estado amable, frunció el ceño.

—No veo necesidad de mostrar tanta rabia, capitán Sharpe. El coronel Jovellanos está aquí, es mi huésped.

—Pero general —interrumpió Lossow, mirando a Sharpe con compasión—, el capitán Sharpe dice la verdad. Nos dijeron que el oro era importante. Tiene que llegarle a lord Wellington.

Cox respiró profundamente, expiró, golpeó el suelo con el pie.

—Maldita sea, caballeros, me enfrento a un sitio que empezará en cualquier momento. Los cañones del enemigo están a la vista, se están cavando las trincheras, y ¿ustedes me traen esto?

Sharpe repitió tercamente.

—Tenemos órdenes, general.

—Eso dice usted —dijo Cox cogiendo el papel—. ¿Hay una Junta en Castilla?

—Sí, general —asintió Kearsey.

—¿Y Joaquín Jovellanos tiene alguna autoridad que le haya otorgado esa Junta?

Kearsey volvió a asentir.

—¿Y el oro es suyo?

Otra vez asintió.

El papel cayó sobre la mesa.

—¡El general no me ha dado órdenes!

Sharpe suspiró. Un general de brigada inglés en el ejército portugués enfrentado a un coronel español, un capitán inglés, y un jinete de caballería alemán, el oro de los españoles, y sin órdenes. Tuvo una idea.

—General, ¿funciona el telégrafo?

Lossow chasqueó los dedos. Cox frunció el ceño y miró al alemán.

—Sí, capitán. Hay una estación de relevo al otro lado del río, hacia Pinhel.

—¿Cuándo se puede enviar el primer mensaje?

Cox se encogió de hombros.

—Depende del día. Normalmente una hora después del amanecer.

Sharpe asintió impaciente.

—¿Podría usted considerar la posibilidad de enviar un mensaje al general pidiéndole órdenes respecto al oro?

Cox lo miró y se encogió de hombros.

—Por supuesto. ¿Lo primero mañana?

—Gracias, general.

Cox se incorporó.

—¡Estupendo! Problema resuelto. Mañana le diré algo al coronel Jovellanos y ustedes pueden descansar. Debo decir que parece que lo necesitan. Dios mío —dijo asomándose al hombro de Sharpe—. ¡Está herido!

—Se curará, general.

Sharpe apuró el vino; maldita sea si la educación iba a detenerlo. Y maldito Wellington, también, que se había colocado las cartas tan cerca del pecho que Cox, un tipo decente, se encontraba ahora en esa posición.

—¿General?

Cox se giró desde la puerta.

—¿Sharpe?

—¿Cuántos hombres lleva la escolta de Jovellanos?

—Doscientos, Sharpe. Dios me libre, y no me gustaría encontrármelos en una calle oscura.

«Ni yo —pensó Sharpe—. Ni yo.» Se puso de pie, y esperó a que el capitán de la guarnición hubiera salido. ¿Dónde estaba el Católico?, se preguntó. ¿Arriba durmiendo? ¿U observando desde una ventana oscura? Lossow, al menos, lo entendió.

—Mis hombres harán la guardia esta noche.

Sharpe le sonrió agradecido.

—¿Y mañana?

El alemán se encogió de hombros, se colocó el sombrero alto y lleno de plumas sobre la cabeza.

—Si no nos podemos ir al amanecer, entonces lo haremos al atardecer, amigo.

Cox sacó la cabeza por la puerta.

—¡Me olvidaba! Despistado de mí. ¿Se quedan aquí, caballeros? Mis ordenanzas les encontrarán camas.

Kearsey aceptó, los dos capitanes alegaron que preferían quedarse con sus hombres, y Cox les deseó las buenas noches en la puerta principal como si fuera un anfitrión despidiéndose de unos preciados invitados.

—¡Que descansen bien! ¡El mensaje será lo primero!

Knowles y Harper esperaban fuera y con ellos dos alemanes, uno de ellos un sargento como un barril que sonrió con burla cuando le dijeron que los guerrilleros estaban en la ciudad. Lossow desplazó la mirada de su sargento hacia Harper.

—¡Una buena pareja!

—Yo me quedo con el irlandés —dijo Sharpe sin ánimo de ofender y Lossow se echó a reír.

—Venga. ¡A dormir!

Knowles lo había montado bien, había desatracado una casa enorme que cobijaba a los caballos alemanes, había alojado a todos, y en el segundo piso, tras una

enorme y brillante puerta, había una habitación con un colchón de plumas, una cama con dosel, alfombras, y el olor de madera antigua y sábanas limpias. Sharpe cerró la puerta, aislando los sonidos de sus hombres que compartían vino con los alemanes y miró a la muchacha.

—El Católico está aquí.

Ella asintió.

—¿Qué esperabas?

Él se desabrochó el cinturón, se desanudó la faja roja, y vio que su hombro estaba demasiado rígido, demasiado dolorido para desvestirse bien. Teresa se dio cuenta, retiró la sábana, y él vio que ya estaba desnuda. Cruzó la habitación, le ayudó y volvió a la enorme cama blanda con él. Sharpe se estiró y la muchacha se acercó hasta su lado.

—¿Qué quiere?

—Luego —dijo Sharpe—. Luego.

Tenía el brazo derecho bien y tiró de la muchacha y se la colocó encima, sintió que el cabello le caía a ambos lados de la cara, y que con sus manos exploraba las cicatrices de su espalda. Tenía la boca de la muchacha junto al oído.

—¿Me puedo quedar el rifle?

—Todo tuyo —contestó él—. Todo tuyo.

Y así fue.

Capítulo 19

Ella recorrió con el dedo las cicatrices de los azotes.

—¿Quién te lo hizo?

—Un hombre que se llamaba Morris, y un sargento. Hakeswill.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Mintieron.

—¿Los mataste?

—Aún no.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—¿Lo harás?

—Lo haré.

Aún no había comenzado a amanecer, pero el cielo presentaba la luminiscencia grisácea anterior a ese momento, y Sharpe quería llegar pronto al telégrafo. No quería moverse, perder aquel cuerpo cálido, pero ya se oía cierto movimiento por la casa y un gallo, que arrancó a cantar en el patio, hizo que se incorporara de golpe. Se volvió a estirar, tomándose otros cinco minutos, y tiró de Teresa hacia él.

—¿Hardy te deseaba?

Ella sonrió, dijo algo en español, y él supuso que le preguntaba si estaba celoso.

—No.

Ella sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Sí. Me deseaba.

—¿Y tú?

Ella se echó a reír.

—No. Joaquín estaba demasiado cerca.

Joaquín, maldito Joaquín Jovellanos, el Católico, coronel y rufián. La muchacha le había contado varias cosas, cuando yacían acalorados y sudorosos en la amplia cama, sobre su padre, el Católico, de lo que era mantenerse con vida en las montañas cuando el enemigo está en todas partes y no hay ley ni gobierno. Su padre, dijo ella, era bueno pero débil.

—¿Débil?

Sharpe hizo una mueca de dolor mientras se apoyaba en un codo.

—Era fuerte.

—¿Y el Católico?

Ella sonrió, se retiró el cabello de los ojos.

—Lo quiere todo. Los hombres de mi padre, tierra, dinero, a mí. Él es fuerte.

En algún sitio rechinó una puerta, unas botas atravesaron el patio y Sharpe vio que ya era hora de levantarse.

—¿Y tú?

Su mano le tocaba las cicatrices.

—Nosotros lucharemos. Ramón, yo, padre. Joaquín sólo piensa en lo que pasará después.

—¿Después?

—Cuando estemos en paz.

—¿Y tú?

Su cabello olía a mujer y él reposaba una mano en su talle musculoso.

—Quiero matar franceses.

—Lo harás.

—Lo sé.

Ahora, mirando su sonrisa inesperada, él deseó que no se fuera. Podía, pensó, ser feliz con esta mujer, pero rió para sí al recordar que había pensado lo mismo respecto a Josefina.

—¿De qué te ríes?

—De nada.

Sacó las piernas fuera de la cama, estiró de su ropa arrugada y las colocó encima. Ella cogió la casaca y abrió el bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó con un medallón en la mano.

—Un medallón.

Ella le dio un golpe.

—Ya lo sé. —Lo abrió y en su interior vio a la muchacha de cabellos dorados y labios carnosos—. ¿Quién es?

—¿Celosa?

Ella parece que lo entendió y se echó a reír.

—¿Quién es?

—Jane Gibbons.

Ella lo imitó.

—Jane Gibbons. ¿Quién es? ¿Te está esperando?

—No. No la he visto nunca.

—Es guapa —dijo ella mirando la cara pintada en miniatura—. ¿Nunca?

—Nunca.

—¿Y por qué lo tienes?

—Conocí a su hermano.

—Ah —dijo ella, considerando que la amistad tenía sentido—. ¿Está muerto?

—Sí.

—¿Los franceses? —preguntó ella rencorosa.

—No.

Ella parecía exasperarse con sus respuestas.

—¿Era soldado?

—Sí.

—¿Y cómo murió entonces?

—Lo maté yo —contestó Sharpe poniéndose los pantalones.

—¿Tú?

Sharpe se detuvo.

—No. Lo mató el sargento. Yo maté al otro.

—¿Qué otro? —preguntó ella sentándose; retrocedió cuando él tiró las cortinas.

Al otro lado de la calle había una iglesia con rica mampostería y un campanario con escalera. El soldado que era Sharpe entendió automáticamente que el tejado de la iglesia debía tener una plataforma para la escalera, una probable posición de fuego.

—Eran enemigos. Agredieron a una amistad.

Era una verdad a medias.

—¿Una mujer?

Él asintió.

—Mía no. —Otra verdad a medias, pues cuando los dos tenientes habían muerto, Josefina ya había conocido a Hardy.

Ella se echó a reír.

—Eres un buen tipo, Richard.

—Lo sé.

Él le sonrió burlón, recogió el medallón y se lo volvió a meter en el bolsillo. ¿Por qué se lo había guardado? ¿Porque la hermana de Gibbons era tan guapa? ¿O quizás porque ya era su talismán, su hechizo mágico contra la lanza mortífera y el estoque del Católico? Teresa le ayudó con los botones de la casaca.

—¿Volverás?

—Sí, volveré. Los soldados están aquí; estás a salvo.

La dejó en la habitación, sintiendo perderla, y bajó hacia la cocina donde ardía un fuego y Lossow bebía cerveza en una jarra de loza. El capitán alemán le sonrió con ironía.

—¿Una buena noche, amigo?

Knowles hizo una mueca, Harper miró al techo, pero Sharpe gruñó algo más o menos educado y se acercó al fuego.

—Aquí, capitán. —Harper le acercó una taza por encima de la mesa—. Recién hecho.

Había una docena de hombres de la compañía en la cocina, y algunos alemanes; estaban cortando el pan con cuchillos y parecían sorprendidos porque había botes de mantequilla, mantequilla fresca, encima de la mesa. Sharpe restregó la bota sobre la chimenea y sus hombres levantaron la vista.

—La chica —dijo, preguntándose si se notaba turbado, pero a los hombres

pareció no importarles—. Vigílenla hasta que yo vuelva.

Ellos asintieron, le sonrieron irónicamente, y de repente se sintió tremendamente orgulloso de ellos. Ella estaría a salvo con ellos, por muy bribones que fueran, tanto como el rescate en oro de un rey. A él no se le había ocurrido, pero pensó que la mayoría de oficiales no hubieran confiado nunca el oro a sus hombres. Hubieran temido desertiones; que la tentación de tanto dinero hubiera sido simplemente demasiado grande, pero Sharpe nunca se había sentido preocupado. Éstos eran sus hombres, su compañía, y él confiaba su vida a su destreza, ¿por qué no el oro o la chica?

Robert Knowles aclaró la voz.

—¿Cuándo volverá, capitán?

—Tres horas. —Una hora hasta que se pudiera enviar el mensaje, una hora para que hubiera respuesta, y luego otra hora para discutir los detalles con Cox—. Mantengan los ojos bien abiertos por si se ve al Católico. Está aquí. Ponga una guardia permanente, Robert, y no deje entrar a nadie, a nadie.

Los hombres le sonrieron, se echaron a reír pensando en lo que le podrían hacer a cualquiera que se metiera con ellos, y Lossow aplaudió.

—Hemos sorprendido a los españoles, ¿no? ¿Se creen que tienen el oro? Pero no saben nada del telégrafo. ¡Ah!, las maravillas de la guerra moderna.

En la calle hacía frío, el cielo aún era gris oscuro, pero mientras Sharpe, Lossow y Harper subían los últimos peldaños hacia la muralla del castillo, vieron que el cielo, al este, brillaba con el sol naciente. En el telégrafo no había nadie, las vejigas de oveja estaban atadas al mástil y, bajo la luz grisácea y cruel, le recordó a Sharpe una horca. El viento golpeaba las cuerdas contra el mástil produciendo un sonido triste de retreta.

El sol rasgaba los restos de noche, brillando en las colinas al este, y surcaba con su primera luz débil el campo que rodeaba Almeida. Como si se tratara de un saludo, se oyó el fragor de clarines, gritos que provenían de las murallas, y Lossow le dio a Sharpe una palmada en el hombro bueno y le señaló hacia el sur.

—¡Mire!

Los clarines habían respondido al primer movimiento oficial del sitio. La espera había terminado, y a través de su telescopio intacto Sharpe vio que la luz del amanecer revelaba un montículo de tierra recién cavada que había sido lanzado a mil yardas de las fortificaciones. Era la primera batería francesa y, mientras Sharpe observaba, vio las diminutas figuras de hombres que lanzaban más tierra y lo reforzaban con grandes fajinas.

Hacía años que no veía una fajina, un gran cilindro de mimbre que estaba relleno de tierra y que proporcionaba una almena inmediata para proteger a los hombres y los cañones de la artillería enemiga. Los artilleros portugueses habían visto los trabajos

recientes y corrían por las murallas de la ciudad.

Lossow dio un puñetazo en el muro.

—¡Disparad! ¡Cabrones!

Pareció que un par de artilleros portugueses que estaban en los muros lo oyeron, pues sonó el chasquido monótono de un cañón, y por la lente, Sharpe vio una erupción de tierra donde la bala había caído al suelo, precisamente enfrente de la batería francesa. La bala debía haber rebotado justo por encima y consideró que los artificieros portugueses estarían satisfechos. Después de otros dos disparos el cañón estaría caliente y alcanzaría más distancia; él se puso a escuchar el siguiente disparo, vio que caía más allá del primero y observó que los soldados franceses corrían a cubierto.

—Siguiente.

Dejó el telescopio apoyado y se enderezó. Por encima de los tejados de la ciudad se veía el humo del cañón, a la deriva entre la brisa; vio otra mancha cuando los portugueses volvieron a disparar, y entonces, un segundo después oyó el choque y vio que las fajinas saltaban por el aire.

—¡Bravo! —exclamó Lossow aplaudiendo—. ¡Esto los detendrá durante cinco minutos!

Sharpe cogió el telescopio y tomó una panorámica del sur. Se veían pocos franceses: la nueva batería, un campamento a media milla y algunas figuras a caballo que cabalgaban fuera del alcance de los cañones defensores. El sitio todavía no había empezado; se procedía a la excavación cuidadosa de las trincheras en zigzag, que acercaría a la infantería a una distancia sorprendente de la brecha que los franceses esperaban abrir en los muros, con una batería tras otra de los enormes cañones de sitio. Y durante todo ese tiempo los *howitzers*, intocables en los hoyos profundos, irían lanzando en globo las bombas al interior de la ciudad un día tras otro. Miró hacia el oeste, hacia la ruta del Coa, y pasada una barricada de tierra no había otra defensa de los franceses. Tardarían un día o dos en cerrar esa ruta cuando empezara realmente el sitio, y le pasó la lente a Lossow.

—Se puede hacer.

El alemán miró el camino, y sonrió.

—Será un placer.

Se oyeron pasos en la escalera de piedra y el joven guardiamarina, aguantando un gran bocadillo, apareció en las murallas y se quedó sorprendido al ver a los hombres esperando. Se puso el bocadillo en la boca, saludó y volvió a cogerlo.

—Buenos días, caballeros.

Dejó en el suelo el montón de libros que llevaba en la otra mano.

—¿Cuándo empieza a transmitir?

—Cuando reciba el encargo, capitán.

Sharpe le señaló los libros.

—¿Qué es esto?

—Lecciones, capitán. Principios de navegación. Tengo que examinarme pronto, aunque no esté en el mar.

—Tendrías que unirme a los fusileros, muchacho —dijo Harper cogiendo un libro—. No te atiborres la cabeza con matemáticas.

Sharpe miró al oeste.

—¿Dónde está la otra estación?

El muchacho señaló al nordeste.

—Entre aquellas dos colinas, capitán. Está pasado el río, en una iglesia.

Sharpe apuntó con la lente, la mantuvo quieta apretándola contra el mástil y, en la distancia, como una mota de polvo, vio la diminuta estación de telégrafo.

—¿Cómo narices puede leerlo?

—Con esto, capitán —contestó el muchacho mientras abría un cofre que estaba en la base del mástil y sacaba un trípode de hierro que sostenía un telescopio dos veces más grande que el de Sharpe. Lossow se echó a reír.

—Gracias, capitán —dijo Sharpe secamente.

Le gustaba Lossow pero no entendía muy bien su sentido del humor. Harper parecía divertirse.

En la plaza, enfrente de la catedral, Sharpe vio que se dibujaban las sombras de dos oficiales que caminaban hacia el castillo.

—¿Son éstos los mensajeros?

El guardiamarina se asomó.

—Sí. El capitán Charles es quien los trae normalmente.

Mientras Sharpe miraba vio a tres hombres que desplazaban un barril de pólvora fuera de la catedral, atravesaban la plaza y se dirigían hacia el laberinto de casas. Supuso que los cañones de las murallas contenían muy poca pólvora preparada, por temor a una chispa o una explosión que ahorraría semanas de trabajo a los franceses, y los soldados estarían ocupados sacando la pólvora negra de la catedral y distribuyéndola entre los artilleros que sudaban en las fortificaciones. Se alegró pensando que no estaría aquí durante el sitio, por el sentimiento de impotencia que le produciría observar que las excavaciones iban avanzando, los cañones disparando lentamente, pero sin pausa, golpeando fuerte.

—¡Buenos días! ¡Usted debe ser Sharpe! —saludó el capitán Charles, un oficial portugués, que parecía estar alegre. Miró al guardiamarina—. Buenos días, Jeremy. ¿Ha dormido bien?

—Sí, capitán.

El guardiamarina había levantado el telescopio y lo probaba sobre el mástil.

—Ya está sujeto, capitán.

Miró por la lente un segundo, entonces dio un brinco hacia el mástil, desató las cuerdas de las vejigas y tiró de ambas a la vez de manera que las bolsas negras subieron rápidamente por la polea hasta las crucetas y volvieron a caer.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sharpe.

—Hemos dado los buenos días, capitán. —El guardiamarina dejó tres vejigas abajo y sólo subió una—. Quiere decir que estamos transmitiendo, capitán —añadió amable.

Sharpe miró por el gran telescopio. La torre lejana, mucho más cerca ahora, tenía dos puntos negros horizontales y a medio mástil, probablemente la señal quería decir que estaban listos para recibir un mensaje.

—Aquí tiene, Jeremy.

Charles le entregó la primera hoja y el muchacho se lanzó a las cuerdas, tiró de ellas y las soltó, a veces hojeaba el papel que el capitán Charles le había entregado, pero se lo sabía bastante bien de memoria. El capitán de Cox levantó un pulgar dirigido al guardiamarina.

—Menudo trajín se lleva el tío, ¿eh? Antes eran dos, pero el otro cogió la viruela. Se nos murió.

Sharpe echó un vistazo al papel por encima del hombro del guardiamarina y leyó 48726, 91858, 38197.

—Código —le espetó el capitán Charles—. ¿Es inteligente, eh?

—¿Qué dice?

El capitán, con galón dorado en los puños, se frotó la nariz.

—No se puede decir, colega. Secreto. Probablemente dice que el general de brigada se ha quedado sin ron; por favor envíen un suministro urgente. Algo así.

—¿No es el mensaje del oro?

—¿Oro? No sé nada de eso. Sólo hay tres mensajes esta mañana. Aquél le dice al general que el regimiento 68 de la línea está fuera desde ayer. Éste, el informe diario de municiones disponibles, y el último de las baterías francesas.

—¡Dios del cielo! —exclamó Sharpe al tiempo que corría hacia las escaleras.

Lossow lo retuvo por el brazo.

—Iré yo —dijo el alemán serio—. Usted se queda.

Harper apoyó a Lossow.

—Usted debería quedarse aquí, capitán. No se sabe qué estarán tramando los españoles.

Lossow sonrió.

—¿Lo ve? Dos contra uno.

Corrió escaleras abajo y Sharpe se volvió al capitán Charles.

—¿Qué coño pasa en el cuartel general?

Charles hizo un ruido con la nariz y le entregó la segunda hoja de papel al

guardiamarina.

—Asuntos de Estado. Yo no lo sé. Su mayor, el coronel español, todo se le va en agitar los brazos y dar golpes sobre la mesa. No es mi estilo, chico. ¡Ah, eso sí que es inteligente! —dijo mirando fijamente hacia el sur.

Sharpe cogió el telescopio y lo enfocó hacia las baterías francesas. No ocurría nada; las fajinas estaban abiertas, y ni siquiera había hombres que intentaran reparar los daños.

—¿Qué es? —preguntó.

—Allí arriba —contestó Charles señalando más a la derecha—. Un segunda batería, escondida. Hemos aporreado un montón de tierra y los muy diablos han metido a escondidas la verdadera batería en el lugar. Muy astuto.

Era astuto. Sharpe vio que soldados franceses arrastraban ramas que cubrían la excavación de una batería que, a juzgar por la actividad a su alrededor, estaba preparada para abrir fuego. Veía lo bien protegida que estaba, por yardas de tierra, fajinas montadas y trincheras para que usaran los artilleros protegiéndose del fuego. El cañón de asedio, escondido entre sombras, podía hostigar los cañones enemigos mientras los franceses construían las fortificaciones, hasta que las baterías que abrían brechas estuvieran a sitio y ambas fuerzas, atacantes y defensores, se pusieran a trabajar en serio. La batería estaba construida en el extremo de terreno muerto y Sharpe sabía que allí habría infantería, bien protegida de las baterías portuguesas, listos para rechazar un ataque.

Charles se frotó las manos.

—Esto pronto se va a poner al rojo vivo. Han ido lentos.

Harper miró al elegante capitán.

—¿Cuánto tiempo puede resistir, capitán?

El capitán Charles le dirigió una sonrisa radiante.

—¡Eternamente, capitán! ¡O al menos mientras haya municiones! Una vez esto empiece sólo tendremos que lanzar piedras. —Evidentemente se trataba de una broma, y se echó a reír—. Pero hay toneladas de pólvora en la catedral. ¡Y los portugueses son buenos! ¡Por Júpiter si lo son!

Sharpe se quedó mirando fijamente la nueva batería, y mientras la miraba vio que una nube de humo se alzaba a enorme velocidad justo enfrente de la excavación. El humo provenía de una llama roja y apenas visible, era más una impresión que algo que realmente viera, era el trazo de un lápiz en el cielo. Sabía lo que era, la visión del disparo dirigiéndose en arco directamente hacia ellos.

—¡Abajo!

—¿Qué es?

Charles lo miró, pero cuando lo hizo el castillo tembló literalmente, las piedras de la enorme mole parecieron tambalearse y crujir, y mezclado con el choque

reverberante de la mampostería que caía se oyó el trueno de un cañón de asedio.

—¡Dios santo! —exclamó Charles, que todavía estaba derecho—. ¡Dios del cielo! ¡Un disparo acertado!

Sharpe se inclinó sobre las murallas. Algunas piedras habían caído en el foso, el polvo bailaba en el aire, y pájaros asustados, anidados en las hendeduras, salían volando por el aire.

—Qué disparo tan bueno —gruñó Harper.

El sonido de las baterías que respondían era más débil que el del cañón gigante, pero mucho más frecuente. Se tardaba mucho tiempo en volver a cargar un cañón de asedio. Sharpe, por el telescopio, observó el humo de la descarga que se dispersaba y las balas portuguesas que chocaban en el reducto, pero sin daño aparente. La tierra bien prieta absorbía el cañoneo, y la apertura, lo bastante ancha, estaba tapada con fajinas mientras los artilleros quitaban con una esponja y atacaban el enorme misil. Siguió observando, vio que retiraban las fajinas.

—Ahí viene.

Esta vez mantuvo los ojos en el aire por encima del cañón y vio claramente la línea dibujada cuando la enorme bala de hierro se elevaba y caía en su trayectoria.

—La que nos viene encima —dijo Charles, y la torre volvió a estremecerse, con menos violencia, y el choque y el retumbo se mezclaron con el polvo y los pájaros que chillaban. Charles se sacudió su uniforme immaculado.

—Claramente hostiles.

—¿Se le ha ocurrido que van a por el telégrafo? —dijo Sharpe.

—Dios mío. Tal vez tenga razón —dijo volviéndose al guardiamarina—. ¡Date prisa, marinero!

Se oyó un grito por la escalera y apareció Lossow, cubierto de polvo, sonriendo y con un pedazo de papel en la mano.

—El mensaje.

Sharpe agarró al muchacho.

—Detenlo todo. ¡Envía esto!

—¡Pero, capitán! —dijo el guardiamarina, pero vio la cara de Sharpe y decidió no protestar.

—¡Deprisa!

El capitán Charles parecía preocupado pero se resistía a intervenir, y observó que el muchacho hacía sonar las cuerdas arriba y abajo.

—Estoy cancelando el mensaje anterior, capitán. Entonces enviaré el suyo.

Otro disparo se oyó encima de sus cabezas, sonó como un enorme barril que rodara deprisa por el suelo. Dejó ir tras de sí un viento, caliente y violento, y Harper echó una mirada a Sharpe y arqueó las cejas. Lossow miró la batería, la nube rodante de humo sucio, y apretó los labios.

—Nos tienen a tiro.

—El muchacho hace todo lo que puede —dijo Sharpe irritado—. ¿Por qué se retrasó?

—Política de mierda —dijo Lossow extendiendo las manos—. Los españoles insistían en que el mensaje dijera que el oro era español. Insistían en manifestar que no querían que los británicos los ayudaran. Cox está furioso, Kearsey reza sus oraciones, y sus amigos españoles están afilando las espadas. Ah, por fin.

Las vejigas de oveja, negras y alquitranadas, saltaron hacia arriba en las cuerdas, vibraron un momento y cayeron. El muchacho bailaba entre las drizas, enviando un número tras otro, las bolsas negras vibraban en la brisa mientras se sacudían arriba y abajo.

—¿Capitán? —Harper observaba la batería—. ¡Capitán!

—¡Al suelo!

La bala, veinticuatro libras de hierro, golpeó sólo de forma indirecta una de las crucetas. El telégrafo estaba bien hecho, fijado y atornillado, y cuando la bala francesa salió dando vueltas hacia lo desconocido, la base se rompió completamente como un árbol arrancado por un huracán. El muchacho, aferrándose a las cuerdas, salió disparado por el aire, gritando hasta que otra driza se le enredó alrededor del cuello y le arrancaba la cabeza. Su sangre salpicó a los cuatro hombres que cayeron hacia atrás, y entonces el mástil, todavía entero, aporreó pesadamente las murallas, matando a Charles al instante, se rompió en dos, rebotó como un bastón al caer y se quedó quieto.

—¡Dios santo! —dijo Harper poniéndose en pie—. ¿Está bien, capitán?

—Sí —contestó Sharpe con el hombro muy dolorido—. ¿Dónde está el muchacho?

El sargento le señaló la cabeza.

—El resto está del otro lado de la muralla, capitán. Pobre muchacho.

Lossow renegó en alemán, se puso en pie, retrocedió al cargar peso sobre la pierna izquierda. Sharpe lo miró.

—¿Está herido?

—Sólo una magulladura —dijo Lossow viendo la cabeza ladeada del guardiamarina—. Dios santo. —Se arrodilló junto a Charles, le tomó rápidamente el pulso y le abrió un ojo—. Está muerto, pobre.

Harper miró, por encima de las murallas, el humo que se elevaba.

—Con sólo cuatro disparos. Buen cañoneo.

Su voz mostraba un respeto reticente.

Lossow se incorporó, se limpió la sangre de las manos.

—¡Hemos de salir de aquí!

Sharpe se volvió hacia él.

—Hemos de convencer a Cox para que nos deje salir.

—*Ja*. Difícil, amigo.

Harper dio una patada a la viga caída.

—¿Tal vez puedan equipar otro telégrafo, capitán?

Sharpe se encogió de hombros.

—¿Y quién lo hace funcionar? Tal vez, no sé.

Eché una mirada a la batería, con la cañonera tapada, y sabía que los artilleros franceses lo estarían celebrando. Se lo merecían. Dudaba que el cañón volviera a disparar, hoy no; los cañones de hierro tenían una existencia limitada y ya había conseguido su propósito.

—Venga. Vamos a ver a Cox.

—No parece esperanzado, amigo.

Sharpe se giró en redondo, con el uniforme manchado de sangre y su rostro ceñudo.

—Saldremos. Con o sin él, saldremos.

Capítulo 20

La luz, como plata labrada, cortaba la oscuridad de la catedral, sesgaba las columnas grises, hendía bronce y pinturas, sumergía las velas que ardían ante las imágenes, avanzaba poco a poco por las losas anchas y gastadas mientras el sol se elevaba, y Sharpe esperaba. Un sacerdote, perdido en la profundidad del coro, murmuraba fuera de la luz que entraba por la ventana, y Sharpe vio que Harper se le acercaba.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo, capitán.

—¿Es la misa?

—Sí, capitán.

—¿Quiere ir?

—Puede esperar.

Se oyeron los tacones de Lossow en la nave lateral; venía de detrás de una columna, deslumbrado por el sol.

—¿Dónde está?

Volvió a desaparecer.

«Dios —pensó Sharpe— Dios y un millar de muertos. Franceses de mierda, artillero de mierda, y él mejor hubiera hecho quedándose en el lecho cálido, rodeando a la muchacha con sus brazos.» Se oyeron pasos en la puerta de entrada y se giró impaciente, pero solamente era un pelotón de soldados portugueses sin sombrero, con los mosquetes colgados, que metían los dedos en el agua bendita, y que se acercaron sonoramente nave arriba hacia el sacerdote y el servicio.

No había encontrado a Cox en el cuartel general; estaba en las murallas, le habían dicho. Así que los tres se habían ido corriendo hacia allí, pero Cox ya se había marchado. Ahora le habían dicho que estaba en el almacén, así que esperaban; la luz convertía el polvo en barras de plata y las respuestas murmuradas se perdían en algún sitio por el alto techo; y Cox seguía sin llegar. Sharpe golpeó el suelo con la funda de la espada, haciéndose daño en el hombro, así que volvió a renegar.

—Así sea, capitán —dijo Harper, que tenía mucha más paciencia.

Sharpe se avergonzó. Era la religión de Harper.

—Lo siento.

El irlandés sonrió.

—A mí no me preocuparía, capitán. A mí no me ofende y si Él se ofende, tendrá un montón de oportunidades de castigarle.

«Estoy enamorado de ella —pensó Sharpe—. Maldita sea.» Y si tuvieran que quedarse otra noche, eso significaría otra noche, y si fuera una semana, otra semana, pero tenían que ponerse en movimiento, y pronto, porque dentro de dos días los

franceses rodearían Almeida con un anillo de excavaciones y de infantería. Pero marchar de Almeida significaba dejarla, y volvió a picar con la funda en el suelo a ver si Cox aparecía.

—¿Qué hay?

—Nada.

«Sólo una noche más», pensó, y levantó la vista hasta el enorme crucifijo que colgaba entre las sombras grises. «¿Es mucho pedir? Sólo una noche más, y nos podemos ir mañana al amanecer. El alba es la hora del adiós, no el atardecer, ¿y una noche más?» Se oyó crujir la puerta de la catedral, ruido de tacones, y entró Cox con un montón de oficiales. Sharpe se puso en pie.

—¡General!

Parecía que Cox no le oía y se dirigía directo hacia las escaleras de la cripta, el parloteo de sus oficiales acallaba el zumbido sordo de la misa allí al fondo de la catedral.

—¡Lossow! —gritó Sharpe—. ¡Venga!

Unos soldados portugueses los detuvieron en el extremo de las escaleras y se quedaron en silencio mientras se ponían zapatillas de fieltro por encima de las botas. Sharpe manejó torpemente los cordones, pues tenía el brazo izquierdo rígido; pero una vez se hubo puesto las zapatillas, los tres hombres, con los tacones protegidos para no hacer ruido, bajaron a la cripta. La luz era débil y sólo un puñado de linternas, con el cristal de asta deslustrando la llama de las velas, vacilaba sobre las lápidas. No había rastro de Cox o de sus oficiales, pero en el extremo opuesto una cortina de cuero se movía en una puerta.

—Venga.

Sharpe los condujo hasta la cortina, la separó a un lado y abrió la boca.

—Santo Dios.

Lossow se detuvo al inicio de un pequeño tramo de escalera que descendía a una oscura bodega.

—Santo Dios.

La cripta estaba atestada de barriles, amontonados hasta el techo abovedado y bajo, filas y filas, llegando hasta el fondo en una oscuridad que tan sólo aliviaba alguna linterna, de dos caras; y a derecha e izquierda había más naves, y cuando Sharpe se giró, a los pies de la escalera, vio que los escalones bajaban al centro de la habitación y la enorme cantidad de pólvora de enfrente se reflejaba detrás. Silbó suavemente.

—Por aquí.

Cox había desaparecido nave abajo y ellos corrieron detrás, mirando los rotundos barriles, intimidados por el tremendo poder destructor de la pólvora acumulada en la bóveda profunda. El capitán Charles, antes de morir, había dicho que Almeida podría

resistir mientras hubiera pólvora; eso podía durar durante meses, pensó Sharpe, y entonces intentó imaginar que una bomba francesa atravesara la piedra y encendiera los barriles. No podía suceder. Los suelos eran muy gruesos, pero aun así miró hacia arriba y se alegró al comprobar los gruesos contrafuertes, enormemente resistentes, que abovedaban por debajo un techo que hubiera aguantado mil bombas francesas manteniendo su fortaleza.

Cox estaba justo al final de la bóveda, escuchando a un oficial portugués, y la conversación era apremiante. Hablaban medio en portugués, medio en inglés, y Sharpe oyó lo suficiente para entender el problema. Se filtraba agua en la cripta, no mucha, pero la suficiente para haber empapado dos fardos de munición de mosquete que allí estaban almacenados. Cox se giró.

—¿Quién lo puso aquí? —Nadie contestó—. ¡Hay que sacarlo! —Dijo algo en portugués y luego vio a Sharpe—. ¡Capitán!

—¿General?

—¡En mi cuartel general! ¡Espéreme allí!

—Pero...

Cox dio la vuelta enfadado.

—¡Ya tengo bastantes problemas, Sharpe! ¡Maldita munición mal almacenada! ¡Tampoco debía estar aquí! ¡Pónganla arriba!

Volvió a decir algo en portugués, giró los brazos, señaló hacia arriba. Harper le tocó a Sharpe en el codo.

—Vamos, capitán.

Sharpe se giró, pero Cox lo llamó.

—¡Capitán!

—¿General?

—¿Dónde está el oro? —Las caras de los oficiales portugueses parecían estar acusándolo.

—En nuestro alojamiento.

—Mal sitio, Sharpe, mal sitio. Enviaré a unos hombres y lo pondrán en mi cuartel general.

—¡General! —Pero Lossow lo agarró, y se lo llevó, y Cox se volvió hacia las murallas húmedas y el problema que suponía trasladar miles de cartuchos de mosquete arriba, al suelo de la catedral.

Sharpe se resistió al tirón del alemán.

—No voy a entregar el oro.

—Lo sé, lo sé. Escuche, amigo. Usted vaya al cuartel general y yo volveré. Se lo prometo, nadie tocará el oro. Nadie.

La cara de Lossow estaba totalmente en la sombra, pero por el tono de voz Sharpe vio que el oro estaba a salvo. Se volvió hacia Harper.

—Vaya con él. Mis órdenes son que nadie, pero nadie, se acerque al oro. ¿Lo entiende?

—Sí, capitán. ¿Tendrá cuidado en la calle?

—Está lleno de soldados. No me pasará nada. Vaya ahora.

Los dos hombres se fueron. Sharpe los llamó.

—¿Patrick?

—¿Capitán?

—Cuide de la muchacha.

—Sabe que lo haré, capitán —contestó Harper.

Las campanas de la catedral reverberaban a mediodía, el sol estaba casi directamente encima de su cabeza, y Sharpe atravesaba caminando lentamente la plaza mayor detrás de dos hombres que empujaban un barril de pólvora. El gran cañón francés, tal como había pensado, tras realizar su cometido enmudeció, pero allí fuera, más allá de las murallas que se extendían y del campo de la muerte, los franceses estarían cavando trincheras, haciendo nuevas baterías, y los bueyes arrastrarían los cañones gigantes hacia el sitio. Almeida estaba a punto de entrar en la guerra, el esfuerzo máximo, y cuando cayera, no quedaba nada entre Masséna y el mar, excepto el oro. De repente Sharpe se detuvo, totalmente inmóvil, y se quedó mirando a los soldados portugueses que iban y venían junto a la catedral. El oro, había dicho Hogan, era más importante que los hombres y los caballos. El general, recordaba Sharpe, había hablado de entretener al enemigo, haciéndole entrar en batalla, pero ninguno de estos esfuerzos salvaría Portugal. Sólo el oro. Miró hacia el castillo, con su mampostería de granito y los restos del telégrafo que proyectaban una leve sombra sobre las murallas, y luego hacia la catedral, con sus imágenes talladas, y a pesar del sol, del calor ulcerante, sintió frío. ¿Era más importante que esto? ¿Que una ciudad y sus defensores? Allí fuera, más allá de las casas, estaba toda la parafernalia de una defensa científica. Las enormes defensas grises de la ciudad, la explanada en forma de estrella y el pasaje cubierto, del foso y la contraguardia, del baluarte y la batería, y se estremeció. No tenía miedo a las decisiones; era su trabajo y menospreciaba a los hombres que temían tomarlas. Pero en aquel momento inesperado, en el centro de la plaza mayor, tuvo miedo.

Estuvo esperando toda la tarde, escuchando las campanas dominicales, el último día de paz de Almeida durante bastante tiempo, y Cox seguía sin aparecer. Una vez, oyó una batería portuguesa que abría fuego, pero no hubo respuesta, y la ciudad volvió a dormir, esperando que llegara su hora. Se abrió la puerta y Sharpe, medio adormecido en el sillón, se incorporó. Allí estaba el padre de Teresa medio sonriendo. Cerró la puerta con cuidado.

—¿No le han hecho nada?

—No.

El hombre se echó a reír.

—Es usted astuto.

—Ella lo fue.

César Moreno asintió con la cabeza.

—Lo es. Como su madre. —Su voz era triste, y Sharpe sintió pena por él. El hombre levantó la vista—: ¿Por qué se puso de su lado?

Sharpe sacudió la cabeza.

—No lo ha hecho. Está contra los franceses.

—Ah, la pasión de la juventud. —Dijo acercándose hacia él, caminando lentamente—. ¿Dicen que sus hombres no van a soltar el oro? —Sharpe se encogió de hombros y el español siguió el gesto con una sonrisa—. ¿Me desprecia?

—No.

—Yo soy un viejo que se ha encontrado de repente con poder. No soy como Sánchez. —Se detuvo, pensando en el gran guerrillero de Castilla—. Él es joven; lo ama todo. Yo sólo quiero paz. —Sonrió como turbado por sus palabras.

—¿Se da por vencido?

—Qué pregunta más tonta. ¡Por supuesto! No nos hemos dado por vencidos, sabe.

—¿Nos?

—El Católico y yo —dijo encogiéndose de hombros, y trazando una raya sobre el polvo de la mesa.

A Sharpe se le ocurrió que el Católico tal vez no se daba por vencido, pero César Moreno, el viudo, el padre, se estaba asegurando de tener partidarios en ambos lados.

El viejo lo miró.

—¿Se ha acostado con ella?

—Sí.

Él volvió a sonreír, con cierta tristeza, y se sacudió el polvo de la mano.

—Muchos hombres le tendrían envidia. —Sharpe no respondió y Moreno lo miró ferozmente—. No le ocurrirá nada, verdad. —No era una pregunta; él lo sabía.

—No por mi parte.

—Ah. Vaya con cuidado, capitán Sharpe. Él es mejor que usted con la espada.

—Iré con cuidado.

El español se dio la vuelta, miró las pinturas que había en las paredes que hablaban de tiempos mejores, más plenos, y dijo en voz baja.

—No dejaré que se lleve ese oro. ¿Lo sabe?

—¿Quién?

—El general de brigada Cox.

—No lo sabía.

Moreno se giró.

—Es un placer verlo, capitán. Todos nosotros sabíamos que Kearsey era tonto, un tonto agradable, pero no lo que usted dijo.

—Ya sé lo que quiere decir.

—Entonces llegó usted y nosotros pensamos que los ingleses habían enviado a un tonto fuerte después de un tonto inteligente. ¡Nos engañó! —Se echó a reír. Resultaba difícil bromear en una lengua extranjera—. No, no le dejaré. Cox es un hombre de honor, como Kearsey, y saben que el oro es nuestro. ¿Cómo luchará contra eso, amigo?

—Obsérveme —dijo Sharpe sonriendo.

—Lo haré. ¿Y mi hija?

—Se volverá con usted. Muy pronto.

—¿Yeso le entristece?

Sharpe asintió y Moreno le lanzó una mirada astuta que le recordó al fusilero que tiempo atrás este hombre fue poderoso. Podría volver a serlo.

La voz de Moreno era amable.

—¿Tal vez algún día?

—Pero usted espera que no sea así.

El padre de Teresa asintió y sonrió.

—Yo espero que no, pero ella es tozuda. Yo la he observado, desde el día que se prometió con el Católico, y sabía que un día me escupiría en la cara, y en la de él. Esperó la ocasión, como usted.

—¿Y ahora él espera la suya?

—Sí. Tenga cuidado —se fue hacia la puerta y saludó con la mano—. Nos volveremos a ver.

Sharpe se sentó, se sirvió una copa de vino y sacudió la cabeza. Estaba cansado, muy cansado, y le dolía el hombro y se preguntaba si su brazo izquierdo se movería otra vez bien, y las sombras se alargaban sobre la alfombra mientras él dormitaba, sin oír el disparo del atardecer, o la puerta que se abría.

—¡Sharpe!

¡Santo Dios! Se levantó de golpe.

—¿General?

Cox caminaba arrastrando a un grupo de oficiales y de papeles.

—¿Qué diablos sucede, Sharpe?

—¿Cómo, general?

—¡Sus hombres no sueltan el oro!

Kearsey atravesó la puerta y con él, magníficamente uniformado, un coronel español. Sharpe tardó un poco, el tiempo de ver el galón dorado, el lazo plateado, para darse cuenta de que era el Católico. Su rostro era el mismo. Los ojos poderosos, con un leve brillo irónico, la cara de un enemigo.

Se volvió hacia Cox.

—¿Disculpe, general?

—¿Está usted sordo, Sharpe? ¡El oro! ¿Dónde está?

—No sé. Yo esperaba aquí, general. Como se me ordenó, general.

Cox soltó un gruñido, cogió un pedazo de papel, lo miró y lo dejó caer.

—He tomado una decisión.

—Sí, general. Un decisión, general.

Sharpe hacía uso de sus antiguos modales de sargento, siempre útiles cuando se hallaba ante oficiales de mayor graduación, y particularmente cuando quería ganar tiempo. Cox lo miró con suspicacia.

—Lo siento, Sharpe. Sólo tengo su palabra a favor, y la de Lossow. El oro es español, obviamente español, y el coronel Jovellanos es un representante acreditado del gobierno español.

Hizo un gesto señalando al Católico, quien sonrió e hizo una inclinación de cabeza. Sharpe miró al jefe guerrillero, que desplegaba sus mejores modales.

—Sí, señor. ¡Representante acreditado, señor!

«El muy cabrón debe ser habilidoso con la pluma», pensó Sharpe, y de repente se le ocurrió que una de las gruesas monedas sería un sello estupendo, apretándola contra la cera roja con el escudo de armas hacia abajo. Se preguntaba cómo el Católico había borrado la escritura alrededor del borde de la moneda, pero entonces pensó en cómo lo hubiera hecho él mismo con una lima, o aplastando el oro con un martillo.

Cox suspiró.

—Le entregará el oro al coronel Jovellanos y a sus hombres, y lo hará rápidamente. ¿Me entiende?

—Sí, general. ¡Entendido! —contestó de pie y tieso como un palo, mirando fijamente a un punto justo encima de la cabeza de Cox.

El general de brigada suspiró.

—Me parece que no es así, capitán.

Cox se sentó aburrido, se acercó una hoja de papel, destapó el tintero y tomó una pluma nueva. «A las diez en punto de mañana por la mañana, capitán, 28 de agosto de 1810.» Escribía con rapidez, parafraseando la orden oficial mientras la pluma rascaba el papel. «Un destacamento de mis tropas se encargará del oro...» Se detuvo; en la habitación se oían los arañazos de la pluma. «... Conducido por...» Cox echó una ojeada a la habitación, vio a uno de sus oficiales. «... coronel Barrios». Barrios asintió, un gesto oficial.

—Usted, coronel, le entregará el oro al coronel Jovellanos, que estará listo para partir por la puerta norte.

El Católico asintió, y taconeó para llamar la atención. Cox levantó la vista.

—¿Coronel?

El Católico sonrió. Su voz todavía era sedosa.

—Mi deseo sería convencerle, señor, para que me permitiera a mí y a algunos de mis hombres quedarnos y ayudarle en su valiente defensa.

Sharpe no daba crédito a sus oídos. El muy cabrón. Tenía tanta intención de quedarse como Sharpe de entregarle el oro.

Cox sonrió, abrumado por el placer.

—Eso es algo fuera de lo común, coronel —dijo señalando el papel—. ¿Eso cambiaría algo?

—Sólo que el oro, señor, podría entregarse al señor Moreno o a uno de mis tenientes.

—Por supuesto, por supuesto. —Cox mojó la pluma, tachó algunas palabras—. «Al subordinado español del coronel Jovellanos.» —Levantó la vista hacia el Católico—. Creo que esto ya lo contempla todo.

El Católico inclinó la cabeza.

—Gracias, señor. —Le lanzó una mirada de triunfo a Sharpe—. ¿Y, señor? —El Católico volvió a hacer una inclinación—. ¿El traspaso podría hacerse esta noche?

Sharpe contuvo la respiración, dejándola ir mientras Cox hablaba. El general de brigada frunció el ceño, mirando el papel.

—Ya está bien a las diez, coronel.

Sharpe sospechó que no quería tachar las primeras líneas de la orden que acababa de escribir. Cox sonrió al Católico y le hizo un gesto a Sharpe.

—¡Después de todo, el capitán Sharpe no se puede marchar!

El Católico sonrió educadamente.

—Usted lo ha dicho, señor.

¿A qué jugaba el cabrón? ¿Por qué sugería que se podía quedar? Sharpe miró fijamente al español, intentando averiguar el motivo. ¿Podía ser simplemente para tener a Cox de su parte? Sharpe lo dudaba; el español estaba consiguiendo casi todo lo que quería sin querer. Salvo que el Católico quería una cosa más. Sharpe pensó en el cabello negro sobre la almohada, el cuerpo delgado y fuerte, las sábanas de lino blanco. El español quería a la muchacha, y vengarse, y si no podía ser esta noche, el Católico se quedaría hasta que la pudiera consumir. Sharpe se dio cuenta de que Cox había pronunciado su nombre.

—¿General?

El general de brigada se había acercado otra hoja de papel. «A las diez en punto de mañana por la mañana, capitán, su compañía se reunirá con mis defensas en la muralla sur.» La pluma salpicó el papel con tinta.

—¿Cómo dice, general?

Cox levantó la vista del papel, irritado.

—¡Ya me ha oído, Sharpe! Se une a la guarnición. El capitán Lossow se marcha. Yo no necesito caballería, pero usted se queda. No hay infantería que pueda escapar ahora. ¿Entendido?

¡Dios del cielo!

—Sí, mi general.

El reloj de la catedral empezó a tocar. Kearsy puso la mano sobre el codo de Sharpe.

—Lo siento, Sharpe.

Sharpe asintió, escuchando la campana. Estaba abstraído del interés de Kearsy, del triunfo del Católico, de la preocupación de Cox. Las diez en punto, y aún no estaba todo. Le obligaban a tomar una decisión, pero él era el último en tomarla. El eco de la última campanada se desvaneció, y Sharpe se preguntó si alguna campana volvería a sonar, alguna vez, en aquella ciudad amurallada en forma de estrella grisácea.

Capítulo 21

—Estamos atascados. Ése es el problema. Que estamos atascados.

—¿Cómo dice, capitán? —preguntó el sargento Harper, que le esperaba en el exterior del cuartel general de Cox.

—Nada.

Sharpe se quedó allí, consciente de que Patrick Harper lo miraba preocupado. El sargento probablemente pensaba que la herida estaba mal, que le envenenaba la sangre y le enviaba vapores malsanos a la cabeza.

—¿Está solo?

—No, capitán. El soldado Roach, Daniel Hagman, y tres alemanes.

Sharpe vio a los demás esperando a las sombras. El sargento alemán, pequeño y achaparrado, estaba allí y Harper levantó el pulgar hacia él.

—Ése es Helmet, capitán.

—Querrá decir Helmut.

—Eso es lo que he dicho, capitán. Él solo es un ejército. ¿Está usted bien, capitán?

—Sí.

Sharpe permanecía aún en los escalones, y manoseaba una pieza de la empuñadura de la espada que se le había soltado; su escolta esperaba abajo. Pensó en que se la haría soldar cuando volvieran con el batallón, y se maravilló que la mente pudiera dar cabida a semejante trivialidad en momentos como ese.

Harper tosió.

—¿Está usted listo, capitán?

—¿Qué? Sí. —Seguía sin moverse. Miraba fijamente la catedral.

Patrick Harper lo intentó nuevamente.

—¿A casa, capitán?

—No. Por allí —contestó señalando la catedral.

—Sí, capitán. Lo que usted diga, capitán.

Atravesaron la plaza, iluminada por la luna, y Sharpe intentó volver al presente.

—¿La muchacha está bien?

Harper asintió.

—Estupendamente, capitán. Ha luchado todo el día.

—¿Ha luchado?

El irlandés rió burlón.

—Helmet le enseñó a usar el sable.

Sharpe se echó a reír. Muy propio de Teresa. Miró al pequeño sargento alemán y sonrió al ver su curiosa manera de caminar: las piernas arqueadas, el cuerpo achaparrado, inmensamente fuerte, apenas se movía mientras las piernas tiraban de él

hacia adelante.

Harper notó el cambio de humor de Sharpe.

—Hemos supuesto que podría apuntar con Helmet a cualquier sitio, capitán, y él se abriría paso. Casas, murallas, regimientos. Quedarían todos bien perforados, con su forma, todo a través. —Harper se echó a reír—. El cabrón es bueno con la espada.

Sharpe pensaba en la muchacha; sabía que el Católico tenía que marcarse otro tanto, más personal que el oro, y agradecía su escolta, y a Harper con su fusil de siete cañones.

—¿Qué ha pasado en la casa hoy?

Harper se echó a reír.

—No gran cosa, capitán. Vinieron a por el oro, eso, y primero nosotros no podíamos hablar portugués y luego Lossow no entendió su inglés, y entonces Helmet gruñó un poco, golpeó algunos muebles, y los chicos sacaron las puntas, y los portugueses se fueron a casa.

—¿Y ahora dónde está la chica?

—Aún está allí, capitán. —Harper le sonrió irónicamente—. Abajo en la cocina con los chicos, adiestrándola en el manejo de las armas. Sería una buena recluta.

—¿Y Knowles?

—Divirtiéndose, capitán. Haciendo la ronda, capitán, y con los ojos bien abiertos, haciendo la ronda cada diez minutos. No entrarán. ¿Qué nos va a pasar a nosotros?

Sharpe se encogió de hombros y levantó la vista hacia las oscuras ventanas de las casas.

—Se supone que vamos a entregar el oro mañana. Al Católico.

—¿Y vamos a hacerlo, capitán?

—¿Usted qué cree?

Harper sonrió malicioso, no dijo nada, y entonces uno de los alemanes se agachó, con el sable levantado, y el grupo se detuvo. Uno de los pocos civiles portugueses que permanecían en la ciudad se apresuraba saliendo de un callejón, se recogió contra una pared y musitó algo incoherente al extraño grupo de soldados que habían erizado las espadas y las armas y lo miraban como si fuera un criminal.

—Vale —dijo Sharpe—. Seguimos.

Junto a las puertas de la catedral Sharpe vio las formas oscuras de los centinelas que vigilaban las municiones. Atravesó hacia ellos, los talones de su escolta resonaban sobre la enorme plaza enlosada, y los guardias portugueses se pusieron firmes, saludaron, mientras Sharpe se giraba hacia los tres alemanes.

—Quédense aquí. —Helmut asintió—. Hagman, Roach. Quédense con ellos. Usted, sargento, venga.

Echó una mirada por la plaza antes de abrir la puertecilla de la enorme puerta de madera de la catedral. ¿No había allí lejos una sombra oscura rondando por la esquina

de una calleja? Sospechaba de los guerrilleros que estarían reconociendo la ciudad, buscándolo, pero no sucedería nada hasta que no alcanzaran el oscuro laberinto que constituían las calles al pie de la colina. Entró. Las velas se habían ido consumiendo, reduciéndose, proyectando la luz vacilante en la gran bóveda de piedra. El diminuto resplandor rojizo de la presencia eterna oscilaba al fondo, y Sharpe esperó mientras Harper se mojó el dedo en agua bendita y se santiguó.

El irlandés caminó hasta Sharpe.

—¿Qué hacemos, capitán?

—No sé.

Sharpe se mordía el labio inferior, se quedó mirando las lucecitas, entonces caminó hacia el grupo de linternas que señalaban los escalones hacia la bóveda. Otros centinelas se cuadraron cuando ellos se acercaron y Sharpe les hizo una señal con la mano.

—Zapatillas, sargento.

Había un montoncito de munición junto a los escalones, puesta allí para que los soldados que iban a buscarla para las murallas se ahorraran la molestia de tener que ponerse las zapatillas de fieltro. Sharpe calculó que unos veinte hombres trabajarían en el almacén, subiendo los barriles, pasando sus días en el aire húmedo y frío del mundo subterráneo de la catedral. Harper vio que Sharpe se quedaba mirando una bala de cartuchos abierta.

—Junto a aquella puerta hay más, capitán.

—¿Más?

Harper asintió, señaló hacia una puerta que flanqueaba la puerta grande de las procesiones.

—Aquí, capitán. Un montón increíble de cartuchos. ¿Quería unos cuantos?

Sharpe sacudió la cabeza, se asomó por entre la oscuridad, y vio que contra la puerta había una docena de balas de cartuchos. Supuso que estaban allí para que los batallones de infantería pudieran recargar rápidamente sin tener que molestar a los hombres que subían los enormes barriles de pólvora. Se volvió hacia la cripta. Habían colocado tablones escaleras abajo, a dos pies de distancia, para poder subir rodando con facilidad los barriles.

—Venga.

Bajaron las escaleras, bajo la luz intermitente de las linternas de asta, y Sharpe vio que el resto de los suministros de armas pequeñas de la guarnición estaba ahora amontonado a ambos lados de la bóveda, formando un corredor hacia los escalones de la cortina de cuero de la profunda cripta. Caminó lentamente por el corredor y se arrodilló junto a la cortina. Dos gruesos trozos de cuero rígido, con un peso en el extremo inferior, una precaución por si se producía una explosión pequeña en la primera bóveda. El cuero rígido absorbería una explosión menor, protegería el

enorme depósito de pólvora, y Harper observó, sorprendido, que Sharpe desenvainaba la espada y cortaba los pesos, apretó los dientes mientras serraba el cuero.

—¿Qué puñetas hace, capitán?

Sharpe levantó la vista y lo miró.

—No pregunte. ¿Dónde están los centinelas?

—Arriba. —El sargento se arrodilló a su lado—. ¿Capitán?

Sharpe paró de cortar con desespero, miró la cara amplia y amiga.

—¿No confía en mí?

Harper se sintió ofendido, incluso herido, se inclinó, agarró el trozo de la cortina desgarrado en una mano, la parte superior en la otra y tiró.

Como demostración de fuerza era notable, las venas le sobresalían de la cara, todo el cuerpo rígido por el esfuerzo mientras el cuero de dos anchos se despellejaba, en silencio y lentamente, y Sharpe le iba ayudando con la hoja de la espada hasta que, pasados treinta segundos, Harper se reclinó dando un gruñido y en su mano tenía el extremo separado dos pulgadas de la cortina con los pesos cosidos en el dobladillo.

—Por supuesto que confío en usted. Sólo dígame... —La rabia del irlandés era verdadera.

—Lo haré. Después —dijo Sharpe sacudiendo la cabeza—. Vamos.

Arriba, mientras se quitaban los fieltros, Sharpe señaló hacia las velas.

—Tiene gracia que queden encendidas.

Harper sacudió la cabeza.

—Están muy lejos de la bóveda, capitán. —Su voz indicaba que estaba tranquilo, todavía dolido, pero dispuesto para ser amable—. De todas formas. Eso es un seguro, ¿no?

—¿Un seguro?

—Sí —asintió Harper con su enorme cabeza—. Unas cuantas oraciones no le han hecho nunca daño al ejército. —Se incorporó—. ¿Y ahora, capitán? A una panadería.

Los soldados, británicos y alemanes, se quedaron desconcertados cuando Sharpe siguió un canalón que salía de la catedral hasta un edificio cercano a la puerta norte. Intentó abrir la puerta, pero estaba bien cerrada, y Harper le hizo un gesto para que se separara.

—¡Helmet! Puerta.

El sargento alemán asintió, avanzó tambaleándose hacia la barrera, gruñó al tiempo que la golpeaba, y entonces se giró con lo que pudiera ser una sonrisa mientras la madera se astillaba frente a él.

—Se lo dije, capitán —dijo Harper—. ¿Hay policía militar por aquí?

—Si hay alguno, mátelo —dijo Sharpe.

—¡Capitán! ¿Has oído eso, Helmet? ¡Matar a la policía militar!

El interior estaba absolutamente oscuro, pero Sharpe se abrió camino, pasó una mesa que debió ser el mostrador de la tienda, y encontró enormes hornos de ladrillo, ahora fríos, en el fondo de la panadería. Volvió a la calle, desierta de patrullas o policía portuguesa. Escalaron la pequeña rampa hasta la primera muralla y se detuvieron junto a las almenas. Unos centinelas bordeaban la muralla, agrupados cerca de las brillantes baterías que habían sido excavadas en el corazón de la muralla y, frente a ellos, encogidos como erizos, estaban las defensas exteriores, suavemente inclinadas, engañosas, llenas de tropas portuguesas cuyos fuegos lanzaban extraños resplandores en los fosos profundos que el enemigo no veía. Al exterior, más allá de la oscura faja de tierra desprotegida, Sharpe vio las hogueras de los franceses, algunas medio ocultas, y desde la lejana oscuridad se percibía de vez en cuando el sonido de una piqueta, el porrazo de la tierra que era extraída.

Saltó, asustado por un rumor inesperado, y se dio cuenta de que los portugueses enviaban un misil con la intención de molestar a los ingenieros franceses. De noche se excavaban las baterías, se extendían las trincheras, pero aún no era el momento para que las tropas portuguesas salieran de las murallas e hicieran una incursión en los trabajos nocturnos de los franceses y asaltaran con bayonetas las trincheras enemigas. Los franceses no estaban lo bastante cerca. Un sitio avanzaba como un calendario: acordado por ambas partes, y ahora estaban en el inicio cuando el cerco de los sitiadores era incompleto y la ciudad amurallada se mantenía aún en la cúspide de su fuerza y de su orgullo.

Tomó el camino en el extremo de la muralla hacia la puerta norte, y Harper vio que su capitán miraba taciturno hacia abajo a los centinelas, a la enorme puerta, a las compañías de infantería que vivían entre el granito para proteger la entrada de la ciudad.

Harper adivinó lo que Sharpe tenía en mente.

—No hay salida, capitán.

—No. —La última oportunidad estaba perdida—. No. Vuelta a casa.

Descendieron los escalones y encontraron una calle que iba hacia la parte baja de la ciudad; Sharpe evitaba las casas oscuras con las ventanas y las puertas atrancadas. Sus botas resonaban sobre la piedra, mientras se asomaban por los callejones, subían calles, y una o dos veces Harper creyó vislumbrar una sombra demasiado irregular para formar parte de un edificio, pero no estaba seguro. Almeida estaba en calma, temerosa. Sharpe desenvainó la espada.

—¿Capitán? —dijo Harper con voz preocupada—. No estará pensando, no...

No habían pensado en los tejados, pero Helmut, alertado por un ruido, se había girado, había mirado hacia arriba, y el hombre que cayó sobre él gritó con horror cuando el sable lo atravesó. Sharpe se apartó hacia la derecha, Harper a la izquierda, y de repente la calle se llenó de hombres armados con espadas, ropa oscura, y con los

sonidos patéticos del moribundo. Hagman usaba su bayoneta, apoyado contra una pared y dejando que los hombres del Católico se le acercaran, y Sharpe, junto al mismo muro, se retorció desesperadamente hacia un lado mientras un estoque se le acercaba y no le daba en la cintura por unas pulgadas. Paró a un segundo hombre con la espada, recordó que el Católico la había llamado el arma de un carnicero, y sustituyendo la técnica con la rabia dio un corte una vez y sintió que el filo le daba algo, penetraba y la quitaba. Se volvió hacia el primer atacante, pero allí estaba Roach, inmenso y pesado, aporreando al hombre con la culata de su fusil, y Sharpe se giró hacia atrás, sacudió su espada con una estocada ciega y sintió que la paraban, lo empujaban, y dio un salto atrás, viendo que venía el ataque, tropezó con el muerto y cayó de espaldas.

La caída le salvó la vida. El arma de siete cañones, sujeta contra la pared lejana, burbujeó cuando la chispa encendió la cazoleta y entonces hizo explotar un conducto al otro lado de la calle. El sonido, aumentado por la pared cercana, sonó en su cabeza, pero vio a tres hombres que se tambaleaban; uno cayó, y Roach lo estiró por los pies hacia adelante. Con la confusión de la explosión, derribó a otro hombre, le dio una patada a un segundo, y de repente los cuatro británicos estaban juntos, al otro lado de la calle, y los españoles estaban cercados entre ellos y los tres hombres de la Legión Alemana del Rey.

Los alemanes lo habían hecho bien. El sable era su fuerte y se enfrentaban a los espadachines con sus mismas armas. Sharpe sabía que tenía que aprender el arte de la espada, pero ahora no era el momento. Dio un corte hacia adelante, el brazo izquierdo le dolía pero él siguió con el derecho abriéndose paso en diagonal, a derecha e izquierda, empujando a sus oponentes a ambos lados y poniéndolos a disposición de las bayonetas de Roach y Hagman, y los guerrilleros, pasada la sorpresa, empezaron a correr, para escabullirse entre los alemanes y escapar en la noche.

Helmut gruñó. Con tanta desigualdad carecía de sentido matar, y tuvo pocas oportunidades de vencer los largos estoques con su delicadeza. Él utilizaba un sable curvo con golpes cortos, económicos, dirigidos a los ojos, siempre a los ojos, porque un hombre correría antes que perder la vista, y Helmut provocó la huida de sus atacantes: uno tras otro se tapaban la cara con las manos y chorreaba sangre entre sus dedos. Los españoles ya habían recibido suficiente; echaron a correr, pero el sargento achaparrado dejó su sable, agarró a uno por el brazo, lo abrazó como un oso y entonces, soltándolo con rapidez, lo estampó contra una pared con toda su fuerza. El estrépito que se oyó fue como un saco de nabos cayendo desde la punta de un granero contra el suelo de piedra.

Harper le sonrió irónico, se limpió la sangre de la bayoneta.

—Precioso, Helmet.

Se oyó un grito calle abajo, la luz de unas antorchas, y los seis hombres dieron la

vuelta con las armas levantadas, pero Sharpe les ordenó que esperaran. Una patrulla de portugueses, con los mosquetes preparados, se dirigía hacia ellos, y Sharpe vio al oficial que la encabezaba con la espada desenvainada. El oficial se detuvo, suspicaz, y entonces sonrió, extendió los brazos y se echó a reír.

—¡Richard Sharpe! ¡Por todos los santos! ¿Qué estás haciendo?

Sharpe se echó a reír, limpió la sangre de la espada y la envainó. Se volvió hacia Harper.

—Sargento, éste es Tom Garrard. Era sargento del 33, ahora es teniente del ejército portugués. —Sharpe y él se dieron un apretón de manos—. Tú, cabrón, ¿cómo estás?

Garrard sonrió satisfecho, y se volvió a Harper.

—Los dos éramos sargentos. Dios, Dick, debe hacer siglos. ¡Me acuerdo cuando le reventaste la cara a aquel cabrón pagano! Me alegro de verte. ¡Un capitán! ¿Qué va a ser de este mundo? —dijo echándose a reír.

—Hace muchos años que nadie me llama Dick. ¿Tú estás bien?

—Estupendo. No podría estar mejor. —Levantó el pulgar y miró a sus hombres—. Buenos chicos, éstos. Luchan como nosotros. Bien, bien, bien. ¿Te acuerdas de aquella chica de Sering? ¿Nancy?

Los hombres de Sharpe miraban a Garrard con curiosidad. Hacía un año que el gobierno portugués había pedido a los británicos que les reorganizaran el ejército y uno de los cambios, iniciado por el inglés mariscal Beresford, que ahora mandaba las tropas portuguesas, fue ofrecer ascensos a los sargentos británicos experimentados de manera que las tropas portuguesas sin instruir y en bruto recibieran oficiales capacitados. Estaba bien, dijo Garrard, y funcionaba bien, y miró a Harper.

—Debería unirse, sargento.

Harper sonrió y sacudió la cabeza.

—Yo me quedo con él.

—Podría escoger peor. —Garrard miró a Sharpe—. ¿Problemas?

—Ya están.

Garrard guardó la espada.

—¿Puedo hacer algo?

—Abrirnos una puerta. Esta noche.

Garrard lo miró con perspicacia.

—¿Cuántos sois?

—Doscientos cincuenta. Caballería y nosotros.

—Dios, chico. Eso es imposible. Pensaba que querías decir sólo vosotros siete. —Hizo una pausa, sonrió—. ¿Tú con ese oro?

—Eso es asunto nuestro. ¿Sabes algo de eso?

—¡Dios santo! Ordenes de todas partes para impedir que el oro salga. Ni siquiera

sabíamos que aquí había oro. —Sacudió la cabeza—. Lo siento, Dick. No puedo.

Sharpe sonrió irónicamente.

—No importa. Nos las arreglaremos.

—Lo harás. —Volvió a sonreír—. He oído hablar de Talavera. Eso sí que estuvo bien. De verdad.

Sharpe señaló a Harper.

—Él estaba conmigo.

Garrard inclinó la cabeza en dirección al irlandés.

—Orgulloso de usted. —Miró a sus hombres—. Nosotros lo haremos la próxima vez, ¿no es así, chicos?

Los portugueses le devolvieron una sonrisa e inclinaron la cabeza tímidamente hacia Sharpe.

—Hemos de irnos, Tom. Tenemos que hacer.

Se despidieron, prometieron visitarse, promesa que tal vez se cumpliría, y Sharpe aceptó el ofrecimiento de Garrard de que los soldados portugueses retiraran los cuerpos de la calle.

—¡Ten cuidado, Dick!

—Y tú también.

Sharpe miró a Harper.

—¿Ha visto al Católico?

El sargento negó con la cabeza.

—Eran bastantes, capitán. Pero él no estaba. ¿Quizás no hace él mismo el trabajo sucio?

¿Dónde entonces? Sharpe miró hacia los tejados. Se volvió al sargento.

—¿Hay centinelas en el tejado?

—¿El tejado? —preguntó alarmado—. ¡Dios santo!

—¡Vamos!

Empezaron a correr. «Otra vez no —pensó Sharpe—. Por favor, Dios, otra vez no.» Se acordó de Josefina yaciendo entre las sábanas manchadas de sangre; corrió más deprisa, con la espada en la mano.

—¡Abran!

Los centinelas se giraron, sorprendidos, y abrieron la puerta del patio. Olía a caballos, a antorchas, y subió los escalones saltando, abrió de golpe la puerta de la cocina, y allí estaba la compañía, comiendo, el fuego, velas... y Teresa, intacta, en el extremo de la mesa. Suspiró aliviado, sacudió la cabeza, y Lossow se acercó hasta él.

—¡Bienvenidos! ¿Qué hay?

Sharpe señaló el techo.

—¡Arriba! —Respiraba hondo—. Arriba. Los cabrones esperan arriba.

Capítulo 22

Lossow negó con la cabeza.

—No está aquí. —El alemán se encogió de hombros.

—Lo hemos registrado todo.

Habían mirado en todas las habitaciones, todos los armarios, incluso en las chimeneas y en el tejado, pero no había señal alguna del Católico o de sus hombres. Sharpe no estaba satisfecho.

—¿Las demás casas?

—Sí, amigo.

Lossow se mostraba paciente. Los alemanes habían abierto las casas a ambos lados, para dormir espaciados y cómodos, y se había registrado todo. El jinete tocó a Sharpe en el codo.

—Venga y coma.

La compañía, salvo los que hacían guardia, estaba en la cocina, donde una olla borboteaba sobre las llamas. Parry Jenkins levantó la tapa con un gancho.

—Estofado de verdad, capitán.

El oro estaba encerrado en una despensa en un barril de vino, a cargo del sargento McGovern, y Sharpe echó una mirada a la puerta mientras se servía con una cuchara carne y verduras del estofado. Detrás del candado y del cerrojo estaba el depósito del dragón y Sharpe recordaba bien las historias. Si un hombre robaba oro escondido, el dragón se vengaría; y sólo había una manera de evitar la venganza: matar al dragón. El ataque en la calle, a medio camino de la casa, no era el final del asunto. Sharpe suponía que el Católico contaba con seguidores por toda la ciudad buscando al fusilero, pero el dragón querría estar allí cuando le dieran muerte, para ver su agonía.

Lossow miró cómo comía Sharpe.

—¿Cree que vendrá esta noche?

Sharpe asintió.

—Se ofreció para quedarse mañana, para ayudar en la defensa, pero eso es sólo un seguro. Quiere irse antes de que los franceses acorralen la ciudad.

—Entonces se quiere ir mañana.

Knowles se encogió de hombros.

—Tal vez no venga, capitán. Va a conseguir el oro, ¿no?

—Eso cree —dijo Sharpe sonriendo con ironía; echó una mirada a Teresa—. No, vendrá. El mayor Kearsey cree que deberías volver, Teresa.

Ella arqueó las cejas y no dijo nada. Antes de que Sharpe abandonara el cuartel general de Cox, Kearsey se lo había llevado a un lado, rogándole que Teresa volviera con su padre. Sharpe había aceptado. «Envíe a su padre mañana a las diez, mayor.» Ahora la observaba.

—¿Qué quieres hacer?

Ella lo miró desafiante.

—¿Qué vas a hacer tú?

Los hombres de Sharpe, y algunos de los alemanes, escuchaban la conversación. Sharpe señaló hacia la puerta.

—Vamos a aquella habitación. Hablaremos.

Harper cogió un jarro de vino, Lossow y Knowles su curiosidad. La muchacha los siguió. Ella se detuvo en la puerta de la salita y le tocó la mano con sus dedos fríos.

—¿Vas a ganar tú, Sharpe?

—Sí —contestó él sonriendo.

Si no era así, ella estaba muerta. El Católico se vengaría en ella. Una vez en la salita, quitaron las fundas y se sentaron en cómodas sillas. Sharpe estaba cansado, tremendamente, y el dolor que sentía en el hombro aún era profundo y punzante. Recortó la mecha de un vela, esperó a que la llama se avivara y habló en voz baja.

—Todos saben lo que está sucediendo. Nos han ordenado entregar el oro mañana. Al capitán Lossow le han ordenado marcharse; a nosotros nos han ordenado quedarnos.

Él ya se lo había explicado mientras registraban las casas, pero quería repasarlo, buscar los errores, porque todavía esperaba que se evidenciara que la decisión era innecesaria.

Lossow se removió en la silla.

—¿Así que todo ha terminado? —preguntó frunciendo el ceño, incrédulo ante lo que él mismo acababa de preguntar.

—No. Lo quiera Cox o no, nos vamos.

—¿Y el oro? —preguntó Teresa con voz firme.

—Se viene con nosotros.

Por algún instinto extraño todos se sintieron relajados, como si la afirmación fuera suficiente.

—La cuestión es —siguió Sharpe— ¿cómo?

Reinó el silencio en la habitación. Harper parecía adormilado, tenía los ojos cerrados, pero Sharpe supuso que el irlandés les llevaba mucha delantera a los demás. Knowles aporreaba el brazo de la silla con frustración.

—¡Si al menos pudiéramos hacerle llegar un mensaje al general!

—Ya es tarde. No hay tiempo.

Sharpe no esperaba que le proporcionaran una respuesta, pero quería que analizaran los diferentes pasos, conocieran los argumentos, de manera que cuando él presentara la solución, estuvieran de acuerdo. Lossow se inclinó sobre la luz de la vela.

—Cox no le dejará marchar. Cree que robamos el oro.

—Está en lo cierto —contestó Teresa encogiéndose de hombros.

Knowles fruncía el ceño.

—¿Nos escapamos, capitán?

Sharpe pensó en los fosos con paredes de granito, las hileras de cañones, los túneles de las puertas con los centinelas de rostro siniestro.

—No, Robert.

—Ya sé. Matar al general de brigada Cox —dijo Lossow sonriendo con ironía.

Sharpe no sonrió.

—El segundo en el mando apoyaría sus órdenes.

—¡Santo Dios! ¡Era una broma! —exclamó Lossow mirando fijamente a Sharpe, convencido de repente de que el fusilero hablaba en serio.

Se oyó ladrar a un perro, tal vez en el campamento francés, y Sharpe supo que si los británicos sobrevivían a esta campaña, si él cumplía con su deber esta noche, todo tendría que volver a llevarse a cabo. Reconquistar Portugal, recuperar las fortalezas fronterizas, derrotar a los franceses no sólo en España sino en toda Europa. Lossow debió verle expresión de desesperanza.

—¿Ha pensado en abandonar el oro? —preguntó en voz baja.

—No —contestó, aunque no era cierto. Respiró hondo—. No puedo decirle el porqué, y no sé el cómo, pero la diferencia entre la victoria y la derrota depende de este oro. Hemos de sacarlo de aquí. —Señaló con la cabeza a Teresa—. Ella tiene razón. El oro lo robamos, son instrucciones de Wellington, y he ahí por qué no hay órdenes explícitas. Los españoles —se encogió de hombros en señal de disculpa— bien sabe Dios que son unos aliados difíciles. ¿Se imagina si tuvieran constancia escrita de esto? —Se reclinó—. Lo único que puedo decirle es lo que me explicaron. El oro es más importante que hombres, caballos, regimientos o cañones. Si lo perdemos, la guerra está acabada; nos volveremos todos a casa, o lo más probable es que acabemos siendo prisioneros de los franceses.

—¿Y si lo llevas? —preguntó Teresa con un escalofrío.

—Entonces los británicos se quedarán en Portugal —contestó él encogiéndose de hombros—. No puedo aclararlo, pero es cierto. Y si nos quedamos en Portugal el año próximo volveremos a España. El oro vendrá con nosotros.

Knowles chasqueó los dedos.

—¡Matar al Católico!

Sharpe asintió.

—Probablemente tendremos que hacerlo. Pero las órdenes de Cox siguen siendo que el oro se devuelva a los españoles.

—Así... —Knowles estaba a punto de preguntar cómo, pero se encogió de hombros.

Teresa se puso en pie.

—¿Tienes el abrigo arriba?

Sharpe asintió.

—¿Tienes frío?

Ella lo único que llevaba puesto era el delgado vestido blanco. Él se incorporó también, pensando en su temor al Católico.

—Voy contigo.

Harper y Lossow se levantaron, pero Sharpe les indicó que se quedaran.

—No nos pasará nada, un minuto, nada más. Piensen en ello, caballeros.

Tomó la delantera escaleras arriba, asomándose entre la oscuridad, y le tendió una mano.

—¿Crees que está aquí?

—Sé que está aquí.

Resultaba ridículo; habían registrado la casa una y otra vez, habían colocado centinelas en el tejado y en los balcones, sin embargo a Sharpe el instinto le decía que el Católico iría a vengarse esa noche. La venganza, dicen los españoles, es un plato que se come frío, pero para el Católico era un plato que había que comer deprisa antes de que Sharpe quedara encerrado en el sitio. Y Sharpe no tenía dudas sobre sus deseos de venganza, no del oro sino del insulto a su hombría, y el fusilero desenvainó la espada cuando entraron en la habitación iluminada por las velas con la cama con dosel y amplios armarios.

Teresa encontró el abrigo de Sharpe, se lo echó sobre los hombros.

—¿Lo ves? A salvo.

—Vete abajo. Diles que bajo en dos minutos.

Ella arqueó las cejas, en señal de asombro, pero él la condujo hasta la puerta y observó cómo volvía a la salita. Sharpe sentía que se le ponían los pelos del cogote de punta, el cosquilleo de la sangre bajo la piel, las viejas señales de que el enemigo andaba cerca, y se sentó en la cama, se quitó las pesadas botas para poder moverse en silencio. Quería que el Católico estuviera cerca, para acabar de una vez por todas con ese asunto, y poder concentrarse en lo que tenía que hacer al día siguiente. Pensó en el estoque vacilante del español, en su destreza descuidada, pero tenía que enfrentarse, derrotarlo, si no por la mañana estaría todo el rato pendiente, preocupándose por la muchacha, y fue caminando con gran cuidado por los tablones y apagó las velas. La espada era tremendamente pesada: la hoja de un carnicero, había dicho el español.

Corrió las cortinas y se quedó en el balcón. En el balcón de al lado se movía un centinela; encima, por el tejado, se oía el murmurar de dos alemanes. ¡Tenía que ser esta noche! El Católico no dejaría pasar el insulto, no querría quedar emparedado en Almeida mientras los franceses se abrían camino. ¿Pero cómo? En la calle no se movía nada; las casas y la iglesia al otro lado del camino estaban a oscuras y

cerradas; tan sólo el resplandor de las hogueras francesas iluminaba el cielo del sur más allá de las murallas donde se suponía que tenía que hacer guardia mañana. La torre de la iglesia se recortaba en el resplandor rojizo, las dos pesadas campanas brillaban con los fuegos distantes. ¡Y no había escalera! Por la mañana había una, lo sabía. Intentó asegurarse, y recordó abrir las cortinas, volviendo la espalda a la desnudez de Teresa y ver las campanas y la escalera metálica apoyada contra la torre. Entonces se dio la vuelta, pero estaba seguro de que la escalera estaba allí. ¿Pero por qué la escalera? Miró a derecha e izquierda, a los centinelas de los balcones. ¡Claro! Knowles, con su sentido de la decencia, no había dispuesto ningún centinela en este balcón, en todos los balcones de la calle salvo en éste, de manera que ningún miembro de la compañía se viera obligado a escuchar las hazañas de soltero del capitán Sharpe. Y el Católico no era tonto. La probabilidad era de cien contra uno de que el balcón sin guardia fuera el que había que asaltar, y la escalera se extendería desde el tejado de la iglesia, con su plataforma, atravesando la calle, y mientras los mosquetes desde la iglesia se ocuparían de los centinelas, el Católico y sus mejores hombres cruzarían por los travesaños de hierro, atravesarían las cortinas, y dulce venganza.

Aquí se detuvo, pensando que era una fantasía, pero ¿por qué no? En plena noche, a eso de las tres o las cuatro, cuando los centinelas lucharan por mantenerse despiertos, y de todas formas, sólo había una manera de averiguarlo. Descolgó una pierna por encima del balcón, hizo callar al centinela del balcón de al lado y se dejó caer a la calle. El grupo que estaba en la salita se estaría preguntando dónde estaba, pero no iba a tardar mucho. Hombre prevenido, vale por dos, y se escabulló en silencio, sin botas, hacia la callejuela que había tras la iglesia. Los centinelas no podían verlo, pegado al muro de la iglesia, y sostenía la enorme espada delante, su hoja un resplandor mate en la oscuridad, y aguzaba el oído en busca de algún sonido. Nada, salvo el perro en la lejanía, el sonido del viento. Se sentía excitado por dentro, el peligro inminente, pero seguía sin oírse nada, ningún movimiento, y se asomó mirando arriba al borde del tejado de la iglesia, inocente bajo la luz de la luna. En el muro había una puertecita, cerrada y atrancada, y junto a ella la mampostería era burda y mal remendada. Se le ocurrió que tal vez su idea era demasiado fantástica, que todo lo que tenía que hacer el Católico era lanzar fuego de mosquete desde el tejado de la iglesia hacia la habitación desprotegida, que habían cogido la escalera solamente para que los guerrilleros pudieran escalar desde la callejuela; pero sabía que no se daría por satisfecho hasta que hubiera mirado por encima del borde del tejado, así que se echó la enorme espada a la espalda, se la agarró al cinturón pasándose la correa por el hombro, y estiró hacia arriba la mano derecha para agarrarse a los bloques de mampostería.

Avanzaba muy lentamente, escalando tan silenciosamente como una lagartija,

buscando a tientas con los pies donde apoyarse y extendiendo las manos en busca de agujeros entre las piedras. Le dolía el hombro izquierdo, hacía muecas de dolor, pero seguía avanzando porque veía la parte de arriba y no estaba lejos, y no podía descansar hasta que su asunto privado estuviera zanjado. A Harper le molestaría que no lo hubiera invitado, pero éste era un asunto suyo. Teresa era su mujer, y él sabía, mientras avanzaba pulgada a pulgada hacia arriba, que la iba a encontrar mucho a faltar. Los puntos de apoyo se acabaron cuando se acercaba al tejado. Una cornisa rodeaba el tejado, lisa y de un pie de ancho, y no podía llegar arriba del todo. Necesitaba un punto de apoyo más y lo vio, hacia su izquierda, en un poste metálico que sobresalía en diagonal y hacia abajo para sostener una lámpara encima de la puerta principal. Estiró el brazo, tocó el metal corroído, tiró y lo agarró. Traspasó el peso, echó hacia arriba el pie derecho, sintió que el peso de su cuerpo se trasladaba al hombro izquierdo que le dolía, y entonces el poste se movió. Fue un movimiento ligero, un chirriar del metal sobre la piedra, pero le hizo perder el equilibrio. El brazo izquierdo lo salvó, y sintió como si alguien le clavara en la axila un gancho y lo retorciera, y sollozaba de dolor mientras sangre reciente manaba de la herida abierta y le empapaba el pecho.

Apretó los ojos y los dientes, jadeó de dolor, y olvidándose de cualquier precaución, lanzó hacia arriba el brazo derecho, dio con la parte superior de la cornisa, y lentamente, con alivio exquisito, retiró el peso del brazo izquierdo.

Permaneció inmóvil, esperando un golpe en la mano derecha que tenía a la vista, pero no se movió nada. Quizás no había nadie en el tejado. Empujó con el pie derecho, estiró hacia arriba con su mano, y lentamente, pulgada a pulgada, paseó la mirada por la mampostería y allí, de repente, estaba el cielo, y se vio obligado a usar el brazo izquierdo; soportaba el dolor mientras el izquierdo buscaba un asidero seguro, y pudo hacer fuerza hacia la parte superior plana de la cornisa y ver lo que había temido ver: un tejado vacío. Pero había algo raro: se olía a tabaco. Se quitó la espada de la espalda y se acuclilló justo en lo que era la cornisa, con el brazo izquierdo junto a las tejas bien curvadas que se elevaban por encima de él tapándole la visión de la casa donde Harper y Lossow ya lo estarían buscando. Detrás de él, el tejado estaba desierto, ensombrecido bajo la luz de la luna, pero enfrente veía la campana, con la escalera estirada debajo, y el espacio plano donde estaba la trampilla. Tan sólo veía un trozo del espacio, un trocito, y olía a humo de tabaco y no era de sus centinelas; el viento venía del sur, y sintió que se confirmaban sus sospechas mientras se deslizaba hacia adelante. A cada paso se le mostraba más el terrado que estaba escondido en un rincón del tejado con la forma de cruz de la iglesia. Estaba vacío, burlándose de él, mampostería blanca bajo la luz de la luna, y la escalera estaba probablemente allí para hacer algunos arreglos y luego la habían bajado, aunque quién iba a reparar nada justo antes de que los franceses empezaran el

bombardeo.

Avanzó con cautela por el lugar, un espacio cuadrado y grande, y todavía oculto de la casa por la silueta borrosa del tejado del crucero, y ahora oía voces, al otro lado de la calle, que lo llamaban. Oía a Harper, alarmado, y a Lossow gritando a los centinelas, y estaba a punto de responder cuando oyó un crujido, y pegó un salto a un lado.

La trampilla se abrió, primero una pulgada o dos, dejando ir una nube de humo de cigarro. Luego la empujaron hasta sostenerla con una cadena y apareció un hombre, con capa oscura, que subió al tejado y no vio a Sharpe en la sombra junto a la torre, porque no esperaba ver a nadie. El hombre, con un gran bigote, atravesó hasta el tejado del crucero, se inclinó hasta que pudo ver la calle, y entonces llamó en español. El guerrillero debía haber oído algo del alboroto, pensó Sharpe, y había enviado un centinela a mirar. El hombre dio una calada al cigarro, escuchó los gritos y se puso en cuclillas para apagarlo. No había aparecido nadie más; el interior de la iglesia estaba a oscuras; Sharpe apenas respiraba mientras se arrimaba contra la mampostería. Se oyó un repentino silbido que provenía de la escalera de debajo de la trampilla. El hombre del cigarro asintió. Sí, sí. Parecía cansado, bostezó y se volvió hacia la escalera. Primero no estaba seguro de lo que había visto, tan sólo una sombra, y se asomó al bulto.

La sombra se movió, se convirtió en un hombre con una espada, y el centinela cansado pegó un bote hacia atrás, abrió la boca, pero Sharpe ya estaba atacando la hoja, apuntando a la garganta, pero falló. Le rechinó en una costilla, se deslizó, pero el hombre había gritado y se oyeron pasos en la escalera. La espada de mierda estaba atascada. Sharpe dejó que la hoja cayera con la víctima, puso el pie sobre el pecho del hombre, giró y notó que la hoja cedía limpiamente. Otro hombre salía de la trampilla pistola en mano, y Sharpe se agachó, arrojó la espada cuando el arma explotó y la bala martilleó contra las tejas.

Sharpe gritó un desafío, golpeó al hombre con la espada y oyó cómo se caía de la escalera. Agarró la trampilla, estaba a punto de cerrarla.

—¡No! —gritó una voz que venía de abajo; la iglesia se iluminó de repente—. ¡Esperen! —Era la voz del Católico, profunda y sedosa—. ¿Quién hay?

—Sharpe —contestó de pie tras la trampilla, invisible desde abajo, inalcanzable.

—¿Puedo subir? —dijo el Católico medio riendo.

—¿Por qué?

—No puede bajar. Somos muchos. Así que he de subir. ¿Me deja?

Se oyeron gritos al otro lado de la calle.

—¡Capitán! ¡Capitán!

Él no hizo caso.

—¿Usted solo?

—Yo solo.

La voz parecía divertida, tolerante. Sharpe oyó las pisadas en la escalera, vio la luz que se acercaba, y entonces una mano puso una linterna sobre el tejado y apareció la cabeza morena del Católico, dando vueltas, sonriendo, y en la otra mano sostenía el estoque, que lanzó, silbando, hacia el otro extremo del tejado.

—Aquí me tiene. Ahora me puede matar. Sin embargo, no lo hará porque es un hombre de honor.

—¿Seguro?

El Católico volvió a sonreír, todavía a medio salir de la trampilla.

—Kearsey no lo cree, pero Kearsey asocia honor con Dios. Usted no. ¿Puedo subir? Estoy solo.

Sharpe asintió. Esperó a que el alto español estuviera en el tejado y entonces cerró la trampilla de un puntapié. Era pesada, lo bastante gruesa para parar una bala, pero para mayor seguridad Sharpe estiró de la escalera de hierro y la puso encima.

El Católico observaba.

—Está usted nervioso. No van a subir. ¿Qué hace usted aquí?

—Faltaba la escalera.

El español parecía confuso. Hizo un gesto separando ambas manos.

—¿Faltaba?

Sharpe le dio una patada.

—Estaba arriba de la torre esta mañana. Esta noche, no.

—¡Ah! —dijo el Católico echándose a reír—. La hemos utilizado para escalar el muro de la iglesia. —Miró el uniforme desaliñado de Sharpe—. Veo que tiene otros métodos. —Con uno de sus gestos elegantes se abrió la capa—. ¿Lo ve? Sin pistola. Sólo llevo la espada. —No hizo ademán de cogerla.

Por encima del tejado de la catedral Sharpe vio la señal luminosa de las antorchas. Patrullas de búsqueda se pusieron en camino. Tenía la mano de la espada sudada, pero no le iba a dar al español el placer de ver cómo se la enjugaba.

—¿Por qué está aquí?

—Para rezar con usted —dijo el Católico riendo y girando la cabeza hacia la calle—. Hacen tanto ruido que no nos van a oír. No, capitán, estoy aquí para matarlo.

Sharpe sonrió.

—¿Por qué? Ya tiene el oro.

El Católico asintió.

—No confío en usted, Sharpe. Mientras esté vivo no creo que sea fácil coger el oro, aunque el general de brigada Cox le representa un problema.

Sharpe asintió con la cabeza y el Católico lo miró con perspicacia.

—¿Cómo iba a resolverlo?

—De la misma manera que me propongo resolverlo mañana.

Deseaba sentirse tan convincente como aparentaba. Había visto al Católico en acción, habían medido sus espadas, y pensaba con desespero en cómo podía ganar la lucha que pronto comenzaría. El español sonrió y señaló el estoque.

—¿Le importa? Por supuesto, me puede matar antes de que lo alcance, pero no creo que lo haga. —Mientras hablaba se había ido moviendo y entonces se detuvo, lo recogió y se dio la vuelta—. Tenía razón. ¿Lo ve? ¡Es un hombre de honor!

Sharpe notaba que la sangre le bullía en el pecho y apoyó la espada mientras el español, con una facilidad estudiada, dejaba caer la capa y doblaba la hoja. El Católico cogió la punta del estoque con la mano izquierda y la dobló, casi por la mitad.

—Una hoja fina, capitán. De Toledo. Pero, lo olvidaba, ya nos hemos probado.

Se colocó en la posición de espadachín, la pierna derecha doblada, la izquierda extendida detrás.

—*En garde!*

El estoque se sacudió hacia Sharpe, pero el fusilero no se movió. El Católico se enderezó.

—¿No quiere luchar, capitán? Le aseguro que es una muerte mejor que la que había planeado.

—¿Cuál era?

Sharpe pensó en la escalera.

El español sonrió.

—Un tumulto abajo en la calle, un disparo, muchos gritos, y usted hubiera salido al balcón. El capitán siempre listo, preparado para la batalla, y entonces una descarga de disparos lo habría detenido para siempre.

Sharpe sonrió. Era mucho más simple de lo que él había imaginado.

—¿Y la muchacha?

—¿Teresa? —La pose del Católico cambió un poco. Se encogió de hombros—. ¿Qué iba hacer con usted muerto? Se vería obligada a volver.

—Eso le habría encantado a usted.

El español se encogió de hombros.

—*En garde*, capitán.

Sharpe disponía de muy poco tiempo. Tenía que alterar la compostura elegante del español. El Católico sabía que ganaría, se podía permitir ser magnánimo, estaba adelantando la inevitable exhibición de su superioridad con la espada. Sharpe seguía manteniendo la espada baja y el estoque descendió.

—¡Capitán! ¿Tiene miedo? —El Católico sonreía amablemente—. Se teme que yo soy mejor.

—Teresa dice que no.

No fue mucho, pero sí suficiente. Sharpe notó la rabia en la cara del Católico, su

repentino descontrol, y levantó la enorme hoja, la dirigió hacia adelante, sabía que el Católico no pararía sino que simplemente lo mataría por el insulto. El estoque se sacudía, veloz como el rayo, pero Sharpe giró el cuerpo, vio que la hoja pasaba de largo, y golpeó con su codo al Católico en las costillas, se volvió y aporreó con la empuñadura de bronce de la espada sobre la cabeza del español. El Católico era rápido. Se escabulló, el golpe rebotó en el cráneo, pero Sharpe oyó el gruñido y lo siguió con un golpe mortífero, un porrazo que hubiera abierto un buey en canal, y el español pegó un salto atrás, y de nuevo, Sharpe había fallado, y sabía, con el instinto de luchador, que el Católico se había recuperado, había sobrevivido al terrible ataque y que ahora volvería con su destreza.

Se oyó un martilleo proveniente de abajo, la explosión de un mosquete, y el Católico sonrió.

—La hora de morir, Sharpe. *Réquiem aeternam dona eis, Domine.* —Se adelantó a la parada torpe de Sharpe, y la hoja le hizo sangre a éste en la cintura—. *Et lux perpetua luceat eis.*

La voz parecía de seda, hermosa e hipnotizante, y la hoja se dirigió hacia el otro lado de la cintura de Sharpe, le afeitó la piel y pasó de largo. Sharpe sabía que estaba jugando con él, un juguete, mientras la oración durara, y él no podía hacer nada.

Recordó las técnicas de Helmut y fue a por los ojos del Católico, dando puñaladas al aire, y el español se reía.

—¡Calma, Sharpe! *Te decet hymnus, Deus, in Sion.*

Sharpe arremetía desesperadamente contra los ojos; Helmut lo hacía de tal modo que parecía fácil, pero el Católico se inclinaba hacia un lado y el estoque bajaba, apuntando al muslo para producirle otra herida, y Sharpe ya sólo tenía una única idea, desesperada e insensata. Dejó que se acercara el estoque, adelantó el muslo derecho y empujó la hoja para que le entrara en la carne de manera que el Católico no la pudiera usar. El español intentó retirarla; Sharpe notó los desgarrones en la pierna, pero ahora llevaba él la iniciativa, se siguió adelantando, y golpeó al español con el pesado guardamano de la espada, restregándose por la cara, y el Católico soltó el estoque y se echó hacia atrás.

Sharpe lo siguió, con el estoque bien clavado en el muslo, y el Católico fue a agarrarlo, pero falló, y Sharpe descendió la espada, y cogió el antebrazo del Católico; el español dejó escapar un grito y Sharpe le arremetió con el dorso de la espada, un crujido de guadaña en el cráneo, y el guerrillero cayó.

Sharpe se detuvo. Abajo se oían gritos.

—¡Capitán!

—¡Aquí arriba! ¡En el tejado de la iglesia!

Se oían pisadas abajo, caminando pesadamente por el callejón, y supuso que los guerrilleros estarían abandonando el conflicto que iban perdiendo. Se paró y cogió el

estoque del Católico. La herida le dolía, pero Sharpe sabía que había tenido suerte; la hoja le había atravesado los músculos externos y la sangre y el dolor eran mayores que el daño. Tiró de la espada, apretando los dientes, y se deslizó hasta quedar libre.

Sostenía el estoque en las manos, notaba el fino equilibrio, y sabía que nunca podía haberlo derrotado salvo con la locura de empujar el cuerpo hacia la hoja y negarle al Católico sus habilidades. El español gemía, aún inconsciente, y Sharpe se acercó a él, sangrando y cojeando, y bajó la vista a su enemigo. Tenía los ojos cerrados, los párpados temblaban ligeramente, y Sharpe tomó su propia espada, y se la puso al Católico en la garganta.

—La espada de un carnicero, ¿verdad? —La clavó hasta que la punta chocó con el tejado, la retorció, y entonces de un puntapié retiró la hoja del cuello.

—Ésta es por Claud Hardy.

No habría feudo en las montañas, ni reino, para el Católico.

Se oyeron unos porrazos en la trampa.

—¿Quién es?

—¡Sargento Harper!

—¡Espere!

Empujó la escalera a un lado y la trampilla se levantó y apareció Harper, con una antorcha humeante en la mano. El irlandés miró primero a Sharpe, luego al cuerpo.

—Dios salve Irlanda. ¿Qué hacía, capitán? ¿Un concurso a ver quién sangra más?

—Me quería matar.

—¿De verdad? —preguntó Harper arqueando las cejas. Luego miró al muerto—. Era un buen espadachín, capitán. ¿Cómo lo ha hecho?

Sharpe se lo explicó. Que había ido a por los ojos, había fallado, así que se había agredido él mismo con la espada. Harper escuchaba e iba sacudiendo la cabeza.

—Usted es un loco de mierda, capitán. Déjeme ver la pierna.

Teresa subió, seguida de Lossow y Knowles, y Sharpe tuvo que volver a explicar la historia, y notó que la tensión le salía a raudales. Teresa se arrodilló junto al cuerpo.

—¿Te disgusta?

Ella sacudió la cabeza, ocupada en algo, y Sharpe vio que rebuscaba debajo de las ropas manchadas de sangre y encontraba, alrededor de la cintura del muerto, un cinturón lleno de monedas. Abrió uno de los bolsillos.

—Oro.

—Quédatelo.

Sharpe se palpaba la pierna, resiguiendo la herida, y vio que había tenido suerte, que la hoja le había desgarrado menos de lo que su estupidez hubiera merecido. Levantó la vista hacia Harper.

—Necesitaré los gusanos.

Harper sonrió. En una lata guardaba gusanos blancos y gordos que sólo vivían de carne muerta, despreciando el tejido sano, y nada limpiaba mejor una simple herida que un puñado metido en el corte y envuelto en un vendaje. El irlandés utilizó la faja de Sharpe como venda temporal, apretando bien.

—Se curará, capitán.

Lossow miró el cuerpo.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Sharpe quería un vaso de vino, otro plato de aquel estofado—. Nada. Tienen otro jefe. Tenemos que entregar el oro igualmente.

Teresa dijo algo en español, enfadada y con vehemencia, y Sharpe sonrió.

—¿Qué ha dicho, capitán? —preguntó Knowles aturdido con la sangre del tejado.

—No creo que le gusten los nuevos jefes. —Sharpe se dobló el brazo izquierdo—. Si los tenientes del Católico no enseñan el oro, no serán jefes por mucho tiempo, ¿no es así?

Ella asintió.

—¿Y quién lo será? —preguntó Knowles.

—La Aguja —contestó Sharpe pronunciando con dificultad la jota española.

Teresa se echó a reír complacida, y Harper levantó la vista de su excursión particular por los bolsillos del Católico.

—¿La qué?

—La Aguja. Teresa. Hemos hecho un trato.

—¿Teresa? ¿La señorita Moreno? —miró Knowles sorprendido.

—¿Por qué no? Lucha mejor que la mayoría de ellos. —Se había inventado el nombre, vio que a ella le gustaba—. Pero para que así sea no tenemos que dejar que los españoles se acerquen al oro, debemos sacarlo de la ciudad y terminar este trabajo.

Lossow envainó la espada que no había utilizado.

—Lo que nos lleva de nuevo a la vieja pregunta, amigo. ¿Cómo?

Sharpe había temido que llegara ese momento, quería conducirlos suavemente hacia él, pero había llegado.

—¿Quién nos detiene?

—Cox —contestó Lossow encogiéndose de hombros.

Sharpe asintió. Habló despacio.

—Y Cox tiene autoridad como mando de la guarnición. Si no hubiera guarnición, no tendría autoridad, ni forma de detenernos.

—¿Así pues? —preguntó Knowles frunciendo el ceño.

—Mañana al amanecer destruiremos la guarnición.

El silencio fue total, lo rompió Knowles.

—¡No podemos!

Teresa se echó a reír absolutamente satisfecha.

—¡Sí podemos!

—¡Dios del cielo! —exclamó Lossow aterrado y fascinado.

—¿Cómo? —preguntó Harper sin mostrarse sorprendido.

Y Sharpe se lo explicó.

Capítulo 23

Almeida despertó pronto aquel lunes por la mañana; mucho antes de que aparecieran las primeras luces ya se oyeron las botas estampándose contra las calles empedradas y las charlas en voz baja que son el talismán contra los grandes acontecimientos. La guerra, después de todo, había llegado a la ciudad fronteriza, y entre la explanada exterior y los cañones ocultos de los franceses, se concentraban los temores y las esperanzas de Europa.

En ciudades lejanas unos hombres miraban mapas. Si Almeida resistía, entonces Portugal podría salvarse, pero tenían más juicio. Ocho semanas como mucho, decían, y probablemente tan sólo seis, y entonces las tropas de Masséna tendrían Lisboa a su merced. Los británicos habían tenido su racha y ahora había terminado, eliminaban los últimos obstáculos, pero en San Petersburgo y en Viena, en Estocolmo y en Berlín, dejaban que los mapas se volvieran a enrollar y se preguntaban dónde enviarían ahora a las tropas de casacas azules. Una lástima para los británicos, pero ¿alguien esperaba otra cosa?

Cox estaba en las murallas del sur, de pie junto a un brasero, esperando que las primeras luces le mostraran las nuevas baterías francesas. Ayer los franceses habían disparado algunos tiros, pero hoy, Cox sabía que la cosa iría en serio. Tenía grandes esperanzas puestas en una gran defensa, una batalla que apareciera en los libros de historia, que bloqueara a los franceses hasta que las lluvias del otoño tardío salvaran Portugal; pero también se imaginaba los cañones de sitio, las brechas abiertas en las grandes murallas, y entonces los gritos de los batallones con las puntas de acero que avanzarían de noche para ahogar sus esperanzas en el caos y en la derrota. Tanto Cox como los franceses sabían que la ciudad era el último obstáculo para la victoria francesa, y por mucha confianza que tuviera Cox, en el fondo no creía que Almeida pudiera aguantar hasta que los caminos estuvieran inundados y los ríos se hicieran infranqueables a causa de la lluvia.

Por encima de Cox, junto al castillo y a la catedral que coronaban la colina de Almeida, Sharpe abría de un empujón la puerta de la panadería. Los hornos eran formas curvas en la oscuridad, fríos al tacto, y Teresa se estremeció junto a él a pesar de estar envuelta en el gabán verde y largo del fusilero. Éste estaba dolorido. La pierna, el hombro, los cortes a ambos lados de la cintura, y la cabeza que le estallaba después de hablar hasta bien entrado el amanecer.

—¡Tiene que haber otra manera! —había rogado Knowles.

—Dígamela.

Ahora, en el frío silencio, Sharpe intentaba todavía encontrar otra manera. ¿Hablar con Cox? ¿Con Kearsey? Pero Sharpe era el único que sabía con cuánta desesperación necesitaba el oro Wellington. Para Cox y para Kearsey era impensable

que unos cuantos miles de monedas de oro pudieran salvar Portugal, y Sharpe no podía decirles cómo, porque no se lo habían dicho. Maldijo los secretos. Significaría la muerte para centenares; pero si el oro no llegaba la guerra había terminado. Teresa se iba a ir de todas maneras. Se separarían dentro de pocas horas, él volvería al ejército y ella a las colinas y a su propia lucha. La apretó contra él, oliendo su pelo, deseando estar con ella, pero se separaron al oír pasos fuera y Patrick Harper empujó la puerta y se asomó entre la oscuridad.

—¿Capitán?

—Estamos aquí. ¿Lo tiene?

—Sin problemas. —Harper parecía bastante feliz. Hizo un gesto a Helmut—. Un barril de pólvora, capitán, saludos de Tom Garrard.

—¿Preguntó para qué era?

Harper sacudió la cabeza en señal de negación.

—Dijo que era para usted, capitán, y ya está bien. —Ayudó al alemán a que entrara el gran barril por la puerta—. Pesa un huevo, capitán.

—¿Necesita ayuda?

Harper se enderezó con una sonrisa de burla.

—¿Un oficial acarreando un barril, capitán? ¡Esto es el ejército! No. Lo hemos traído hasta aquí; podemos hacer el resto.

—¿Ya sabe lo que ha de hacer?

La pregunta era innecesaria. Sharpe miró a través de la sucia ventana, al otro lado de la plaza, y bajo la tenue luz vio que las puertas de la catedral aún estaban cerradas. Quizás habían cambiado el montón de cartuchos. ¿Tal vez Wellington había enviado un mensajero con un caballo rápido portando órdenes para Cox por si resultara que Sharpe estaba en Almeida? Se quitó de la cabeza semejante suposición.

—Continuemos.

Helmut cogió prestada la bayoneta de Harper y astilló el barril por el centro, haciendo un agujero, que abría cada vez más hasta que tuvo la medida del cañón de un mosquete. Gruñó con satisfacción. Harper le hizo una señal a Sharpe con la cabeza.

—Vamos pasando —dijo con despreocupación.

—Vaya despacio.

Quería decirle al sargento que no tenía que hacerlo, era un trabajo sucio que debía hacer Sharpe, pero sabía lo que hubiera dicho el irlandés. Observaba cómo los dos hombres, uno alto y otro bajo, cogían el barril por cada extremo, lo meneaban hasta que salía pólvora del agujero, y entonces empezaron a avanzar torpemente saliendo por la puerta y atravesando la plaza. Tenían que ir siguiendo el canal, Helmut arriba y Harper debajo, lo que simplificaba el trabajo, y Sharpe, por la ventana, observaba como la pólvora caía entre la sombra de la piedra del canal y avanzaba, inexorable,

hacia la catedral. No creía lo que estaba haciendo, llevado por el «debe» del general y le volvió la pregunta. ¿Podría convencer a Cox? Quizás, peor aún, había llegado oro de Londres y todo esto era inútil, y entonces, de repente, las puertas de la catedral se abrieron y salieron dos centinelas, ajustándose los chacos, y Sharpe se dio cuenta de que debían ver lo que sucedía. Apretó el puño, y Teresa, que estaba junto a él ante el sucio cristal, movía los labios en lo que parecía una oración silenciosa e inoportuna.

—¡Sharpe!

Él se volvió, sorprendido, y vio a Lossow.

—Me ha asustado.

—Es la mala conciencia. —El alemán se quedó en la puerta y señaló colina abajo, lejos de la catedral—. Hemos abierto la casa. La puerta del sótano.

—Nos encontraremos allí.

Sharpe tenía previsto encender la mecha y entonces correr hasta la casa que habían escogido, una casa con un sótano profundo que daba a la calle. Lossow no se movió. Miró a los dos sargentos, los centinelas todavía no los habían visto.

—No me lo puedo creer. Espero que tenga razón.

«Yo también —pensó Sharpe—, yo también». Era una locura, una locura total, y cogió a la muchacha por los hombros y observó que los dos sargentos esquivaban los postes que evitaban que el tránsito y los puestos del mercado invadieran el espacio de la catedral. Los centinelas observaban a los dos sargentos, sin ver nada anormal en lo que los dos hombres hacían, ni siquiera se movieron cuando colocaron el barril a conciencia a un lado de la puertecilla.

—Dios —susurró Lossow, observándolos mientras Helmut en cuclillas junto al barril empezó a abrir más boquete de manera que la mecha alcanzara la pólvora que quedaba en el barril. Harper caminó las veinte yardas hasta los centinelas, charló con ellos, y Sharpe pensó en los hombres que iban a morir. ¡Los centinelas seguro que verían que el alemán astillaba la madera! Pero no, se reían con Harper, y de repente Helmut se volvió caminando, bostezando, y el irlandés se despidió con la mano de los centinelas y lo siguió.

Sharpe sacó un cigarro de la lata y con manos temblorosas encendió el pedernal y sopló el lino hasta que salió una llama. Encendió el cigarro, dio una calada, odiaba el sabor hasta que la punta se pone roja.

—¿Está seguro? —preguntó Lossow observándolo.

—Lo estoy —contestó encogiéndose de hombros.

Los dos sargentos aparecieron en la puerta y Lossow le habló a Helmut en alemán, entonces se volvió hacia Sharpe.

—Buena suerte, amigo. Dentro de un minuto nos vemos.

Sharpe asintió, los dos alemanes se fueron, y volvió a dar una calada al cigarro. Miró al irlandés que estaba en la puerta.

—Llévese a Teresa.

—No —dijo Harper tozudo—. Me quedo con usted.

—Y yo —dijo Teresa sonriendo.

La muchacha lo cogió del brazo cuando salía a la calle. El cielo era de color gris perla por encima de la catedral con un jirón de nube que pronto se volvería blanco. Parecía que iba a hacer buen día. Dio otra calada al cigarro y por su mente pasó un revoltijo de imágenes: de los hombres que habían construido la catedral, de quienes esculpieron los santos que protegían sus puertas, arrodillados en las enormes losas, de quienes se habían casado allí y habían visto bautizar a sus hijos en la pila bautismal, y a quienes visitaran por última vez el presbiterio. Pensó en la voz seca diciendo «debe», en el sacerdote encalando la reja, en el batallón con sus mujeres e hijos, en los cuerpos en la bodega, y se agachó y tocó la pólvora con la punta del cigarro, y prendió y siseó y la llama empezaba su trayecto.

La primera bomba francesa, disparada desde un horrible *howitzer* situado en un hoyo profundo, explotó en la plaza y saltaron llamas entre el humo cuando la cubierta estalló en muchos fragmentos. Antes de que Sharpe pudiera moverse, antes de que cesara la primera explosión, aterrizó el segundo *howitzer*, rebotó, rodó hacia el reguero de pólvora a tan sólo unas yardas de la catedral, dio contra un poste, y los centinelas se arrojaron de cabeza buscando protección al partirse en llamas, y Sharpe vio que no les daba tiempo de llegar a la bodega. Tiró de Teresa y de Harper.

—¡Los hornos!

Corrieron, atravesaron la puerta, saltaron por el mostrador y él cogió a la muchacha y la empujó metiendo la cabeza primero en la gran cueva de ladrillo que era el horno de pan. Harper trepaba hacia el segundo y Sharpe esperó a que Teresa estuviera al fondo y entonces oyó la explosión. Era bastante pequeña, apenas se oía entre los choques de las bombas francesas y el sonido distante de las baterías francesas que respondían, y sabía, mientras se metía detrás de la muchacha, que el barril había explotado, y se preguntó si la puerta de la catedral habría aguantado el estallido, o si habían cambiado de sitio los cartuchos. Entonces se oyó una segunda explosión, más ruidosa e inquietante, y Teresa le agarró en el muslo donde tenía la herida, y la segunda explosión parecía continuar, como una descarga amortiguada, como una batalla entre la niebla, y entendió que los cartuchos, abajo en las balas detrás de la puerta, iban prendiendo uno tras otro formando una cadena de explosiones que no se podía detener.

Se preguntó, encogido en posición fetal dentro del horno, qué estaría sucediendo en la catedral. Vio mentalmente las llamas rojizas, los fustes como antorchas, y entonces se oyó una explosión mayor y se dio cuenta de que la cadena había alcanzado la pólvora almacenada en la parte superior de las escaleras, y había acabado todo. Nada podía evitarlo. Los guardias de la catedral ya estaban muertos; el

gran crucifijo miraría hacia abajo por última vez; la presencia eterna quedaría pronto aplastada.

Otra bomba francesa explotó, los fragmentos chocaron contra las paredes de la panadería, y el sonido quedó amortiguado por un rugido creciente y terrorífico, y en la primera cripta, canasta a canasta, cartucho a cartucho, la munición de Almeida iba explotando. Las llamas punzantes alcanzaban la cortina debilitada; los hombres de la profunda cripta estarían de rodillas, o espantados, con la pólvora para los cañones grandes a su alrededor.

Había pensado que el sonido tan sólo crecería hasta convertirse en el último de la tierra, pero se fue desvaneciendo en lo que era el mero crujir de las llamas, y Sharpe, sabiendo que era una tontería, estiró la cabeza y miró por el hueco entre el horno y la puerta de hierro, y no podía creer que la cortina de cuero hubiera aguantado y entonces la colina se movió. El sonido se percibió, no por el aire, sino por la misma tierra, como el gruñido de una roca, y la catedral entera se convirtió en polvo, humo y llamas que eran el color de la sangre que abrasaba la oscuridad total.

Los artificieros franceses se detuvieron con las bombas en las manos, saltaron a la parte elevada de los pozos y miraron más allá de las almenas grises y se santiguaron. El centro de la ciudad había desaparecido, ahora era una llamarada gigante que se enroscaba una y otra vez, y se volvió una nube bullente de oscuridad. Los hombres podían ver entre las llamas grandes piedras, vigas, elevadas como si fueran plumas, y entonces la sacudida alcanzó a los artilleros como un viento gigante y caliente que se acercaba con el ruido. Era como si todos los truenos de todo el mundo fueran lanzados sobre una ciudad en un momento; una visión fugaz del fin del mundo.

La catedral desapareció, envuelta en llamas, y el castillo quedó segado del suelo, las piedras se desplomaban como juguetes. Las casas se convertían en cascotes: la explosión alcanzó al norte de la ciudad, derribó los tejados de la mitad de las casas de la ladera sur, y la panadería se derrumbó sobre los hornos, y Sharpe, ensordecido y jadeante, se atragantaba con el humo y el aire caliente, y la muchacha se agarró a él, rezando por su alma, y la explosión pasó de largo como el hálito del Apocalipsis.

En las almenas los portugueses murieron cuando el viento los arrojó al exterior. Las grandes defensas, cercanas a la catedral, quedaron aplastadas, y los escombros rellenaron los fosos, de manera que se abrió un camino llano y enorme en el corazón de la fortaleza, y la pólvora seguía prendiendo. Nuevas llamas bullentes y humo se retorcían con horror sobre Almeida, temblor a temblor, un espasmo convulso de la cima de la colina y las explosiones monstruosas murieron, dejando solamente fuego y oscuridad, el hedor del infierno, un silencio donde los hombres estaban ensordecidos por la destrucción.

Un veterano artillero francés, que hacía muchos años le había enseñado a un joven teniente corso cómo preparar un cañón, se escupió en las manos y tocó con

ellas la boca caliente del cañón que había disparado el último tiro. Los franceses permanecían silenciosos, incrédulos, y en el campo de la muerte que se extendía ante ellos, piedras, tejas y carne quemada caían como lluvia del diablo.

A veinticinco millas de distancia, en Celorico, oyeron el ruido y el general dejó el tenedor en la mesa, fue hacia la ventana y entendió, con un certeza terrible, lo que había ocurrido. No había oro. Y ahora la fortaleza que podía haberle proporcionado seis semanas de esperanza ya no existía. El humo llegó más tarde, una cortina enorme y gris que nubló el cielo al este, el sol del atardecer la convirtió en neblina, y bordeaba las colinas fronterizas de carmesí como un presagio de los ejércitos que seguirían a la nube hasta el mar. Almeida estaba destruida.

Capítulo 24

Kearsey murió al instante, mientras rezaba sus oraciones en la almena de la ciudad, y quinientos hombres más entraron de golpe en la eternidad a causa de la explosión, pero Sharpe aún no lo sabía. Sabía que se moría, ahogado y de calor, y apretaba con fuerza la espalda en el interior curvo y liso del enorme horno y empujó con las piernas una viga carbonizada que bloqueaba la puerta. Se derrumbó y él se escurrió hacia afuera, hacia una pesadilla; se giró para sacar a Teresa. Ella le hablaba pero él no oía nada. Sacudió la cabeza y se dirigió a la otra apertura y retiró algunos cascos. Harper gateaba con la cara llena de ceniza.

Los hornos les habían salvado la vida. Estaban contruidos como pequeñas fortalezas, con muros de más de tres pies de grosor y un tejado curvo que había lanzado la explosión muy por encima de sus cabezas. No quedaba nada más. La catedral era un hoyo en llamas, el castillo había desaparecido, las casas eran un revoltijo de llamas y humo y, calle abajo, Sharpe tuvo que mirar unas cien yardas antes de ver una casa que hubiera sobrevivido a la explosión, y estaba en llamas, las llamas lamían las habitaciones abiertas al mundo. El calor era gris a su alrededor y cogió a Teresa por el brazo.

Un hombre se tambaleaba por la calle, desnudo y sangrando, pidiendo ayuda a gritos, pero ellos no le hicieron caso, corrieron a la puerta de la bodega, que estaba cubierta de piedras caídas, y la despejaron. Se oían porrazos y gritos, y Harper, todavía atontado, retiró las piedras y estiraron de la trampilla hasta abrirla, y Lossow y Helmut salieron. Le dijeron algo a Sharpe, pero él no oía, y corrieron hacia su propia casa, en la parte baja de la colina, lejos del horror, por entre los soldados portugueses que miraban fijamente, con la boca abierta, el infierno que hasta hacía poco era la catedral.

Sharpe entró en la cocina, encontró una botella de cerveza alemana, quitó el tapón, se la puso en los labios y dejó que el líquido fresco fluyera hacia su estómago. Se dio golpes en los oídos, sacudió la cabeza, y sus hombres lo miraban fijamente. Volvió a sacudir la cabeza esperando poder volver a oír, y notó sus ojos embargados de lágrimas.

Maldita sea, la decisión ya estaba tomada, y echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo y pensó en el general, y en el hoyo llameante, y sintió odio hacia sí mismo.

—No tenía elección —le dijo Knowles; la voz le parecía lejana pero la oía.

—Siempre hay elección —contestó Sharpe sacudiendo la cabeza.

—Pero la guerra, capitán. Usted dijo que había que ganarla.

«Entonces celebrémoslo mañana —pensó Sharpe— o al otro», pero, Dios santo, no lo sabía, y recordó los cuerpos tirados, despojados de toda dignidad, destruidos en

un instante, colgados sobre los cascos ardiendo.

—Lo sé —dijo volviéndose a sus hombres—. ¡Qué están mirando! ¡Prepárense que nos vamos!

También odiaba a Wellington, porque sabía por qué el general lo había escogido a él: porque quería a un hombre demasiado orgulloso para fracasar, y sabía que volvería a hacerlo otra vez por el general. La crueldad era buena en un soldado, en un general o en un capitán, y los hombres la admiraban, pero eso no era motivo para creer que el hombre cruel no sentía también el dolor. Sharpe se puso en pie, y miró a Lossow.

—Será mejor que busquemos a Cox.

La ciudad estaba aturdida, no se oía sonido alguno salvo el crujido de las llamas y las arcadas de vómitos de los hombres que encontraban los cuerpos de sus compañeros carbonizados y encogidos. El olor a carne quemada flotaba en el aire, como el hedor a cuerpos quemados después de Talavera, pero aquello, recordaba Sharpe, había sido un error, un accidente de viento y fuego, mientras que este caos, esta visión de perdición, la había causado un barril de pólvora que Sharpe había hecho agujerear y arrastrar hasta las puertas de la iglesia. Los cuerpos estaban desnudos, los uniformes chamuscados por la explosión, y se habían encogido y convertido en esperpentos negros y pequeños de los seres humanos. «Un batallón muerto —pensó Sharpe—, muerto por el oro», y se preguntó si el mismo Wellington hubiera puesto el cigarro en la pólvora, y entonces abandonó tal idea mientras Lossow se dirigía hacia donde Cox inspeccionaba los daños.

Todo había acabado: cualquiera podía darse cuenta, la ciudad estaba indefensa, pero Cox tenía esperanzas. Había estado llorando la muerte y la destrucción, el golpe de guadaña que había acabado con su ciudad y sus esperanzas.

—¿Cómo?

Los oficiales le respondían, sus respuestas trataban de ser convincentes, y le hablaban al general de brigada de las bombas francesas que habían aterrizado justo antes de la explosión. Los oficiales miraban por encima de la muralla a la gran multitud de franceses que habían acudido a mirar la enorme brecha abierta en las defensas de la ciudad, y la capa de humo, como si los hombres observaran a un rey antaño orgulloso en su lecho de muerte.

—Una bomba —le dijo uno de los oficiales a Cox—. Debe haber prendido en la munición pequeña.

—Oh, Dios —Cox estaba a punto de llorar—. Debíamos haber tenido un almacén.

Cox intentaba fortalecer su deseo de seguir luchando, pero todos sabían que había terminado. No quedaban municiones, nada con que luchar, y los franceses lo entenderían. No habría problemas; la rendición se discutiría de una forma civilizada,

y Cox intentaba evitarla, intentaba encontrar alguna esperanza en el aire repleto de humo, pero finalmente aceptó.

—Mañana, caballeros, mañana. Dejaremos ondear la bandera una noche más. — Se abrió camino entre el grupo y vio a Sharpe y a Lossow esperando—. Sharpe. Lossow. Gracias a Dios están vivos. Han muerto tantos.

—Sí, general.

—Tantos —repitió Cox conteniéndose las lágrimas.

Sharpe se preguntó si Tom Garrard había sobrevivido. Cox se fijó en la sangre en el uniforme del fusilero.

—¿Está herido?

—Estoy bien, general. ¿Me da su permiso, general?

Cox asintió, fue una reacción automática: había olvidado el oro ante el horror de la guerra perdida.

Sharpe le tiró a Lossow de la manga.

—Venga.

En la rampa, con el rostro confundido, los esperaba César Moreno. Levantó una mano para detener a Sharpe.

—¿Teresa?

Sharpe sonrió, la primera sonrisa desde la explosión.

—Está a salvo. Nos vamos ahora.

—¿Y Joaquín?

—¿Joaquín? —Por un momento Sharpe no sabía con seguridad de quién le hablaba el padre de Teresa, y entonces recordó la lucha en el tejado—. Está muerto.

—¿Y todo esto? —preguntó César Moreno mirando la destrucción que reinaba a su alrededor y con la mano todavía en la manga de Sharpe.

—Un accidente.

Moreno lo miró y se encogió de hombros.

—La mitad de nuestros hombres han muerto.

Sharpe no tenía nada que decir. Lossow interrumpió.

—¿Los caballos?

Moreno lo miró encogiéndose de hombros.

—No estaban en la casa que se derrumbó. Están bien.

—¡Los utilizaremos!

El alemán siguió adelante y Moreno retuvo a Sharpe.

—Ella se hará cargo, supongo.

—Probablemente —asintió el fusilero—. Sabe luchar.

Moreno sonrió con tristeza.

—Sabe de lado de quién ha de estar.

Sharpe miró el humo, las llamas sobre la colina, olió a quemado.

—¿Acaso no lo sabemos todos? —Se soltó, y se volvió de nuevo hacia el hombre canoso—. Volveré a buscarla. Algún día.

—Lo sé.

Los franceses habían abandonado sus posiciones y miraban boquiabiertos las humeantes ruinas en la muralla norte. No había nada que impidiera a la compañía marcharse, y cogieron el oro y fueron hacia el oeste, bajo el humo, de vuelta al ejército. La guerra no estaba perdida.

Epílogo

—¿Qué pasó, Richard?

—Nada, mayor.

Hogan adelantó el caballo hasta la hierba succulenta.

—No le creo.

Sharpe se removió en la silla; odiaba montar.

—Había una muchacha.

—¿Eso es todo?

—¿Todo? Era especial.

Notaba la fresca brisa del mar en la cara; el agua brillaba en un millón de destellos de luz, como un ejército gigante de lanzas, y batiendo hacia el norte, en dirección al canal una fragata preparaba sus velas y dejaba una blanca estela en su camino.

Hogan observaba el barco.

—Despachos.

—¿Noticias de la victoria? —preguntó Sharpe irónico.

—No se lo van a creer. Menuda victoria. —Hogan miraba fijamente al lejano horizonte, millas mar adentro desde la colina donde estaban con los caballos—. ¿Ve la flota de allí? Un convoy que vuelve a casa.

Sharpe gruñó, sintió una punzada en su hombro.

—Más dinero para los malditos comerciantes. ¿Por qué no podían enviarlo aquí?

—Nunca es suficiente, Richard —contestó Hogan sonriendo—. Nunca.

—Ahora debería serlo. Después de todo lo que hicimos para conseguirlo.

—¿Qué hicieron?

—Ya se lo dije, nada. —Miró al mayor con ojos desafiantes—. Nos enviaron a buscarlo, lo cogimos y lo trajimos.

—El general estaba satisfecho —dijo Hogan con tono neutral.

—¡Ya podía estar satisfecho! ¡Por el amor de Dios!

—Pensaba que se habían perdido.

El caballo de Hogan se volvió a mover en busca de hierba, y el mayor se quitó el sombrero de tres picos para abanicarse.

—Una lástima Almeida.

—Una lástima Almeida —repitió Sharpe haciendo una mueca.

Hogan suspiró.

—Pensábamos que ya estaba todo acabado. Oímos la explosión, por supuesto, y no había oro. Sin el oro no había posibilidad.

—Había una posibilidad remota —dijo Sharpe casi escupiendo las palabras y Hogan se encogió de hombros.

—No, no una que a usted le gustara, Richard.

Sharpe dejó de lado la rabia; pensó en la muchacha, y observó que en la fragata ondeaban las velas y viraba.

—¿Usted qué hubiera preferido, mayor? —preguntó con una voz muy fría y lejana—. ¿El oro o Almeida?

Hogan tiró de la cabeza del caballo hacia arriba.

—El oro, Richard. Ya lo sabe.

—¿Está seguro?

—Muy seguro —asintió Hogan—. Hubieran muerto a miles sin el oro.

—Pero eso no lo sabemos.

—Lo sabemos —dijo Hogan señalándole a su alrededor.

Era un milagro, tal vez una de las mayores obras de ingeniería militar, y se había llevado el oro. Éste era necesario, con desespero, si no la obra no se hubiera acabado nunca y los diez mil obreros, a algunos de los cuales veía Sharpe, hubieran guardado las palas y los picos y hubieran esperado simplemente a los franceses. Sharpe observó los gigantescos rascadores, tirados por filas de hombres y bueyes, dando forma a las colinas.

—¿Cómo lo llaman?

—Las líneas de Torres Vedras.

Tres líneas cortaban el acceso a la península de Lisboa, tres fortificaciones gigantes hechas en las mismas colinas, fortificaciones que empequeñecían los muros de granito de Almeida. La primera línea, por la que cabalgaban, medía veintiséis millas de largo, extendiéndose desde el Atlántico hasta el Tajo, y había otras dos detrás. Las colinas se habían hecho más empinadas, coronadas por baterías de cañones. Detrás de las colinas los caminos hundidos permitían que la tropa de veinticinco mil soldados se moviera sin ser vista por los franceses, y los valles profundos, que ellos no podían cubrir, estaban bloqueados con arbustos espinosos, a miles, de manera que desde el aire debía parecer que el hijo de un gigante hubiera moldeado el paisaje, como si un niño jugara con algunas pulgadas cuadradas de suelo húmedo junto a un arroyo. Sharpe miró fijamente al este, a la línea interminable, y le costaba creerlo. Tanto trabajo, tantos acantilados hechos a mano, coronados con cientos de cañones encajonados en fuertes de piedra, con las troneras dirigidas al norte, hacia la llanura donde detendrían a Masséna. Hogan cabalgaba junto a él.

—No podemos detenerlo, Richard, no hasta que llegue aquí. Y de aquí no pasará.

—Y estamos de vuelta —dijo Sharpe señalando hacia Lisboa, a treinta millas al sur.

—Es sencillo —asintió Hogan—. No conseguirá derribar las líneas, nunca; son demasiado fuertes. Y no puede bordearlas; está la Armada. Así que aquí se detendrá, y empezarán las lluvias, y al cabo de un par de meses morirá de hambre y volveremos

a salir para reconquistar Portugal.

—¿Y más allá, hacia España?

—Y hacia España —suspiró Hogan, y señaló de nuevo la enorme cicatriz que era la fortaleza impensable—. Y nos quedamos sin dinero. Teníamos que conseguirlo.

—Y lo consiguieron.

—Gracias —dijo Hogan haciendo una inclinación—. Cuénteme algo de la chica.

Sharpe le fue explicando mientras cabalgaban hacia Lisboa, atravesando la segunda y tercera línea que nunca se utilizarían. Recordaba la despedida después de que hubieran dejado la fortaleza del río, sin protestas, y la compañía ligera, torpemente montada en los caballos españoles, salió tras los alemanes de Lossow. Una patrulla de franceses se les había acercado, pero los alemanes salieron rápidamente a su encuentro, con los sables desenvainados con un movimiento siseante, y los franceses se habían desviado. Se detuvieron junto al Coa y Sharpe le entregó a Teresa las mil monedas de oro que le había prometido.

—Será suficiente —le había dicho ella sonriendo.

—¿Suficiente?

—Para nuestras necesidades. Nosotros seguimos luchando.

El viento traía la peste a quemado y a muerte de las colinas y Sharpe contempló su belleza morena, imponente como un águila.

—Te puedes quedar con nosotros.

—No —le contestó ella sonriendo—. Pero tú puedes volver. Algún día.

Le señaló el rifle que ella llevaba colgado al hombro.

—Dáselo a Ramón. Se lo prometí.

—¡Es mío! —dijo ella sorprendida.

—No. —Él se descolgó el rifle, comprobó la tapa de la culata, que todo el equipo de limpieza estuviera allí, y se lo entregó junto con la bolsa de municiones—. Este es para ti. Con mi amor. Yo conseguiré otro.

—Lo siento —dijo ella sonriendo, sacudiendo la cabeza.

—Yo también. Nos volveremos a ver.

—Lo sé.

Dio la vuelta con el caballo y dijo adiós con la mano.

—¡Mata a muchos franceses! —gritó él.

—¡Todos los que haya!

Y se fue, galopando con su padre y con sus hombres, por los senderos secretos que los conducirían a casa, a la guerra de la navaja y la emboscada, y él la mucho echó en falta.

Miró a Hogan y le sonrió.

—¿Sabe lo de Hardy?

—Triste. Tiene un hermano. ¿Lo sabía?

—No.

—Un teniente de navío. Giles Hardy, igualito que su hermano. Loco como una cabra.

—¿Y Josefina?

Hogan sonrió, aspiró rapé, y Sharpe esperó el estornudo. Hogan se enjugó las lágrimas.

—Está aquí. ¿Quiere verla?

—Sí.

—Ahora es muy famosa —dijo Hogan echándose a reír.

No le explicó el porqué.

Cabalgaron entre las sombras alargadas hasta la carretera pavimentada que conducía a Lisboa. Estaba atiborrada de carretas, transportando piedra para la construcción, y de obreros que construían una de las maravillas del mundo militar, una fortaleza que ocuparía quinientas millas cuadradas y que detendría a los franceses en 1810 y que no se volvería a utilizar jamás. Sharpe admiraba a Wellington por ser un hombre inteligente, porque nadie, absolutamente nadie fuera de Lisboa, parecía saber que las líneas existían, y los franceses, con la cola levantada, vendrían cantando por la ruta del sur. Y se detendrían. El South Essex, despojado de su compañía ligera, estaba en el norte, y Sharpe sabía que pronto habrían de reunirse con ellos. Una batalla más, había dicho Hogan, con algo de suerte y un buen viento, y entonces el ejército marcharía hacia el sur para seguridad de las líneas, y el coronel Lawford le había dado la bienvenida con los brazos abiertos y le había enseñado un despacho a Sharpe.

—¡Refuerzos, Richard! ¡Vienen de camino! ¡Se pueden tomar de Lisboa! ¡Oficiales, sargentos, doscientos setenta hombres! ¡Buenas noticias!

Los barcos todavía no habían llegado, habían partido de Plymouth en un viaje que podía durar siete días o siete semanas, y Sharpe estaba contento de tener que esperarlos. Aliviado, se bajó del caballo y le dio las riendas a Hogan.

—¿La verá mañana?

El mayor asintió y garabateó algo en un trozo de papel.

—Ésta es su dirección.

Sharpe le dio las gracias con una sonrisa, se giró, pero Hogan lo llamó.

—¡Richard!

—¿Mayor?

—Necesitábamos ese oro. Bien hecho.

Dieciséis mil monedas, doscientas cincuenta robadas por el Católico, mil para Teresa, catorce mil para el general, y el resto se gastó entre la compañía ligera y los alemanes como si hubiera formado parte de sus raciones. Sharpe había ordenado que se emborracharan, que buscaran a sus mujeres, y si algún policía militar les

preguntaba de dónde salía el dinero, que se lo enviaran a Sharpe, y no sé por qué no querían discutir con el fusilero, quien simplemente les decía que era robado. Incluso había dinero en Londres, a nombre de Sharpe, guardado por los agentes, Messrs Hopkinson e Hijo de St. Alban's Street, agentes de Knowles, y Sharpe se preguntaba mientras caminaba hacia la dirección que le había dado Hogan, qué era un capital al cuatro por ciento. En la oficina de Lisboa se echaron a reír educadamente cuando él le dijo que era robado. No les había dado todas las monedas.

La casa era elegante, y se imaginaba a Hardy utilizando la puerta principal que atendía Agostino, el criado de Josefina, que ahora llevaba una peluca elegantemente empolvada y un abrigo lleno de botones y cordones.

—¿Capitán?

Sharpe lo apartó, caminó hacia un salón de mármol con palmeras, alfombras, y celosías. Recordó a Teresa, se la quitó de la cabeza porque la quería, y pensó en cuánto hubiera despreciado la fragancia que llenaba la estancia.

Entró en una habitación enorme que daba a una terraza sobre el Tajo. Unos naranjos enmarcaban la vista, y su fragancia se mezclaba con el olor del perfume.

—¡Josefina!

—¡Richard!

Ella estaba bajo una arcada, la luz del atardecer envolvía su cuerpo, así que no le veía la cara.

—¿Qué haces?

—Visitándote.

Ella se le acercó, más rechoncha de lo que él recordaba, y le sonrió. Le pasó un dedo por la cara, miró su uniforme de arriba abajo e hizo una mueca de desaprobación.

—No te puedes quedar.

—¿Por qué no?

—Él estaba primero —dijo señalando afuera.

Él la miró, recordándola de forma diferente, y se habría ido si Patrick Harper no hubiera reclamado a la doncella de cabello castaño del Hotel Americano. Caminó hacia la terraza donde un teniente de caballería lánguido permanecía sentado con una copa de vino.

—Capitán —saludó el teniente levantando la vista.

—¿Cuánto ha pagado?

—¡Richard! —exclamó ella por detrás, estirándole.

Sharpe se echó a reír.

—¿Teniente?

—¡Maldito capitán! —exclamó el teniente poniéndose en pie, el vino le temblaba en la copa.

—¿Cuánto ha pagado?

—¡Maldito sea, capitán! ¡Lo desafío!

Josefina se estaba riendo, divirtiéndose. Sharpe sonrió.

—Acepto. El nombre es Sharpe. Mientras tanto, ¡lárguese!

—¿Sharpe? —exclamó el teniente cambiando de cara.

—Largo.

—Pero, capitán...

Sharpe desenvainó la espada, la gran espada de acero.

—¡Fuera!

—¡Madame! —dijo el teniente inclinándose ante Josefina, dejó el vino, echó una mirada a Sharpe y se fue.

Ella le dio un golpecito.

—No tenías que haber hecho eso.

—¿Por qué no? —dijo envainando la espada.

—Era rico y generoso —repondió ella con un mohín.

Él se echó a reír, abrió la bolsa de municiones, con el cuero negro aún tieso, y lanzó las gruesas monedas de oro sobre las baldosas dibujadas.

—¡Richard! ¿Qué es esto?

—Oro, tonta.

El convoy aún podía tardar un mes. Tiró más monedas al aire, en cantidad.

—El oro de Josefina, tu oro, nuestro oro, mi oro. —Se echó a reír y la acercó hacia sí—. El oro de Sharpe.

Nota histórica

La guarnición de Almeida se rindió después de la explosión del 27 de agosto de 1810. El acontecimiento fue bastante similar a lo que se describe en *Sharpe y el oro de los españoles*. El almacén de la catedral explotó y quedó destruido, junto con la catedral, el castillo, quinientas casas y parte de las fortificaciones. Se calculó que murieron más de quinientas personas de la guarnición. El general de brigada Cox quería continuar la defensa, pero se doblegó ante lo inevitable y se rindió al día siguiente.

Debió de ser una de las mayores explosiones del mundo prenuclear. (A decir verdad, no fue la mayor. Un año antes, en 1809, sir John Moore había hecho explotar deliberadamente cuatro mil barriles de pólvora para que no cayeran en manos de los franceses en La Coruña.) Un año después los franceses se sumaron a la destrucción. Ellos, a su vez, fueron sitiados en Almeida y abandonaron su defensa después de hacer explotar parte de las murallas; su guarnición de mil cuatrocientos hombres huyó despavorida entre las fuerzas de asedio británicas, mucho más numerosas. A pesar de las desventuras, las defensas de la ciudad resultan todavía hoy impresionantes. La carretera principal ya no atraviesa Almeida, pasa unas cuantas millas al sur, pero la ciudad está a media hora del puesto fronterizo de Vilar Formoso. Las imponentes defensas están íntegramente reconstruidas, rodean lo que es ahora un pueblo venido a menos, y en la cima de la colina se reconoce fácilmente dónde tuvo lugar la explosión. No se ha reconstruido nada.

Un cementerio indica dónde se asentaba la catedral; el foso del castillo es una zanja cuadrada con las paredes de piedra; aún se ven bloques de granito diseminados por la zona en la que cayeron, y flores silvestres crecen allí donde antaño había casas y calles.

Afortunadamente para un escritor de ficción, nadie conoce la causa exacta de la catástrofe, pero la versión aceptada, que tiene en cuenta lo que contaron los supervivientes, es que un barril de pólvora con algún agujero se hizo rodar desde la catedral y una bomba francesa que explotó encendió el reguero de pólvora, que a su vez fue corriendo hasta las municiones de mosquete almacenadas junto a la puerta principal. Esto, a su vez, bajó como un rayo hacia el almacén principal, y de esta manera desapareció el mayor obstáculo que había entre Masséna y la invasión de Portugal. Un soldado portugués que estaba muy cerca de la catedral, salvó la vida metiéndose en un horno de pan, y ahora este aplomo lo ha tomado prestado Richard Sharpe. Las historias más increíbles resultan ser las verdaderas.

Las líneas de Torres Vedras existieron y fueron realmente uno de los grandes logros militares de todos los tiempos. Todavía se pueden ver, decrepitas en su mayoría, cubiertas por la hierba, pero con un poco de imaginación uno puede darse

cuenta del efecto que debieron producir en Masséna. Había perseguido al ejército inglés desde la frontera hasta llegar a un día de marcha de Lisboa, por el camino había sobrevivido a la victoria aplastante de Wellington en Busaco, pero seguramente, al estar tan cerca de la capital de Portugal, debió pensar que ya había cumplido con su trabajo. Entonces vio las líneas. Eran el punto de retirada más lejano para el ejército británico de la Península; nunca volvieron a usarlas, y cuatro años después el magnífico ejército de Wellington marchaba pasados los Pirineos por la mismísima Francia.

Sharpe y el oro españoles, desgraciadamente, injusto con los españoles. Algunos guerrilleros fueron tan egoístas como el Católico, pero la gran mayoría eran hombres valientes que acabaron con más tropas francesas que el ejército de Wellington. Los libros de Richard Sharpe son las crónicas de los soldados británicos y, desde esta perspectiva, los hombres que lucharon en la guerrilla aparecen injustamente distorsionados. Pero al menos, durante el otoño de 1810, el ejército británico está a salvo tras las gigantescas líneas y el escenario está preparado para los cuatro años siguientes: el avance por España, las victorias y la conquista última de la mismísima Francia. Richard Sharpe y Patrick Harper se pondrán en marcha de nuevo.